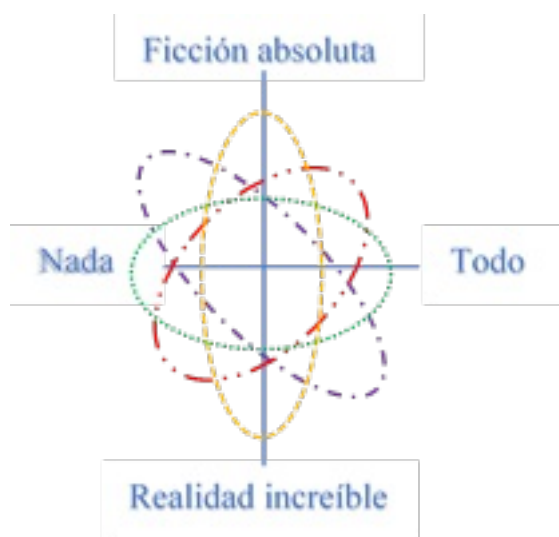


Prologando

Romero, Fátima



Contra el látigo del demonio gris

En un mundo en el que todo necesita un motivo (económico) escribir un relato es declarar la revolución; un hermoso motín gamberro, porque relatar no conlleva beneficio tangente. No sirve. No te da argumentos para responder a los «¿Para qué?» de la gente que se conforma con la normalidad.

Llamo a esa pregunta *el látigo del demonio gris* porque pretende que solo nos movamos al son del monedero (y quedarse con el fajo). Pero como dejó escrito el gran relatista Robert E. Howard (si no lo menciono, reviento): «eso, es ya, otra historia».

En otro desorden de cosas escribir relatos es, a las relaciones, como un flirteo que culmina en el primer beso. Como mucho, muchísimo, la fase que ahora llaman de suscripción gratuita. Me explico: para el escritor, a nivel de goce, el relato se lo da todo; no tienes que razonar con él, apenas hay normas aparte de dejar buen sabor de boca. Ganas de más.

Esto, debido a que ~~somos unos vagos gilipollas~~ la adaptación hedonista, desaparece en las relaciones, cuando se alargan. Dicen por ahí que el cuerpo humano sería incapaz de soportar X tiempo de enamoramiento en fase álgida. Porque la especulación científica existe, es ficción haciéndose pasar por realidad.

Lo que vengo a decir es que el relato, y los relatistas para escribir, se sitúan en un paradigma suicida que podría ser denominado amplificación insignificante, ilustrado por un eje nada – todo en cuyos polos habita el horror mental.

Esto sirve para los relatos, sin ir más lejos. Cruzando ese eje paradigmático con otro en el que, en los extremos, se sitúen las historias de realidad pura (la que nadie está dispuesto a creer) contra la ficción más imposible, podemos ubicar todos los relatos de la Historia (valga la redundancia) y, por supuestísimo, los que la red Ficción científica acuna, a los cuales se le aplica lo antes mencionado () de forma supina.

La lógica, no puede ser de otra forma, es sencilla: fantasía y ciencia ficción sirven para que lo inefable de la cara, aunque sea disfrazado. En este compendio, sin mucho esfuerzo, leerás a gente conocedora del dolor de vivir sin los tuyos a causa del capricho de la geopolítica, un grito por la humanidad de aquellos con las facultades mentales alteradas o la crónica de una inmolación escala planetaria, por avaricia y venganza.

Todo esto y mucho más si sigues leyendo.

La invariante NOHC

Conde, Victor

Esdan.

El afilado contorno de la Carabela se hizo visible mientras abandonaba el túnel Riemann a tres órbitas del planeta. Sus aspas de impulso se plegaron conforme las condiciones del espacio relativista se iban normalizando, y las juntas giraron unos grados hacia atrás y abajo, como los remos de un antiguo barco fluvial.

Esdan Demla / Zib se desperezó, entrelazando los dedos sobre la cabeza y empujando hasta oírlos crujir. Luego se destrabó los cinturones que la mantenían sujeta al diván de aceleración. Las lecturas estaban en un sólido verde tranquilizador; las estelas de espacio Riemann que sus aspas se "traían" del salto se iban desvaneciendo poco a poco, sin provocar roces ni explosiones de incoherencia bajo las leyes del espacio estándar. Los disipadores funcionaban a la perfección, y eso era algo que la intrigaba: ¿qué demonios hacían esas máquinas para deshacerse del fragmento de hiperespacio —un término que odiaba— que se pegaba a ellas en los conductos R? Ésa era una asignatura que en su nueva carrera de ingeniera de relativismos jamás lograría aprobar.

Flotó delicadamente hacia la zona de instrumentos centinelas (el puente estaba construido expresamente para evolucionar en gravedad cero, así que los sistemas de vigilancia quedaban en el techo), y consultó los datos.

—Hola, Clarise —saludó, con la voz aún enronquecida. La suave respuesta del delfín llegó desde un altavoz oculto:

—Hola, Esdan. ¿Has dormido bien esta mañana?

—¿Ya es por la mañana? Ajusta el día, por favor. Otoño entrante con suaves precipitaciones matutinas.

La mascota-inteligencia central activó los hologramas de todos los pasillos y habitáculos de la nave, y el resto de sus ocupantes se encontraron durmiendo apaciblemente en

medio de extensos bosques de coníferas y bajo una fresca llovizna de Octubre. Ninguno despertó, pero algunos sonrieron como si en sueños hubiesen apreciado el cambio.

Esdan examinó el planeta al que se acercaban: una roca sin vida que describía órbitas muy lejanas alrededor de una estrella en explosión. La Regina VV6 había alcanzado el punto crítico de su fase nova hacía cuatro días, y ahora se encontraba estallando con fiereza y abriéndose como una flor esférica a la velocidad de la luz. Con un bostezo, la navegante calculó los intervalos: la onda expansiva de luz y calor les alcanzaría en dos quintos de jornada locales, unos veinte días. Tenían tiempo más que suficiente para completar su misión y salir zumbando antes de que la Regina se tragara también esa región del sistema.

Lo que le sorprendió fue encontrar la otra nave. El radar indicaba que un objeto giroscópico de un cuarto de kilómetro de longitud y seis anillos concéntricos rotatorios ya esperaba en geoestación sobre el planeta. Esdan frunció el ceño: había creído que ellos serían los encargados de monitorear a los Delvan en su prueba de fuego racial, la experiencia de madurez tecnológica que les permitiría entrar gloriosamente en un nuevo estadio evolutivo. Pero la presencia de aquella otra nave...

Con sincera curiosidad, ordenó al delfín abrir los canales de comunicación.

—Estoy enviando los paquetes comprimidos habituales de saludo y especificaciones técnicas de la conversación. Responden... ahora —anunció Clarise tras un segundo—. Vaya, su sistema de encriptación de código es extraño. Creo que pertenecen a la Tercera Rama, Esdan. Hay un ruido de fondo que me es difícil de entender; podría tratarse de una alteración de la señal debida a los potentes campos magnéticos en implosión de la estrella.

—¿Los Terceros están aquí? —la joven alzó las cejas, impresionada. Nunca había visto una nave de Terceros Humanos antes—. ¿Y qué están haciendo?

—Sospecho que han venido a lo mismo que nosotros. Ellos también tienen interés en el progreso de la especie delvana, pero no me han querido explicar por qué. De todas formas, se congratulan de nuestra presencia aquí y solicitan una reunión en vivo para intercambiar impresiones.

—Contéstales que estaremos encantados —dijo la navegante sin poder

ocultar la emoción—. Si nos indican un muelle de anclaje...

—Insisten en que deben ser ellos quienes se personen en nuestra nave. Dicen que no debemos preocuparnos por el hábitat. Traerán un nicho ecológico no dañino con ellos, programado para desaparecer sin dejar secuelas en cuanto haya acabado la reunión.

—Uhm... —Esdan dudó. No era normal que los Terceros se anduviesen con tantos remilgos. Tal vez hubiera cosas que el embajador quisiera comentar fuera de la presencia de los suyos—. Está bien, comunícales que estaremos listos para recibirles en una hora.

Dicho esto, la joven estiró las piernas y se catapultó fuera del puente, en busca de su marido / dos. Él era el experto en política, así que sabría preparar la ceremonia con la mínima dignidad que un grupo de embajadores Terceros merecía.

Encontró a su segundo hombre ya despierto y aseado, paseando por un campo de maíz: la cámara de habituación. Era donde le gustaba pasar la mayor parte del tiempo, dejando que su cuerpo se liberase lentamente del estrés post-salto mientras hacía su trabajo en la consola. Al intuir que su mujer se acercaba, se giró para encontrarla acostada en el aire y rotando lentamente sobre su eje.

—Hola, cariño.

La ayudó a pasar del entorno sin peso al de una gravedad y la besó en los labios. Ella sonrió, hablando sin despegarlos todavía.

—Ummm. Me encantan estas sesiones de eliminación de estrés. ¿Recuerdas cuando el Metacampo existía y los viajes eran instantáneos?

—Apenas; yo era un niño entonces. Pero esto es mucho mejor —Lamor sostuvo a su mujer / uno justo por encima de las espigas doradas y la sentó frente a él. Cerró la consola para concederle toda su atención; era la primera vez que hablaban desde el comienzo del sueño, hacía dos meses—. ¿Por qué otoño?

—¿Eh? Ah, bueno —Esdan movió sus dedos entre la llovizna—. Me pareció apropiado para empezar un nuevo día, como en las montañas de la Tierra. Lluvia antes del sol.

—¿Qué es eso que tiene locos los sistemas de exploración de Clarise? La

pobre no deja de murmurar cosas sobre la contemplación del protocolo desde que me despertó.

—Hemos llegado al planeta donde teníamos que reunirnos con los Delvan para monitorizar su prueba. Pero ya había alguien aquí.

El hombre arrugó el entrecejo. Sus rasgos latinos y las cejas pobladas le hacían irradiar un aspecto de misterio masculino que volvía loca a Esdan.

—¿Una nave? ¿De quién?

—Es un crucero de la Tercera Rama. Al parecer ya han contactado con los Delvan, y ahora quieren hablar con nosotros. Les he invitado a subir a bordo en una hora.

Lamor la contempló en silencio unos segundos, cavilando como solía hacer, dejando el cuerpo estático, y luego se rascó la sien.

—Bueno, si ése es su deseo... Veamos qué se puede observar.

—¿Despertamos a los demás?

—No, no creo que haga falta. Podemos resolver este asunto y continuar viaje sin tener que quebrar el equilibrio de los tanques fríos.

Un minuto después se encontraban de regreso en el puente de mando. La mascota-inteligencia central de la Carabela, Clarise, se había hecho visible adoptando su holograma favorito, un alevín con estrías azuladas, y daba tumbos entre las consolas de control saltando y volviendo a sumergirse en sus circuitos como un pececillo nervioso. En el foso táctico se perfilaba claramente una delgada línea rojiza que se acercaba con lentitud hacia ellos: el enclave de contacto de los Terceros.

Esdan se mordía una uña con nerviosismo. Mientras su marido hablaba con sus invitados y se ponía de acuerdo en algunas funciones básicas (vamos a usar este dialecto, la gravedad será de un *g*, os enviamos nuestro diccionario de modismos del idioma), ella no podía apartar la vista de la nave que los transportaba. La Tercera Rama era la Hélice de referencia más distanciada del estándar humano que se podía encontrar dentro de la especie. Sus mundos se habían desunido del Racimo Central durante tantos milenios que casi se podía decir que eran alienígenas a todos los efectos. Habían mutado sus cuerpos mediante I+D ARN a través de tantas generaciones que sólo conservaban una ligera forma antropeide en sus articulaciones y

miembros.

En el fondo, Esdan admiraba su decisión de ser ellos los que cambiaran para adaptarse al entorno, y no que destruyeran los nichos ecológicos de los nuevos mundos colonizados mediante la terraformación como era la política de las demás Ramas. Pero eso les hacía parecer tan... distantes, que sentía escalofríos al contemplar el diseño de rejilla hueca del enclave de contacto. Incluso el aspecto de su tecnología sugería secretos misteriosos y lógica difusa.

Junto al corpachón anillado de la nave principal de los Terceros flotaba otra más pequeña y de apariencia biológica. Era un transporte veloz con aspas de impulso colocadas en V, construido a partir del esqueleto coriáceo de un antediluviano estelar muerto. Era la nave de los Delvan, el navío con el que tratarían de descubrir por sí mismos los misterios de los hiperconos Riemann, para ganarse su graduación como raza adulta y con opinión en el Racimo. Todos los intentos anteriores habían fracasado, y el que la Tierra enviase una pequeña Carabela consular como la suya para cubrir el evento en lugar de la extensa parafernalia mediática de la primera vez, indicaba que nadie confiaba realmente en que ahora lo lograrían. Pero su tesón era admirable.

Lamor zanjó las negociaciones con una sonrisa y, cerrando los canales de audio, derivó hacia ella con un suave impulso, abrazándola.

—Ya vienen. ¿Nerviosa?

—¡No! —dijo Esdan, asintiendo con la cabeza. Su marido rió.

—Abandonan su nave para evitar que sus condiciones ambientales nos hagan daño. Proviene de una colonia en las inmediaciones de Tetis 9 cero, un mundo muy próximo a una estrella azul. Su ecología es tan agresiva que nos quedaríamos ciegos con sólo contemplar el biotopo estándar.

—¿Y por qué tienen tanto interés en la prueba de los Delvan?

Lamor cruzó los brazos en una pose introspectiva.

—No estoy muy seguro de haberles entendido, pero creo que me han dicho que poseen algún tipo de control sobre los asentamientos delvanos en su región del Brazo

Espiral. Al parecer han desarrollado un tipo de dependencia mutua entre ambas especies en esos sistemas. Creo que se sienten en parte responsables de ellos.

En la pantalla, el enclave se aproximó hasta situarse en las inmediaciones de la Carabela y corrigió su configuración estructural, haciendo pivotar el andamiaje como un gigantesco calamar que quisiera tragarse la nave terráquea. Cuando sus extremidades formaron un conducto que protegía un espacio cúbico de unos diez metros de arista sobre su proa, unos invisibles campos de fuerza rellenaron sólidamente las paredes y el biotopo artificial comenzó a desplegarse por el recinto como la vaharada de fuego del aliento de un dragón . Esdan tragó saliva.

—Muy bien. Esta es la primera vez que mantengo un contacto con esa Rama en mi vida —dijo—. Hagamos nuestro trabajo.

T.

Se reunieron con los embajadores Terceros en la frontera de su nicho artificial. Esdan y su marido se habían puesto los trajes de presión, pero mantenían el casco plegado formando una pequeña bufanda alrededor del cuello: desconfiar de las disposiciones de seguridad de sus invitados podría haberse considerado un insulto.

Los Terceros aparecieron caminando solemnemente desde las profundidades carmesí del enclave, surgiendo desde la niebla como espíritus en llamas. Sus trajes eran fluctuaciones serpenteantes del campo de fuerza que mantenían a salvo junto a sus cuerpos unas condiciones vitales de total antibiosis. Esdan les vio moverse con lentitud, formas antropoides de dos metros o más de altura, con dos brazos y dos piernas y lo que parecía ser una cabeza, emitiendo un agresivo fulgor rojizo como gigantes rojos, respirando fuego y oxidación de materia. Sus ojos eran ascuas incandescentes recubiertas por máquinas captadoras de longitudes de onda del orden de los rayos ultravioletas. Operados para trabajar en un entorno donde la luz visible resultaba insuficiente, necesitaban ayuda tecnológica para *verlos* a ellos.

Junto a los Terceros aparecieron de improviso algunos Delvan. Esdan sonrió al verlos; las características físicas de su especie eran tan peculiares que no podía sentir más que admiración y algo de ternura. Era la única especie en la que la Naturaleza había alcanzado un hito biológico sin precedentes: inventar la rueda. Los delvanos eran pequeños cilindros verticales de apenas un metro de altura, bruñidos y recubiertos de un vello fino y no adherente que contribuía a mejorar su aerodinámica. Se desplazaban apoyados en dos ruedas musculadas, situadas en los extremos de un eje de hueso que atravesaba su centro de equilibrio longitudinalmente. Una tercera rueda, más pequeña pero rodeada de un enclave muscular potente que controlaba la orientación, servía de contrapeso trasero y director del movimiento.

Esdan había estudiado a estos seres durante su viaje y se había familiarizado con algunos de sus rasgos más relevantes, en qué forma la Naturaleza (ayudada con mano maestra por los genetistas) había solventado el problema del eje móvil. Literalmente, su sistema motriz era una pieza totalmente separada del cuerpo, un hueso horizontal que constituía un organismo insólito e independiente. El principal escollo que había entorpecido el progreso de los seres vivos desde la locomoción tosca sobre patas a la veloz e inercialmente eficiente sobre ruedas, había sido la rotación del mecanismo de la rueda. El hueso-eje debía poder girar continuamente sobre sí mismo sin necesidad de tener que regresar a su posición de partida, como ocurría con cualquier articulación de los artrópodos. El problema había sido solventado de la manera más radical: si el eje debía estar totalmente separado del cuerpo para asegurar su perfecta movilidad, entonces sería un ser vivo autónomo, con su propio sistema de riego linfático y lubricación, sus glándulas giratorias generadoras de oseína para restaurar el desgaste del tejido conjuntivo derivado del rozamiento, e incluso con su sistema nervioso propio y semiindependiente.

El hueso estaba anclado al resto del Delvan mediante unos anillos dentados, de los que surgían gran cantidad de pequeños espolones quitinosos que crecían por sí mismos como las uñas de los dedos de los mamíferos. Un complicado conjunto de pelos interiores alojados en una cámara de locomoción se movían desgastándolos como las aguas de un río enfurecido, golpeando estas diminutas aspas e impulsando el eje a rotar. Esdan sabía que, además, poseían dos potentes músculos en iris que se cerraban sobre sus extremos para proporcionar el empuje inicial (hacia atrás o adelante) y no sobrecargar de peso a los cabellos de su flora locomotiva. La simple inercia hacía el resto.

Los Delvan entraron en la sala y contemplaron a sus anfitriones humanos, Esdan y su marido / dos, desde la atalaya de su periscopio ocular (era realmente eso, un cuello retráctil provisto de espejos; los órganos visuales estaban a salvo dentro del cuerpo). Se colocaron diligentemente junto a los Terceros y aguardaron en silencio. Era extraño, pero la navegante notó que, desde el momento justo de su aparición, el holograma de Clarise se revolvía inquieto a su alrededor, más nervioso que de costumbre.

Lamor rompió el silencio, dándoles la bienvenida e interesándose por sus costumbres. El líder de los Terceros, un pavoroso elemental de energía térmica semitranslúcido que se hizo llamar T, le agradeció sus esfuerzos por vencer las enormes distancias culturales. Lamor no tardó en sacar a relucir el tema de su inesperada presencia en el sistema.

—Nuestras relaciones con los mundos aerrenizados Delvan son más estrechas que las que mantiene el Cúmulo Central —explicó el cónsul T con una voz traducida en muestreo de 32 bits—. Hemos monitorizado sus cuatro últimos intentos de trascender, pero aún no se han obtenido resultados positivos.

—¿Sus últimos cuatro intentos? Pero... —Lamor hizo una pausa—. No teníamos noticias de tales experimentos.

—Nuestros asuntos sólo nos conciernen a nosotros y a los delvanos. No consideramos necesario informar de todos nuestros movimientos a su gobierno.

—Er... Por supuesto, lo entiendo —asintió Lamor, algo nervioso. Las relaciones del gobierno central con las Ramas de la Humanidad más distantes habían caído en un pozo de confianza mutua y poco más que mera simpatía tras la caída del Imperio, el gran ente unificador que se había derrumbado con la imposibilidad de utilizar el Metacampo para realizar viajes estelares instantáneos. Ni siquiera la tecnología de puentes Einstein-Rosen o los conductos Riemann habían podido mantener unidos planetas sitos a distancias inconmensurables a lo largo de la galaxia. Las Ramas más extremas eran las que antes se habían alejado del conjunto administrativo, y nadie quería desencadenar un guerra anexionista obligándoles a acercarse. No después de la última gran tragedia.

Esdan, atenta a las evoluciones de los extraterrenos en un segundo plano, observó algo en los callados Delvan. Al principio les miró sin saber qué era lo que estaba mal, pero luego

un leve movimiento del delvano de cabeza le hizo verlo con claridad. El pequeño alienígena se apartó un centímetro del Tercero que tenía a su izquierda, como molesto por el calor que irradiaba su traje-biocenosis. Esdan se fijó en unas marcas de quemaduras insignificantes pero presentes por todo el eje interior de las ruedas y parte del tallo de su cuello de visión.

Primero se le ocurrió que había sucedido un accidente a bordo del enclave de contacto, pero tuvo que desechar la hipótesis; el Delvan sabía perfectamente dónde colocarse para que la radiación del Tercero no le afectase... demasiado. Sus compañeros también mostraban, quien más quien menos, estas marcas térmicas.

La navegante afiló los ojos. ¿Qué significaban esas quemaduras? ¿Era tan necesario el contacto entre ambas especies que los delvanos preferían arriesgarse a sufrir daños estructurales a cambio de la valiosa ayuda de sus precursores evolutivos?

Se fijó en un delgado hilo que se acumulaba en un desorganizado ovillo bajo las ruedas del delvano más adelantado. Era plateado y tan fino que podría producir cortes tan sólo por el hecho de agarrarlo con fuerza. Quizás ésa era la manera en que los pequeños se libraban del calor residual que se acumulaba en sus delicadas articulaciones: disipación a través de un conductor térmico.

El holograma de la mascota-inteligencia, el alevín azulado, se movía nervioso sin saber qué hacer o dónde ir. Miraba intensamente al Delvan del hilo. Esdan se fijó en que la bolsa marsupial del delvano (que sabía llena de pequeños cilios prensores para manipular objetos) se movía como si estuviese manipulando algo.

T, que hablaba mirando fijamente a Lamor, decía en ese momento:

—Ahora la prueba se ha complicado, dada la singular situación de la Regina VV6. Los Delvan deben rebasar su escudo explosivo y alcanzar por sus propios medios la máquina evolucionadora.

—¿Máquina... evolucionadora? —inquirió Lamor, alzando una ceja. El cónsul Tercero varió unos milímetros su pose en el centro del biotopo artificial.

—La encontramos hace seis años estándar orbitando en el interior de la VV6. No sabemos quién la construyó o para qué, pero lo cierto es que sus funciones operan sobre todos

los cerebros basados en el intercambio de valencias eléctricas, mejorando notablemente sus sinapsis, concediéndoles un regalo. Una forma aleatoria de enfocar su progreso a partir del contacto inicial.

—¿Una máquina alienígena? —Lamor miraba a su esposa de hito en hito. La progresión evolutiva de las especies protegidas se llevaba a cabo mediante I+D ARN o, en el peor de los casos, dejando actuar a la selección darwiniana. Pero nadie había notificado nunca la presencia de una máquina de tales características—. No sabíamos que tal cosa existiera.

Los Terceros parecían regocijarse con su ignorancia.

—Nuestras investigaciones indican que lleva más de cincuenta millones de años oculta bajo las capas exteriores del astro. El momento en el que apareció parece coincidir con el ciclo estelar de fin del combustible pesado y comienzo de la contracción, aunque no sabemos si ambos fenómenos están intrínsecamente relacionados. Ahora que ya no existe el astro a su alrededor ha quedado al descubierto. Eso abre muchas puertas.

—Es increíble —musitó Lamor, pensando en muchas cosas a la vez, que venían a su embotado cerebro como una marea de prioridades incontenibles y superpuestas—. Debemos avisar de esto al Cúmulo. Es... no es... ¿qué es? —balbuceó. T cruzó mansamente sus doce dedos.

—Por ahora es preferible que no lo hagan. Si esta vez los Delvan tienen éxito, será el primer contacto directo con la máquina sin puentes E-R. Sería interesante para ambos contemplar los resultados. Tenemos gran interés en que su especie evolucione, en vistas a que su relación con nosotros se podría volver infinitamente más fructífera. Su genio con las computadoras es ya legendario, pero creemos que aún quedan muchas características especiales de estas pequeñas maravillas de la ingeniería genética por destapar. Y además nos pueden aportar valiosos datos destinados a reproducir la experiencia.

Y aplicarla a nosotros mismos, pensó Esdan, completando la frase del Tercero. Por eso tenían tanto interés en ayudar a los delvanos a cruzar la gran barrera de la deflagración de la VV6.

Contempló a Clarise de reojo. Deseó tener una terminal a mano para preguntarle

qué demonios le ocurría. Podía elevar la visera del casco, que se expandiría automáticamente hasta recubrir su cabeza y mostraría una pantalla de estado ante sus ojos, pero eso podría ser malinterpretado por los Terceros.

—¿Cuándo van a realizar la prueba?

—Ahora —señaló T, y se volvió hacia el campo de fuerza que hacía de pared, que cambió de configuración para aceptar vibraciones de láser y transformarse en una pantalla bidimensional. Sobre ella apareció un plano general de la nave Delvan, el esqueleto fósil del antediluviano estelar, que energizaba sus aspas de impulso y se dirigía a toda velocidad hacia la barrera de energía.

Lamor había pensado que los Delvan que tenía delante serían los encargados de realizar la prueba, pero vio que se equivocaba. Había varios grupos Delvan que acompañaban a los Terceros por motivos aún ignotos. En la pantalla, la nave aceleró hasta transformarse en una mota de polvo brillante, y pasaron a control por radar de larga distancia.

—¿Les han impuesto alguna restricción sobre cómo lo deben hacer?

El Tercero asintió.

—Utilizan una tecnología Riemann que no les pertenece, pero la nave en que viajan sí. Abrirán un conducto R a través de la presión de energía saliente para tratar de rebasar la barrera sin sufrir daños. Pero deberán hacerlo sin alcanzar una velocidad determinada, que hemos cifrado en dos segundos de Hipervínculo por debajo del espacio euclidiano.

—¿Una limitación en la velocidad? —preguntó Lamor—. ¿Por qué?

—Porque está en barbecho —aclaró T—. Desde que empezó la fase nova de VV6 hemos dejado que los Delvan intentasen rebasarla en varias ocasiones, lo cual ha dejado la frontera que apelmaza la velocidad óptima llena de interferencias. Debemos dejarla reposar hasta que su estado armónico se equilibre.

Esdan asintió, comprendiendo. Las raspaduras y llagas que sus impulsores dejaban en los túneles Riemann, como los fragmentos de hipercono que sus aspas se habían "traído" cuando ellos abandonaron el túnel, dejaban lesiones que resultarían peligrosas para otras naves que tratasen de usar el mismo conducto para desplazarse. Si el problema era tan grave como

para decretar todo un rango de velocidades en barbecho, significaba que los Terceros habían obligado a los Delvan a cruzar la barrera muchas veces, más de las que habían admitido. Con la consiguiente pérdida de vidas, imaginó.

El punto de luz que representaba la nave delvana en el radar se acercó a la barrera y aceleró. Todos contuvieron imperceptiblemente el aliento, viendo cómo describía lentas espirales de caída hacia el momento de máximo rozamiento. Planeaban atacar ese momento lateralmente, llegando a la barrera desde una dirección totalmente perpendicular a la de expansión y confiando en que la disipación de empuje les ayudaría a entrar.

El Tercero no parecía nervioso, pero sus ojos luminiscentes no se apartaban de la pantalla. Esdan, participando por primera vez en la conversación, preguntó tímidamente:

—¿Qué rasgo latente en concreto quieren despertar en los Delvan con este experimento?

El embajador encogió los hombros en un gesto extrañamente humano.

—Eso es lo de menos. Cualquier mejora nos puede servir, tratándose de tan... estimables criaturas.

T hizo un inocente gesto con su mano, aferrando el extremo del cable de disipación térmica del delvano que tenía a su lado, y lo atrajo hacia sí, como quien se asegura de tener bien atada a su mascota.

Abriendo mucho los ojos, con una expresión que hubiera asustado a Lamor si en ese momento hubiese estado mirándola, Esdan captó de golpe el significado de todo aquello. De la presencia allí de los Delvan, del dolor que les debían producir las quemaduras por tener tan cerca a los Terceros pero sin querer apartarse de ellos. De ese hilo áspero que se enredaría en su sensible eje si intentaban huir, raspando sus delicados músculos motrices y haciéndoles daño por dentro.

El periscopio del pequeño delvano se giró hacia ella, enfocándola con sus lentes y haciéndose tristemente partícipe de su descubrimiento.

Los Delvan no eran colaboradores de los Terceros.

Eran sus esclavos.

KeeK.

En ese momento la nave delvana alcanzó la barrera, acelerando para alcanzar el segundo de Hipervínculo que los situaría justo al extremo del límite de velocidad fijado por sus vigilantes. En uno punto siete segundos de Hipervínculo, la nave atacó a la nova desde una dirección geométricamente segura. El delgado hipercono les protegería durante picosegundos de la presión centrípeta, tal vez permitiéndoles pasar al otro lado. Esdan lo dudaba. Su experiencia como navegante estelar le dictaba que dos segundos enteros serían un buen escudo contra la radiación saliente, pero menos...

El antediluviano se estremeció en la pantalla de radar, notando las primeras perturbaciones. Vacilantes, sus pilotos retrasaron unas décimas su entrada; algo veían mal. Estaban inseguros.

Tras un instante, el capitán delvano pareció tomar una decisión de riesgo: atacarían la barrera perpendicularmente. Esdan negó con la cabeza, viendo cómo el destello rojo que marcaba la posición y trayectoria de la nave giraba hasta situarse con la proa apuntando a la perpendicular del movimiento de la barrera, y aceleraba de nuevo. Los Terceros vigilaron los indicadores, muy atentos a los límites que habían fijado. La nave delvana se acercó muchísimo a ellos, pero no los rebasó.

Entonces penetraron en la nova.

Su señal desapareció de la pantalla y todo quedó en silencio. Ambos cónsules esperaron, Lamor observando intranquilo la lejana esfera de la VV6 al natural, los Terceros esperando la transmisión que confirmaría la supervivencia del explorador delvano.

No llegó.

La joven navegante apretó la mano de su marido, sintiendo llegar la rabia. Éste no dijo nada, pero la miró captando su furia, y negó sutilmente con la cabeza: no era conveniente.

Esdan retrocedió, acercándose a la esclusa de entrada a su nave. El suelo de campos de fuerza vibraba con cada paso, dúctil pero intraspasable. El holograma de Clarise se colocó junto a su oído.

—¿Qué demonios te ocurre? —susurró la mujer, vigilando a los Terceros, que seguían concentrados en sus pantallas de datos. El alevín transmitió:

—Datos contradictorios ^ Admisión en registro de actualización siete punto punto .. ^ / Detecto un intruso en el sistema.

—¿Un intruso? —exclamo Esdan, más alto de lo que hubiese querido. Su marido se volvió hacia ella—. Malditos sean —musitó—; están tratando de entrar sin ser vistos.

El embajador Tercero la miró en silencio, y Esdan sintió que el fuego de sus pupilas ígneas incendiaba su alma. De repente la alcanzó la lástima contenida por el destino de los pobres Delvan. Acercándose a su marido, le susurró algo al oído.

—¿Ocurre algo? —se interesó el Tercero. Lamor le miró boquiabierto, sin saber qué hacer.

—Us... ustedes... —balbuceó.

—Están tratando de invadir nuestro sistema informático desde que llegaron —aclaró Esdan, endureciendo la voz y tratando por todos los medios que no temblara—. Nuestro ordenador detecta las señales de intrusión. Es un ataque.

—Creo que tenemos una ligera confusión idiomática. ¿A qué se refiere con "un ataque"?

Esdan iba a replicar cuando tanto ella como el embajador T se dieron cuenta de algo. Ambos miraron a la vez al delvano más próximo, el que tenía el hilo enrollado en su eje. Lamor se puso en pie, confundido, y se giró hacia su mujer para decirle algo cuando los campos de fuerza fallaron.

De repente se encontraron flotando en el vacío espacial. Tanto los humanos de la Primera Rama como los Terceros se llevaron las manos al cuello, en un acto reflejo por la falta de oxígeno, aunque las condiciones vitales de estos últimos estaban bien seguras dentro de sus campos de fuerza personales. Los cascos de los trajes de presión de los terráneos se

activaron, cubriendo sus cabezas y presurizándose en un veloz instante. La rejilla del enclave de contacto se plegó sobre sí misma, tratando de reconfigurarse para abrazar a los Terceros y protegerles del vacío.

Esdan y su marido se separaron. Él cayó hacia delante, hacia las profundidades del enclave, mientras la breve descompresión explosiva la arrastraba a ella hacia atrás. La joven rotó incontroladamente bajo la panza cromada de la Carabela, gritando órdenes a Clarise por el intercomunicador. De reojo, vio que una pequeña figura, más pequeña que su marido / uno, se había despegado también del grupo de los Terceros: era el pequeño Delvan, que colgaba al extremo de su cable plateado girando sus ruedecitas frenéticamente.

Se estaba asfixiando. El holograma de Clarise se movió a su alrededor como una rémora fantasmal.

Entonces la Carabela reaccionó. Clarise activó los campos de contención locales y atrajo hacia el casco a Esdan y al pequeño delvano. Lamor estaba demasiado lejos de ellos y quedó confinado dentro del enclave cuando sus tensores de metal se cerraron como las fauces de una bestia mitológica.

Haciendo presión con sus manos sobre el casco de la Carabela para dejar de rotar, Esdan miró furibunda al pequeño alienígena. El campo de fuerza de la nave había cortado el cable que lo mantenía atado a los Terceros, y ahora flotaba mansamente mientras Clarise hacía lo imposible para tratar de presurizar la región de espacio encerrada en la burbuja de fuerza. El Delvan movía apresuradamente lo que fuese que guardaba en su bolsa marsupial, ejecutando complejos movimientos con sus cilios manipulativos. Esdan se enfureció aún más, si tal cosa era posible.

—¿Qué has hecho, maldito? —gritó. El Delvan enfocó sus espejos hacia arriba, a la nave, y la compuerta se abrió.

—Debemos huir. Es peligroso —murmuró, en idioma universal pero con un acento muy forzado.

—Has entrado en nuestras computadoras y manipulado los campos de fuerza. Eres un asqueroso hijo de...

—La barrera se acerca. Tu hombre está a salvo. Darnos prisa.

—¿Prisa? —Esdan se acercó a él, penetrando a través de la esclusa hacia el interior de la Carabela. El holograma de Clarise entró con ellos—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué has hecho esto?

—Debemos huir. Es peligroso.

Las condiciones se normalizaron y Esdan retiró el casco de su traje. Trató de lanzarse sobre el delvano para arrebatarse la pequeña terminal que seguramente guardaba en el interior de su bolsa, pero chocó contra un campo de fuerza.

Confundida, con la nariz colorada por el golpe, siguió los contornos de la campana con los dedos: estaba atrapada justo sobre la esclusa de salida.

—¡Clarise! —chilló, mirando el esquivo holograma del alevín—. ¡Clarise, escúchame! ¡Tienes que liberarme y rescatar a Lamor, ¿me entiendes?!

—Los Terceros cuidarán del varón.

—¡Cállate, maldito bicho! —estalló la joven, golpeando el campo con fuerza. —Ellos no atacarán una nave consular del Cúmulo. Aquí dentro estamos a salvo. Prioritario completar la misión.

—¿Qué misión? ¿De qué me hablas? ¡Nos estás secuestrando y poniendo en peligro!

—Ellos no atacarán una nave consular del Cúmulo. Aquí dentro a salvo. Prioridad completar la misión.

—Maldito juguete genético. Como mi marido haya sufrido algún daño... —masculló Esdan, tratando de encontrar desesperadamente una salida. El delvano, completando su lapso de pensamiento circular, musitó:

—Los Terceros cuidarán del varón.

Y rodó hasta colocarse en una esquina de la bahía de desembarco, cerca de la salida. Habló con el alevín en voz baja y, para sorpresa de Esdan, de pronto estuvieron en el puente de mando. El circuito de hologramas lo reprodujo con tanto detalle que la navegante

creyó que habían sido teleportados por efecto de alguna magia alienígena.

El delvano introdujo unas coordenadas en la memoria de vuelo y Esdan sintió cómo las aspas R de la Carabela la separaban con velocidad del enclave del contacto de los Terceros, que había vuelto a abrirse en estrella.

Probablemente una configuración defensiva, imaginó. Pero... ¿hacia dónde se dirigían ahora?

—Completar la misión —aclaró el delvano cuando ella avanzó la pregunta —. Avanzar en el misterio de la evolución.

Esdan se tensó. El pequeño Delvan no había secuestrado su nave para escapar de sus amos; lo había hecho para tratar de superar la prueba por su cuenta.

—¿Quién eres tú?

—KeeK. Navegante y programador. Controlaba la rejilla informática del enclave hasta que las naves se unieron. Entonces me colocaron el collar.

La joven humana miró el extremo seccionado del cable y no pudo evitar sentir algo de lástima por el extraterreno. Pero su compasión duró poco:

—Escúchame. Entiendo vuestra situación y puedo tratar de hacer algo para arreglarlo por la vía diplomática. Pero esta nave está llena de personas, ¿sabes lo que eso significa? Hay doscientos dieciséis pasajeros durmiendo en sus nichos. No puedes poner en peligro sus vidas sin motivo.

—Completar la misión. Avanzar en el misterio de la evolución.

—¡Maldita sea, no...! —estalló Esdan, pero no pudo completar la frase. De un brusco acelerón la nave se propulsó hacia la gran barrera de energía de la nova. En el centro de la sala aparecieron unas cortinas de hologramas con todos los datos de la aproximación. Esdan no pudo evitar analizarlos mientras recobraba el equilibrio.

El enclave de los Terceros había vuelto a colocarse bajo la protección de su nave madre. No se alejaban del sistema pero tampoco trataban de detenerlos, lo cual sugería que el experimento, para ellos, aún seguía en marcha. Les dejarían tratar de sobrepasar la barrera.

Esdan pensó en su marido y apretó los dientes. KeeK hizo aparecer a su lado un indicador del sueño profundo de los tripulantes, junto a sus constantes vitales. De repente la joven temió por las vidas de todos ellos. El pequeño Delvan, bajo su aspecto de mascota esponjosa y cariñosa, podía muy bien esconder un asesino psicópata.

—Esto no es justo...

—Es lo que significa ser esclavo

Carecer de voluntad

Carecer de futuro y de esperanza

Sólo con el triste consuelo de avanzar hacia alguna parte que justifique
la tristeza

pero sin futuro

pero sin voluntad

Eso es lo que significa ser esclavo.

Esdan contuvo la réplica, mirando fijamente al Delvan. El pequeño había desenrollado el resto del cable que tenía atado a su eje, levantando unos centímetros las ruedas delanteras y haciéndolas rotar en el aire. Estaba levemente cubierto de sangre.

El holograma de Clarise, atrapado por los trucos digitales del Delvan, permanecía callado a su lado. *Su genio con las computadoras es ya legendario*, había dicho T.

La navegante pensó en todas las personas que dormían plácidamente confiando en que ellos resolverían cualquier emergencia y, muy a su pesar, claudicó.

—Muy bien, ya que nos has secuestrado de una forma tan eficiente, entraremos en la nova a buscar esa supuesta máquina alienígena. Pero lo haremos a mi manera.

Clarise.

—Los Delvan han fracasado porque trataron de hacer frente a la presión de energía saliente ocultándose en un hipercono Riemann de escasa velocidad —meditó Esdan, observando los indicadores digitales que flotaban en la cortina holográfica. El delvano aún no la había liberado, pero obedecía sus instrucciones al pie de la letra—. Si no podemos usar el rango declarado en barbecho por los Terceros porque peligraría la integridad de la nave, igualaremos velocidades. Necesito hablar con la mascota-inteligencia central —solicitó. El cuello del Delvan se contrajo unos centímetros, y tocó algunos mandos de su pequeña consola. Clarise volvió a recobrar su jovialidad.

—¿Sí, Esdan?

—Gracias a Dios, Clarise, estás aquí de nuevo. ¿Cómo vamos por ahora?

—Nunca me he marchado, Esdan. Por ahora la cosa va bien: nos acercamos a la esfera en expansión de la nova a un quinto de c y comenzamos a notar los choques contra las tormentas de neutrinos, pero las corazas aguantan. No puedo asegurar la integridad de la nave cuando nos acerquemos a la barrera a menos de un cuarto de millón de kilómetros salvo que entremos en un hipercono de dos segundos completos de desfase Riemann.

—El rango en barbecho.

—Tratar de atravesarla con menos es muy peligroso. Las tormentas atravesarían el casco con el efecto de una bomba de neutrones. Ninguno de ustedes sobreviviría. Yo podría completar sola la misión, pero eso no resultaría muy apropiado.

Esdan cruzó las manos detrás del cuerpo, en apariencia para ofrecer una imagen de capitán responsable como los que había visto en sus libros, en realidad para ocultar sus temblores.

—Vamos a atacar la onda de energía desde su misma trayectoria —decidió. Clarise se limitó a preguntar:

—¿Puedes especificar un rumbo?

—Elígelo. Nos acercamos justo hasta el perímetro y rebotamos contra él —pegó su nariz al campo de fuerza, esforzándose en ver bien los números de los holos—. Montaremos la ola a una velocidad sólo un poco menor que c , para que sea ella misma quien nos

alcance y rebase. Entonces giraremos para buscar el punto de inserción geométrica perpendicular.

—Esdan, no quiero que lo consideres un agravio a tu posición de mando — carraspeó Clarise, con voz relajada—, pero si giramos buscando la perpendicular de fuga mientras vayamos en la misma dirección que la onda, nos encontraremos de repente avanzando en el mismo plano que ella. Pasaremos mucho tiempo dentro del punto de máxima intensidad energética.

—Haz lo que te digo, Clarise, por favor. Usaremos los conductos en uno punto nueve segundos de Hipervínculo.

El Delvan la miró con sorpresa, pero no dijo nada.

La Carabela aceleró a velocidad próxima a la de la luz en un instante progresivo y se colocó de espaldas a la onda, para huir después casi con la misma celeridad que ella. Esdan observó la pantalla de radar (que usaba emisiones de partículas más rápidas que los fotones, ya que si no, aunque enviasen señales jamás podrían volver a recogerlas) y vio una pared infinitamente extensa de rabiosa energía en expansión que llenaba el espacio en todas direcciones, y que se acercaba a su popa como un océano de muerte y olvido, un océano cuyas olas podían arrastrar planetas y hacer desaparecer civilizaciones enteras.

El delfín salió de la nave y, al menos su conciencia, cabalgó delante de ella convertido en un ascua de información digital que recogía datos sobre la agresiva cromosfera del fenómeno. A tan escasa distancia de la barrera, eventos relacionados con las fuerzas nucleares débiles se ponían en evidencia extendiendo su influencia a escala macroscópica, como si la Carabela fuese un minúsculo quark danzando alrededor de un gigantesco átomo de fuego. Todos los holos mostraban lecturas instantáneas y a veces contradictorias. Las aspas de impulso R vibraban tratando de atraer la química de la barrera: el impulso R dejaba un vacío en el espacio einsteiniano que éste trataba de rellenar siempre con materia o energía comunes, pero al ir avanzando a la velocidad de la luz, que era una constante, la barrera no podía acelerar ni siquiera localmente fragmentos de sí misma para rellenar ese hueco, lo que provocaba curiosas manifestaciones: el espacio perdía energía y llegaba al umbral de fluctuación estocástica, creando conos de vacío comprimido llenos de energía negativa.

Esdan se aferró a las barras laterales de la esclusa, manteniendo el equilibrio. Toda la nave vibraba con espasmos incontrolados. KeeK giró sus ruedas y se encajó en una esquina de la bodega, abriendo su bolsa marsupial. De ella extrajo sus cilios. Era la primera vez que la joven los veía, enroscados en torno a un micropad que contenía un cerebro fotónico, la herramienta con la que había "secuestrado" a Clarise. Ahora los utilizó para afianzarse a las paredes.

Para sus adentros, Esdan seguía imprecando y maldiciendo y preguntándose cómo se había metido en aquel follón. Nada de aquello debería haber sucedido: los Delvan eran un pueblo sencillo y pacífico (o eso se habían imaginado ellos), y monitorear su prueba de madurez un encargo sin complicaciones. Ahora huían de un proceloso mar de llamas cuánticas a bordo de un bajel cuya escala lo hacía parecer minúsculo e indefenso, tratando de encontrar una máquina alienígena. Era absurdo.

De reojo controló en el radar la muesca que señalaba la nave de los Terceros, inmóvil en su posición sobre el planeta. La miró como si pudiera de alguna forma hacerle llegar a Lamor un mensaje de esperanza. Tal vez él estaría ahora haciendo lo mismo.

Las paredes crujieron y algunos bártulos de la bodega fueron lanzados por el aire, pegándose a ellas en virtud de concentraciones locales de magnetismo. Sus cabellos se pusieron de punta y, cuando uno de estos epicentros imantados pasó a través de ella, Esdan gritó; pequeños latigazos de arcos voltaicos recorrieron sus dientes y el espacio entre sus dedos, quemándola con cosquilleos galvánicos. El Delvan tampoco se libró de los fenómenos, e hizo desaparecer el periscopio ocular dentro del cuerpo para tratar de proteger los delicados espejos omatídicos.

—¡Clarise! —gritó Esdan, acercando las puntas de sus dedos al suelo, único lugar metálico a su alrededor no cubierto por el campo de fuerza, para tratar de descargarse—. ¡Infórmame de nuestra posición! ¡No veo las consolas!

—Estamos a uno punto ocho segundos de Hipervínculo y aumentando la velocidad. Nos acercamos al umbral de peligro.

—¡Acelera más! ¡Debemos ajustar todo lo posible la profundidad del hipercono! ¿Detectas ya el apelmazamiento de la barrera?

El alevín negó con su cabecilla azulada.

—Es extraño, pero no parecen desarrollarse reacciones más inusuales que las esperadas. Es como si en el exterior, hablando dentro de los parámetros de máxima inestabilidad que provoca el horizonte de sucesos de una nova... todo fuera bien.

Esdan se extrañó. Ya deberían haber empezado a detectar las anomalías que producían los hiperconos sobrecargados. Allí había algo que no cotejaba.

La nave fue alcanzada por la onda. Los campos de contención brillaron al máximo de su potencia, y apenas bastaron para deflectar la fuerza de la energía entrante. Algunos paneles volaron por los aires, y Esdan se encontró de repente rezando porque ninguno de los sistemas de supervivencia de los tanques fríos fallase. Aunque hubiera querido evitarlo, el Delvan aún mantenía bajo su control a Clarise, y la nave era suya. Podía obligarles a ir donde quisiera. Ella debía evitar que eso desembocara en un desastre.

A una señal de la capitana, giraron noventa grados perfectos para beneficiarse de un curioso efecto geométrico de expansión de ondas, la deflagración perpendicular. Durante largos segundos trazaron senderos a lo largo de la barrera cortando los sinusoides como un pez dejando estelas en el mar, avanzando en una lenta espiral que seguía el ritmo de la nube. Esdan vio que su trayectoria zigzagueaba en la pantalla, pero ella no sentía la inercia de los cambios de dirección.

—La nave está sufriendo muchos daños —notificó Clarise sosegadamente—. No vamos a resistir mucho tiempo más.

—¿Por qué nos desviamos de la ruta? Estamos zigzagueando, Clarise.

—Incorrecto. Seguimos siempre rectos, lo que ocurre es que la geometría del espacio cambia. Nuestra posición respecto a nuestro horizonte no varía, pero el horizonte en sí mismo sí lo hace.

—Está bien. Acelera a dos segundos. No nos podemos arriesgar a perder la Carabela por tan escaso margen —concluyó Esdan, uniendo las cejas en un gesto de determinación. La computadora protestó:

—Según los Terceros es muy peligroso. Hay muchas...

—Haz lo que digo y cállate —acotó la joven. Deseó que Lamor hubiese estado allí para sostenerla si caían.

La nave aceleró y penetró en un hipercono completo de dos segundos. El impacto de las partículas contra el blindaje disminuyó, pero una nube de chispas recorrió la cabina de mando, destrozando algunas consolas. Su reproducción holográfica la mostró al actualizarse.

Pero no estallaron.

Al momento de entrar, los sistemas de diagnóstico dieron luz verde en todas las lecturas; el cono se mantenía estable.

Esdan y el Delvan se miraron en silencio. Éste sacó su periscopio de entre los cuádruples hombros y lo elevó unos centímetros, arriesgándose a mirar fuera de la atalaya de su propio cuerpo.

Aún estaban allí.

—¿Clarise? —preguntó Esdan, preocupada.

—Estoy bien. Hemos alcanzado el interior del hipercono. Parece estable.

La navegante frunció el ceño. Eso no era lógico. ¿Dónde estaban los equilibrios machacados de los que había hablado T?

Entonces la vieron. Era otra nave, aún lejos pero en acercamiento. No, la nave no se movía de su punto de referencia; era la Carabela la que entraba paulatinamente en la sección del hipercono que ella definía.

Esdan no había visto nada igual en su vida. Se asemejaba lejanamente al transporte delvano construido a partir de un fósil gigantesco, sólo que éste parecía no haber salido nunca del huevo. Su perfil se curvaba sobre sí mismo de forma que permanecía encerrado en una concha, llena de marcas y relieves como huesos momificados. Medía el doble de longitud que la Carabela, y sólo una pequeña abertura octogonal hendía el casco sin puertas ni campos de fuerza que la mantuviesen a resguardo del exterior.

La Carabela se acercó lentamente, casi con reverencia. Esdan sentía la presión del sostenido silencio en que habían caído, un silencio diferente del estruendo de la

catástrofe en la superficie de la nova. Buscó un muelle de anclaje y lo vio, pero no distinguió ningún puente de mando ni aberturas con forma de ventanucos en el casco. Era el navío más aberrante que había visto jamás.

—¿Qué demonios es *eso*? —preguntó. El delvano explicó:

—Primera nave exploradora delvana. Perdida en la estrella. Los Terceros no quisieron que la viésemos...

...e interrumpió su ciclo de pensamiento. Lo que sus espejos captaban se sobreponía a cualquier cosa que pudiera pasar por su atareado cerebro en ese momento.

Esdan entendía por qué.

Tlalt.

Las dos naves se unieron como animales en celo y el apéndice de contacto de la Carabela se introdujo delicadamente en el muelle de la delvana. A través de él bajaron Esdan, enfundada en su traje de presión, el pequeño Delvan, rodando calladamente a su izquierda, y el holograma saltarín de la mascota-inteligencia. El hipercono se mantendría estable al menos media hora más, tiempo que habían reservado para tratar de reconstruir su propia versión del puzzle.

Había luces brillando en casi todas las secciones. Los pasillos eran anchos, lisos y sin esquinas, preparados para tolerar el paso de varios carriles de tripulantes y el mantenimiento de sus velocidades al girar o cambiar de nivel. Las puertas, bajas como los techos, obligaron a la única humana de la expedición a andar constantemente agachada, casi gateando. De vez en cuando se abrían unos nichos cúbicos en las paredes con estrías paralelas en el suelo, lugares donde encajar las ruedas de los tripulantes en fases de aceleración o, simplemente, para dormir sin derivar, momentos en los que los músculos de sujeción de sus ejes tendían a relajarse bajo cuadros clínicos de estrés o hipertensión. Esdan recordaba los datos y se iba imaginando a los pequeños seres locomotrices a su alrededor, rellenando aquellas calles-

dormitorio ahora vacías.

Llegaron a un elevador. KeeK les invitó a pasar delante y activó los controles. Notaron un suave aplastamiento y cruzaron una decena de cubiertas en pocos segundos. Cuando la máquina se detuvo, Esdan no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Estaban en el puente de mando, un lugar que más bien parecía una enorme pista de pruebas para vehículos estrambóticos. Todos los controles y paneles estaban desactivados, pero las luces de emergencia seguían encendidas. En el centro de la sala, completamente inmóviles, les esperaba un grupo de ocho Delvan. Vestían ropajes fluorescentes (ahora que Esdan caía en ello, el pequeño KeeK estaba desnudo), y sus bolsas marsupiales se agitaban con cierto nerviosismo. Pero, pese a que no se sorprendieron de su presencia allí, ninguno hizo esfuerzos por iniciar una conversación.

La joven miró sus periscopios, los ojos lenticulares que jamás parpadeaban, y sintió que la inseguridad hacía mella en su interior. ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? ¿Qué se supone que debía decir en un momento como ése? Ninguno de los héroes de sus libros se quedaba pasmado ante una situación de primer contacto. Todos tenían siempre algo que decir.

Ella no.

Tras un largo minuto, KeeK por fin se adelantó. Ejecutó una extraña reverencia, sosteniéndose un segundo sobre la rueda de atrás y haciendo girar las otras en vacío, y les habló a los suyos en su idioma. Esdan parpadeó, perdida ante su jerga de sonidos armónicos, y pidió a Clarise que tradujera.

—Los datos son imprecisos —susurró el delfín en el intercomunicador—. Hablan, pero me da la impresión de que me estoy perdiendo la mitad de la conversación. No capto el reflujo de pensamientos, sólo frases sueltas... espera, ya lo tengo —corrigió.

—¿Clarise?

—Sí que hay reflujo —aclaró el delfín—, lo que ocurre es que lo están incluyendo sobre la marcha: cada frase que pronuncian tiene sentido leída en ambas direcciones. Espera que adapte el traductor —una pausa—. Ya está. KeeK está excusándose por la intrusión, e informa a los otros de lo que ocurre en el exterior de la nova. Al parecer, esta nave fue un

primer intento de evolucionar que los Delvan realizaron de modo unilateral, sin informar a sus amos. Hubo un ataque. —El delfín parecía muy interesado en la veloz conversación a dos niveles que mantenían los delvanos—. Trataron de huir. Los Terceros bombardearon esta nave con panales de antipartículas. Daños estructurales y lógicos. Quedaron atrapados dentro del hipercono...

—...A dos segundos de profundidad —concluyó la joven, tensando los labios. Todo parecía muy claro de repente. ¿Cómo habían sido capaces los Terceros de hacer una cosa semejante?

—Pero no les atacaron al comienzo de su maniobra, sino al *volver* —precisó el alevín—. Estos delvanos entraron en contacto con la máquina alienígena, y por algún motivo los Terceros no les dejaron regresar.

—Quiero dirigirme a ellos, Clarise —pidió Estdan.

—El jefe parece que se llama TlalT. Es el que nos observa desde el puesto más alejado de la consola. Sabe que estoy traduciendo.

Como si supiera que estaban dirigiéndose a él, el aludido se separó de los suyos, rodando hasta situarse a un metro de los terráqueos. Se hizo un silencio repentino, y la navegante sintió que se le erizaba todo el vello del cuerpo. Entonces, el pequeño Delvan habló:

—La traición de los Terceros.

Nuestro destino como especie puesto en peligro por la intrusión de la máquina.

—¿A qué se refiere? —dudó ella.

—Los Terceros usaron la máquina repetidas veces sobre ellos mismos, forzando los límites. Nosotros éramos los mensajeros de la recombinación nucleótica. Su grupo mutó, alejándose del patrón de su propia raza.

La traición de los Terceros.

—Clarise...

—Estoy traduciendo del fuente en su idioma. Según parece, ellos eran

simples vehículos para las mejoras genéticas. Los Terceros no querían arriesgarse a entrar en contacto con la máquina, pero se dejaban... ¿cómo se traduce esto? Ah, sí: infectar.

—¿Infectar?

El holograma danzó a su alrededor, mientras los delvanos cuchicheaban rápidamente en su idioma.

—El grupo de Terceros esclavista se ha desligado de la rama principal. Su aceleración evolutiva se ha potenciado increíblemente en los últimos años gracias a la máquina. Pero hubo un último cambio que no quisieron aceptar.

—El último viaje de los Delvan...

—Correcto. En el último contacto trajeron algo que constituía a la vez un paso evolutivo más y un peligro enorme para esa rama de Terceros.

—Pulsaron hasta el extremo —susurró TlalT;

La máquina es sabia, completó el camino y volvió atrás.

Reflujo de complejidad estructural del ADN alterado.

El genoma mutado es nocivo para las antiguas estructuras, pero ellos no supieron ver su lógica.

La máquina...

Un temblor en sus ruedas lo desequilibró tanto que tuvo que parar. Las articulaciones de metal de la nave se convulsionaron. Esdan reconoció el efecto de los armónicos; había sentido lo mismo cuando la avanzadilla de los Terceros se había abrazado por primera vez a la Carabela.

Era el enclave de contacto. Les habían seguido hasta el interior de la nova.

Una pared desapareció en medio de una explosión y la frontera luminiscente de unos campos de fuerza entró como agua derramándose en un recipiente sin aire. Las nubes rojizas del nicho ecológico portátil de los Terceros entró después, deteniéndose a escasa distancia de los asustados Delvan.

La terráquea y el alevín retrocedieron, pero los otros se mantuvieron

orgullosos en sus puestos.

Por el orificio entró Lamor, aún vistiendo su traje espacial y con el casco puesto. Esdan corrió hacia él, y se aferraron el uno al otro en un largo abrazo contra un fondo de llamas y estirados seres recubiertos por campos de fuerza. En medio de un silencio sepulcral, los Terceros entraron en la nave.

—¿Estás bien? —preguntó Lamor, acariciando a su esposa en el pelo y las mejillas como si no la hubiese visto en años. Ella asintió, indicándole que podía quitarse la escafandra.

—Muy bien. La nave no ha sufrido averías.

—¿Te ha hecho daño ese...? —no completó la frase. Esdan miró a su marido / dos con cierta perplejidad, pero se dio cuenta de que para él, a todos los efectos, ella había sido secuestrada. No conocía más.

Iba a replicar cuando el embajador de los Terceros se adelantó justo hasta el extremo del campo de fuerza. A su lado, el aire y la presión cargados de energía térmica y partículas inestables rugían furibundos, contenidos sólo por la presencia allí de los dos humanos. De no estar ellos, los Delvan haría tiempo que estarían muertos.

El embajador no apartaba la vista de TlalT, el cual irguió su órgano visor, orgulloso.

—La máquina nos ha hablado —comenzó, inseguro. Los ojos del Tercero eran dos ascuas inmisericordes—. Ha cambiado el curso de la evolución progresiva.

Todo lo que avanza acaba por retroceder.

Todo lo que comienza acaba por terminar.

(Aquí hizo un esfuerzo supremo para *contrapensar*, volver de nuevo al comienzo de las proposiciones, rompiendo el *tempo* con nuevas ideas asimétricas):

Abusasteis de los ciclos evolutivos de la máquina. Ella... completó el reflujo. El siguiente... paso... en vuestro cam... cam... camino. Retornar al origen.

El sacrificio.

La máquina os ha hablado —concluyó, y el sarcasmo que acompañaba a sus pensamientos pudo oírse incluso a través de las barreras idiomáticas. Los demás Delvan, incluyendo al pequeño KeeK, rodaron hasta colocarse a su lado, terriblemente asustados.

Sabían que iban a morir.

El embajador meditó unos segundos, sin decidirse a actuar, y luego miró a los humanos. Esdan y su marido retrocedieron un paso, igual de confusos. Los Terceros no dejarían sin castigo el insulto de la joven raza no evolucionada, sus *esclavos*, ni siquiera en concesión a la presencia de aquellos espectadores.

T dio un paso. Los Delvan temblaron, encogiendo unos centímetros sus cuellos.

El embajador alzó la mano para matar.

Y, en cuanto rozó al jefe de los delvanos con su diestra protegida por letales campos de fuerza, incinerando parte de su piel y convirtiendo sus músculos tensores en masas negruzcas y malolientes, algo ocurrió: su brazo se retiró como si hubiese tocado algo venenoso para su química.

Y así parecía. A través del campo de fuerza, el último regalo de la máquina a los desesperados ciclos de evolución de los Terceros alcanzó su cuerpo, extendiéndose como un virus que mataba el biotopo y convertía sus miembros en cenizas.

—*No!* —Esdan, entendiendo lo que sucedía, sólo vio que un humano (aunque fuera un Tercero) estaba a punto de morir. Se lanzó hacia delante, colocándose entre T y el delvano, pero fue inútil.

El embajador gritó. El resto de sus compañeros de raza retrocedieron, viendo caer muerto al Delvan sin entender lo que pasaba. KeeK miró a la joven con odio, pero entendió su traición, su intento por proteger al esclavista torturador. Al fin y al cabo, los Terceros eran también humanos.

—Vamos...

Esdan agarró a Lamor del traje y lo arrastró rumbo a la salida, al túnel de acceso que llevaba a la Carabela.

—¿Qué ocurre? —protestó él. Su mujer le empujó hacia el elevador automático.

—No te preocupes por ellos. Ahora es un asunto entre sus dos especies; nosotros no tenemos nada que hacer aquí.

Pero un figura se les interpuso. Era KeeK.

Detrás de él los delvanos del grupo superviviente se lanzaban contra los cuerpos de los Terceros, muriendo al estrellarse contra sus potentes corazas. Pero, por algún misterioso motivo, el virus sí que las sorteaba. Y por cada delvano que caía uno de sus amos se desplomaba también, en una suerte de rueda mortal de venganzas y desquites por arcaicos ultrajes.

Esdan sorteó a su secuestrador sin hablarle, entendiendo que ya no restaba nada más que ellos pudieran hacer para arreglar el desastre, cuando éste le arañó. Fue un roce de sus cilios en la cara, y la navegante descubrió que éstos en realidad acababan en diminutos garfios prensores.

—¿Qué haces? —chilló, llevándose la mano a la herida. Un leve corte cruzaba en horizontal su mejilla.

—Es la clausura del círculo.

Al final de toda carrera espera la muerte, la disolución en la nada.

(Contrapensó)

Ahora la responsabilidad... respon... ahora...

Es... vuestra. De vuestra especie.

Y se lanzó hacia el enemigo más cercano, calcinándose contra sus protecciones energéticas.

Esdan.

Los dos humanos y el holograma del alevín alcanzaron la Carabela en un tiempo inusualmente corto. Mientras corrían hacia el puente, Esdan le gritó a Clarise las órdenes de partida y el ordenador retiró los anclajes que los mantenían sujetos a la nave delvana.

El enclave se había cerrado sobre ellos como una enorme y vacía red de metal. La Carabela luchó por liberarse de su abrazo y, no sin cierta dificultad, lograron retroceder avanzando, esperando hasta que la geometría del espacio cambiara para que *delante* fuese *atrás*, y quedar libres de su zona de influencia.

Al llegar al puente, Esdan saltó de cabeza contra la consola.

Flotó con un impulso que la llevó a situarse frente al panel de sensores. Sin desviar la vista de los indicadores de estabilidad del hipercono, que rápidamente se desplazaban hacia las peligrosas regiones de sobretolerancia, ordenó:

—¡Clarise, sácanos de aquí! Abandonamos el conducto Riemann en t menos cuatro segundos.

—Podemos acceder al interior de la esfera en lugar de a su exterior —sugirió la mascota-inteligencia—. La mera existencia de la máquina alienígena es lo suficientemente importante como para arriesgarnos a un acercamiento.

En la pantalla de radar era reconstruida en tiempo real una imagen del espacio interior de la nova. Éste era un gigantesco hemicíclo hueco, una pared oscura (su luz había perdido demasiada energía al regresar), con los restos de la nube calcinada de la estrella en su centro, aún esculpidos por la explosión en formas espinosas.

Y en un punto de caída lenta hacia los intervalos Lagrange de las órbitas de basura del astro, había algo.

Era un objeto de casi un kilómetro de diámetro con una forma aberrante y confusa para los instrumentos, como una mancha solar desligada del astro por la fuerza de la detonación. Se movía en direcciones erráticas al son de extraños caprichos internos como si poseyera vida propia.

La máquina.

Esdan la contempló durante larguísimos instantes, mientras Clarise esperaba

su respuesta. Algo en su interior le decía: estás viendo algo que no se repetirá en la historia de la humanidad. Algo insólito y poseedor de secretos capaces de cambiarlo todo para siempre, que grita por ser descubierto y aprovechado.

Pero en su nave había más personas. El resto de los miembros de su grupo de contacto diplomático, destinados a cumplir importantes misiones en mundos lejanos, a mediar en conflictos innumerables. No podía poner sus vidas en peligro por un sueño, no más de lo que las circunstancias los habían puesto ya.

Esdan sintió ganas de llorar, contemplando la lejana máquina. Aquello era lo más cerca que podría verla jamás, antes de su caída en el corazón de la estrella moribunda. Solo Dios sabía lo que ocurriría después.

Tomando aliento, la joven apartó la vista de la consola y ordenó a Clarise activar los impulsores.

La Carabela abandonó el hipercono segundos antes de que éste se colapsase, entrando en fase de saturación. Navegar a su través en las próximas dos o tres décadas sería muy peligroso para cualquier tipo de navío.

El enorme transporte anillado de los Terceros, del que había partido el enclave, les esperaba a una UA escasa de la barrera. Tenían apenas siete minutos para salir de allí antes de ser pulverizados.

—Solicitan hablar directamente con los cónsules Primeros —anunció Clarise—. Piden explicaciones sobre todo lo ocurrido y preguntan por el enclave.

Esdan consultó a su marido.

—Debemos dar nuestra versión de lo ocurrido —asintió éste, algo nervioso—. Aunque la culpa haya sido de los Delvan, en cierta medida nosotros también estamos involucrados. Como cónsules expertos, jamás debimos dejar que las cosas hubiesen acabado así.

Pero la joven dudaba de que el asunto hubiera acabado del todo. Se tocó la herida en la mejilla, y de alguna forma supo que ella también estaba infectada con el virus de la extinción, la misteriosa muerte que acabaría con aquel grupo de Terceros ultraevolucionados.

Había sido KeeK, tal vez para castigarla por haberse interpuesto tratando de

salvar la vida de T; por haber concedido en aquel momento decisivo una mayor importancia a la constante biológica que distinguía a su especie por encima de los dilemas morales. Al yugo del cuarteto de elementos fundamentales, C, H, O y Nitrógeno que enlazaban las Ramas humanas por encima de los más radicales cambios evolutivos. Tal vez para castigarlos a todos. Sus manos podrían ser ahora portadoras de la muerte para el grupo de esclavistas que torturaban a los Delvan y les ayudaban a mejorar sólo en la medida en que podían serles útiles. Podía llevar consigo el siguiente paso en el avance que la máquina había dispuesto para ellos, y que se negaron a aceptar.

Pero Esdan no era una asesina. No podía liberar una epidemia que desembocaría en genocidio, en miles o millones de individuos muertos.

Recordó a los Delvan, a sus cuerpecitos quemados por la cercanía de los campos de fuerza de sus verdugos. En la pantalla, el enorme transporte de los Terceros abrió sus fauces, dispuesto a tragárselos como una ballena de cuento de hadas.

Esdan se abalanzó sobre la consola de control de maniobra, ordenando a Clarise que indujera potencia a las aspas de impulso ante la estupefacta expresión de su marido, y evitó sus ojos. No tenía respuestas, aún no. Los Terceros se ofenderían, tratarían de perseguirles para aclarar el incidente que había acabado con una de sus naves, pero eso era el futuro inmediato, y en su abotargada mente aún no había sitio para él.

Mientras ignoraba las confundidas protestas de Lamor, Esdan creyó escuchar en su cabeza algo de lo que jamás se liberaría: El continuo ir y venir de una risa cadenciosa.

Bisturí

Florencia Rodríguez, María

Gregorio abrió los ojos. Su respiración era agitada. Se encontraba de pie en medio de una sala iluminada, y sin mirar mucho a su alrededor, sólo tuvo una cosa clara desde el primer momento: tenía que sobrevivir.

Defenderse era prioridad. Observó lo que tenía más cerca; mesitas con ruedas, una blanca y precaria cama en frente suyo. Sin hacer caso al panorama, o a los sonidos que estaba comenzando a escuchar, supo que estaba en algo parecido a una sala de internación general de un hospital.

Los sonidos que llegaban a sus oídos comenzaron a tomar forma; eran voces humanas, pero no llegaban a articular palabras, sólo ruidos.

Todo ocurría rápidamente. En milésimas de segundo parecía que a Gregorio se le iba la vida. Miró hacia la derecha e izquierda, y entonces los vio: infectados. El lugar estaba lleno de ellos.

Como en una pesadilla, de todas las camas a su alrededor, que eran unas cuarenta, se levantaban infectados en sus batines blancos amarillentos, todos con una edad avanzada, emitiendo sonidos de ultratumba y acercándose lentamente a Gregorio. El olor que emergía de la masa de seres contaminados, infectos, mezclaba orín con suciedad, formol y podredumbre. Al observar sus bocas, podía distinguir desde esa distancia (la cual era solo un par de metros) que tenían dientes amarillentos, amarronados, asquerosos.

Sin dudarlo ni un segundo más, con un pavor desmesurado y estremeciéndose con la sola idea de que los infectados lo alcanzasen, Gregorio tomó lo que tenía más a mano: un soporte hospitalario de suero.

Resonaban en su cerebro las voces agónicas de los infectados acercándose a donde él se encontraba, lentamente pero en masa, justo al medio de la sala de internación. El hombre no sabía por qué, pero él no se encontraba en el estado de esos seres, y apenas si llegaba a la mitad de la edad que aparentaban las "personas" que seguían aproximándose...

Y entonces estos individuos inmundos comenzaron a abalanzarse hacia Gregorio. Con terror, el sujeto comenzó a golpear a todos los que se encontraban cerca. Entre sonidos de voces sin modular, batió el soporte de suero caóticamente, aporreando a esos viejos olorosos, infectos, y antinaturales. Pero cuando se dio cuenta de que la ola de aproximadamente cuarenta vejestorios era demasiado para él, buscó con la mirada, a velocidad, algo que pudiera servirle para defenderse, pero defenderse en serio.

Entonces, levantando el cuello al tiempo que no dejaba de golpear a cuanto infectado se le acercara, divisó en el extremo de la sala una bandeja con instrumental quirúrgico abandonada. Un brillo prometedor dio paso al descubrimiento de que allí, esperándolo para salvar su vida, se encontraban un mango con hoja de bisturí del número 24. Sin preguntarse por qué sabía esa información específica, se abrió paso entre la horda de infectados, zurrando a todos los que se interponían entre su salvación y él.

Cuando llegó al bisturí, sin vacilaciones, lo tomó con firmeza y, gritando frenéticamente para descargar las tensiones, comenzó a cortar yugulares a diestra y siniestra. La sangre caliente de los infectados comenzó a salpicar todo, la bandeja de instrumental, a otros infectados, el piso, las camas, la bata blanca de Gregorio.

—¡Doctor Gregorio! ¿Qué está haciendo? ¡Está loco! —vociferó con terror una voz femenina.

Una enfermera había entrado para encontrarse a todo el pabellón de ancianos en recuperación de Covid-19 teñido de sangre, con casi la mitad de los pacientes muertos, otros tantos agonizando, y algunos pocos magullados que se habían refugiado en el fondo comenzaban a modular sus voces en la mente de Gregorio, quien empezaba a oír palabras... empezaba a escuchar cómo ellos contaban que el doctor estaba caminando por la sala, haciendo la revisión matutina, cuando se quedó quieto unos minutos y de repente se puso hecho un demente, repitiendo la palabra "infectados" como un poseso.

Mientras la policía se llevaba a un aún confundido Gregorio, sus colegas desaprobaron el hecho de que los hicieran seguir trabajando sin dormir por días por culpa de ese maldito virus. El pobre doctor llevaba 96 horas sin dejar de trabajar, sin pegar un ojo. Al parecer, la falta de sueño les afectaba más de lo que todos pensaban.

Ayer sera otro día

Miño, Jorge

—Bienvenido al periódico. ¡Preséntese en el departamento de fotografía!, allí aguzará el ojo y calmará los nervios, luego veremos —ordenó el director de personal.

Mi jefe era un tipo regordete con holgadas camisas de franela cuadriculada y estaba más ocupado que plomero en submarino, pero se daba tiempo para dar palmadas en la espalda en señal de apoyo. Me confió una Minolta Cube, del radio de una moneda de un centavo que la ajustó a mi frente. Para accionarla se debía pensar en la frase clave, que la cambiaban cada día. Funcionaba como un santo y seña militar. Me destinaron a la sección Obituaria. Debía tomar las fotos de los agonizantes o a escasas horas de fallecer, porque en ese lapso aún no se desintegran los recuerdos.

El periódico contaba con una antigua, pero solvente, central de monitoreo anímico en que ubicaban, a los tipos que estaban por morir; así llegábamos con minutos de anticipación para registrar los aciagos eventos.

El periódico ya no calmaba el mórbido apetito de los lectores con simples coágulos en el papel. Ahora se publicaba el último pensamiento de las víctimas en su manera gráfica original. Aparecía en las contraportadas y se vendían quincenalmente en cromos coleccionables y el álbum, por supuesto, lo editaba el periódico; negocio redondo.

Me correspondió también fotografiar delfines, ballenas, lagartos, seres de los cuales las masas mostraban especial interés en conocer aquellas imágenes o rudimentarios pensamientos que ocupaban sus cerebros al morir. Sacrificábamos, en secreto, animales elegidos para tener material cuando afuera escaseaba. Hice muchas fotos de este tipo, pero la que me dejó profunda marca fue la de un ama de casa que vació su ametralladora sobre unos asambleístas en ciudad Alfaro y luego de ser alcanzada por un proyectil de la guardia de corps, se desangraba en la vereda.

Llegué con anticipación. Había llovido, los espejos de agua reflejaban la

hemoglobina, las luces blancas de los edificios y los destellos naranja de los autos. "Vive en tu mundo. Juega en el nuestro"; dije el slogan del patrocinador y se encendió la cámara. Fotografíé su último pensamiento antes de que exhalara. En el cuarto de revelado me pasmé: la foto trataba de la receta para la preparación de pan con higos. Con esa ganaba el Pulitzer y por el mérito fui transferido a la oficina de Redacción y Saltos al Arcano.

—Mr. A.B. El Oltt Newspaper le da la bienvenida a su nuevo despacho. Usted está en el centro de la curva cerrada y el área excluyente, el espacio a veinte metros de su oficina, lo compone el disco duro, ahora en estado líquido (máquina apagada). Su tarea es viajar y hacer las correcciones.

Cuando se hace el viaje desde esta burbuja; se debe cerrar las otras ventanas de navegación porque se corre el riesgo de mezclar las cosas; ya hubo antecedentes en un compañero que investigaba los bombardeos nazis sobre París y debía hacer una corrección menor: poner las tildes en un párrafo social y cargar el cyan de una foto. Sucede que apareció el idiota, en la sala de pre prensa, a las tres de la mañana, de un lunes fatídico, para exigir que carguen el cyan al cien por ciento en una foto en duotono de Neofrasto Isch, el cómico solar. El pelotas no apareció solo sino que trajo consigo, en una nube metálica, a los bombarderos que liberaron su carga y convirtieron en caca de mono el edificio, junto con el espacio involucrado en seis manzanas a la redonda. El periódico envía a corregir unas tildes y un idiota les vuela la cara. Sardónico el asunto. La noticia fue publicada en un periódico paralelo de menor tiraje, el RPN (REALIDADES PARALELAS NEWS) de Cuenca, donde el aceite es la crónica insólita. Título: LOS ALEMANES OTRA VEZ. Subtítulo: Bombas dan un salto retrospectivo y aniquilan el Oltt Newspaper.

—¿Cómo es posible que si se destruyó el edificio sigamos trabajando en él?

—Simple. Enviaron a dos tipos a corregir ese error. No han vuelto. Por eso quedó está vacante. Habían dejado de existir todos los compañeros y solo se salvó un bodeguero, que estaba de comisión en Tulcán, él refundará el periódico y las cosas quedan como las ves ahora.

—Bueno, manos a la obra.

ARREGLO 1 DE 4

Corrección: La primera foto del segmento "Para apurados" de la página 2, de la edición de ayer, está cambiada. El titular dice "Dos ex vocales intentan volver al CNJ", pero se ilustra con una foto de los familiares de la enfermera Tania Armas, quien fue asesinada el viernes. Lo correcto era poner una imagen del edificio de la Judicatura, que ayer fue cercado por varios policías. Lamentamos el error.

Me preparaba para ejecutar la orden cuando recibí la disposición de suspender las cosas porque los de contabilidad enfocaron el problema de otra manera. Hicieron números y les resultaba más barato, en temas puntuales, cambiar el pasado que enviar a alguien a corregir los errores. Para demostrarlo publicaron, a propósito, cambiado el título de un libro. Debía decir: "La estructura de los peones en el centro del tablero" obra de B. Pertis y por maquinada equivocación, lo publicaron como "Ocho partidas abiertas".

Un tipo del Departamento de Correcciones baja para "hablar" con B. Pertis los días en que inicia el libro. Es su cumpleaños 32 y acaba de escuchar "estas son las mañanitas" por teléfono, en la voz de su tía Imelda. Cuelga la bocina, contemplando a una diminuta araña que asciende por la pared, cierra la analogía del movimiento de la araña hacia el peón como tema central de su obra; momento en que entra en escena el Oldtt Newspaper para convencerlo de que la obra sería más valiosa si se enfocara en los movimientos oportores del peón. Esa es la versión administrativa del embrollo, pero en realidad todos sabemos que hay otras variables que deben coincidir para que esto no suene tan fantástico y es así: llega desde el futuro el supuesto corrector y sencillamente le ofrece un fajo de billetes al ajedrecista B. Pertis para que escriba lo que desee, pero le ponga el nombre "sugerido" por la redacción. Cuidan que los billetes correspondan a la fecha del momento ya que entregar un billete con fecha del futuro resultaría incongruente; de eso se ocupa otro departamento y preferiría renunciar a trabajar allí, que no está por cierto entre los más aborrecibles.

—Alejandro, los viajes al remoto para negociar son una tarea para principiantes. He revisado su hoja de vida, ha ganado concursos de pintura y dado talleres de Pensamiento Creativo, eso nos será útil en algo nuevo. Desde hoy, le duplicamos el suelo y queda a cargo del Departamento de Injerencia Creativa.

Emulado de las agencias de publicidad, "el creativo periodístico" es un sujeto que se

dedica a visualizar eventos. Cuando el periódico detecta que estará bajo de acontecimientos, él los imagina y envía gente a desatarlos. Es como un galeón atrapado en los sargazos que hila su propia corriente de viento. Allí me sentí como un ángel en el límite del Universo con la potestad de crear mundos para dar sentido al Big Bang.

El periódico detectó que, para mediados del semestre siguiente, las noticias solo abarcarían páginas sociales, el accidente de una astronave china tratando de alunizar, un terremoto de ocho sobre lo que queda de las Kuriles y un científico de avanzada que deseaba curar el calentamiento global vía hipnosis. Con esto no se llenaba la tirada del periódico, así que allí entra en juego el departamento este que desata eventos paridos de la fértil imaginación del "creativo periodístico". Asignaría androides bomba a las milicias civiles de Colombia para que se autoinmolen cerca de los soldados destacados tras la ocupación de Medellín. Con ello la potencia entraría en debacle tras esta guerra anti popular y además carísima, dedicada a combatir supuestamente el narcotráfico —lo que en realidad les interesa sería controlar el mercado de artesanías—. Forraría de plomo las cañerías de agua que abastece a la clase gobernante, para que, al estilo romano, entren en decadencia los bogotanos. Aceleraría las placas con retro imanes, para que se liberen terremotos sobre California, con lo cual se borrarían las ciudades del oeste. Generaría la primera "Guerra del Agua" entre los estados de Iowa y Nebraska. En fin... eventos que contribuyan a que se tambalee, pero no muera el imperio, ¿para qué? Respuesta: Millones comprando periódicos para enterarse de las migraciones masivas de gringos hacia México o de los europeos cruzando el Mediterráneo para refugiarse en el África huyendo del frío. Con todos estos sucesos entraría en crisis la reserva de papel periódico sahariano y sería necesario echar mano de la reserva de papel artificial del valle del Gobi para cubrir así las enormes tiradas. Se llega incluso a proponer impresiones en papel de baño dada la escasez.

—Dejemos las cosas como están. Esto no nos hace mejores —fue lo más creativo que propuse al final de ese primer día de trabajo como creativo periodístico—. Sostengo que la verdad no es patrimonio del sexto sentido. Etzu afirma que "El hombre no se equivoca, sino que toma la decisión correcta, en virtud de la información que el comunicador le suministra". Larrañaga opina que "La intervención del periodismo en el destino de los hombres contradice la teoría de la supremacía del más fuerte y lo que consigue solo es otorgar vida asistida a los débiles". Además en el Manual de Estilo del periodista atemporal, en lo que abarca Ética y

Curva de Aprendizaje afirma que...

—¡Basta jovencito! Usted es un periodista, no un teólogo; esas son excusas de la gente que discrepa con nuestros métodos. La compañía está interesada en que las cosas sean bien contadas y se gane plata; eso es todo. Alejandro, este periódico es el libro de texto con que se enseñará Historia en el futuro ¡y punto!

Ya debería poner en práctica nuestros métodos el Ministerio de Defensa; así nunca perdería una batalla, porque enviarían a corregir los errores tácticos hasta de Vietnam y llegábamos a Marte antes de 1983 y a Plutón en el siguiente verano. O mandaban a un escuadrón de correctores a asesinar, mucho antes, al hombre de Neardenthal para hacernos con antelación de sus recursos y a estas alturas del tiempo ya estábamos bronceándonos en una playa lejana con los rayos de Sirio. El Periódico ha invertido un ojo de la cara en su entrenamiento y en las burbujas que avizoran los mundos paralelos. Así que, deje la filosofía profunda a otros.

—Señor, algo debe estar mal. Yo, en mis adentros, añoraba con ser solo un chef. Lo mío es la gastronomía retro. Sueño con asar un Parasaurolophus.

—¡Y qué carajo es eso! Alejandro, no sea bisoño. Ayúdenos. Los accionistas del periódico están muy preocupados. No sucederá nada importante en el mundo en el próximo semestre. Invente algo. Enviemos mercenarios al futuro para que provoquen eventos. Asesinemos a mandatarios, incitemos desfalcos, desatornillemos el sanitario de la Estación Espacial Azimov y que se desplome sobre Chile. Provoquemos la extinción de las mujeres y que solo quede una aislada rubia en un zoológico berlinés y le hacemos una entrevista antes de que muera. ¡Santo Dios!, eso sí sería una primicia. Tengo una idea con la que correría tinta y papel sin parar: sacamos el Arca de la Alianza del Museo de Turquestán y la abrimos en un desfile de Karl Lagerfeld en la pasarela, con modelos pigmeas saturadas de Chanel y guiamos a todos esos espíritus, que salpicarán del arca, hacia las decoraciones venecianas para que descascaren, con su pastoso aliento, los museos y palacetes; de ello saldría una preciosa separata exhibiendo las residencias italianas despostilladas. ¡Eso sí se vendería! Y tendríamos muchos anunciantes, todo el mundo se bronquearía por un espacio en nuestra gaceta...

Un día difícil, me marché a casa temprano: dormir, hacer el amor, comer; las cosas humanas me levantan el ánimo.

El olor a pavo chamuscado hacía aguas en el horno. Salté a la cocina para rescatarlo. Después de todo sabía delicioso y... con vino todo pasa. ¿Parasaurolophus? me daré el gusto de comprar un trozo a fin de mes, el valor del kilo es exorbitante. Un equipo del matadero público hace un viaje retro, al Jurásico concretamente, para satisfacer la demanda.

Ayer será otro día.

Abrazos

Martinez, Jeiddy

La mano robótica le temblaba y su vista se perdía dentro del tumulto. Miraba el ciber reloj hacía treinta minutos. Maia se encontraba allí, en Hava, ciudad futurista y capital de la Isla de Caba; era el año 2060.

Observó en la pantalla de su moderno iPhone Z la vieja foto que había podido digitalizar, único recuerdo del niño que compartía con ella secretos y juegos infantiles.

Una voz rara y simulada por computadora anunciaba la demora del avión ultrasónico. Comenzó a leer en la pared táctil las noticias del día, para no aburrirse tanto y olvidar el pasado. Decía el rotativo tantas cosas, pero lo que más emocionó de nuevo a Maia fue el titular: "Luego de 10 meses de conversaciones los gobiernos de Caba y Unadis Estalos deciden restablecer nuevamente relaciones diplomáticas".

No lloró tal vez por su fortaleza de carácter, pero pudo recordar con mucha nostalgia la cantidad de años que no veía a su único hermano, desde aquel lejano 1994. Se quedó dormida del cansancio luego de la larga espera en ese frío lugar, con las baterías de su corazón casi agotadas. Podía escuchar cada vez más baja la voz metafórica que anunciaba los reencuentros.

Mi tío abuelo había partido con 17 años en balsa hacia Mioni —ciudad de las más importantes de aquel país; tierra pantanosa hace un siglo, ahora muy popular en el turismo mundial, adonde visitantes de cualquier nación van a buscar el verano eterno en playas artificiales, pues el sol de allí no quema la piel, debido a una tecnología ultramoderna descubierta por la Universidad de Massachusitts.

Un ruido en la bocina ultra smart sound hizo despertar a mi abuela. Ajustó con 3 gotas del colirio Eye Cool su visión y miró entonces sin dificultad hacia la pared táctil, desplegando con sus dedos la información adonde decía la hora de llegada del avión. No entendía muy bien esos carteles, pero rezó a San Light, porque no faltara mucho, pues ya de los pillys orgánicos que había comprado solo quedaban unos pocos y la ansiedad por volver a ver a su hermano era demasiada.

Sin más paciencia fue a estirar los pies, a ver como otros se encuentran, se abrazan, lloran, ríen o se dicen adiós, muchos van oregresan de Unadis Estalos.

Minutos después una mano encima de su hombro le hace recordar una sensación pasada, en la que la soledad no existía. Se volteó hacia atrás y percibió que ahí estaba él, ese muchachito rubio y flaco; lo reconoció tal vez por su lunar, o la mirada y la voz, similares a las de su padre.

—¡¡¡Maia, cuánto tiempo sin vernos!!! —le dice él eufórico—. Se abrazan. Ella casi le perfora con uno de sus dedos la espalda al apretarlo tan fuerte. Ambos comienzan a llorar de la emoción. Están unos segundos en pausa.

—Creía que ibas a regresar en el 2021, luego que el presidente que tenía nombre de dibujos animados dejó el poder de Unadis Estalos ¿Por qué no volviste? —pregunta ella—.

—En esa época yo me había quedado sin trabajo en Miami, estuve muchos años sobreviviendo en una isla flotante de refugiados; por eso es que no pude volver antes y dejé de llamarte tanto tiempo —expresó Joseph con una voz muy ronca.

—Te extrañé muchísimo —dijo Maia también afónica—. Fueron demasiados años sin poder verte, y desde que mamá murió estuve demasiado sola, pero ya todo pasó, míranos juntos aquí en Caba, nunca te irás más. Desde hace muchos años hemos sido sumamente felices, pues en el 2025 gracias a la colaboración de la empresa canadiense Shirrett International, se empezó a explotar buena parte del petróleo que rodea a nuestra Isla.

—Mira a tu alrededor, ya nada nos falta —siguió diciendo Maia a su hermano con las pocas energías que le quedaban a las baterías de su corazón y muchas lágrimas en los ojos.

Llegó entonces su turno de estrecharse nuevamente y llorar, ahora de la alegría, gracias al reencuentro ¡¡¡Cuánta nostalgia habían sentido al estar separados por solo 90 millas!!!

Ese día, San Light había proporcionado a Maia un nuevo milagro, poder abrazar a Joseph, su único hermano y compañía de juegos infantiles. Desde aquella jornada no se separarían más, vivirían allí felices en Hava, Isla de Caba.

* Relato perteneciente al libro "En un raro lugar y otras historias", de la Editorial Primigenios de Miami.

Pasarela prêt-à-porter

by PacoMan

Ya me gustaría poder decir que todo aquello fue mentira, que no lo recuerdo bien, que algunas voces en mi cabeza no hacían más que repetirme que lo hiciera, que Dios me lo exigía, pero no es cierto. Sí, hice lo que hice y lo hice por dinero. No me vanaglorio de ello, pero de alguna forma hay que proveerse del pan y la sal. Y no puedo afirmar que no lo volvería a hacer.

Tampoco fue culpa de Víctor, ¡Qué arte! ¡Qué virtuosismo! Hay artistas que con un trozo de barro o de mármol hacen gloria bendita, él lo hace con carne, con humilde carne, incluso humana. Él se acercó a mí, tampoco era tan difícil, iba dejando tal profusión de rastros, que hasta el más lerdo de los inspectores de Scotland Yard habría encontrado a un digno imitador de Jack el Destripador. Un aventajado alumno de medicina con todos los vicios habidos y por haber, pero pese a ello con pulso firme. ¿De verdad hay que sentir conmiseración por aquellos que desprecian y humillan a los demás en cuanto pueden? ¡Qué les den!

Visto con perspectiva era inevitable que lo lleváramos a cabo y también que nos descubrieran. Todos los robos perfectos son descubiertos porque nunca se planifica el éxito, el post robo. El ego, el inmenso ego. Es increíble cuanto cabe en el cuerpecito más repugnante y deleznable del más incapaz e inferior de los ejemplares de espécimen humano. La patológica necesidad de reconocimiento, que diría Maslow.

Disfruté, vive Dios que disfruté. Como un proletario no alienado en el sentido marxista disfruto del trabajo bien hecho, y del que más, del mío. Y yo hago bien mi trabajo. Todo lo excesivo que llego a ser en las juergas, muta en precisión y cuidado por los detalles en el trabajo. Cuando me pongo, me pongo, aunque lo haga pocas veces... quiero decir a trabajar, que de sustancias lo hago a menudo, demasiado. En el fondo soy un sentimental de la lucha obrera.

Me alegro de poder contarle, porque esta parte casi nadie la conoce y mucho menos la valora. Tras la "pasarela prêt-à-porter" hay un trabajo de investigación y preparación que ni el

más afamado de los orfebres, ni el mismísimo Sherlock. Es verdad que con San Google todo es más fácil, que cuanto más preocupado por la apariencia, más narcisista, presumido y prepotente se es, más rastros dejan en las redes sociales y por tanto más fácil es dar con ellos. Partir de una foto, hasta llegar a conocer sus hábitos y rutinas para cometer, libre de rastros incriminatorios, la más perfecta "de las Bellas Artes" que diría el inglés comedor de opio Thomas de Quincey. Mi trabajo requiere tiempo, dedicación y profesionalidad. Lo más doloroso era deshacerme de todo el material que acumulaba y desarrollaba en esa fase del trabajo: lo más sensato es no atesorar trofeos y si euros en la cuenta.

Normalmente eran clientas, maduras, rozando la cincuentena, aún de buen ver, pero el tiempo había dejado en sus carnes evidencias de su paso, para aquellos que aparte de ver, observamos. Me mandaban su teléfono, contactaba con ellas, casi siempre en la playa. Con petulancia y a plena vista de todos iban eligiendo, yo tomaba notas y hacía discretas fotos: quiero aquel culo, sí el de la rubia con el bikini rosa, las tetas de la pelirroja pizpireta y los muslos de la morena del bañador negro.... yo hacía lo mío, luego Víctor Frankenstein ensamblaba.

La escalera

Dolo Espinosa

Hace una semana bajé al sótano y no he vuelto a salir.

Aquella mañana abrí la destartalada puerta, encendí la patética bombilla, bajé las angostas escaleras, cogí la caja de herramientas que había venido a buscar y cuando quise salir de allí, no pude.

Así de simple y así de extraño.

Puse un pie en el primer escalón, lo sentí ceder bajo mi peso y escuché el crujido que siempre me recuerda que debo cambiar esta vieja escalera de madera por otra más segura, alcé el otro pie para apoyarlo en el segundo escalón, no más seguro que el primero, y allí me quedé, paralizada de miedo, mirando a la puerta cerrada mientras un escalofrío recorría mi columna.

Un miedo sin motivo ni sentido me había atenazado el pecho y llenado el cerebro de horripilantes imágenes y supe, no me preguntéis cómo, pero lo supe sin el menor atisbo de duda, que tras aquella puerta me esperaba la más terrible oscuridad y la más perversa de las muertes.

Por supuesto me dije todo aquello que nos decimos en momentos parecidos, que si menuda tontería, que si estaba sugestionada por la película que había visto la noche anterior, que si debería leer menos libros de terror, que si hay que ver qué imaginación...

—Daniela Martínez, te estás comportando como una niña mimosa y estúpida — acabé diciéndome con la voz sermoneadora y sentenciosa de mi madre, que es el modo en el que, desde pequeña, me reprendo a mí misma.

Pero nada de ello sirvió para que el pie apoyado en el primer escalón se animara a abandonarlo.

No sé cuánto tiempo estuve así, paralizada como un conejo deslumbrado, mirando la lejana puerta, aferrada a la herrumbrosa barandilla con tanta fuerza que los músculos comenzaron a dolerme, y fue ese dolor el que, finalmente, logró que me moviera. Sin dejar de

mirar el final de la escalera, bajé el par de escalones y retrocedí, despacio, con el corazón aún bombeando al ritmo de un batería de rock enloquecido, hasta que mi espalda topó con la fría pared y me dejé caer hasta quedar sentada en el suelo. Y allí permanecí un buen rato, las piernas pegadas al pecho con mis brazos en torno a ellas y sin dejar de mirar hacia arriba, convencida de que, de un momento a otro, la puerta se abriría y el horror vendría a por mí.

Pero no pasó nada y, poco a poco, logré controlarme hasta llegar a un estado parecido a la calma, aunque no lo bastante como para volver a intentar salir de allí. Me esforcé en racionalizar lo ocurrido y casi llegué a convencerme de que había sido un ataque de pánico motivado por... bueno, no sabía por qué, ni me importaba en ese momento. Era la explicación más lógica y racional. Me dije que lo más seguro era que tras un rato se me pasara y podría subir sin ningún problema. Mientras tanto podría aprovechar para organizar un poco el desbarajuste que era el lugar.

Tiene el sótano un diminuto y sucio ventanuco por el que apenas entra la luz del sol y el lejano retumbar de la ciudad, pero ambas cosas me bastaban para que mi cerebro tuviera argumentos que me alejaran del terror absurdo que me había invadido. «¿Ves?», me decía, «*Allá afuera no hay nada extraño, todo sigue como siempre*». Pero aún así no me sentía preparada para subir la escalera, así que seguí dando vueltas por el sótano, intentando organizar un desorden de años para no pensar.

Supe que era mediodía porque mis tripas comenzaron a rugir. Mi estómago, en el que sólo había un café y media tostada que me había tomado como desayuno, comenzaba a protestar.

«*Quizás sea el momento de subir*», pensé y miré con aprensión la escalera. Me acerqué a ella y sujeté el pasamanos, tomé aire y apoyé mi pie derecho sobre el primer peldaño que, como antes, como siempre, cedió bajo mi peso con un crujido. Mi pie izquierdo había abandonado el suelo automáticamente y, sin mayor problema, alcanzó el segundo escalón.

«*Bueno*», me dije, «*esto parece que va mejor, doce escalones más y estaré arriba*». Logré subir dos más antes de que una repentina vaharada de aire helado me detuviera. Era como si alguien hubiera abierto una puerta en plena tormenta invernal, sólo que estábamos en pleno junio, lucía el sol y el cielo estaba despejado. Al cabo de un instante, la sensación de frío

desapareció y me persuadí (o lo intenté) de que la imaginación me había jugado una mala pasada. Con ello conseguí obligarme a subir hasta la mitad de las escaleras. Me detuve justo en el séptimo escalón, atravesada, de nuevo, por un frío helador, unido a la sensación de que algo esperaba más allá de la puerta del sótano que ya podía ver desde allí. Algo a lo que casi podía oír respirar, algo cuyo hedor, grasiento, parecía reptar bajo la puerta y golpear mi nariz.

A pesar del frío, una gota de sudor se deslizó por mi nuca. La sentí descender por el interior de mi camiseta y recorrer mi columna a cámara lenta. Y entonces una sombra pasó por delante de la puerta. Una, dos veces. El corazón me dio un vuelco y di un paso atrás aterrada. Fue un milagro que no cayera rodando por las escaleras.

Volví a bajar, de espaldas, sin quitar mi vista de la puerta, escalón a escalón, con sumo cuidado y en total silencio, mi acelerado corazón, una vez más, bombeando a toda velocidad. Llegué, como antes, hasta la pared, me apoyé en ella y dejé que mi cuerpo resbalara, nuevamente, hasta el suelo.

Mi cerebro me decía que allí arriba no había nada extraño, que no podía haber nada extraño, que todo este estúpido asunto debía ser cosa de nervios, que estaba sufriendo ataques de pánico por a saber qué motivo, que tan sólo tenía que salir de ahí y contactar con mi médico, y tendría una explicación perfectamente normal y lógica para todo... Mi parte animal, en cambio, me miraba, desde un rincón de mi cerebro, encogida, aterrada y absolutamente convencida de que algo terrible y temible acechaba allá arriba. Algo que me esperaba para devorar mi cuerpo y mi alma. Algo monstruoso.

Me quedé allí, sentada, mirando al vacío, no sé durante cuánto tiempo. No recuerdo nada de esas horas. Cuando, al fin, volví a ascender hasta la consciencia, ya había anochecido y arriba, en mi casa, se oían murmullos, roces, pasos... Me quedé allí, encogida, aterrorizada, escuchando esos extraños sonidos, hasta quedar dormida.

Hace ya una semana de eso.

Por supuesto he vuelto a intentar subir, es obvio que sin el menor éxito, llegada a mitad de escalera, me quedo paralizada. A lo sumo, y con enorme esfuerzo, consigo ascender uno o dos escalones más, pero el terror siempre acaba por alcanzarme y detenerme. El frío y la fetidez me dan el último empujón que me obliga a retroceder,

Los días han pasado como en una bruma, saliendo y entrando de la consciencia. Lo recuerdo todo como una serie de fotos fijas de momentos aleatorios: tan pronto me encuentro al pie de la escalera sin saber cómo he llegado hasta ahí, como estoy dando vueltas por el sótano, o recupero la consciencia de mí misma para descubrirme mirando fijamente hacia el ventanuco.

Hace días que no como y mis tripas rugen día y noche. Afortunadamente dispongo de agua, un grifo herrumbroso me provee de toda la que quiera beber y me ayuda a mantener un mínimo, muy mínimo, de higiene.

Siento que mi cuerpo se deteriora y mi mente sigue su ejemplo.

Arriba, en lo que solía ser mi hogar, algo se arrastra, algo susurra, algo me espera. Algo que, a veces, se aproxima hasta la puerta del sótano y pronuncia mi nombre, me llama hasta que se aburre y vuelve a rondar por las habitaciones que tan bien conozco.

El ventanuco es mi única conexión con la luz, el aire fresco y la vida. Es mi único escape mental, ojalá pudiera serlo también físico, pero es demasiado pequeño y está demasiado alto.

Creía que nada ni nadie podría lograr que subiera esas escaleras y atravesara esa puerta, pero hoy el hambre y la desesperación me han demostrado que estaba equivocada y que son más fuertes que el miedo.

No puedo seguir aquí, por mucha agua que tenga, la falta de alimento acabará matándome.

No puedo seguir conviviendo con mis propios excrementos.

No puedo permanecer encarcelada en mi propia casa hasta morir.

Muerte por muerte, prefiero lo que me aguarda arriba que esta lenta consunción.

Me levanto con esfuerzo, pero con decisión. Ando a duras penas hasta las escaleras, un trayecto tan minúsculo y siento como si hubiera corrido la maratón. Miro hacia arriba, me sujeto con mis escasas fuerzas a la barandilla y comienzo el ascenso.

He perdido tanto peso que el primer escalón apenas si lanza un leve quejido, al menos sé que la escalera no se romperá bajo mi peso, una preocupación menos. Me río tontamente de tan estúpido chiste y alzo el pie izquierdo para ponerlo sobre el mismo escalón.

Subo peldaño a peldaño, como un niño muy pequeño o una anciana.

A mitad de escalera me detengo, es lo máximo que he podido subir hasta ahora. El corazón martillea contra mi pecho como si quisiera escapar, en parte por el esfuerzo y en parte por el terror que ya se ha apoderado de mí. La vaharada de frío me envuelve, pero me siento tan febril que casi lo agradezco. El hedor grasiento, viscoso y reptante me llena, una vez más, las fosas nasales, pero tampoco logra impresionarme como otras veces.

Estoy tan decidida a subir y salir de aquí que ya ni el murmullo ronco que me llama, me paraliza.

Sentada en la escalera, descanso un rato, creo que incluso doy una cabezada y luego, con un gemido me levanto y continúo mi ascenso al infierno.

Estoy débil, tropiezo con mis propios pies, siento mareos, la vista se me nubla a ratos, pero sigo subiendo durante lo que me parecen horas.

Finalmente llego al último peldaño.

Me detengo.

Eso está ahí, esperándome, puedo sentirlo. Pronuncia mi nombre con una voz queda que provoca escalofríos y despierta los miedos más atávicos. Una voz que tiene millones de años y que ya aterrorizaba a los grandes saurios.

El cabello se me eriza, el sudor frío recorre mis sienes, me estremezco ante ese sonido y siento náuseas de puro miedo.

Aún estoy a tiempo de volver a bajar. Durante un instante estoy convencida de que es eso lo que voy a hacer, pero luego recuerdo que allá abajo también me aguarda la muerte, una mucho más lenta que la del otro lado de la puerta.

Así que alzo la cabeza, endezco mi agostado cuerpo, tomo aire y abro la puerta.

Me reciben el hedor, el frío y la oscuridad. Unos ojos malignos me contemplan, una mirada de un millón de años me atraviesa, una boca hambrienta me llama y yo, sin más, voy hacia eso, cansada y deseando el fin.

Cuando, finalmente, el fétido aliento acaricia mi rostro, casi sonrío.

Ascensión

Romero Álvarez, Fatima

No llegaba sonido del exterior, el aislamiento conseguía una sensación de refugio exagerada hasta lo opresivo. Esto, en una sala de espera cuya decoración era el máximo exponente del compromiso con la neutralidad. Todo muy pasado de moda, todo muy inhumano, todo muy anterior a los estudios que demostraron la necesidad de un aporte de caos para conseguir verdadero confort subjetivo. Lo contrario incomoda provocando alienación y, por si fuera poco, expone a las personas ante sus pensamientos propios.

¿Y si no era casualidad? ¿Y si no estaba en una de esas estancias que, por dejadez, mantenían la estética interior sin importar la obsolescencia? Incluso consultó su dispositivo en busca de partículas neuractivas sin encontrar ningún valor significativo. Eso le disgustó. ¿Podía confiar en un terapeuta que no apoyara con su consumo el uso de moduladores?

Pensaba en marcharse cuando su dispositivo personal indicó que era su turno.

El terapeuta le invitó a tomar asiento usando la misma fórmula amable: alegría por el encuentro, ánimo a dar un paso más, a no desperdiciar tanto esfuerzo y la oferta de un lapso en el que abandonar toda máscara, toda lucha, toda soledad. Una fórmula contrastada.

El asiento hizo «puf» cuando se dejó caer. Oko también suspiró. El terapeuta le pidió permiso para disponer de algunos facilitadores en el aire. Oko aceptó complacido, sin preguntar, luego los analizaría. Antes de que empezaran a funcionar ya estaba de otro humor. Si hubiera seguido desconfiando se hubiera planteado que las ventanas fueran meras pantallas, pero ¿quién pagaría por proyectar la imagen de tubos de circulación apenas transitados y pronto abandonados?

Supo que los moduladores ya le funcionaban porque la idea no le afectó. El gesto mínimo de incorporarse usando los reposabrazos del asiento indicó al terapeuta que casi estaba listo. Se sonrieron mutuamente. Su cara redonda, generosa en ojos y labios, pero no en nariz y orejas, era agradable. Su expresión atenta, su respiración acompasada con el pestañeo, era una invitación a comenzar, una invitación aplicada para evitar el rechazo.

Oko volvió a atender a la supuesta ventana cuyo paisaje en movimiento incluía la danza de las buenas y fiables aeronaves que aún quedaban, a pesar de los impuestos al consumo físico y a la supuesta peligrosidad. Pudo haber comentado que, según se iba expandiendo la red de teletransporte, las noticias sobre accidentes en desplazamiento se expandían en los informativos. En vez de eso refirió el sueño que había tenido esa misma noche:

—Iba escalando con mucho esfuerzo, clavando unos puñales. Era complicado porque tenía que encontrar el lugar entre las rocas dónde aplicar con eficacia. La atmósfera casi hervía, pero también yo: sudaba gotas calientes que se evaporaban. Cuanto más arriba, más calor. De repente, la pared empezó a moverse y me di cuenta que estaba trepando por un ser vivo, con escamas enormes, entre cuyas juntas clavaba los cuchillos. Miré abajo y no veía el suelo, volaba. Miré al frente y me vi reflejado en unos ojos de reptil. Entendí el motivo de tanto calor, estaba aferrado al cuello de un dragón descomunal y este, ahora, se había percatado de mi presencia. —Narró sintiendo que, según lo hacía, se desintegraban las evocaciones como dispersas por un remolino entrópico.

Se detuvo al sentirse superado por la sensación de pérdida. Cerró boca y ojos esperando una respuesta. Los abrió, y casi se incorpora, al escuchar que era un sueño recurrente, o casi.

—Puede consultarlo en su dispositivo —comentó el terapeuta, cuando le confesó que no recordaba haber soñado algo parecido con anterioridad.

No tuvo que sugerir que lo hiciera después de la sesión para no malgastar tiempo ni salir del itinerario terapéutico. Oko era de cálculo audaz y ambos lo sabían.

—Lo que no entiendo es el sentido —dijo Oko, luchando por no incorporarse en el sofá—. Ese sueño, aunque sea repetido, nada tiene que ver con la teletransporfobia. Y no me responda que se lo diga yo, mójese por una vez.

El comentario hizo sonreír al terapeuta, casi se diría que se guardaba la risa para más tarde, a solas o con algún colega de profesión.

—Si lo piensa, el motivo de que acudiera a terapia la primera vez era que su «limitación» podía resultar un impedimento para sus aspiraciones laborales. Escenario que parece estar materializándose en las últimas semanas.

—¿Cómo sabe eso? Me refiero a que lo del ascenso es cada vez más asequible —respondió Oko, incorporándose por un segundo.

Era imposible que lo hubiera comentado. ¿Y si lo había hecho pero no lo recordaba? ¿Y si los moduladores a los que le estaban exponiendo tenían efecto borrado?

Llevó la mano al periférico de su dispositivo, apenas unos puntos en el lateral de su antebrazo, junto a la muñeca. Tendría que averiguarlo, si se acordaba. Se rascó el cráneo casi con desesperación, clamando al sentido común. Ese tipo de moduladores están al alcance de muy pocos, apenas una minoría sabe de su existencia. Una élite, entre la que se encuentra. Pronto sería realidad. Pero necesitaba superar el miedo, necesitaba hacerlo sin recurrir a sustancias. Para eso estaba ahí y no pensaba rendirse. No ahora.

—Lo he inferido del avance de sus sueños —había dicho el terapeuta. El significado de la frase obligó a Oko a abandonar las divagaciones y prestar atención—. En ellos cada vez está más arriba y, si me permite la observación, cada vez le cuesta menos clavar los puñales. Y nunca antes había estado cara a cara con la criatura.

—Así visto tiene todo el sentido —admitió Oko. Había vuelto a sumergir su espalda en la esponjosidad del asiento y su confianza en el interlocutor. Aunque esto último no duró mucho—. Pero sigo sin encontrar un nexo con mi «limitación».

—No me lo hubiera comentado, para empezar —respondió el terapeuta,

parecía cómodo bajo los rizos espesos apenas controlados—. Quiero decir, que si usted, aunque ahora no pueda verlo, no tuviera una fuerte conexión entre lo que sueña y ese aspecto de su vida, no lo hubiera sacado a colación en consulta. Casi podría aventurar que cuando descubra y asimile ese nexos estará a un paso de romper las cadenas psíquicas que lo retienen.

—Me gustaría creer que eso es verdad —reconoció en un tono más áspero de lo que hubiera querido.

El matiz de desesperación no pasó desapercibido al terapeuta. Anotó algo en su interfaz, garabateando sobre la piel, y asintió antes de cambiar de tema:

—Ya tiene materia de reflexión para la semana próxima y, respecto a sus sueños, me gustaría que se fijara en detalles concretos, como el color del dragón, el paisaje bajo sus pies o sus emociones.

—No lo entiendo —Okó sintió una oleada desagradable, intuía que no había planteado lo que tenía en mente y llevaba preparando desde la última vez. O quizá el dispensador de módulos estaba programado para distribuir desalentadores al final de cada sesión.

Era una práctica muy extendida, a pesar de los detractores y de que los inconvenientes se acumulaban con cada estudio. En el último, uno que tardaría en ver la luz pública, la constatación de que apenas con dos exposiciones el noventa por ciento de los sujetos desplazaban la repulsión hacia otros seres presentes, la mayoría de ellos en concordancia con sus esquemas cognitivos imperantes.

Okó abandonó el edificio de dispensarios por el puerto de transportes más cercano y dejó que el automatismo le llevara de vuelta a la oficina para poder pensar. Por suerte el terapeuta carecía de características indeseables para Okó, en caso contrario no habría acabado como cliente. Supuso, más bien por no atribularse, que un profesional del ramo se abstendría de modular con repelentes a sujetos con esquemas violentos. El silogismo le indujo a pensar en su trabajo, en la sección de prensa. Costaba cada vez más ocultar los altercados de origen neuroactivo, mientras que avances no se concretaban en soluciones. La visión de su destino lo alcanzó mientras se masajaba las sienes. El

transporte salió del tubo para pulular buscando el puerto de ejecutivo más cercano a su despacho, en la planta noventa y tres. El revestimiento le evocó la piel escamosa a la que se aferraba en su sueño. Casi se sintió un idiota por no haberse dado cuenta sin ayuda.

Antes de bajar del transporte aplicó un par de módulos sobre sí mismo para estar despejado y en su punto de agresividad. También dispuso una suave emisión hormonal acorde con el estatus que pretendía ir alcanzando.

Una figura conocida emergió de la plataforma de teletransportación casi al momento en el que pasaba. Una colega y rival por el ascenso. Dio un paso y se desplomó. Oko la arrastró del traje, alejándola de la plataforma antes de pedir auxilio.

No necesitó estar presente para saber que habían vuelto a meter su cuerpo dentro de la plataforma, oculto en un sudario para deshacerse de él, cuando lo llamaron de la planta noventa y ocho. Tenía bastante clara la escena:

Le mostrarían pesar por lo acontecido y ayuda para superarlo, al tiempo que le sugerirían discreción. Él respondería que no era una sugerencia necesaria, dado su estatus y su compromiso con la entidad. Y ellos, que siempre departen en una pluralidad que solo incluye testigos a su favor, le transmitirían la notificación «buena», la que incluye que su despacho sería trasladado a un nivel superior.

Entró dispuesto a mirar a los ojos del dragón y negociar con él hasta quedar por encima de quienes pueden elegir sus medios y no dan explicaciones.

El sujeto del gabán color metralla

Miño, Jorge

Laura dormía con el biberón en la boca. Los gemelos habían salido al colegio. Sonó el claxon allá afuera. Helena lucía un vientre con seis meses de embarazo. Inició un bostezo y yo alcancé el respaldo de la silla por recelo a caer en el cráter de su boca. Volví a respirar cuando su lengua retornó a la oscuridad del húmedo sarcófago.

—Ananías —dijo—, ¿sabías que antes del Barroco no existía la función de director de orquesta? La tarea corría a cargo del primer violín. En el XVII aparecen los primeros directores que se ayudaban con un grueso bastón para dar golpes en el suelo y así marcar el ritmo a la orquesta. Lully, un compositor francés, mientras dirigía con el bastón, se golpea con fuerza un pie, lo que deriva en gangrena.

—No lo sabía. —Ella decía estas cosas para motivarme a retomar el instrumento; hace meses que seguía en su estuche, tirado sobre el sofá del recibidor. Era predecible que Helena después abordaría la anécdota de Phillip Brain y lo de Montserrat Caballé obsesionada en llegar, con su voz, al sonido más cercano al silencio.

—...¿cómo pudo lograrlo? Aunque pensemos en complicados ejercicios vocales, la técnica de Caballé se basa en una profunda respiración abdominal y en un poderoso control de los músculos, de manera que el aire sale en nimia cantidad y, a su paso por las cuerdas vocales, produce un sonido nítido pero de escaso volumen. Así se entiende que la soprano en su primer año de canto sólo realizara ejercicios respiratorios (¡con expiraciones de algo más de dos minutos!) y ejercicios gimnásticos abdominales (tal vez viéndola hoy nos cueste creerlo). Se ha hecho famosa por su increíble pianissimo...

—¡Ya párale... amor —bajé el tono. Si me enojaba me costaría tiempo y dinero arreglar las cosas. Tiempo me sobraba, pero el dinero no—. Está bien, haré algo al respecto; mira, he encerrado en círculos rojos algunos anuncios en clasificados.

Helena tomó el periódico de la mesita y leyó en silencio, luego aventó con disgusto

el papel.

—Lo tuyo es la música amor. La mú-si-ca —dijo, espaciando las vocales para volverlas una triada. Luego retiró un cuarto objeto sobrante de la mesilla, se trataba de mi pipa que la había olvidado junto al televisor. Ella es así, obsesiva en mantener el número tres a su alrededor: a veces sospecho que tiene un tercer ojo que lo abre para dormir.

—Qué pasa ¿no dices nada?

—Imaginaba solamente; pero... Sí, tienes razón.

Me retiré a la sala para abrir la maleta. La luz solar bañó el violín de un perlado café rojizo. Bajé la tapa con violencia para interrumpir la seducción y me aparté convulso y transpirante. El violín me tentó a levantarlo, como si fuese el niño Dios y yo un aprendiz de santo; digno ya de tomarlo en brazos.

Me senté en un sillón mientras Elena entraba para darme alcance:

—¿Recuerdas Ananías cuando reclamabas que yo cierre los ojos y en vez de usar el arco pulsabas las cuerdas con los dedos? Entonces entraba el violín en pizzicato, regalándome la ilusión de que las notas eran gotas de lluvia. En mi cumpleaños, decías; aún lo recuerdo textualmente: "Recurro a mi violín para entregarte los matices del rojo que no encontré en las rosas". Desnudo, con el instrumento en la mano, entre la exigua luz de la alcoba, sobre su lánguida fosforescencia y velado espectro tocabas para mí. Frente al contraluz de la ventana te desgranabas en hondos sentimientos; en tanto que yo era capaz de confundir tu cuerpo, con un generoso tallo silvestre y meterte en un jarrón de vidrio, con agua de montaña, a que alegres la sala de estar.

En otras ocasiones creíamos, que con avivar la chimenea y sentarnos a leer, era suficiente. Pero tú; sacabas de la manga al enigmático señor de madera, archienemigo del tedio y con un abanico de efectos enseñabas al fuego la manera correcta de comunicar su estado de ánimo.

Las veces menos beligerantes, el simple frotamiento del arco sobre las cuerdas, obraban en mí como una mullida alfombra de piel de cisne, incitándome a entrar de puntillas en una especial atmósfera de serenidad. A veces, podías incluso llegar a ser tan puro como el canto

soprano de un coro infantil.

Helena resucitaba un Lázaro de días putrefactos, invocaba una geología en grises sedimentada bajo escombros de otros días más sanos.

Volvió a sonar el claxon en la puerta del condominio.

—Creo que debes marcharte, un pitazo más y se irán. Eso será todo. No eres el único músico; conozco dos o tres que, por la mitad de lo que te van a pagar, aceptarían gustosos.

Me crucé de brazos, pero solo para rastrillarlos y tomar la manija del instrumento. Para despedirme, de mala gana, le di un beso frío. Cuando se le disolvió ese mal sabor de boca, yo ya había descendido las gradas espirales y estaba en el auto que me buscaba.

Los tipos se veían rudos. Pese a los gruesos ropajes que traían, la periferia de sus tatuajes desbordaban los puños y cuello. Lucían impecables los nudos de sus corbatas rojas y cualquiera diría que eran nudos hechos con tal immaculado artificio que estaban dignos para servir en el ahorcamiento de una hada o un elfo, hasta de un unicornio si cabe la cita.

Franqueaban mi costado, codo a codo yo en medio y en el trayecto nunca abandonaron su posición de perfil. ¿Serían útiles en caso de que alguien intentara atacarnos? En lo particular creo que eran tan innecesarios como los botones en los pechos de los hombres. Lo único que podría beneficiarse de estos gorilas serían las plantas en el ciclo oxígeno—anhídrido.

Tras pasar el puente colgante de San Anselmo y adentrarnos en el barrio chino, avanzamos por la escollera hacia la zona de pescadores. El olor a harina de pescado no pudo con el perfume de los tipos que lo detenían en seco fuera de la cabina; solo ya cuando nos apeamos es que me atraganté de súbito con una bocanada de ese brebaje marino que infestaba el aire. Dejé de toser para aceptar un cigarrillo, el humo quizás...

—Le parecerá un lugar idílico para tocar —dijo en tono sarcástico aquel que parecía ser el jefe. El otro, festejó la broma ruidosamente, se bajó la bragueta y se apartó unos pasos para mear sobre una pared de ladrillos.

Los puchos de tres cigarros yacían en el piso cuando llegaron los otros.

—Bien, es hora de la música. —dijo el jefe comprobando si traía algo en el bolsillo.

—¿Tiene la grabadora? —sondeó el otro.

—Descuida.

Era un Maverick gris con placas del Guayas el que apagaba su motor y se abría como una lata de sardinas para liberar a seis tipos gordos que se esponjaron como cabezas de fósforo.

—¿Es usted el músico? —Estrecharon mi mano—. Ha sido largo el camino. Tloum en Sirio, Malvatrix en Caciopea y de allí la Tierra. Por fin llegamos a estas tierras de órbitas cónicas. —Miraron al firmamento.

—Discúlpelo por favor, se refiera al Sol. —habló el que parecía de mayor edad.

Mientras decían esto, yo ya había ejercitado mis dedos y superado el punto de no retorno; estaba decidido a tocar.

—Entremos.

Accedimos a un edificio de una sola planta, generoso en desdentados espacios donde una vez calzaron los vidrios, un lugar bastante descuidado y con maquinaria cargada de herrumbre. Reconocí en algunos artefactos de montaje los necesarios para separar las colas de las sirenas y enlatarlas como carne del mar. Un tiempo fueron abundantes en esta zona, a raíz del efecto genoma. El asunto de qué hacer con las capturadas, en lo concerniente a la cintura para arriba, tratándose de porciones humanas. A esa pregunta le daba respuesta el ampuloso cementerio que yacía detrás del edificio; abarrotado de lápidas.

—Allí estaba el tipo para el que tocaría. Él en si era todo mi auditorio, era la multitud personal sobre la que recaería mi talento. Me sentí un poco importante, quizás, salvando las distancias, lo que sentiría Shakira cantando en privado para el sultán de Omán.

Siempre tuve la ilusión de conocer un tipo originario de Terraseis, uno de los planetas extrasolares catalogado como gemelo del nuestro. Cuando le pusieron el ojo y enviaron humanos, de seguro sus formas de vida eran primitivas y resultaría lo mismo que confraternizar, en la cabeza de un alfiler, con millones de bacterias, pero en el tiempo que tardamos en llegar allá, el nuevo planeta desarrolló ya formas de vida más evolucionadas: tenía en mí delante a una de esas perlas.

El sujeto tenía un gabán color metralla, sé que tal definición no es un color

propiamente, pero al verlo me desencadenaba un sonido en la cabeza y correspondía al que hace una metralla, por eso corresponde referirme así; por lo demás era cubos y prismas en la parte de arriba, mientras que abajo solo esferas de diferente volumen, siempre tratadas al degradé en colores apagados. Las figuras que ensamblaban su cuerpo trepidaron cuando empuñé el violín.

—Aquí lo tiene, si fuera un Picasso el joven valdría una fortuna. —rompió su silencio uno de los tipos gordos, versado por lo visto en arte y en picardías.

—Lo vale, a su manera lo vale —argumentó otro más circunspecto, mientras apilaba sus palabras pendulando el cuello afirmativamente.

Tomé posición, y a lo que vine.

Me decidí por un fragmento del concierto para violín en mi mayor, BWV 1 042, de J. S. Bach dado su carácter alegre. A continuación, ensayaría un trecho de lo más popular de un inventivo, melódico y profundamente romántico Max Bruch en su concierto opus 26 para violín en sol menor. Para terminar, algo minimalista de Philip Glass; un extracto muy antiguo (1983) de su concierto para violín.

Con Bach, el tipo rompió el alegato de que las figuras geométricas no varían cuando son proyectadas de un plano a otro. Recreó con su sombra extrañas sinusoides contra el trasfondo de la pared. Apeándome de mala gana, hice un alto, a solicitud de los tipos, antes de arrancar con la opus 26; lapso en que me ordenaron dejarlos a solas. Me guiaron donde esperaría.

Atravesé el umbral hacia lo que otrora sería un jardín donde me entretuve imaginando las posibles flores, colores e insectos que un día zumbantes saquearían el néctar. Como si de pronto, una mano generosa me hubiese entregado un impreso en blanco y negro de las comiquitas del conejo Maplethorp y sus aventuras en Tierratres y yo debía colorearlas para entretenerme.

Devolví las pinturas a su caja cuando regresaron por mí.

—Siga, dele con más fuerza: Pizzicatos, trémolos, ponticellos, col legnos, hasta glissandos si quiere, pero dele con ganas, la cosa va bien. ¡Le gusta!, vaya que le gusta —dijo levantando las manos en aspavientos. Regresamos.

Para mi sorpresa el tipo había abandonado su posición vertical y sus sólidos geométricos yacían un tanto distanciados, irradiando una luz violácea mientras giraban sobre su eje con pasmosa velocidad.

—Siga, ¡vamos! —aguzaron.

Con Brunch, los sólidos geométricos parecían querer romper sus cadenas magnéticas y palpitaban rasgados de un siseo incómodo.

—Déjenos a solas. —se repitió la dosis. Ya conocía el camino.

—Un poco más, lo está disfrutando —me llamaron luego de un rato, ya sin entrar a verme sino solo dando un grito omnipotente desde la otra habitación.

—El terraseis, ¿se ha ido? —ya no lo veía en su silla

—Allí está. Debe agacharse para poder verlo.

Sus formas habían sufrido una disminución de volumen y perdido el carácter translúcido. Ahora rotaban dispuestas en círculo, balanceándose como atacadas por un copón de sake.

Con mi interpretación de Grass, el sujeto creció a descomunal tamaño, golpeando una arista contra el techo y lanzando un estruendo desgarrador que me obligó a detenerme.

—¿Sigo? o ¿me voy a la salita? —busqué orientación.

—Siga. Termine; esa parte me gusta. —habló el gordo que se había abierto un emparedado y lo disfrutaba cabizbajo.

Aunque carecía del fondo de la orquesta, di los últimos arpegios con ritmo agitado, me mostraba conforme y luego vino el silencio absoluto.

Aplaudieron, uno de ellos se secó disimuladamente la mejilla, mientras el terraseis, se desinflaba para recuperar, con esfuerzo, su forma original. Me agradecieron. Uno de ellos me llevó hasta el auto y me condujo a casa.

Helena no había dormido y me recibió con una humeante taza de té. Se llevó el instrumento al cuarto bodega para ocultarlo a mi vista, ella sabía que en esas circunstancias sería capaz de echarlo por la ventana.

Me dispensó una vivaz sonrisa. Me aparté de su vista antes de que bostece y atribuí su sonrisa de satisfacción al gusto de haberse salido con la suya e imaginarse ya gastando el obeso cheque que me había ganado esa noche tocando.

Días más tarde emergía la figura de un holograma en el cuarto de comunicaciones, era una alebrestada esquila verbal del portavoz del Gabinete de Conflagración y Sosiego:

—Felicitaciones, el Concilio Galáctico se lo agradece y se da por conforme sobre su virtuosismo en las técnicas de tortura. Ni nuestros monjes inquisidores, traídos del pasado con la máquina del pretérito, han logrado lo que su violín. ¿De cuántas partes dice que está ensamblado ese aparato? y ¿en madera de que árbol? El terraseis confesó y la información ha valido para arrestar a la cúpula. Los tendremos a raya por un buen tiempo.

—Ochenta y cuatro. En madera de roble, de preferencia.

Paganini, Mintz, Ughi, Heifetz, Oistrakh, Menuhin, Mutter, son algunos de los agentes más celebres de la que yo engroso la lista. Desde que descubrieron los militares que la música del violín es tortura para los seres cubistas de Tierra Seis, los han estado rescatando, con su máquina del pretérito, para que ejecuten sus oscuros trabajillos. La diferencia con ellos es que los violinistas citados están lejos y para contar conmigo, los beligerantes solo deben tocar el claxon. Es difícil negarse si hay bocas que alimentar.

El noventa por ciento de todo es basura...

Kerr Anderson, Gretchen

**"El noventa por ciento de la Ciencia Ficción es basura, pero también el
noventa por ciento de todo es basura."**

**(Adagio conocido como Revelación de Sturgeon, derivado de una cita del
escritor estadounidense de ciencia ficción, Theodore Sturgeon.)**

El noventa por ciento de todo es basura, óyelo bien. Como esos hidrogeles psicotrópicos que expenden en tecno-bares y ciber-cantinas de quinta categoría, hoy en boya en casi todas las colonias de la Comunidad Galáctica, y que tanto agradan a los jóvenes, sobretodo si además de querer darse ínfulas de osados y rebeldes, pertenecen a alguna de esas estrafalarias tribus urbanas de moda, fácilmente reconocibles por sus extravagantes pelados, lentes cromáticos de percepción visual envolvente y su neuro-música de locos.

Déjame decirte que en mi época llevar alguna parte del cuerpo cibernada era tabú, e incluso si te pillaban escuchando la música de algún planeta extrasolar en pugna con la Confederación Humana, eras procesado por desviación ideológica y subversión y te podrías tras las rejas.

Qué tiempos aquellos: ahora ya nada es como antes...perdón, nada excepto el maldito hidrogel. Si uno se pone a analizar con detenimiento, solo el 10 % de esa mezcla gelatinosa con aspecto de moco de gorila marciano, puede ser el tan cacareado neuroestimulante *psycho*, al que atribuyen los más exagerados efectos alucinógenos.

¿Te has puesto a pensar, joven, que esa bazofia que ahora te metes buche adentro tan animadamente podría ser una mezcla de baba de sulk, orina licuada de trentaht y vómito de lombriz joviana, con solo un dudoso 10% del *psycho* que dice tener?

No abras los ojos como las lunas de Neptuno, y tampoco escupas asqueado el resto

del contenido de tu pichel sobre la barra que me ha costado sudor y empeño dejar más reluciente que la cabeza de un calvo. Podrá ser muy escatológico lo que he dicho, pero no hay remedio, ya lo tienes del gástrico para adentro, así que: a lo hecho, pecho...o en este caso, estómago, y espero que las paredes del tuyo estén revestidas de fibra de kevlar, por si acaso.

¿Qué quién soy? En nombre de la gran Energía, ¡y eso a quién le importa! Confórmate con saber que, pese a la mala propaganda que ofrezco sobre los productos ofertados, soy la *barman* de este infame establecimiento, el tecno-bar Hydra de Lerna. Y no me preguntes qué es una hidra y mucho menos dónde queda Lerna. Si quieres léete **Los doce trabajos de Heracles**, e investiga acerca de mitología griega terrícola, porque lo que es yo, no estoy para conferencias ahora. Bastante tengo con trabajar en un sitio de nombre tan horrible y, que además, paga tan poco por tantas horas de labor, incluyendo nocturnidad... ¡y encima de pie!

¿Androides? No me hagas reír. Eso solo forma parte de la ciencia ficción, niño: robots obreros por todas partes; en el trabajo, en la casa, en las calles, haciendo como buenos sirvientes todo aquello que los seres humanos detestamos. ¿Has visto tú acaso, una sola máquina ejerciendo algún trabajo ajeno al área industrial, fuera de fábricas o factorías? Yo misma te responderé: por supuesto que no, y es que ellas, por muy sofisticadas e inteligentes que sean, no son seres sociales, además de que resultarían incapaces de reaccionar de manera adecuada ante una situación *sui generis*, no programada en sus circuitos, que demande picaresca e inventiva humana para su resolución.

Por ejemplo: imagina que el *barman* ahora mismo en lugar de mí sea un androide, y que estalla una de las siempre esperadas grescas de borrachos en un bar. ¿Qué crees que haría? ¿Mmmm...?

Recuerda las leyes de la robótica y piensa junto conmigo: si interviene en la rencilla, con los ánimos caldeados como de seguro estarán, tendría por fuerza que usar la violencia para separar a los contendientes, pues en este punto un ebrio es básicamente un idiota que no entiende de razonamientos ni de lógica. Pero si así obrase, estaría transgrediendo la primera ley de la robótica: *Un robot no hará daño a un ser humano*. Si decidiese no intervenir y en su defecto llamar a la policía, en lo que los agentes acudieran al local ya la sangre habría bañado las paredes y corrido calle abajo...con lo que estaría violando la segunda parte de ese

mismo primer principio: *ni permitirá con su inacción que un humano sufra daño*. Un círculo vicioso sin escapatoria posible.

Al final el pobre ente caería en la hamartia, (ya sabes, el error fatal en que incurre quien intenta "hacer lo correcto" en una situación en la que lo correcto simplemente no puede hacerse) sus circuitos se sobrecalentarían al máximo y entraría en un estado de desorden de datos, lo que en el equivalente humano vendría a significar "volverse loco". Cuando al final, la solución más rápida y fiable en estos casos es propinar una buena pateadura de culo al infractor –o los infractores– puerta afuera, desinfectarse las manos y ya está: de vuelta a la barra a servir más tragos. Te lo digo por experiencia propia. No sabes a los métodos de coacción que he tenido que recurrir más de una vez para preservar el orden en este establecimiento. ¿Ves esta enorme cicatriz cerca de mi ojo derecho?: no me la hice precisamente jugando a los mosqueteros. Pero como ya te expliqué, todo el mundo se cansa de lidiar siempre con los mismos escollos a diario.

¿Que renuncie, dices? Para ti es muy fácil hablar cuando no eres madre soltera de tres hijos y tienes que cargar el peso de un módulo habitacional clase II sobre los hombros tú sola. ¿El padre de las criaturas? Pues ni me lo menciones, debe de estar por ahí en cualquier sistema estelar, dándose las de don Juan con cuanta humana, humanoide...e incluso féminas de otras razas (que moralista ni xenófobo nunca ha sido) que se cruce en su camino. Lo único que le deseo a ese hijo de la gran perra cósmica es que le estalle una supernova en la cara, y que después el agujero negro resultante se trague sus restos. Aunque eso sería demasiado pedir incluso para un agujero negro. El pobre cuerpo oscuro acabaría vomitándolo producto de una terrible indigestión. El 90% de todo es basura, y eso aplica para los hombres...o mejor dicho: especialmente para ellos.

Y antes de que lo preguntes, no; no soy ninguna feminazi moderna ni una misándrica resentida con todos los hombres de la galaxia. No voy a entrar en detalles sobre mi identidad sexual, pero de hecho me considero *queer*. Nada desentonado es estos tiempos de *very open mind* (demasiado abierta, diría yo) aunque en mi época más de uno se hubiera escandalizado ante una declaración como esta. Pero bueno, bueno, eso no viene al caso: apuesto mis implantes neuronales a que quieres saber quién es el padre de mis criaturas y qué razón puede haber para que haya terminado gruñendo contra mi voluntad tras la barra de un bar.

¿Acerté? Pues punto a mi favor: barman-1, cliente-0. Pero antes de empezar a contar paga la bebida que consumiste, previendo que te comience a hacer efecto el brebaje y la droga y quieras marcharte sin desembolsar, que en esta vida nada es gratis y todo lo que falte en esta caja registradora se resta a mi ya de por sí flaco salario. No importa lo que yo haya dicho sobre el hidrogel: son diez binarios, y de antemano te advierto que no aceptamos transferencias monetarias vía chip subcutáneo, solo dinero en efectivo; ni te imaginas los malos ratos que hemos pasado por el asunto del hackeo, las falsificaciones de moneda virtual, virus inteligentes y todo eso. ¡Ah, cliente generoso!, gracias por la propina.

Ejém, ejém... ¿por dónde empiezo? Dije que no revelaría mi nombre, y la verdad sea dicha tampoco importa demasiado aquí, pero para hacer la historia un poco menos impersonal, llamémosme en lo adelante Andrómeda... Sí, así mismo, como la galaxia espiral gigante también denominada M31, Messier 31 o NGC 224, que se acerca a la nuestra con ganas de querer colisionarla...algún día, muy muy lejano. Dos galaxias fusionándose y absorbiéndose entre ellas; si no tuviera una clara visión astrofísica del hecho diría que hasta suena terriblemente erótico. Pero bueno, a lo que íbamos.

Pues resulta que yo (por si a alguien le interesa saber...y si no da igual porque también lo digo) nací el 15 de *Idus* de 2098 en un mundo colonial perteneciente a la Confederación Humana, nombrado Korasán: segundo planeta en órbita a la estrella enana roja Próxima Centauri del sistema estelar Rigel Kentaurus (o Alfa Centauri, como otros prefieren llamarlo).

Según la escala de Kardashov, (el método para medir el grado de evolución tecnológica de una civilización, propuesto en el lejano 1964 por el astrofísico ruso Nikolái Kardashov) Korazán era un mundo civilizado de Tipo II, o sea, que según la escala basada en la cantidad de energía que una civilización es capaz de utilizar de su entorno, habíamos rebasado el tipo I: dominio de los recursos del planeta, y ya cosechábamos a plena potencia los recursos de nuestro rico sistema planetario. El Tipo III (que ninguna civilización conocida hasta ahora ha logrado alcanzar, aclaro) sería la disponibilidad de los recursos energéticos de la galaxia completa, pero eso ya es demasiado, incluso para los ultradesarrollados peerk'ha en su distante sistema solar Hirón, casi en los límites de la Vía Láctea.

Y tú te preguntarás ahora qué interés aporta a la historia saber el tipo de civilización al que pertenece el mundo donde nació...y yo te respondo: ninguno. Como no sea lucir mis conocimientos de cultura general integral, ahhh, y explicártelo de paso por si no lo sabías. No me mires con esa cara de búfalo de Centauri degollado, y tampoco te enojés, que uno no se puede acalorar por todo en esta vida...y los implantes de reemplazo cardíaco están caros, ya sabes, la inflación galáctica de precios y todo eso.

Prosigo mi historia. Nacida en una familia de sesudos, donde mi padre era astrofísico y mi madre, ingeniera genética, no podía hacer menos que aspirar a graduarme en una reputada casa de altos estudios para continuar con la tradición familiar, y de paso no decepcionar a mis padres, quienes habían invertido años de su vida y dinero preciosos en pos de mi correcta educación. Pero sucede que en una Confederación Humana donde para el homo sapiens no quedaba apenas rincón del cosmos conocido por explorar ni misterio científico que descubrir, me las vi moradas a la hora de escoger la profesión a la que dedicaría toda mi vida. Al final, tras mucho pensar, me decidí por la ciencia que estudia el origen, evolución y distribución de la vida a todo lo largo y ancho del cosmos.

Tras graduarme a los 25 años como Licenciada en Astrobiología, pensé viajar de un lado a otro de la Vía Láctea investigando y taxonomizando especies animales aún no descubiertas, pues como debes saber, la vida no es una ciencia exacta. Mientras que en el mundo de las matemáticas, por ejemplo, $2+2$ siempre va a ser igual cuatro...en el campo de la biología, no. La vida evoluciona, se transforma, converge hacia nuevas formas. Lo que hoy era una cosa con el decursar de los años puede ascender en la escala evolutiva o por el contrario degenerar en otra totalmente opuesta a su origen. Sin embargo y pese a toda esta hermosa e inspirante palabrería pre-profesional debo decir que mis expectativas laborales pronto quedaron reducidas a nada cuando solo logré conseguir empleo como veterinaria, atendiendo bestias en el mini-zoológico de un parque infantil de atracciones en la capital de Korazán...de donde me echaron 6 meses después al no poder controlar efectivamente una epidemia local, causada por un retrovirus endógeno que diezmó casi el 60% de los bichitos del zoo.

Vaya, que como dice el refrán, me quedé con un palmo de narices...y de qué manera. Que no tengo la culpa de que a todas las dichas criaturas se les haya ocurrido

enfermarse al mismo tiempo, y que hubiese sido yo sola, sin asistentes ni apenas equipamiento, y que los dueños del lugar solo tuvieran a disposición un laboratorio de poca monta que parecía más bien la cueva de un ascético para llevar a cabo las investigaciones microscópicas de rigor. Pero como bien se sabe, la culpa nunca queda huérfana...y a mí me tocó ser su madre adoptiva.

Con una clasificación de *no idónea para el puesto* en mi expediente laboral fui expulsada de allí como se arroja un calcetín viejo a la basura y pronto me vi desempleada y sin un binario ni para comprar una sopa instantánea en la tienducha de la esquina... y suerte que no me hicieron pagar el monto total por todos aquellos animalejos muertos, precedentes de al menos una decena de planetas, de lo contrario sospecho que aún hoy estuviera endeudada hasta el cuello... si no es que me encarcelaban antes y me hacían pagar tras las rejas.

¿De nuevo interrumpiendo? ¿Qué tiene que ver mi vida académica, mis chascos laborales y problemas económicos con el padre de mis hijos, preguntas? Calma: apenas estoy introduciendo la historia; preparando el terreno, como dirían los terraformadores expertos. Ya llegará el momento en que él y yo nos encontremos. Por ahora, estoy en Korazán, con 3 meses de renta atrasadas del alquiler de mi módulo habitacional clase III y pasando más penurias que un ftiráptero en un cerillero. Pero bien, todo el mundo sabe que Dios aprieta...y a veces se le va la mano al condenado, (alma de sádico la que tiene, diría yo) pero no asfixia.

Una mañana como otra cualquiera, después de haber recibido al menos media docena de portazos en la cara por parte de igual número de agencias empleadoras, me senté en el banco de un pequeño bioparque de la capital y me dispuse a leer sin mucho ánimo la holoprensa, sólo para despejar un poco la mente. Entonces un anuncio llamó mi atención: *la compañía interplanetaria Neos, especializada en minería espacial, solicita personal de trabajo, y ofrece plaza de minero clase C con un salario mínimo de 8000 binarios más plus de 2000 binarios por riesgos laborales, para un monto total de 10 000 binarios. Edad mínima requerida 17 años, buen estado físico, no importa graduación académica. Interesados enviar solicitud a...*

E inmediatamente a continuación se ofrecía el código de neuroenlace de **Neos** para ser escaneado. Para ser sincera me alegré bastante de que aquel anuncio hubiera caído en mis manos, tanto que casi me saltan lágrimas a los ojos de pura dicha y mi cara se iluminó con una sonrisa tan radiante que hubiese opacado el brillo de cualquier estrella de tipo 0: aquella era la

oportunidad perfecta para salir del bache económico y existencial en el que me encontraba. Si en otro momento el empleo de minero clase C me hubiera parecido demasiado indigno para alguien de mi graduación intelectual, ahora lo veía como un chance que no podía dejar escapar. Solo era colocarse un trajecito presurizado más o menos incómodo, descender a la superficie de algún planeta o asteroide rico en vetas e incrustaciones de minerales, y con un taladrador ultrasónico desprender las menas y colocarlas en los vagones del ascensor orbital que van desfilando por delante de ti. Sencillo. Si ahorraba lo suficiente, además de pagar mis deudas podría incluso comprar una pequeña nave de hiper-impulsores *Dirac* y revivir mi frustrado sueño de viajar por la Vía Láctea descubriendo espécimenes.

Mi mente volaba a mil gigapársecs por segundo, y ya me veía en mi pequeña astronave (a la que pensaba denominar *Magallanes*) siendo reconocida por la Liga de Exploradores de la Vía Láctea y hasta recibiendo un *honoris causa* de la Casa de Altos Estudios de J'rurasik por mis aportes en el campo de la exobiología. ¿Pago por peligrosidad? ¡Si aquello era un juego de niños! Ciertamente mucho menos arriesgado que empleos que comprenden manipular un colector espacial en el proceso Penrose (también llamado mecanismo de Penrose) para extraer energía de la ergosfera de un agujero negro en rotación, o maniobrar los controles de un trillador sideral para atrapar en sus redes de fibra de carbono la antimateria generada en los Cinturones de Van Allen terrestres y los anillos de hielo de Saturno, por ejemplo.

Ya sabes, los accidentes en estos casos suelen ser esas minucias como que el agujero negro decida que ya lo han molestado demasiado drenando su energía y se lo trague a uno, así sin más, o que en plena labor de recolección de antipartículas un vientecillo solar -sobretudo en la fase de actividad solar máxima-mande a uno a freír espárragos a otro sistema estelar...o peor, a la Otra Vida. Valhala, como decían los antiguos vikingos.

No hagas preguntas, no estoy para clases de Historia Antigua Terrícola, si te surgió alguna duda cuando salgas de aquí vete al banco de datos más cercano y pon en el buscador: *saga antigua de San Olaf, Escandinavia, Odín, pueblos nórdicos...* Por la gran Energía, ¿qué enseñan en las escuelas a estos jóvenes hoy en día?

Como te decía, y despertando por fin de mi fantasía onírica, sin perder un solo instante establecí neuroenlace con la sucursal de **Neos** en mi planeta. A través de la interfaz

holográfica en 3D el sonriente y pixelado rostro de una cibersecretaria—que por cierto no era humana, sino vegalyrana—me recibió. Tras hacerme algunas preguntas de rigor, me indicó cómo rellenar con mis datos unas cuantas planillas virtuales e hizo una copia de mis biometrías actuales; después se despidió amablemente diciendo que mi solicitud sería procesada y en unos días obtendría respuesta por parte de la compañía.

Y sí, como sospecho debes estar imaginando, y gracias a la Energía Cósmica, fui aceptada para el empleo. Aunque los cuatro días de espera se me antojaron eones. ¿Sorprendido por el poco tiempo transcurrido entre mi solicitud y la respuesta? Yo también lo estaba: todo parecía indicar que **Neos** estaba tan urgida de trabajadores como yo de empleo.

Fui contactada vía neuroenlace por la misma cibersecretaria de la vez anterior, quien me ofreció las instrucciones pertinentes, y al quinto día de haber leído el anuncio en la holoprensa, con el escaso equipaje que se permitía portar, ya me aventuraba en una nave de la compañía, junto a una decena de futuros compañeros de labor, con destino al planeta Saturno. Las labores de minería, según fui informada, se estaban llevando a cabo en Titán, el mayor de sus satélites naturales.

El final del viaje fue Artsutánov, una colonia espacial autosostenible sobre la órbita del sexto planeta del sistema solar. Desde el punto de vista estructural era muy similar a un gigantesco aro levitando en el espacio, e incluso, con permiso de Larry Niven, me atrevería a compararlo con Mundo Anillo. La colonia conseguía su principal suministro de energías por medio de grandes paneles que asomaban en su esqueleto metálico, utilizados para concentrar la luz del sol y convertirla en energía fotovoltaica aprovechable. En sus entrañas, el aire respirable era reciclado en varias formas: mediante el uso de jardines fotosintéticos (pequeñas áreas boscosas cultivadas por hidroponía en una de las secciones de aseguramiento vital de *Artsutánov*), y también quemadores catalíticos, que eliminaban efectivamente la mayor parte de los contaminantes orgánicos producidos por los seres vivos en el interior de la colonia orbitalñ. Esta, como protección adicional, también estaba provista de un sistema de destilación criogénica que eliminaba gradualmente las impurezas tales como vapor de mercurio y gases nobles que no podían ser quemados catalíticamente.

Los contadores generales de gravedad artificial indicaban siempre 1G en

Artsutánov, pero pronto descubrí que en mi pequeño módulo personal (porque a cada trabajador le fue asignado uno) y por medio de un curioso ingenio localizado en la pared, podía anular esta fuerza y generar a mi antojo un campo antigravitacional controlado.

Luego de habernos establecido, fuimos citados a una junta con los contratistas de **Neos**, que se llevó a cabo en un amplio hemisferio ubicado en el ala este de la colonia. Una vez que todas y cada una de las gradas de la sala semicircular estuvieron ocupadas por una exuberante representación de cada una de las razas inteligentes conocidas de la Vía Láctea, una agradable voz femenina nos dio la bienvenida. ¿Y a que no adivinas a quién pertenecía?

Por tercera ocasión, la cibersecretaria con quien había hablado un par de veces a través del neuroenlace...aunque en esta oportunidad nada de interfaces holográficas, sino en vivo y directo. Con sus casi dos metros de estatura, y un timbre de voz que hubiera sido la envidia de cualquier soprano lírica humana, O'Neill (ese era su nombre) resultaba la visión más sorprendente de todos los allí reunidos. Bien podría haber representado un *sex symbol* de la belleza femenina galáctica, ante quien mujeres de la historia pasada de la Tierra consideradas sumamente hermosas, como Marilyn Monroe, Madonna o Scarlett Johansson podrían parecer simples caricaturas.

Hablaba a la perfección el galáctico, y según supe después catorce o quince dialectos planetarios más. Yo, que estaba sentada en una de las gradas delanteras, bastante cerca del escenario, quedé como hechizada...y a pesar de los cientos y cientos de miradas lascivas posadas sobre ella, durante cada una de sus breves intervenciones como moderadora del debate general con los contratistas, ella solo dirigía su atención, cada vez que hablaba al público, directamente hacia mí.

Qué decirte: nada de limerencia ni amores platónicos, fue atracción mutua, no a primera, sino a tercera vista. Durante todo el tiempo que duró la reunión con los directivos, no dejamos de lanzarnos inquisitivas miradas, y luego con la perfecta excusa de desconocer la ubicación del refectorio –una colonia orbital es enorme y uno puede perderse si no está familiarizado – entablamos una alegre conversación que concluyó, casi una hora después, con mi cuerpo desnudo resollando sobre el suyo entre la exuberante vegetación del jardín fotosintético de *Artsutánov*. Y no quieras saber por qué no nos dirigimos a uno de nuestros

respectivos módulos habitacionales: simplemente fue el impulso del momento y punto. Además, con la cantidad de dióxido de carbono que liberamos en el entorno con nuestros jadeos, ayudamos a la postre a generar más oxígeno para todos. Te explico: las muxcipulias que nos rodeaban, por ejemplo, inundándonos con su delicioso aroma, eran una especie vegetal oriunda del sistema estelar doble Sirius. Se trata de una pequeña planta formada por una roseta basal (muy similar al tulipán terrestre), de 4 a 8 pétalos carnosos de color rojo, que cuando está cerrada adopta una forma de capullo acampanado. Su característica especial reside en que sus flores realizan un proceso de fotosíntesis oxigénica donde absorben el CO₂ circundante, lo almacenan en sus bulbos (en condiciones normales ocultos bajo tierra) y luego lo convierten en oxígeno. Este pasa a las enormes bolsas que forman sus flores con los pétalos cerrados, y la flor se abre lo arroja a la atmósfera acompañado de una suave fragancia.

¿Lo ves? ¡hasta hicimos un bien colectivo! Pero aquí es donde entra la parte interesante: digamos que en una de estas citas pronto descubrí que la anatomía de los vagalyranos, aunque muy parecida, difiere un poco de la humana. Los habitantes de tercer planeta en órbita a la estrella Vega, en la constelación de Lyra, son...este...

Lo que te quiero explicar es que, pese a haberla reconocido inicialmente como *ella* por su constitución a todas luces femenina, O'Neill no era ni un *él* ni una *ella*...sino algo más complicado. Pero para no entrar en explicaciones genéticas complejas (que ni por asomo comprenderás), evitarnos descripciones subidas de tono, disfemismos y/o eufemismos innecesarios, dejémoslo simplemente en "ella". Como ya adivinarás si eres un poco avezado, el padre (¿la madre?) de mis hijos: unos hermosos trillizos de casi cuatro años de edad. Y si te lo estás preguntando, sí, por esos azares del cosmos y de la convergencia evolutiva, ambas especies somos genéticamente compatibles en un 100%.

Ahh, ¿te sorprendes del hecho? Eso no es nada comparado con los relatos que oí de boca de otros mineros. Una de las historias más desquiciantes que escuché durante mi estancia en la colonia orbital, fue la de Petrik: un gliesiano que contaba cómo su madre lo abortó en cuanto supo que estaba embarazada, pero un ingeniero genético le salvó la vida poniendo su óvulo fecundado moribundo en un útero *in vitro* y adoptándolo al "nacer" (término más o menos inexacto). Cuando creció, el pobre se obsesionó en descubrir quién era su madre biológica, hasta

que lo hizo y finalmente la mató.

El caso, bastante sonado en Pólux, planeta en órbita a la estrella Gliese 10, fue llevado a los tribunales supremos... pero como categóricamente ella lo había matado primero, el jurado lo declaró finalmente libre de todo cargo de asesinato y el caso no tuvo mayor trascendencia. Ahora debe de estar tranquilamente en algún planeta paradisíaco, disfrutando del dinero ganado con **Neos** y libre del peso de la ley ¿Lo ves? ¡todo es basura! Ni el caso de mi embarazo con la bella O'Neill es lo más extraño que escucharás; eres joven, aún te falta mucho por descubrir. Prosigo: en una de nuestras escapadas románticas al jardín fotosintético de muxcipulias, mientras acariciaba su sedoso cabello de color lila tras intensos minutos de intimidad, le comenté a O'Neill lo raro que me parecía la falta de mano de obra en una empresa de prestigio interplanetario como **Neos**, y que por lo demás ofrecía salarios bastante generosos a sus trabajadores.

Entonces ella me contó lo que inmediatamente catalogué de leyenda urbana. Sucede que se habían dado varios casos donde extraños seres energéticos de forma vagamente humanoide, habían atemorizado a los mineros y destruido algunas de las maquinarias de extracción de minerales para luego desaparecer sin dejar el menor rastro. La última vez los daños fueron tan severos que incluso el ascensor orbital se vio afectado, por lo que los obreros quedaron varados en la superficie de Titán con los extraños espectros crepitando y chisporroteando sobre sus cabezas. De más está decir que, luego de que se restableciera el tráfico y tras necesitar por lo menos una veintena de implantes de reemplazo cardíaco, **Neos** tuvo la mayor ola de renuncias de ese año.

Se ha intentado buscar una explicación coherente, por ejemplo, algunos paranoicos atribuyen el hecho a los miembros de una hipotética civilización tipo III que vivió hace eones, quienes al haber alcanzado el total desarrollo habían trascendido la materia (lo que los fanáticos religiosos llamarían liberación espiritual) y ahora poseían cuerpos incorpóreos, ligados a lo Inexplicado: la Energía Universal, que aquel lugar era un santuario para ellos y nosotros lo estábamos profanando con muestras labores de minería. Hecho que algunos crédulos descerebrados corroboraban a pies juntillas debido a la existencia de una antigua escuela budista ubicada en la cima de una de las heladas cordilleras de Titán, perteneciente a los monjes neo-

tibetanos, quienes fueron los primeros en llegar en sus naves-templo y colonizar el satélite, para marcharse de forma inexplicable al año siguiente. Otros decían que aquellos eran los espectros de los miembros de una civilización desaparecida, que el satélite era en realidad un camposanto sideral y que los cristales de *unobtanium* que se estaban extrayendo tenían alguna especie de poder sagrado, por lo que los espíritus estaban enojados.

Sí, como no; y yo soy uno de esos robots asesinos de la holo-serie marciana **Conquistadores de la Galaxia Primum** y disparo rayo láser por los ojos. ¡Bah!, que muerda otro ese anzuelo, porque esa historia de fantasmas sí que no me la trago. O alguien estaba saboteando el trabajo de los mineros o, como me sospechaba, una especie alóctona desconocida había logrado colarse en las naves, colonizando poco a poco el satélite sin que nadie lo notara, y haciendo de las suyas. Para eso soy especialista en fauna extraterrestre, yo creo en hechos, evidencias...no en historias paranormales de espectros. Recuerda siempre lo que dice el principio de Hanlon: «Nunca atribuyas a la maldad lo que puede ser explicado por la estupidez».

A partir de entonces, y sin revelarlo a mi solícita amante ni a nadie más, me planteé a mí misma resolver el misterio en lo que apodé: Operación Poltergeist, en alusión a un término del antiguo idioma alemán terrícola, que se utilizaba coloquialmente para definir todos los acontecimientos violentos que sucedían en un lugar supuestamente encantado para los que no existía una causa aparente que pudiera describir la ciencia. Entre los fenómenos poltergeist, se incluyen, por ejemplo, ruidos inexplicables, movimientos de objetos inanimados, desaparición de comestibles, olores extraños y ataques físicos. En fin: un nombre que ni pintado.

Bajamos a Titán por medio de un ascensor orbital que conectaba la superficie del satélite con la colonia, de la que partía un cable de nanotubos de carbono con forma de riel, de unos 35.786 km de largo y llegaba hasta el suelo. El terreno de Titán, abrupto en su totalidad, estaba compuesto principalmente de hielo y material rocoso, mientras que su atmósfera, considerablemente más densa que la de la Tierra, presentaba una capa nubosa opaca formada por aerosoles de hidrocarburos, además de una espesa niebla que afectaba a todo el satélite.

En el "cielo", que no era azul sino anaranjado como un eterno crepúsculo, se agolpaban numerosas nubes de metano condensado en forma de cirros. Puesto que la atmósfera estaba compuesta en un 94 % de nitrógeno, y la gravedad era prácticamente inexistente,

dependíamos casi por completo del aseguramiento vital de nuestros trajes espaciales, y de mochilas propulsadas para desplazarnos de forma independiente, aunque en diferentes bases ubicadas en el abrupto terreno había *rovers* a disposición de los mineros.

En algunas partes del satélite, debido al tremebundo frío imperante, había lagos de metano licuado y criovolcanes, según nos dijeron inactivos desde hacía años, pero nosotros nos concentramos al pie de una cordillera de altas montañas de hielo. En esta área comencé mis primeras excavaciones con el taladrador ultrasónico, pues en la falda de las elevaciones habían incrustaciones de los cristales conocidos como *unobtainium* que se estaban extrayendo y en los que estaba interesada la compañía. Mi primer día de trabajo estuve más o menos una hora entregada a esta monótona labor: taladrar-desprender cristal-colocar en ascensor orbital-volver a taladrar... cuando de pronto sobre nuestras cabezas, allá en la anaranjada bóveda celeste, comenzaron a agolparse furiosamente unas cuantas nubes.

Titán no tiene un campo magnético considerable y su órbita alcanza el exterior de la magnetósfera de Saturno exponiéndose directamente al viento solar, hecho que resulta en la ionización y elevación de algunas moléculas a la cima de la atmósfera, provocando lo que en aquel momento parecían el equivalente a los relámpagos de una tempestad terrestre.

Había escuchado sobre las fuertes tormentas de metano líquido en Titán, que descargaban precipitaciones importantes que llegan a la superficie, produciendo los lagos anteriormente mencionados, pero nunca imaginé algo como esto: en menos de una fracción de segundo estábamos intentando escapar de una lluvia torrencial de metano líquido, que se cernía sobre nosotros y que, como una cortina nebulosa, no permitía ver más allá de dos pasos de distancia.

Todos habían puesto en funcionamiento sus mochilas propulsadas, y buscaban llegar con rapidez al refugio de la base más cercana, pero quiso la suerte...o la mala fortuna, que mi *jet pack* no funcionase en ese momento, y me viese atrapada bajo aquella lluvia criogénica en un extraño fenómeno que ahora describiré con lujo de detalles.

Un vapor brumoso me envolvió por completo, nublando mi campo de visión tras el casco de la escafandra, como si de pronto las nubes hubiesen descendido del cielo para aglomerarse a mi alrededor; entonces, unas figuras humanoides que parecían hechas de energía

pura aparecieron, danzando y levitando a mi alrededor, murmurándome palabras en un idioma desconocido y antiguo. Estos seres etéreos poseían una especie de flor de loto invertida coronando sus cabezas, y era tanta la iridiscencia que emanaba de ellos, que de pronto tuve la sensación de haber sido transportada a otro plano, donde la tempestad, las montañas en cuya falda se extraía el *unobtanium*, los mineros enfundados en sus escafandras... todo eso desaparecía.

Uno de ellos se separó del grupo y se acercó a mí. Yo quería huir, esfumarme de aquel sitio, pero era como si mi cuerpo ya no obedeciera órdenes: estaba rígida como una estatua, con el corazón latiéndome apresuradamente dentro del pecho. El ser extendió una mano y, atravesando de manera inexplicable la materia del casco de mi escafandra de protección, la puso justo en mi entrecejo, allí, justo donde decían los hinduistas se encontraba el sexto y penúltimo chakra, *agña-akhia*, que significa "conocer el entendimiento". El toque era cálido y vivificante, y me hacía sentir eufórica y una extraña calma a la vez.

Nosotros somos los que somos, los que estábamos y estaremos, desde el principio de los tiempos hasta que la última estrella apague su fulgor en el firmamento, y todo el Universo vuelva a ser lo que era antes del Gran Inicio: energía.

Una serie de imágenes se sucedió con una velocidad pasmosa en mi mente: una enorme explosión de materia, cuyas ondas vibraban sin parar, expandiéndose por doquier y poblando la Nada con su Todo. Estrellas que nacían, mundos que se formaban: la vida que comenzaba a despertar en cada rincón del cosmos.

El Alma Mundo de este satélite está confusa, porque los mineros han lastimado su superficie con sus aparatos, y llora en forma de lágrimas de cristal...eso que ustedes llaman "unobtanium". Nosotros hemos intentado hacerlos desistir, pero en su necedad, ellos han permanecido. Vuélvete al planeta donde naciste, no profanes el cuerpo del titán, si no quieres experimentar una muerte terrible...

Y ya sé lo que debes estar pensando: aquello fue una revelación de la gran Energía que cambió mi vida por completo, reforjó mi fe en lo Inexplicable, y de seguro te preguntas por qué, tras haber vivido una experiencia de esa índole, me encuentro aquí, tras la barra de un antro de perdición sirviendo bucheros amargos, y no como monja en uno de los templos orbitales de los jainistas, por ejemplo. La respuesta es sencilla: manipulación sensorial.

No me di cuenta enseguida, pero sí tenía mis sospechas: nunca he creído en espíritus ni apariciones, y no iba a ser precisamente en ese momento que reforjaría mi forma de pensar. Arriesgando la parte por el todo, de un furioso tirón me arranqué los implantes neurales...o al menos lo intenté. Para quitarlos por completo hubiera hecho falta una neurocirugía a cráneo abierto, pues era preciso retirar los electrodos "alfiler" inamovibles injertados en la corteza cerebral, y desconectarme del sistema Matriz (un proceso bastante engorroso) pero al menos conseguí averiar severamente los nodos metálicos de iridio que se adherían a mis sienes, que eran los que trasmitían los impulsos neuronales de alta frecuencia.

De inmediato todo aquel espejismo desapareció por completo. Al principio mi visión de nubló un poco, debido a la súbita variación energética: fue una acción arriesgada, pude haber acabado con el cerebro electrocutado, pero como vez aún no había llegado mi hora de morir y el universo conspiraba para que fuera yo quien descubriera lo que estaba sucediendo en ese maldito satélite. Si mis sospechas eran ciertas, *alguien* había logrado hackear la interfaz holovirtual de **Neos**, de manera que todo aquel que hubiese utilizado neuroenlace con la compañía, estaba expuesto a sufrir estas "alucinaciones" inducidas con el objetivo de que se abandonasen las labores de minería allí. Lo que no sabía era quién y por qué lo hacía.

Una idea cruzó a toda velocidad por mi mente: el monasterio de los monjes neotibetanos, en la cima de la cordillera. Se decía que estaba desierto desde hacía años, pero tenía un extraño presentimiento con respecto a ese lugar. Comprobé mi *jet pack* y viendo que volvía a funcionar me dirigí hacia allá.

El templo era enorme y se encontraba en el interior de un biodôme en el que se había intentado reproducir los bosques montanos, arbustos y prados alpinos de las regiones menos elevadas del Himalaya terrícola. Al entrar los aparatos de medición de mi traje espacial indicaron la presencia de oxígeno libre en el medio, gravedad y presión aceptables, así que me liberé de la molesta (y ahora pesada) escafandra quedando sólo con el overol naranja de grandes bolsillos con el logo de la empresa sobre el hombro derecho que llevaba por debajo y continué avanzando a través de un bosquecillo, pese a que en el interior del biodôme hacía un poco de frío. Lamenté en ese instante no llevar equipada ningún arma, pues si aquella imitación de paisaje bioclimático era fidedigna debían estar rondando por el área especies animales como

tigres de bengala, leopardos de las nieves y otras fieras...clónicos lo más seguro. Seguí mi ruta por un extenso pasillo que asomaba entre la nieve y el tronco de los árboles hasta llegar finalmente tras unos minutos de caminata, a una pagoda de madera a la entrada del imponente templo, donde estaba plácidamente sentado un joven monje vestido con una gruesa toga gris y con una PC de interfaz holo-interactiva entre las piernas, conectado a ella por varios electrodos pegados a sus sienes.

Vaya que era un chico raro, con su cabezota calva surcada de extraños tatuajes sagrados y una palidez casi mortuoria. En cuanto me vio, se desconectó del equipo y se arrojó sobre mí haciendo gala de sus habilidades en la lucha cuerpo a cuerpo sin armas y técnicas de las artes marciales mixtas.

Yo intenté parar los golpes como pude y contraatacar, y bueno, aquí va algo así como una pelea de artes marciales estilo The Matrix entre el monje y yo en la que no voy a hacer mucho hincapié, porque ya te debes estar haciendo ideas de la clásica imagen de un combate de esta índole; solo te diré que al final, pese a mis conocimientos de diferentes estilos de lucha oriental como el wushu, el kung-fu, el jiu-jitsu y otros trabalenguas por el estilo, terminé vencida. Sin embargo, en el momento en que creí que recibiría el golpe de gracia, mi adversario se detuvo. Tras un largo momento de silencio me reveló su nombre: Koryū, Kārye...o algo por el estilo, no recuerdo con precisión, de eso hace mucho tiempo ya. Tras ofrecerme una mano para ayudarme a incorporar (porque el monje me había propinado, luego de una combinación de golpes asestados a la velocidad de la luz, un soberano empujón que me hizo rodar por la nieve) el chico me dijo el por qué de su estancia en aquel sitio y me mostró algo que me dejó boquiabierta. (Claro que, si hubiera empezado desde el principio por ahí, me hubiese ahorrado unos cuantos dolores de huesos. ¿Por qué todos los religiosos tienen que ser tan raros?).

Se trataba de una nueva especie respiradora de metano, descubierta por los monjes neo-tibetanos y la razón por la que decidieron abandonar el satélite, para dejarlos desarrollarse en paz en su entorno. Eran una especie de vermis energéticas gigantescas, parientes lejanos de las anguilas eléctricas terrícolas, que migraban desplazándose en la ingravidez durante las tormentas de metano líquido de descargas ionizantes a esa parte de la cordillera para desovar.

Los cristales de unobtanium que Neos extraía, eran en realidad los huevos de aquellas raras criaturas, que necesitaban temperaturas casi criogénicas para completar una eclosión que duraba 10 años por cada 12 de la vida un solo ejemplar, y este solitario monje-hacker había sido enviado con la misión de expulsar mediante el miedo supersticioso a la flagrante amenaza que éramos nosotros para la supervivencia de esta especie.

Yo era una exobióloga por encima de todo, y rápidamente tomé partido en la causa de defender a las *verminia titanidae* (nombre científico que les habían otorgado sus eclesiásticos descubridores) y en cuanto la Asociación Interestelar de Ecologistas lo supo, puso una denuncia contra la empresa. ¿Qué sucedió al final de la historia? Pues fácil: **Neos** quebró tras perder el litigio contra los ambientalistas y verse obligada a pagar una multa bimillonaria por cuestiones de "maltrato animal", los trabajos de minería en Titán fueron suspendidos y prohibidos y todo se fue a la mierda, junto con mis sueños de viajar por el cosmos. Intenté buscar consuelo en los brazos de mi amada O'Neill, pero descubrí que ella ya tenía a alguien más con quien "divertirse" y que entre nosotras las cosas no habían pasado de ser un idilio. Regresé a Korazán, sin bombos ni fanfarrias, y lo que es peor, sin un binario en los bolsillos, y al mes siguiente descubrí que estaba embarazada. Lo demás ya te lo debes de imaginar.

—*Vaya historia con un final tan derrotista y mierdero.*

Esta es la vida real, no una holonovela, ¿qué querías, príncipes azules y castillos encantados? Pero ya fue suficiente: se ha hecho tarde y es hora de mi cambio de turno. Tú ni siquiera te has dado cuenta, tan atento como estabas a la narración, de que tu bebida supuestamente neuroestimulante nunca hizo efecto. ¿Hidrogeles psicodélicos? Sí como no. Deja de ser tan ingenuo y no creas todo lo que ves en los comerciales. Ya lo dije: el 90% de todo es basura...

La herida

Henares, Daniel

El martes pasado fui a darme mi chapuzón habitual de madrugada, vivo cerca de la playa y es una vieja costumbre. Fue una noche extraña, recuerdo que el agua estaba más caliente de lo habitual y juraría haber visto unas extrañas luces reptar por la arena del fondo. Cuando llegué a casa noté un pequeño corte en la cadera, una fina cicatriz, como si algo me hubiera arañado, lo curioso fue que no había sentido nada mientras me bañaba.

Ha pasado una semana y creo que me estoy volviendo loco. La herida está cerrada pero no deja de crecer, es una delgadísima línea que poco a poco va rodeando mi cintura. No sé en qué acabará esto, pero tengo miedo de ir al médico, quizá no me crea, quizá me esté muriendo. Sea como sea, sigue extendiéndose lentamente a mi alrededor.

Han pasado dos semanas y ya casi está a punto de llegar al final, sus dos extremos están a pocos centímetros de distancia. Tengo miedo, todo es muy extraño. Soy una persona aprensiva, pero juraría escuchar algo en mi interior, no en mi cabeza, sino dentro de mi propio cuerpo. Murmullos y gorgoteos, líquidos en movimiento. A veces siento algunas molestias, pero, por algún motivo, me siento como si estuviera sedado. Si pierdo la razón quiero que alguien pueda leer esto.

Anoche la línea llegó al final. Tenía miedo de dormirme, pero sentí un sopor irresistible y al final no pude evitar tumbarme en la cama. Creo que dormí casi un día completo. No siento la parte inferior de mi cuerpo ni puedo moverla, no sé qué va a ser de mí. No conozco a casi nadie, ni sé a quién pedirle ayuda. Ni siquiera tengo teléfono y mis músculos se sienten tan débiles que apenas puedo sostener el bolígrafo al escribir estas líneas.

Creo que definitivamente estoy loco, me volví a dormir de nuevo y cuando desperté la parte inferior de mi cuerpo había desaparecido. No hay sangre, no hay nada, es como si mi cuerpo terminara así de forma natural. Creo que voy a intentar suicidarme, pero me cuesta incluso levantar los brazos. He visto que hay algo extraño junto a mi cama, parece un capullo de mariposa, pero es enorme.

En algún momento volví a caer inconsciente, no sé por cuánto tiempo, creo que varios días. Hoy alguien me ha despertado. Era yo. Una réplica perfecta de mí mismo. Idéntico en todo salvo en la mirada, su expresión era diferente, parecían los ojos muertos de un pez o un muñeco. El capullo estaba roto, como si algo se hubiera abierto paso desde dentro. El ser me muerde y se alimenta, al principio parecía débil y pequeño, pero crece y se fortalece.

A veces me hace daño hasta que abro los ojos y ensaya expresiones ante mi cara, estudiando mis reacciones. También hace muecas ante el espejo de la habitación. Creo que está aprendiendo a imitarnos.

Me gustaría poder avisar a alguien, contar esto. Hay algo extraño en esa playa, algo muy peligroso. Pero ya es tarde, apenas puedo moverme lo suficiente para seguir tomando estas notas. Voy a intentar electrocutarme con el brazo que me queda. Espero poder romper la lámpara de la mesita y terminar con esto.

Ahora pasa horas haciendo sonidos guturales, chasquea la lengua e intenta formar palabras. Siento pánico al pensar que puedo no ser el único, que quizá haya miles de estos seres modelándose en este momento para... Para Dios sabe qué. Espero que la gente no se deje engañar, ojalá puedan detectarlos de algún modo.

Ya no puedo más. Intentaré romper la bombilla de la lamparita, solo me quedan dos dedos, pero creo que lo conseguiré. Voy a colocar este papel debajo de la almohada. Espero que el ser no sepa qué es. Y, por favor, que alguien lo encuentre.

Oro

Vilaró, Emilio



La importancia de una pipa de fumar para otros planetas

Siempre me gustó el Señor Mína —Apellido muy acorde con su profesión—. Una

vez lo túve como profesór en un cúrso sóbre «La história de los recúrso mineráles en la Tierra». Ésta chárta, prónro derivó más en histórias sóbre «sus» mineráles, que en un estúdio sério sóbre minería o economía. Péro lo pasábamos muy bién.

Como núnca más lo volviéron a invitár a dar cláses o cúrso en nuéstra universidad, se dedicó a charlár sóbre lo que más sabía. Los metalés, en especiál sóbre el oro y sus aventuras personales.

Háce años, él había tenido úna ciérta notoriedad, por su vída aventuréra en relación con ése nóble metal. Había sido buscador de oro con ciérto éxito, luégo cómo traficánte de éste mineral, que lo llevó a la cárcel y a la ruína. Más tárde como conferenciánte sóbre éste téma.

Únos dicen, que algúno autores de novelas de aventura, se básan en él, como personaje aventuréro y ótro dicen que él, imíta a éso escrito. Su pípa, que tánto sabía fumar (alargándo su vída sin que se apagára durante tóda la chárta), le dába un áire interesánte que siémpre intentába maximizar.

Le seguí en algúnas de sus chárta, bastánte aména por ciérto, en donde, además de dar algúno dato técnico, añadía histórias verídicas, más sus própias aventuras.

Cási siémpre, al início de sus chárta, explicába, prévia pregunta a los asistentes, si tenían idéa de la cantidad de oro que se había extraído desde los início de la humanidad.

Si sumámo los bárcos traído por los españóles, lo capturádo por los pirátas (habría que restárla a lo anteriór), los tesóro de las mína del rey Salomón (verídico o no), oro pérsa, griégo, románo, el de Califórnia y Sudáfrica. Buéno, multiplicádo por la cantidad de asistentes, el total no bajába de llenár úna gran ciudad.

Con una sonrisa y unos cuantos números, demostraba, ante la incrédula concurrencia, que no era para tanto. Todo el oro extraído desde siempre en el mundo, podía caber sin problemas en una gran nave industrial.

La discusión sobre este punto daba para tanto, que ya ocupaba la mitad de la charla.

El final de la conferencia, siempre la remataba, diciendo que había dejado de buscar oro. Lo que ahora quería, era cobrar en billetes, y recomendaba para tener muchos de ellos, algo tan simple como: el ahorro.

Preguntaba, una vez más, a la amable concurrencia, ¿cuánto creían, que se tendría ahora, si se hubiese depositado hace dos mil años, a un interés razonable, o el dinero bien invertido, el equivalente en ese tiempo de un Euro?

Al contrario de las respuestas anteriores, las sumas dadas, rondaban los cientos o hasta de miles de Euros. Alguno, muy atrevido, aseguraba que sería suficiente para vivir sin tener que trabajar en toda la vida.

Decía, 2000 años dividido por 10, es 200. Díez, aseguraba, son los años que se tarda en duplicar una cantidad bien invertida. Si no logras duplicar ese dinero en diez años, dedícate a otra cosa.

Siempre simplificaba las cifras, las hacía terminar en cero, para que todo quedase más claro.

Por tanto, la cantidad original, se habría duplicado más o menos unas doscientas

véces, dependiendo del interés o beneficios.

Si ya, como con lo del juego del ajedrez, al duplicar un grano de trigo 64 veces (los cuadros del tablero), se necesitaría la producción mundial de ese grano. Si queremos duplicarlo hasta 100 veces, nos encontramos que no se ha producido tanto trigo en la historia. Así pues, 200 veces en el caso de la moneda, representaría, el valor de varias Lunas de oro sólido.

Total, el que quiera mucho oro, que ahorre.

Una vez lo vi abandonar su charla y la sala, dejando solos a los presentes haciendo estos cálculos y enzarzados en tremendas discusiones.

Gran tipo el Señor Mina

* * *

El encuentro

Por esto, cuando ocurrió lo más sorprendente que haya pasado en mi vida, pensé al instante en él. Además, dió la casualidad que hacía unos días, había leído que iba a dar una charlas sobre el oro, en el Museo de Geología de mi ciudad.

Me presenté, cuando ya había terminado su charla (sus explicaciones las tenía archisabidas). El último de los que se quedaron a preguntarle algo, o a hablar con él, se estaba yendo.

Désde el fondo del auditorio, el encargado le indicó que se diése prisa, que iba a

apagar las luces de la sala.

—Señor Mína, no se acordará usted de mí, fui alumno suyo en algunas de sus clases en la Universidad.

Me miró sin afirmár o negár náda.

Sé que ya no se interésa por la aventura del oro, aun así, ésto puede despertár su curiosidad.

Púse sobre la mesa dos cajítas de plástico. Su forma redóna, ya indicába el contenido.

—Me dedico a los billétes, dijo sin mirár las cajítas. Méno pesádos y más fáciles de transportár, sobre tódo si los tiénes en el banco.

¿Cómo se lláma usted?

—Mis amigos me lláman Al, (Albéto), Arizménde.

—En éste momento no puedo atenderle. He quedádo con unos amigos. Si me déja lo que ha traído, lo miraré. Podemos vérnos mañana a la misma hora, al acabár la segunda parte de la charla.

—Pues, hásta mañana profesór.

* * *

—¡Señor Mína!, esperába su llamada. No ha tardádo múcho en localizárme y sin esperár a mañána.

—Ésto ha sído un gólpe bájo, —díjo.

Las dos monédas que me dió, son sorprendéntes. No podrían ser fálzas, los dibújos son muy origináles, si bién un buén diseñadór no los podría haber hécho mejór.

La monéda de colór óro, pésa ménos de un grámo y la de colór pláta, pésa el dóble que úna equivalénte de óro. Éstos materiáles no existen en la Tierra. Además, son durísimos, no he podído rayárlos, ni atacárlos con ningún ácido... son las monédas perféctas. Si bién no entiéndo la razón por la cual, teniéndo el mismo tamaño, úna, séa cién véces más pesáda que la ótra.

Los dibújos, emblémas o caractéres, son de úna elegáncia supréma.

¿De dónde las ha sacádo usted?

¿Por qué, álgo de tánto valór me lo ha dádo?

¿Tiéne más?

—Tódo a su tiémpo. —Exclamé.

¿Le gusta a usted el chocolate con churrros? —Le pregunté.

—Me gusta el chocolate... contestó un poco perplejo.

—Perfecto, yo me comeré su ración de churrros, no hay que desaprovechar nada. Le espero pasado mañana a las siete en la churrería que hay debajo de su casa, y no haga planes.

* * *

No hablamos en todo el trayecto. Él comprendía. Era mi momento de esplendor y quería dejar que yo lo presentara a mi gusto. Durmió un rato, hasta que despertó cuando salíamos de la autopista en dirección a mi pueblo, Tortosa.

* * *

—Estaba en casa, —así comencé mi larga explicación—, la que usted ve desde aquí. Sentí un fuerte ruido, no alarmante, eso sí, muy diferente a cualquier sonido que haya escuchado en la vida. Primero fue como un silbido, luego el impacto.

Dió la casualidad que en ese momento estaba mirando por la ventana y pude ver un resplandor. Pensé, había sido la luz de los faros de un coche, o una moto que había caído desde la carretera de más arriba. Cogí una linterna y me acerqué por si tenía que ofrecer o pedir ayuda.

Hice lo que ahora estamos haciendo nosotros, si bien de noche.

El profesor, sin ocultar su interés, no preguntaba nada. Créo que se estaba reservando.

No vi náda, la oscuridád éra treménda y lo que había causádo el resplandór no éra visíble, además, éra nóche cerráda y sin lúa.

Al dárme por rendído, y hacér el gésto de írme a cása, noté úna vibración, como si algo intentáse ponérse en movimiénto. Entónces lo vi, éra gránde, hubiése dícho que parecía un enórme gusáno de luz. Me acostumbé a ésa iluminación ténue y sin usár mi lintérna púde ver que éra como un meteoríto ovaládo, médio enterrádo. Debía medír únos cinco métros en su extrémó más lárgo. Póco a póco, úna párte de él, se estába haciéndo trasparénte.

No debía diferenciárse múcho, del típico meteoríto de hiérro o níquel, però éra más gránde.

Interrumpí mi explicación al llegár al sitio deseádo. El Señor Mína me ayudó a retirár las rámas que cubrían el meteóro. Seguí con el reláto.

Me acerqué a la párte trasparénte. Diría que sería lo equivalénte a la cabína de mándo de un vehículo espaciál. Vi úna inménsa cantidad de monédas en su interiór, de dos colóres y de igual tamaño. ¡Qué pérfidos!, de óro y pláta.

Estába cláro, éra úna invitación abiérta a tomárlas. ¿Éra el cuérpo espaciál úna trámpa, las monédas el cébo?, y yo, incáuto de mí, ¿la présa?

Mi percepción de pelígro éra enórme, si bién, la curiosidád éra mayór. Núnca tendría ótra oportunidad así. Sómos tan póca cósa en éste múnndo, úna ocasión como ésta no la podía desaprovechár. Mañána, tal vez algúien vénga, o hásta puéde que ya lo estén buscándo y éste sucésó, habrá pasádo por delante de mis naríces, la mejór oportunidad en mi vída de hacérme famosó y la habré dejádo escapár.

Traté de localizár alguna abertúra, agujéro o manéra de abrir el meteorito. ¡Qué emocionánte!, péro no había náda. Retiré con las mãos, pára dejárló más destapádo, algo de la tierra y hójás que lo cubrían, y ver si por ahí, había úna entráda.

Las monédas sólo ocupában el sectór fosforescénte del meteorito. No púde resistír más, toqué ésa superficie transparénte e ilumináda. Se abrió. Buéno, en realidad no se abrió náda, se hizo como un agujéro, como si lo que estába encima de las monédas se hubiése disuélto, como si núnca hubiése estádo tapádo.

No me atreví a ponér las mãos déntro. Cogí un par de ramítas, y extráje úna monéda. La doráda priméro. ¡Qué desilusión! No pesába náda, como si fuése de aluminio o fálssa. ¡Lo que me faltába! Monédas falsificádas del espácio exterior.

El Señor Mina, escuchába. Seguía mi aclaración aténtamente sin preguntár náda.

Continué.

Aun así éra úna monéda... sin lugar a dudas. Con bellísimos garabátos. A pléna luz del día se verían mejór. Éstos símbolos no me decían náda, si bién éran muy elegánte. Por el cánto había más caractéres, ordenádos y contínuos.

Cogí úna monéda de pláta. ¡Qué péso!, múcho más que si hubiése sído de óro. Los «escritos», cási iguáles a la de colór de óro.

La «puérta» se cerró. Volví a tocárla y se reabrió.

No púde resistírme. Cuando me dan algo, lo téngo que tomár. Estába cláro, éra un ofrecimiénto, ésto no éra un cófre escondído, sepultádo y selládo. Aquí decían: tómame.

Púse las mános y retiré... únas cuatrociéntas piézas en total.

Al quedár vacío el espácio de las monédas, vi que en el fón do había tres bárras como de metál, estában cruzádas. Jústo debájo de las tres bárras y sóbre el suelo, un pequeño montículo.

Las parédes estában cubiértas de caractéres o símbolos similáres a los de las monédas. No había dúda, éra un mensáje, péro yo, no lo podía entendér.

Éntre tánto «téxto», sólo había un dibújo. El de las tres bárras. Querían decír o pedír algo, sin embárgo, no habían usádo un buén sistéma pára explicárl o.

Al princípío pensé, las tres bárras serían pára que las monédas no se moviésen, sin embárgo no tenía múcho sentido.

Tapé el meteoríto con rámas. Quedó bastánte bién escondído. Como nádie pása por ése ládo de la propiedád, estába segúro, nádie lo encontraría. Y víne a buscárl o a usted.

* * *

Por ésto le he invitádo a venir Señor Mína. No sé, ¿qué es éste objéto? Me da la impresión que píden algo a cámbio de las monédas, si bién no he lográdo entendérl o, ni créo que lo podámos descifrárl o.

—¿Tiéne fuégo? —díjo, suspirándo.

—¡Diós mío! ¡Lo más interesánte que ha ocurridó a ésta humanidad, y usted quiére ponérse a fumár su famosá pípa!

Le doy mi encendedór, lo recháza. Búsca en su chaquéta ésas ceríllas lárgas de madera, elegánte e ideáles pára encendér la pípa que él siémpre usá.

Púso la máno sóbre el meteoríto y se abrió. Encendió la cerílla, la acercó a la báse de las tres bárras jústo encíma del pequéño montícúlo.

El púnto se púso incandescénte y los tres «pálos» comenzáron a ardér.

El agujéro se cerró. A pesár de la fálda de oxígeno, el fuégo seguía ardiéndo, representába sin dúda úna fogáta...

—Si lo hubiésen pintádo así, con llámas, —Le díje, lo hubiése entendído al instánte.

El Señor Mína volvió a abrír el agujéro. Con un gésto solémne, púso al ládo del fuégo su pípa, bién cargáda de tabáco (péro sin encendér), úna monéda de un éuro, y luégo pensándolo múcho, séis ceríllas lo más apartádas del fuégo que púdo. Supúse que ésto sería lo más importánte que él podía aportár en éste moménte.

El meteoríto se cerró, ahóra sí con un ruído más fuérte. Intenté abrírlo úna vez más pasándo la máno por encíma, péro no se abrió.

Comenzámos a notár que tódo él se comenzába a cristalizár, haciéndose trasparente. Al cábo de un ráto. A pesár de que la «puérta» estába cerráda, la lláma seguía encendída.

Ahóra la trasparencia éra total, «la náve» parecía que quisiéra sacudírse, y vibrába. La póca tierra que cubría su páрте superiór cayó, dejándola despejada.

Nos retirámos un póco, algo importante iba a ocurrír.

El Señor Mína púso su brázo sóbre mi hombro, buscó su pípa en el bolsillo con un gésto automático, sonrió al ver que por el moménto no podría fumar.

La náve se levantó, se púso a la altura de nuéstrs ojos, cómo si nos miráse y grabáse durante unos segundos.

Tódo el meteoríto volvió a solidificárse, dejándo sólo la lláma visíble como si fuése la sala de mándos de una astronáve.

Se elevó con suavidad, luego más rápido y al fin desapareció.

—Albéto. Amigo mío, —díjo con voz solémne. El probléma de los planetas que piérden el fuégo, es cáda vez más frecuente y acuciánte... Le miré alucinándo. No súde qué decír, cási me póngo a reír.

—Señor Mína, compréndo lo de ponér las cerillas, por si se les vuélve a apagar el fuégo en su planeta. Lo de la moneda, no compénsa péro es un detálle. Péro, lo que no entiéndo

es lo de su pipa.

—Quisiéra saber, ¿a dónde se dirige?, —dijo el Señor Mína.

—Buéno, sonreí. Tomé algunas fotos de la náve, de los téxtos, y de las monédas. La cámara de seguridad de la finca ha gravádo el momento del descenso. ¿Crée que nos podrá dar alguna idea?

—Al, con las cerillas, podrán encendér la pipa. Si tiénen suficiénte tabáco y sabén fumar, la podrán mantenér siémpre encendída. No te preocupés, volverán a por tabáco, y entónces, les preguntarémos.

La cuerda

Signes Urrea, Carmen Rosa

*Enseñar a un niño a no pisar
una oruga es tan valioso para el
niño como lo es para la oruga.*

Bradley Millar

La cuerda sonó templada. De haberlo sabido hacer hubiese podido arrancar de ella las notas de una canción. Arrastraba sus pies por la superficie tensa asegurando cada paso, antes de emprender el siguiente en un balanceo constante. Le resultó curioso sentirse tan ligero como para hacer sin riesgo aquel temerario ejercicio de equilibrio y destreza. Pese a desconocer la profundidad del abismo que se perdía bajo él, se dejó engañar por la atracción gravitatoria que generaba su nave y que, como un invisible hilo, le sujetaba para evitar peligros. Y así descubrió la gama de colores que la luz reflejaba en los objetos que le rodeaban. Como pétalos de flor sobre su cabeza, grandes hojas filtraban los rayos de aquel decadente sol.

Había llegado el momento de recoger muestras. En cada uno de los frascos fue colocando: líquidos, fragmentos de hoja, flores, frutos y cortezas, incluso cargó el proyectil de rayos para poder tomar cenizas de un trozo de aquella cuerda por la que caminaba.

Le gustaban los retos, se crecía ante las dificultades, por eso cuando le dijeron que se buscaba un sustituto para ser el primero en valorar el potencial de aquel planeta y explorarlo libremente, se ofreció voluntario.

La alarma sonora le alertó de nuevo del tiempo que llevaba empleado. En breve debía sustituir las baterías que sustentaban su equipo, virar sobre sus pasos, regresar con prontitud. En realidad tenía que haberlo hecho mucho antes, cuando el primer aviso luminoso apareció, pero le pilló tan absorto en la observación que no fue capaz de verlo.

La estridente señal, tres pitidos cortos y uno largo y grave, retumbó de tal forma que

le sorprendió. Le pareció que estaba solo. Aquel era un mundo silencioso. El único sonido perceptible se podía identificar como el crecimiento de aquella descomunal vegetación. Lo más curioso de todo se manifestó en la cuerda que le sostenía, que vibraba al ritmo de la marca sonora y que se repitió varias veces.

Con el dispositivo de comunicación en su mano, se dispuso a ponerse en contacto con sus compañeros para narrarles la falta de incidencias. Ser portador de noticias penosas le hubiera derrumbado. No había encontrado ningún riesgo e imaginaba que aquellos recursos, aparentemente inagotables, salvarían a la humanidad sobrepasando las expectativas más halagüeñas.

—No puede ser de otra forma —comentó, —tanta vegetación tiene que estar sustentada por una gran cantidad de agua pura, libre de sustancias dañinas, de parásitos. Tendríais que ver esto: sus colores, sus formas. Me muero de ganas de comprobar el resultado de los análisis. Estoy convencido de que este será un excelente lugar donde vivir, en el que perpetuar la especie humana. Regreso, tener todo listo...

La cuerda vibró por última vez, apenas quedó vestigio alguno de su paso salvo la alarma que siguió sonando hasta agotar la batería.

Nunca antes había atrapado nada por el estilo, ciega y sorda de nacimiento se guiaba por las vibraciones de la tela para capturar su alimento y ésta vibró, vaya si lo hizo.

Sol de plata

Díaz Marcos, José Luis

Como es habitual, nadie ha sido.

Vomitorio

Lorenzo Silva

1

Absorto en una tablet, sobre su escritorio, el sargento Ruiz engullía el tercer donut de la mañana cuando se abrió la puerta.

–Buenos días.

–Buenos...–farfulló sin mirar–. Un... un segundo... y ahora...

–¡¿Pero no le da vergüenza?!

El policía, atragantado de golpe, descubrió ante sí a una desconocida de mediana edad cuya sobria elegancia y altivo enojo le hicieron, sin saber aún por qué, cuadrarse en el acto.

–¡¿Así es como se gana el sueldo y, de paso, hunde nuestra reputación: viendo no sé qué y tragando a dos carrillos?!

–¿Q, quién...?

–Teniente Guelbenzu. Vengo de Madrid, por lo de la esposa del alcalde.

–¡Ah,... sí! Bien... bienvenida... Por favor, siéntese. Usted perdone, pero este es un sitio pequeño, ya lo ha visto, y hay poco que...

–Yo diría que no tan poco: por algo tengo el *disgusto* de estar aquí.

–Ya me entiende... De todos modos, la esperaba. Conoce los antecedentes, imagino.

–Imagina bien. A grandes rasgos, la mujer recibe un tiro en la cabeza mientras duerme y su cadáver es descubierto a la mañana siguiente por la criada. Su ilustrísimo esposo, en paradero desconocido.

–Sí, así es.

–¿Algo más, algo posterior?

–No.

–¿Y el arma?

–Ya lo sabe: también desaparecida. De modo preliminar, calibre corto. A bocajarro.

–¿Alguna denuncia contra el señor alcalde?

–¿Sospecha de él?

–¡Vaya pregunta! ¡Por supuesto! Matan a su cónyuge en un lecho compartido que él, como es obvio, no ocupa. ¿Dónde estaba entonces? ¿Y dónde está ahora?

–Sí, sí... Pero me resulta impensable. De buena posición, sin hijos, llevaban toda la vida juntos. Se les veía bien. Nunca habían mostrado el menor desacuerdo. No en público. Y denuncias, como usted dice, pues no. Seguro. Aquí, además, esas hipotéticas denuncias habrían sido un auténtico escandalazo, un...

–Tanto como la muerte de ella y, de momento, la desaparición de él.

–Pues casi, sí.

–Quiero ver el escenario del crimen.

Fue salir y, a juzgar por el paso urgente y las expresiones alarmadas de los transeúntes, entender que algo nuevo, y aún desconocido para ellos, sucedía.

–¡Paquita! ¡Señora Paquita! –detuvo Ruiz–. ¿Qué pasa? ¿A dónde va todo el mundo?

–¡Al lago! ¡Ha aparecido en el lago! ¡Ay, Virgen María! –se santiguó.

–Ha aparecido... ¿El qué?

–Como dice don Anselmo, el párroco, esto es el acabose. ¡El acabose!

–P, pero... ¡Señora Paquita! ¡Aguarde!

–¿Algo referido a...?

–Estoy igual que usted. Pero ya ha oído: es en el lago.

–Conque un sitio pequeño en el que hay poco que... Sargento: a veces, las alfombras más pequeñas son, precisamente, las que más porquería esconden.

3

Minutos después, ya en el embarcadero sur, ambos policías se abrieron paso, «¡Si está aquí media parroquia!», entre los vecinos. También quedaron mudos.

Agua adentro, y a una altura de unos diez o doce metros sobre la superficie, pendía, refulgente e inmóvil, una enorme esfera de plata, una absurda bola tan aparente como un coche.

–Es una broma, ¿verdad? Aprovechan la atención mediática sobre el caso para explotar la *increíble* aparición de... ¿De qué? ¡¿Qué se supone, dentro del timo, que es esa cosa: un... ovni?!

–Le aseguro que nadie del ayuntamiento... Yo lo sabría.

Guelbenzu bufó.

–Deme unos prismáticos.

Indefenso, Ruiz se palpó los bolsillos como si pudiera llevar el útil entre el suelto. Reparó en un joven que, a su lado, «¡Menos mal!»...

–Disculpa. ¿Podrías...?

–¡Pasa de mí, madero: yo no he hecho nada!

–¡No me...! –explotó Guelbenzu–. ¡Policía! ¡Confiscados! ¡Sí! ¡¿Qué?! ¡¿Le arresto por obstrucción a la Justicia?!

El otro, patidifuso, quedó con las manos huecas y la boca cerrada.

–Nada ni nadie que... –observó–. Sin fijaciones ni actividad aparentes... Y juraría que su aspecto metálico... ¡Si no lo veo, no lo creo: un perdigón gigante, toneladas de peso, flotando así, sin más, sobre el agua!

–¡Por la pinta, eso es extraterrestre! –exclamó uno–. ¡El otro día vi una película idéntica: cansinos como nosotros solos, no dejábamos de enviarles mensajes, que también son ganas de buscarnos problemas, hasta que, al final, claro, los recibían! ¿Y qué paso? Pues lo que tenía que pasar: muy buenas palabricas al principio, sí. ¡Pero luego...!

–Enhorabuena, sargento: lo han conseguido. Acaba de nacer la penúltima meca de los friquis.

–Le juro que nosotros no...

–Déjese de juramentos y traiga lo que usen para cruzar el lago.

Ruiz volvió a palparse los bolsillos.

El tumulto contempló la partida de la barcaza en silencio.

–¡Eh, mis prismáticos!

Guelbenzu los tiró al agua.

–P, pero,... ¡¿Qué hace?! ¡Os voy a demandar! ¡¿Me oís?! ¡A los dos!

–Estúpido...

–¿Ya no le preocupa nuestra imagen, teniente?

–Si no fuera así, volveríamos a la orilla.

Habían creído que la paulatina proximidad con la esfera iría arrojando alguna luz respecto a su auténtica naturaleza e ilógica suspensión. Pero la única luz recibida, y no poca, fue la reflejada por su argéntea superficie.

–Barquero, deténgase.

–¡Asombroso! –reconoció Ruiz–. Nunca había visto nada ni siquiera... parecido...

–Y es perfecta: sin ópticas, sin uniones, sin salientes... –Guelbenzu comunicó sendas palabras a través de su móvil:

–¡Código rojo!

–¿Puedo saber qué... qué significa eso?

–Que el objeto flotante no identificado, por referirlo de alguna manera, ya no es asunto nuestro. Enseguida se harán cargo de él.

Ahora fue Ruiz quien recibió una llamada.

–Teniente, hay noticias: ha aparecido el coche del alcalde.

–¿Y él?

–Solo me hablan del coche...

–¿Dónde?

–En el merendero. Justo hacia allí, en el otro extremo.

–Pues, siendo así... Usted, ponga rumbo hacia ese merendero.

El otro asintió.

–Y, por si las moscas, evite nuestra esfera de Damocles.

Retrocedida casi hasta el barro, el cordón umbilical de una grúa rompía las aguas y tiraba del único vehículo del pueblo con todas las funciones posibles.

–¿Seguro que es el suyo?

–Segurísimo.

–¿Y dentro?

–Vacío.

–Tampoco aquí... En ese caso, la ausencia del señor alcalde empieza a ser más que sospechosa. ¿No cree, sargento?

–Sí. Pero, insisto: no me cabe en la cabeza... Lo conozco desde hace muchos años y es un buen hombre, sé que lo es. No lo veo...

–Pudo equivocarse. Si las circunstancias nos aprietan la tecla, a todos, buenos o malos, se nos pueden cruzar los cables.

–Ya...

–¿Tenía enemigos?

–Cualquiera que haya andado un poco los tiene. Y, siendo político, supongo que alguno más que cualquiera. Los cargos, ya se sabe, vienen con no pocas cargas... ¿También piensa en vendettas?

–Hasta que los hechos hablen, pienso en todo. De momento, y mientras analizan el coche, que traigan los perros, a ver si ellos también se huelen algo.

–¿Y nosotros?

–Sigo queriendo ver el escenario del crimen.

–...y este es el dormitorio conyugal. Aquí,... –anunció Ruiz señalando las sábanas.

–Doy por sentado que usted y sus hombres ya hicieron lo que debían hacer.

–Sí, claro. Ya leyó el informe. Está todo ahí: inspección ocular, fotografías, recogida de muestras, declaraciones...

–No se ofenda, pero nunca está *todo*. Por eso pregunto.

Ambos enguantados, Guelbenzu abrió un par de cajones, inspeccionó el reverso de otras tantas fotografías... Extendió la doble hoja del armario.

–Los señores tienen, o tenían, buen estilo, sí... Y buena cartera. Quizá demasiado buena. Me pregunto, entre otras cosas, si la nómina de un alcalde de pueblo puede pagar vanidades como estas. ¿A usted qué le parece?

–No sabría decirle. Yo, de estas cosas...

–¿Escudriñaron las cajoneras, miraron *todos* los bolsillos, *todos* los forros...?

–P, pues... En cualquier caso, si quiere, ahora puedo... –balbuceó el agente precipitándose, alarmado, sobre las perchas.

–¡Espere, espere!

–¡No! Si no es... ¡Ay!

–¿Qué pasa?

–El dedo... He tropezado con algo y...

De improviso, el fondo del armario se deslizó sobre su guía descubriendo la entrada a...

–¡No me...!

La cámara secreta, apenas dos tercios del mismo dormitorio, había sido tapizada al modo de los antiguos tresillos: cuero con equidistantes botones. Dentro, turbadora diversidad de

elementos con un denominador común: el sado.

En la pared, una gran fotografía en blanco y negro: la fallecida, dominatrix sádica, azota a su ausente viudo.

–Los excelentísimos señores no tenían niños, pero sí sala de juegos. Y qué juegos... A pesar del purgatorio en el que resistimos, y aunque a muchos les cueste imaginarlo, también existen, y se disfrutan, las habitaciones del pánico invertidas: aquí, el dolor está más dentro que fuera.

–Espantoso...

–¿Por qué? Ni siquiera el espanto es absoluto.

–¡Mire!

En un rincón, al pie de una banqueta, los escombros de un terrario. Fuera, un ratón muerto defendido por una enorme tarántula.

–No se privan de nada...

Advertida la nueva carne, el bicho fue a prenderla.

Guelbenzu subió el tacón y...

–¡Aaaagh!

–No sea escrupuloso, sargento: en Oriente se las comen.

Él reprimió la náusea...

–T, tengo... que...

...y salió corriendo.

Lo encontró en el porche, aún sofocado.

–¿Sigue vivo?

–A veces, lo dudo... Pero creo que sí.

–Bien. Si cambia de idea y decide morirse, mejor espere a que todo esto concluya.

–Gracias por el interés. No sé si desearle lo mismo...

Un coche patrulla se detuvo ante ellos:

–¡Sargento, los perros marcan una pista!

–¡¿Dónde?!

–¡En villa bruja!

–¿Dónde dicen?

Ya ululantes, por los caminos...

–Es una octogenaria, cuando menos, que vive en una cabaña, en el bosque.

La llaman así porque dicen que *ve* cosas. Muchos, aunque no lo admitan, van a que les eche las cartas, les lea la mano... –informó el conductor.

–¿Y es cierto que... *ve*?

–Con los ojos, no: es ciega. Los menos diplomáticos dicen, sin tapujos, que está un poco...

Instalada delante, Guelbenzu desvió el espejo retrovisor: Ruiz veía algo en su pantalla.

–¿Puede saberse qué demonios sigue con tanto interés?

–Una... una serie yanqui de los noventa, puro delirio. *Twin Peaks*, se llama. De un tal

–...David Lynch. Él se pregunta quién mató a Laura Palmer y nosotros... Ojalá nuestra bruja no esté, si lo está, ni la mitad de... que el amigo Lynch, porque, si es así, más nos vale ir con mucho, con muchísimo cuidado.

La cabaña no desmerecía, en absoluto, el estremecedor tópico acuñado por el cine

de serie be: recóndita, desvencijada por fuera, hedionda por dentro... Y, en cuanto a su inquilina,...

–Sabe por qué estamos aquí, ¿verdad?

–Sí, ya me lo han dicho: porque sus chuchos ladran que yo escondo al asesino de la alcaldesa. ¡Idiotas! ¡Aunque la gentuza del pueblo diga lo contrario, que ya nos conocemos, yo soy demasiado decente, y estoy demasiado cuerda, para hacer algo así!

–Nadie ha dicho, de momento, que nadie haya hecho nada. Solo pensamos que nuestro *sospechoso*...

–¡No aquí! ¡Márchense!

–¿Cómo puede estar tan segura?

–¡Porque lo estoy: a ese lo ha atrapado, como nos atraparé a todos, el sol de plata!

–No entiendo...

–¡¡Maldita sea: el sol de plata, sobre el lago!!

–¿Sabe qué es, de dónde viene?

–¡Claro que lo sé! ¡Es la muerte! ¡La muerte caída del cielo para arrastrarnos con ella!

Ruiz niega, cabizbajo.

De súbito, el repiqueteo de alguna porcelana contra el firme. Un gato, negro como la noche, brinca sobre la mesa: algo pende de su boca.

–¡Belcebú! ¡Mi Belcebú! ¡Por fin apareces!

El sargento queda patidifuso:

–¡Por mi...! ¡Teniente, mire: el... el *ratón* del gato!

–Eso parece...

–¡Una oreja! ¡¡Es una oreja... humana!!

Aquella desenfunda.

–¡¡No!! –berrea la adivina–. ¡Huye, Belcebú! ¡¡Huye!!

«¡Bang!».

«¡Bang!».

«¡Bang!».

«¡¡Miauuuh!!».

10

–¡¡NO!! ¡¡Ayayay!! ¡Ay, mi...! ¡Mi pobre...! Terminar así su últimavida... ¡Él no había hecho nada, miserables! ¡Esa oreja solo es un dulce de sus amigos los gnomos, que lo quieren, que lo querían mucho...! ¡¡AAAAGH!!

La bruja del bosque se abalanzó contra Guelbenzu dispuesta a sacarle los ojos. Temiendo una defensa más que excesiva, Ruiz la interceptó. Aún así, la zarpa rabiosa logró arañar el hurtado pómulo izquierdo:

–¡Malditos seáis tú y la bazofia de tu estirpe!

Guelbenzu contempló la molestia de su propia sangre en la punta de los dedos.

La vieja cerró las uñas y, durante unos segundos, pareció evadirse. Después...

–«¡Cómo que no! ¡Por supuesto que sí, niña mala! –recitó, burlona–. ¡A papaíto siempre se le dice que sí! Anda, ven... Mira, mira qué contenta está de verte. Cógela. ¡Vamos, cógela! Ya sabes cómo hacerlo...».

Guelbenzu se demudó. Siempre fría, aquella parodia de un ultraje cierto, comprendió Ruiz, dinamitó su coraza casi hasta las lágrimas.

–¿Lo recuerdas? Sí, claro que lo recuerdas. Cada instante de tu perra vida. «Así, así... ¡Mmmm! ¡Qué rico! Sí... sí...».

–Basta... ¡Basta! –encañonó– ¡¡BASTA!!

–T, teniente...

El llanto bailaba en sus ojos. La humillación, la impotencia, la furia y ni ella sabía

cuántas cosas más, empujaban su dedo, todas a una, contra el gatillo.

–¡Vamos, niña mala: envíame con tu papaíto y mi Belcebú! Vamos...

–N, no... no la escuche...

Al cabo, Guelbenzu permitió que la congoja, por fin, otra vez, resbalase por su mejilla y su corazón heridos. Bajó el arma.

Ruiz jadeó, exhausto por la duda.

–¡Cómo que no, eh, niña mala: a papaíto y a la bruja del bosque siempre se les dice que sí!

–¡Cállese, joder! ¡¡Cállese!!

11

Oreja humana en una bolsa, con hielo.

–Aunque no sería la primera vez que ocurre, no creo, ni usted tampoco, que su amputación sea consecuencia de un accidente. Ni por el ataque de ningún animal, desde luego: el corte es limpio –dedujo Guelbenzu, ya rehecha–. Ha sido alguien con intención de hacerlo. ¿Usted? ¿Un tercero? ¿Dónde está la víctima?

En una silla, la bruja atendía, esposada. Entre las manos, el cadáver de Belcebú.

–Aunque la verdad sea terrible, es la verdad, niña mala: fueron ellos, sus amiguitos, los gnomos del bosque. Y, si quieres saber dónde está el muerto desorejado, porque está tan muerto como pronto lo estaréis todos, pregúntaselo, ahí lo tienes, a su oído fantasma: él mismo, en carne podrida y hueso, vendrá a recuperar lo que es suyo.

–¿Ya no lo tiene... el sol de plata?

–¡Ese es vuestro *sospechoso*, estúpida! ¡No todos los fiambres os pertenecen, asesinos! Ay, Belcebú, mi pobre Belcebú...

–No... *todos*... –masculló Ruiz.

Se abrió la puerta:

–Sargento, teniente: no se lo van a creer... –anunció el policía conductor-. ¿Está herida? Y ella... ¿Ha... ha ocurrido algo?

12

Libres de custodiada y cartílago, la terna policial se trasladó a menos de un kilómetro de allí. Otros esperaban.

–Han sido los perros, ya de vuelta: según me dicen, *arrastraron* a sus cuidadores hasta este lugar.

–Atraídos por... el derribo de una cesta con setas y... sangre –apreció Ruiz.

–No solo por eso. Miren ahí arriba, entre las hojas.

Un desconocido pendía, ahorcado. Y, según vieron, también con la ausencia amputada de su oreja derecha.

–Aquí está el... Y no parece, según las fotografías, nuestro alcalde... –supuso Guelbenzu.

–No lo es. Ni tampoco es del pueblo –confirmó Ruiz.

–Se nos amontona la maldad.... La primera pregunta es obvia: ¿Pudo la detenida, anciana y ciega, matar a un hombre y cortarle una oreja, o viceversa, y colgarlo después en un árbol? Respecto a las dos primeras acciones, sí pudo, me temo –se tocó el pómulo, escamada-. Respecto a la tercera... Y, en cuanto al móvil, ¿a quién pudo molestar, y por qué, un... dominguero buscasetas?

–¿A un gnomo? –preguntó el auxiliar, irónico.

Sargento y teniente se miraron: no habían tenido tiempo de compartir los pormenores referidos por la dueña de Belcebú.

–¿Por qué... por qué dice eso?

–Rodeen el árbol y lo entenderán.

Y, sí, lo entendieron. Pero no terminaron de asumirlo.

En la base del tronco, una diminuta *puerta* con dintel de medio punto. Abierta, descubría el interior de una casa de muñecas. En el suelo, un cuchillito ensangrentado.

–¿Es una... broma?!

–No. O no todo, al menos. La sangre es auténtica. Y *también*

humana: los perros, que no entienden de bromas ni mentiras, la marcaron como tal.

–No doy crédito a... a todo esto... Nunca, en mis años de servicio,... Teníamos... Teníamos una mujer tiroteada mientras dormía; un sospechoso, su marido y alcalde, desaparecido; un increíble... ¿sol?!; una bruja ciega, que *ve*; una oreja humana cedida, según esta,... ¡por los *gnomos* a su gato!; y, ahora, descubrimos un segundo cadáver, el desorejado, y una... en cuyo interior también aparece la segunda arma. Mejor dicho: la *armita*.

–Todo esto no es una broma, teniente... –convino el sargento, restregándose la cara–. ¡Todo esto es un... desvarío! Y, cuando termine, haré que alguien lo escriba y se lo envíe a Lynch. ¡Va a alucinar! ¡El mismísimo David Lynch va a alucinar!

–¿Qué será lo próximo: Campanilla, Caperucita roja...?

–Mientras no sea el jinete sin cabeza... –apuntó el segundo–. Por cierto, miro la altura a la que está el cuerpo y, broma o no, según aquella serie de dibujos animados, *David, el gnomo*, uno de su clase sí habría podido subirlo hasta ahí. Ya lo decía la banda sonora: «¡Soy siete veces más fuerte que tú...!».

Lo miraron, aturdidos.

–Sargento,... ¿recuerda lo que dijo la bruja respecto al alcalde?

Hizo memoria:

–Dijo que lo había atrapado...

Guelbenzu asintió, valorativa.

–Y añadió algo más.

–Sí: que ese sol de plata es la muerte, la muerte caída del cielo para arrastrarnos con ella.

13

Aún viajando entre los árboles, lo advirtieron: la enorme esfera había desaparecido. Sin embargo... Ese primer juicio, según vieron poco después, no había sido del todo justo: más que eclipsarse, el refulgente sol de plata parecía haber cambiado de ubicación. Y de estado: su solidez mercurial semejaba haberse diluido corrompiendo así las aguas.

Guelbenzu quedó boquiabierta.

–P, parece un espejo... Es como... como uno de esos accidentes marítimos en los que un buque derrama todo su combustible... –articuló Ruiz.

–¿Qué... qué era, en realidad, esa figura? ¿De qué estaba hecha? ¿Esto ha sido, como dice, un percance o...? ¿Tiene arreglo? ¿Cuáles son –«Aunque la verdad sea terrible, es la verdad, niña mala»– sus consecuencias?

Como ellos, y hasta donde la orografía les dejaba ver, muchos otros también parecían inquirir a su sempiterno lago, ahora titánico azogue: «Espejito, espejito, ¿qué significa esta odiosa pesadilla?»:

–Reunámonos con mis colegas del código rojo –ordenó Guelbenzu sacando el móvil.

«Los *men in black* existen», se dijo Ruiz en el merendero, punto en el que había emergido el coche del regidor y en el que, quizá por eso, quizá por simple proximidad con la esfera, los agentes venidos de Madrid habían asentado sus reales. «Sí. Como todas las extrañezas vistas en los últimos tiempos, los *men in black* también existen». A su alrededor, más allá de un perímetro, el expectante y alarmado tumulto.

La conjetura diluyente había sido acertada: como se veía ahora en su ininterrumpida filmación, en un momento preciso, y por causa o voluntad incógnita, el sol de plata se había licuado, «¡Fluash!», tiñendo así, fenómeno casi automático,...

¿Era posible que alguna sustancia conocida, *litros*, pudiese corromper, fulminante, *toda* la masa, kilómetros y kilómetros cuadrados, hectómetros y hectómetros cúbicos, de *toda* una laguna? Los expertos lo dirían. Otra cuestión sería determinar si aquel supuesto mercurio era tal y si, por consiguiente, también integraba el tranquilizador ámbito, inocuo o no, de lo acreditado.

Un repentino clamor los sorprendió.

—¡Allí! ¡Y allí! ¡Y allí también!

14

Sobre el estaño líquido, y de manera aleatoria, una, dos, tres, nueve, quince, veintiocho,... Infinitas pompas, clones de la ya licuada, emergían con espesa lentitud hasta desprenderse, «¡Plop!», y ascender en el aire deteniéndose, más o menos, difícil precisarlo, a la misma altura que lo hizo aquella.

Poco a poco, y ante la estremecida humanidad, el depósito líquido hervía encapsulado en cientos, más bien miles, de plateados soles. Guelbenzu pensó en la escultura frente al Museo Guggenheim, en Bilbao[1], pero «¡Multiplicada por...!».

«¡Plop!».

«¡Plop!».

Comenzaba ya a cubrirse el cielo con una segunda capa de esferas

cuando, de improviso, la primera ascendió, vertiginosa, «¡Shiuuuh!, ¡Shiuuuh!...», hasta desaparecer en la atmosfera.

—El... el nivel está... bajando... —apreció Ruiz, patidifuso.

Evaporados los primeros soles de la tercera capa, la segunda...

«¡Shiuuuh!, ¡Shiuuuh!...».

Ya solo húmedo, en el cauce asomaban los escollos y la basura, montañas de basura, por doquier: plásticos, muebles, electrodomésticos...

Una de las últimas pompas frenó a baja altura. Poco después, absorbida de

repente su sombra, «¡Shiuuuuh!», el agua descubrió un horrible contenido: aplastado contra la supuesta pecera, gritaba muerto, tiro en la frente, un hombre semidesnudo.

–¡El... el alcalde! ¡¡Es el alcalde!! –gritó Ruiz.

«Después de todo, estaba en el lago. No en su coche, pero sí en el lago...», concluyó Guelbenzu, aún medio pasmada por la esotérica evaporación. «Y también de un tiro entre ceja y ceja... ¿Cabe suponer entonces un mismo asesino, un mismo... *sádico*? ¿Otro sufridor de cueros y tarántulas?».

Seguía interrogándose, cuando, esfumada la influencia del elemento mercurial, horma sustentadora, la piscina y el cadáver llovieron, «¡Thumb!», a plomo.

«Nos roban el agua, esencia de vida, y nos dejan... La bruja tenía razón. También en esto: sean quienes sean, y... caigan de donde caigan, su rapiña nos condena. No. Mejor dicho: nos remata. Nos termina de convertir en lo que ya éramos: nuestro propio y último desecho».

–Señora... señora policía...

Se volvió. Un niño la miraba.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–A mí, no. Es solo que... se le ha caído una *cosa* a... a un señor de ahí...

Y, acto seguido, con avergonzada timidez, extrajo un revólver. Un *auténtico* revólver, calibre treinta y ocho.

Guelbenzu, «¡¿De d, dónde...?!», se hizo con el artilugio. ¿Este era compatible con, «¡Bang! ¡Bang!», los disparos homicidas? Sin duda.

–Muchas... muchas gracias. Yo lo guardo. Y, cuéntame,... ¿a qué... a qué *señor* dices que se le ha caído?

Se volvió:

–Pues a ese de... ¡Uy, ya no está!

[1] *El gran árbol y el ojo*. Anish Kapoor, 2009.

El Venancio

Dolo Espinosa

Recuerdo perfectamente el verano de mi décimo cumpleaños.

Si cierro mi ojo derecho, mi ojo sano, puedo ver. con mi ojo ciego, todo lo que ocurrió entonces.

Mi ojo inútil. El ojo que el Venancio me cegó de un cantazo cuando yo tenía nueve años.

Venancio la había tomado conmigo, no sé por qué, quizás porque yo era pequeño y flacucho, quizás porque nuestros abuelos habían tenido problemas de lindes, quizás porque tenía que elegir una víctima y me tocó a mí. El motivo poco importa, lo que importa es la terrible inquina que yo le despertaba y a causa de la cual, mi vida era un tormento.

Venancio me perseguía, me preparaba emboscadas, me zurraba allí donde me encontrase y el pueblo era tan pequeño que era imposible no encontrarlo en cualquier lado y a todas horas.

Aquel verano, el verano de mi noveno cumpleaños, gracias a Venancio dejé de ser *"el nieto de la seña Engracia"* y pasé a ser *"el tuerto"*, el *"un ojo"*, incluso hubo quien, aquejado de un curioso ataque de cultura clásica, llegó a llamarme *"cíclope"* o *"Polifemo"*.

Aquel verano el odio hacia el Venancio -la mala bestia que llevaba tantos veranos torturándome- alcanzó sus cotas máximas.

Fue el verano en que, por vez primera, le planté cara al Venancio e intenté defenderme. En plena refriega logré darle una patada en la entrepierna y salir corriendo. Cuando el Venancio logró recuperarse me buscó por todo el pueblo. Estuve días sin atreverme a salir de casa, aterrado hasta que, finalmente, mi madre me obligó a salir casi a empujones.

En cuanto el Venancio supo que yo había salido de mi madriguera, corrió en mi busca... y yo corrí también. Siendo mayor que yo y mucho más alto, no tardó en darme caza. Me tiró al suelo de un guantazo y allí comenzó a golpearme. En un momento dado, llevado por la

furia, echó mano a un canto, en el forcejeo, el canto acabó golpeando mi ojo izquierdo y yo quedé tan aturdido que no recuerdo nada más hasta llegar a casa y oír el grito asustado de mi madre.

Aquel mismo verano comencé a ver a esos... seres, esas cosas, esos monstruos. Comencé a verlos a *Ellos*.

Con mi ojo tuerto.

Primero fueron sombras reptantes. Formas indefinidas que se movían lentamente ante mí y que yo creía que eran residuos de mi vista.

Luego, poco a poco, fueron tomando consistencia y ganando realidad.

Los veía con mi ojo enfermo. Si miraba con el ojo bueno no veía nada. Por eso sabía que nadie más podía verlos.

Habitaban en las cuevas cercanas al pueblo, unas cuevas que yo había utilizado cientos de veces como refugio sin que su presencia me fuera revelada hasta el momento en el que el Venancio me descalabró el ojo.

No sé por qué decidieron dejarme vivir. Nunca les pregunté. Ante seres como *Ellos* uno no se plantea por qué lo dejan con vida, te limitas a dar las gracias porque así sea.

Ellos -serpenteantes, viscosos, pegajosos- me enseñaron las cuevas, los túneles donde habitaban.

Y yo les hablé de Venancio.

Ellos -oscuros, escurridizos, terribles- me hablaron de su hambre.

Y yo me ofrecí a llevarles alimento.,,

Fue sencillo atraer al Venancio hasta las grutas. No cuesta nada cegar de ira a alguien que te odia tanto como el Venancio -la mala bestia del Venancio- me odiaba a mí.

En cuanto me vio corrió tras de mí y yo salí corriendo hacia donde ellos -ansiosos, hambrientos, anhelantes- esperaban.

Es fácil recordar si cierro mi ojo bueno y me permito verlo todo con mi ojo ciego. Como lo vi entonces.

Los veo, como si estuviera ocurriendo ahora mismo, rodear al Venancio, que no puede verlos y se adentra sin temor en los oscuros túneles.

Puedo ver cómo, aún sin verlos, tal vez presintiéndolos, se estremece sin saber por qué.

Sí, con este ojo que él me dejó ciego contemplé, contemplo aún, su cara de horror cuando notó el primer pegajoso apéndice rodeando su cintura.

Veo con claridad cómo se retuercen sus miembros y aquellos viscosos órganos succionando y devorando su cuerpo y su alma.

Lo último que vi del Venancio fueron sus ojos aterrados y llenos de dolor. Y lo último que vieron sus ojos fueron mi ojo ciego, mi mano diciéndole adiós, mi sonrisa satisfecha.

Cuando recuerdo aquel verano siempre vuelvo a verlo todo con mi ojo apagado.

Tengo suerte. A mí me queda un ojo para ver el mundo.

El Venancio –el pobre Venancio, la mala bestia de Venancio-, en cambio, jamás volvió a ver nada.

Confesiones

Barragán, Eugenio

De unos papeles mellados por el tiempo, encontrados en un viejo desván, junto a un matraz que contenía una oxidada varilla metálica.

1

Mis brazos descansaban sobre el borde de la tinaja y la barbilla sobre mis manos. El agua caliente me cubría los tobillos. El vaho emergía de la superficie e impregnaba de humedad la espartana estancia. Fuera, tras las encaladas paredes, el frío de enero reinaba en los valles de Navarra. Madre, siempre sonriente y tierna, frotaba mi espalda con una esponja que, previamente, había utilizado con mis dos hermanos menores. Por ser diferente a ellos, era la última en bañarme. A pesar de que madre nos vigilase, alguno retornaba a nuestra particular bañera, con el agua más sucia y fría.

Sólo deseaba relajarme con las caricias, no muchas, de la esponja que difícilmente se reemplazaba por otra, ante la carestía de la época. Aquel día, un líquido fluyó de la vagina y resbaló por la cara interna de los muslos. Miré asustada: ¡Era sangre! Permanecí inmóvil, sin saber cómo reaccionar, sin saber qué me pasaba.

Recuerdo la escena, como si se me hubiera grabado con fuego en la memoria. Madre me agarró con fuerza del brazo y los rasgos de su cara se endurecieron.

—Rebeca, como te vea cerca de un hombre: ¡te pegaré una paliza! —me gritó y bajé la cabeza avergonzada, sin comprender nada de la situación.

No entendí aquel súbito enfado y la amenaza. La esponja se ensució más que nunca al limpiar la sangre y raspó la cara interna de los muslos hasta hacerlos enrojecer.

Madre puso el grito en el valle. Crecí rodeada de mis hermanos, de sus ropas, de sus gestos, porque sólo era una sucia mujer sin pecho. La experiencia, que tanto me marcó, no era más que la menstruación. Con el paso del tiempo, me enteré de que fui la causa de que mis padres se casaran con prisas, con un colchón y una bota de vino como ajuar, en plena hambruna

de la guerra civil. Mis padres se conocieron en una larga cola de una tienda de racionamiento y se encandilaron el uno del otro, de aquella sonrisa que desprendía bondad, hablando durante horas de quién sabe qué.

Todo acto tiene sus consecuencias y, en aquella época, se tenían que pagar en una iglesia.

No me apetece escribir la historia, la letra apenas se entiende. Sólo son recuerdos, pero me siento mejor. Otro día seguiré y finiquitaré mi deuda. Seguramente, cuando me vuelva a acorralar el aburrimiento, así, no sucumbiré a su hipnótico poder.

2

Al atardecer, jugaba con la comba cerca de las cuadras de la casona. Aitor ya se había despertado de la siesta y merendaba con madre, sentados en un escalón de la entrada. Cuando se acercaba las siete de la tarde, me tumbaba sobre la hierba. Si vestía ropa limpia, madre me regañaba y me sentaba sobre alguna roca. Desde aquel lugar, podía vigilar la llegada de padre, que regresaba de trabajar de la cantera. Siempre seguía el mismo camino, con una hogaza de pan bajo el brazo. Las cartillas de racionamiento se quedaron en los cajones tras la segunda guerra mundial.

Si padre caminaba con la cabeza gacha, era como una especie de aviso y, sin decir nada, me alejaba y jugaba con la peonza. Si apretaba el paso, erguido y con porte elegante, me incorporaba alborozada y soltaba a los perros. Padre retozaba con Chispa y Centella, y tiraba la chápela hacia el cielo. Solía cazarla en el aire, pero algunas veces se enredaba entre las ramas de algún matorral y corría a devolvérsela.

Padre me agarraba y me tiraba sobre la hierba para hacerme cosquillas. Chispa me lamía y Centella le mordía el puño de la chaqueta. Me levantaba del suelo, estirándome del brazo y caminábamos hasta la entrada, donde saludaba a madre, Aitor y Patxi.

Cenábamos en la mesa del comedor con un mantel siempre limpio, al lado del hogar. Lo habitual era algún cocido de alubia roja o tortas de harina de maíz acompañadas de

queso fundido, chistorra o tocino. Entre bocado y bocado, hablábamos de cualquier cosa que nos hubiera pasado durante el día.

Padre comía deprisa por el esfuerzo del trabajo. Con los postres, sacaba la petaca y se liaba un cigarrillo. Encendía la cerilla con los dedos, aspiraba con fuerza y expelía volutas de humo. Me emboba con los aros que entraban uno en el interior del otro y se desvanecían en el cálido ambiente del comedor. El olor del tabaco se convertía en un aroma más de la casa.

En cuanto tiraba la colilla a las brasas del hogar, subía las escaleras hasta mi habitación y me ponía el camisón con prisas. Al poco rato, entraba padre. Si ya estaba acostada, me narraba algún cuento corto y dormía feliz.

Si me entretenía, me anunciaba que me raptaría la Lamia, la terrible Lamia y me encerraría en una caverna hasta que me portara bien.

Silabeaba lentamente aquel nombre mitológico. Su voz grave retumbaba en el techo bajo de la habitación, la llama de la vela temblaba, amenazaba con apagarse. No sabía qué forma tenían las lamias, pero me aterrorizaban. Con el paso de los años, encontré diferentes versiones: unos decían que era una extraña criatura con rasgos femeninos, el cuerpo recubierto de escamas, pechos y con cuatro patas rematadas en forma de pezuñas; otros, que era una bella mujer que seducía a los hombres.

3

Adorné el sombrero de paja con las margaritas silvestres que recogí el día anterior. La ropa de la colada se secaba en el tenderete al lado del hogar. Madre doblaba algunas prendas sobre la mesa.

—¿Ya está seca? —volví a preguntar con gran ansiedad.

—Sí, qué pesada eres, hija —respondió con una sonrisa, mientras quitaba las pinzas al vestido que luciría al día siguiente.

Cuando me acosté, no pude conciliar el sueño, concentrada en la fiesta de las Erregiñe.

Es curioso, escribo mi historia sentada en el desván, tan diferente de la casa de mi infancia. La pluma surca las hojas al ritmo de la música del tocadiscos. En esta ciudad, donde vivo ahora, la ropa se puede tender al sol sin que la humedad o el mal tiempo estropee las prendas. Tampoco puedo dejar de sonreír, parezco un anuncio de los que salpican la televisión.

Madre me despertó temprano. Me subí al taburete, me quitó el camisón, y me puso el vestido y el sombrero. Cuando madre tiraba de los pliegues, escuchamos el sonido de una dulce canción en el exterior. Bajé rápidamente por las escaleras y en la puerta esperaba mi amiga Nerea, también vestida de blanco. Detrás de ella, aparecieron las Cantoras.

—Os presento: Inmaculada —Nerea señaló a la más alta— y su amiga Pilar. Ella es Rebeca.

Nos despedimos de madre. Ni siquiera pude desayunar, aunque tampoco tenía hambre por la excitación.

Las cuatro nos quedamos solas, sin saber qué hacer, caminando despacio para que el fango del suelo no manchara los vestidos que habíamos sacado del baúl del desván. La tela estaba remendada para ajustarlos a la primera hija de cada generación, pero nos sentíamos especiales por la ceremonia.

No pudo ser de otra forma. Enseguida nos olvidamos de que nuestros vestidos pudieran estropearse aún más. La pura alegría de vivir se impuso a nuestra timidez natural de no conocernos. Saltamos chillando por encima de helechos, tocones y arbustos, hasta llegar a la cima de una colina. Las casonas se divisaban en la lejanía, entre las brumas que aún no se había disuelto por la salida del sol

—¿Adónde vamos primero? —preguntó Nerea, mientras seguíamos otro camino para bajar.

—Podemos visitar el caserío abandonado —respondió Inmaculada.

—Nadie nos dará nada —exclamé. Todas me miraron extrañadas. Pilar se giró y nos paramos bajo un castaño, para trazar algún plan.

—Para que alguien nos dé algo, primero tenemos que maldecir a alguien —apuntó

Inmaculada, que el año pasado ya fue Erregiñe.

Callé por cordura, no tenía ninguna experiencia en las costumbres de la fiesta. Bajamos rápidamente por la pendiente y cuando llegamos delante del primer caserío, gritamos: —Que las cenizas del infierno sepulten esta casa en el olvido de los vivos.

Nadie salió y si hubiéramos sentido algún ruido o se hubiera movido la cortina de la ventana, habríamos salido corriendo con el mismo ímpetu con que maldecimos la propiedad.

—¿Qué os parece si vamos a la casona del cura? —nos preguntó Nerea, envalentonada.

—De acuerdo —respondió Pilar—, el cura siempre da algo, muy poco, pero siempre da algo.

Tardamos poco rato en llegar y nos pusimos a cantar. El cura se asomó por el balcón. Bajó a la puerta y nos obsequió con unas monedas, arrancándonos la promesa de que asistiríamos a misa con mayor asiduidad. Nerea y yo bailamos una jota; Pilar e Inmaculada tocaron la pandereta.

Después de pasarnos por todos los caseríos, compramos una onza de chocolate y una vela.

Regresamos a casa caminando por una estrecha vereda. Los tibios rayos de sol del atardecer acariciaban nuestros cuerpos cansados. No sé quién decidió tomar ese camino o si fue el azar. Me estremecí con el rugido del viento golpeando la copa de los árboles y de los arbustos, como si tuviera vida propia o vigilara nuestros movimientos. Nos topamos con un grupo de mujeres que se taparon el rostro en cuanto nos acercamos. Hablaban en una lengua desconocida. Vestían túnicas blancas y de sus cuellos colgaba una especie de amuleto.

Una mujer se acercó, pude sentir el vaho caliente de su aliento en mi cara. Me arrebató la corona de margaritas y me indicó: —aún no puedes ser coronada.

Las mujeres se desvanecieron con la misma rapidez con que aparecieron. Con la penumbra cerniéndose sobre la claridad, con el silencio desplomándose sobre los sonidos del bosque y el latido rítmico del corazón que golpeaba mi caja torácica.

Nos alejamos con pasos rápidos, con cierto temor, sin decirnos nada porque no

supimos que había pasado. Cuando nos despedimos cerca de mi casa, nos conjuramos para no comentar nada del incidente.

Ese fue el primer y último año que me vestí para la celebración de la erregiñe. No era una fiesta religiosa y la dictadura la prohibió.

4

Madre cuidaba a Patxi en casa por un fuerte resfriado. Aitor y yo nos aburríamos, y nos colamos en una fiesta de una aldea cercana. La rivalidad entre los pueblos vecinos se acrecentaba en las celebraciones, aunque si te encontrabas en algún apuro, las manos y las ayudas de todos los convecinos del valle se multiplicaban.

Guiaba a Aitor en la dirección correcta para que rompiera la piñata, con los mofletes pegoteados por las golosinas y las risas de fondo producidas por su falta de tino.

—Son extraños... —gritó una niña con voz aguda.

—¡Nos roban los caramelos! —chilló otro niño que nos reconoció.

Tomé a Aitor en brazos y salimos pitando.

—¡A por ellos! —escuché en derredor.

En el fondo, tuvimos suerte, nos lo estábamos pasando tan bien que no nos dimos cuenta de que anochecía. Nos apresuramos, pero Aitor, cansado por la frenética actividad de la tarde, se paró a descansar en un recoveco del camino.

Presenciamos como un grupo de mujeres caminaban alrededor de una fogata. El resplandor tiznaba de naranja las túnicas blancas que vestían.

Todas se pararon. La guía dio un paso, levantó los brazos y pronunció una palabra. El ambiente atrapó ese gemido gutural y se distorsionó en el silencio del bosque. Siguió el rítmico fragor de los cuerpos, el paso de los pies sobre el suelo de piedra, los brazos extendidos, sacudiéndose y retorciéndose mientras marchaban en círculos.

Aitor y yo nos quedamos pasmados. Nunca habíamos presenciado un espectáculo tan bello.

Las mujeres se pararon. Sólo se escuchaba el crepitar de la hoguera y mi respiración entrecortada. Otro gemido resonó en la lejanía y nos estremeció. Observé los ojos atónitos de Aitor. Nos pusimos en pie y corrimos impulsados por el miedo.

Cuando llegamos a casa, Patxi ya dormía y madre preparaba la cena.

Comenzó a llover. Los relámpagos recorrían la atmósfera cargada de electricidad. Aitor jugaba con el tren de madera. Esperaba el regreso de padre con la nariz pegada al cristal de la ventana, pero sólo apareció un guardia civil envuelto en su capa, entre la cortina de agua que se desplomaba del cielo. Llamó a la puerta con la aldaba y abrí. Me saludó marcialmente y madre se acercó.

—¿Qué desea?

El guardia se quitó la capucha y se aflojó el barboquejo para poder hablar con soltura. Sacó un papel de la cartera de camino y nos anunció con voz monótona: —Debo comunicarle que, en el día de hoy, su marido ha fallecido mientras manipulaba un gran bloque de piedra.

Madre cogió el papel sin inmutarse y se lo guardó en el mandil. El guardia volvió a saludar y desapareció entre la lluvia.

—¡A comer! —anunció madre.

—¿No esperamos a padre? —preguntó Aitor, extrañado.

—No, no vendrá.

—¿Por qué? Yo quiero que venga y me narre un cuento antes de irme a dormir.

—Aitor, sólo te lo diré una vez: las personas cuando envejecemos, vamos a la cantera y nos convertimos en piedra. A padre, ya le tocaba.

—No le habrá "petificado" alguna Lamia, como castigo por gritar a madre el otro día. Ahora, me tocará a mí, porque yo también le grité...

Le pegué un tortazo y nos pusimos a llorar. Madre, ya lo hacía en la alcoba.

Todos los recuerdos de aquellos años, de jugar al fútbol, de labrar el campo, de los juegos de infancia, de leyendas, quedaron atrás. Estudié con una beca en la facultad de derecho de Madrid, en la época en que un guardia civil acompañaba al profesor en las clases. Lo recuerdo como si estuviera aquí, con el ojo permanentemente irritado por el humo del cigarrillo; de los labios tiznados de nicotina; del tricornio calado hasta las cejas y siempre de pie.

Lo recuerdo como si estuviera a mi lado, cuando escribo estas líneas con mi mala letra. Por aquella época, tomaba apuntes, ahora, escribo mis confesiones que no sé si alguien, leerá alguna vez.

Fuera del aula, retumbaban las manifestaciones al grito de: «libertad, libertad» y las pelotas de goma disparadas por la policía. Por fin, se avecinaban cambios políticos en España. Nosotros, los estudiantes, éramos el estandarte de aquella generación del cambio.

De aquella época, guardo con especial desagrado la charla mantenida con una compañera en los retretes de la facultad. En la pared de los lavabos aparecían extraños dibujos.

—¿Qué es eso? —se me ocurrió preguntarle.

—Eso que ves dibujado: es una polla en erección, dispuesta a follar un coño.

—¡Es enorme! —exclamé, sin entender nada, sonrojada por su procaz lenguaje y le pregunté sin pensar: —¿Cómo la ocultan bajo el pantalón?

Creo que aún escucho las carcajadas y las grotescas bromas de mis compañeros de clase, cuando trascendió la conversación por los pasillos.

No estuve rodeada de mis hermanos, sino de mis gruesas gafas de miope y de libros; tanto es así que acabé la carrera con matrícula de honor, pero sólo me sirvió para trabajar en una notaría como pasante. Era otra época la que me tocó vivir, de desigualdad, de cambios más aparentes que efectivos. Las costumbres no cambian de un día para otro, así como así.

Allí, me encandiló la sonrisa tímida de un compañero que invadió mi soledad. No estaba acostumbrada a hablar, pero con Norberto era diferente. Enseguida, me cautivó su galantería. Todas las noches, me acompañaba a casa y me sentía el centro del mundo. Nunca intentó aprovecharse de mi candor, aunque deseaba que me sedujera.

Después de tres meses de cortejo, me pidió que me casara con él. Arrodillándose

delante del portal y entregándome un anillo de diamantes.

Las campanas de la iglesia sonaron aquel domingo por la mañana y disfruté, otra vez, de la serena sonrisa de madre, de mis hermanos, de sus mujeres e hijos. Ellos habían aprovechado el tiempo y eran felices.

Tras la ceremonia, me tocaría a mí, pero me equivoqué.

La noche de bodas fue el inicio de mi tragedia. Mi immaculado vestido de novia quedó rasgado por la actitud posesiva y salvaje de Norberto, con un dolor en mi vagina, partida en infinitos trozos.

Durante toda la noche, sin poder dormir, me volví a sentir sucia. Sólo que, ahora, mis pechos eran demasiado grandes. Mi marido roncaba plácidamente y ni siquiera su pene era monstruoso, como algunas veces había fantaseado en la soledad del estudio.

El tiempo pasó, siempre es así: nunca falla.

No fue fácil ejercer de esposa; el carácter de Norberto se enfrió como el hielo. Tuve que dejar el trabajo, no estaba bien visto y él ya ganaba suficiente para mantenernos a los dos con toda clase de lujos. No me importó, pesaba la conciencia social, a pesar de los cambios políticos. Tampoco deseaba vivir señalada continuamente. Volvía a estar sola en una inmensa casa, donde sólo faltaba la alegría de los niños.

Norberto una vez al mes, después de que menstruara para estar lo más limpia posible, me hacía el amor a la hora del té. Después, se lo tomaba aún caliente.

Me pasaba los meses visitando al psicólogo por llamémosle de alguna forma: «El complejo del cenicero sucio». Siempre estaba limpiando la casa y, sobre todo, los ceniceros repletos de colillas. El psicólogo me narraba en forma de metáfora, que la concavidad del cenicero simbolizaba mi vagina, el cigarrillo representaba el pene de mi marido y la ceniza, el esperma. Y así me sentía: acomplexada y sucia.

De cara al mundo exterior, Norberto se mostraba como un marido liberal, incluso me otorgó la potestad para abrir una cuenta de ahorros en un banco. Como telón de fondo, se anunciaba en todos los medios de comunicación, las primeras votaciones de la España democrática.

Todo es dolor, malas experiencias. Todo es pasado y vivencias almacenadas en la memoria, que, por desgracia, afloran en la soledad. Y me digo: para qué quiero escribir nada. Ya conozco mi propia historia.

6

Cada quince días, Norberto viajaba a los cercanos puertos de la sierra de Madrid para esquiar con los jefes, o practicar alpinismo. Comenzó con esta costumbre al poco de casarnos. Al principio, era para promocionarse y, después, según explicaba hasta la saciedad, como una buena terapia grupal para eliminar la tensión acumulada del trabajo de abogacía.

Norberto me invitó algunas veces, pero no le acompañé en ninguna de las ocasiones. Me consideraba muy patosa y me aburriría en algún aislado hotel de montaña.

Un día, todo se desencadenó. La casualidad desveló la cruel realidad. Una ambulancia, sin aviso previo, trasladó a mi marido de una cama de hospital a nuestra alcoba, con fracturas en el brazo derecho y la pierna izquierda. Sufrió una aparatosa caída mientras esquiaba.

Hasta aquí, todo era normal, dentro de lo que se puede considerar normal, pero al deshacer la maleta, encontré vestidos de mujer y abundante ropa íntima y lujuriosa. Mi sangre dejó de fluir, como si se hubiera parado mi corazón. Norberto me prohibió ese tipo de prendas y así me amonestaba en las habituales conversaciones de moralidad y buenas costumbres, hablándome del pecado de la carne y que sólo me deseaba como la madre de mis hijos.

Tomé aire, lo expelí lentamente y entré en la alcoba muy irritada. Desde la puerta, sólo pude gritarle: —¡Eres un calavera!

Norberto tumbado sobre la colcha guardaba las formas.

—¿Por qué me insultas? —me preguntó, después de una larga pausa.

—¡Eres un maldito calavera! —grité, sin apenas fuerza.

—En cuanto me cure de las fracturas, me iré para siempre —me escupió con

desdén, sin ni siquiera disimular —. No aguanto follar tu cuerpo sin vida, incapaz de proporcionarme placer. ¡Cursi de mierda!

Me había sonrojado muchas veces durante mi vida, pero estaba segura de que, si me hubiera contemplado en el espejo de la cómoda, mi cara hubiera parecido un volcán punto de entrar en erupción.

—Te cuidaré hasta entonces —le gruñí entre sollozos. Me refugié en el sofá del comedor, abracé un cojín y lloré a moco tendido.

Por hoy termino, harta, las palabras me pesan. Me pesan y me liberan, como si fueran cadenas.

7

Los días siguieron pasando y mis hábitos de limpieza desaparecieron paulatinamente. Las telarañas florecían por los rincones, los pies se pegaban al suelo por el polvo acumulado, las ventanas cerradas transmitían un ambiente tétrico.

Norberto me observaba con desprecio, tumbado de costado en la cama. Yo, sentada a su lado, le evitaba, pero el muy sádico disfrutaba de la situación. Cortaba trozos de bistec y se los daba con el tenedor, pero no podía evitar que nuestras miradas se cruzaran.

—¿Sabes que sus piernas son suaves, muy suaves y me encanta acariciarlas?

Agachaba la cabeza, miraba al suelo o al armario ropero con las puertas abiertas y los cajones desordenados. No era yo, no era nadie.

—Dame otro trozo, Rebeca —y seguía observándome con esa fijeza, con ese odio interior, masticando la carne con la boca abierta y grandes aspavientos.

—¿Sabes que se perfuma su tersa piel para que la acaricie? — En ese instante, sacaba la lengua grotescamente y la movía compulsivamente.

—Dame otro trozo —me repetía, como si fuera el estribillo de una mala canción—. Y follamos con la luz encendida, como animales, y husmeamos nuestros cuerpos, nuestro sudor,

nuestros sexos.

No aguantaba tanta humillación, mis lágrimas fluían a borbotones de mis ojos. Me levanté de la cama y los platos cayeron sobre el suelo.

—¡Rebeca, limpia la puta casa! Mi amante no tardará en visitarme. Espero que cocines tu mejor plato, si es que tienes alguno —me ordenó antes de salir de la habitación. Me giré y le repliqué: —No abriré la puerta a nadie, ni menos aún a tu fulana.

Noté las mejillas rojas por la tensión. Esperaba encajar alguna retahíla de insultos, paralizada en un extremo de la alcoba. No podía más, la situación era inaguantable.

—¿Estás celosa? ¿A que no lo soportas? —me gritó, con la cara totalmente constreñida.

Salí de la alcoba, pero aún podía escuchar sus provocaciones. Entré en la cocina y cerré la puerta. En la penumbra, me senté en una silla y me transporté a un momento de mi pasado. Mi nariz se inundaba de olores familiares del bosque, de los prados, de las retamas, de la lluvia. Sentí en la piel el calor de una hoguera. Revivía aquella imagen congelada de mi infancia, de mujeres trazando círculos alrededor del fuego. Me incorporé a la danza hasta que, a un gesto de la líder, paramos de bailar. Una mujer se acercó con paso ceremonial, me devolvió la corona de margaritas, totalmente ajada, y me susurró: —ya puedes ser coronada.

La imagen se desvaneció y desperté a la realidad. Las cucarachas campaban a su aire por el mármol y el suelo. Comencé a llorar, quizás ese era mi lugar como siempre me decía Norberto.

Regresé a la alcoba, más calmada. Norberto sonreía por mi cara de circunstancias.

—¿Quieres que te hable más de mi amante? —me preguntó con rudeza—. ¿O quieres que hablemos de lo mal que follas a oscuras?

—No, quiero que te vayas de esta casa, hoy mismo—expuse sin rodeos. Antes de que pudiera añadir nada más, Norberto me golpeó con el brazo escayolado y me partió el labio. Estrellé la lámpara de la mesita sobre su cabeza. Norberto se desvaneció y aproveché para atar sus extremidades a la cabecera de la cama, con alguna de las camisas desperdigadas por los rincones y la andrajosa sábana que le tapaba.

—¿Qué coño me estás haciendo? —atinó a preguntarme, cuando se desperezó.

—Quiero hacerte feliz —le contesté con una sonrisa cínica, sin inmutarme ante su estado. Norberto me había hecho padecer y, ahora, me tocaba a mí.

—Sólo seré feliz, cuando pierda de vista tu cara de niña repipi... —no acabó la frase, mis manos se aferraron a su cuello. Era una presa fácil, apenas oponía resistencia y facilitaba mi labor de estrangulamiento. Norberto se convulsionaba y sacaba la lengua. Lejos de ceder (y lo escribiré sin sonrojarme), me excitaba y, más aún, cuando noté su erección sobre mi sexo. Como si fuera un autómatas, me despojé de mis bragas sucias y le cabalgué, contorneándome como si danzara al calor de la hoguera.

—¡Zorra, eres una zorra! ¡Sólo piensas en follar!

No respondí. Entorné los ojos. Por primera vez en mi vida, experimentaba placer, un intenso placer

—Ten cuidado, puedes preñarte —me advirtió con la voz quebrada.

—¡Con las veces que lo hemos intentado! ¿Cómo puede ser? —le pregunté sin terminar de creérmelo, sin parar de gemir, sin parar de gozar.

—Para no engendrar hijos contigo, utilizaba el método Ogino. Siempre fuiste una empollona, pero sólo eres una maldita raposa inculta. Mis padres me dijeron que me desheredarían, si no me casaba...

Sus frases sonaban en mi cabeza y me concentré en la música, en las notas ancestrales de aquella danza. Mi cuerpo se estremeció con el primer orgasmo de mi vida y seguí cabalgando hasta que Norberto eyaculó. Me tumbé a su lado, exhausta, disfrutando de aquel instante.

—¡Lávate, so guarra! No quiero tener un hijo tuyo —me suplicó con los ojos rojos.

Acaricié mi sexo húmedo y pegajoso, mis pechos endurecidos, los labios doloridos. Pero en vez de lavarme, me aferré otra vez a su cuello magullado, sin ningún tipo de compasión, aunque sintiese que las fuerzas le abandonasen. Sólo cedía un poco, cuando notaba que su pene se endurecía. Quería disfrutar, lo que no había disfrutado en mi vida de mojigata. Como la vez anterior, el coito fue fugaz.

Me levanté y salí de la habitación con el esperma chorreando por mi entrepierna. No me sentía sucia, nada de eso, sólo insatisfecha. No sé qué pasó aquella noche, quizás me poseyó el espíritu de alguna lamia, pero me consumía un fuego interior.

—¿Adónde vas ahora? —me preguntó con la cara convulsionada.

—A tratar de arreglar tu eyaculación precoz. Ahora mismo, sólo me sirves para una cosa —le repliqué sin inmutarme.

No tardé en regresar con una varilla metálica y un poco de mantequilla.

—¡Qué vas a hacer ahora, zorra! —gritó Norberto, retorciéndose como un poseso y temiéndose lo peor.

—En cuanto te introduzca la varilla por la uretra, la erección durará más tiempo y podré... —no pude terminar con la perorata, Norberto se desmayó por el pánico.

Deposité un cubito de hielo en cada uno de sus ojos y deslicé otro por su frente. Pasó un buen rato hasta que recobró la conciencia. Mi primera respuesta fue ahogarle y le cabalgué otra vez. Norberto aullaba de dolor por mis movimientos sincronizados y le abofeteaba para que dejara de gritar. De un embate, la varilla perforó sus intestinos y mi marido murió en mi primera noche de placer.

Desde aquel día nunca más se volvió a abrir la puerta de la alcoba y la casa permaneció limpia.

8

Hacia tiempo que no escribía. Me sentía liberada, pero tengo que darle algún final, no el que me gustaría o desearía. Sólo un final para no seguir recordando la misma historia.

Han pasado los años desde aquel episodio nefasto de mi vida y, en estos momentos, finalizo mis confesiones. No sé si para la policía que habrá registrado el desván o para algún desconocido. Si eres un lector anónimo y has aguantado hasta aquí, entenderás mi transformación y no reprobarás mi forma de proceder. Creía que los remordimientos

desaparecerían con solo escribirlos, que la soledad sería mi redención, pero no ha sido así.

Después de deshacerme del cadáver con ácido sulfúrico, me entró el pánico. Sólo deseaba huir a ningún sitio. Vendí la casa, con la autorización de los padres de mi ex marido. Sabían que era una bala perdida. Cuando les conté que me había abandonado por otra, me apoyaron en todo lo que pudieron.

O eso creo. Nunca se sabe. Por si acaso, también les anuncié que abandonaba Madrid y regresaba a mi población natal, Arráyo. Quizás tampoco les gustaba o pensarían que su hijo regresaría a sus brazos, una vez desapareciera del mapa.

Y nadie supo de mí, ni siquiera dije nada a madre o hermanos. Tuve que olvidarlo todo, alguien hubiera atado los cabos sueltos. Elegí Valencia para vivir, nunca había visto el mar y era la ocasión para comenzar una nueva vida, lejos de los recuerdos del pasado que me reconcomen.

Cuando la lania se apodera de mí, realizo el mismo ritual: Saco del armario el apolillado vestido de boda, me coloco la corona de margaritas, destapo el matraz y me satisfago con el pene de mi marido.

Hasta hoy.

Hasta hoy que he releído la historia, presionada por los últimos acontecimientos. El Congreso de los Diputados ha sido ocupado por fuerzas militares. La televisión ha sido silenciada. A través de la pequeña ventana del desván, contemplo las calles vacías donde resuena el pesado paso de los carros de combate. Es un golpe de estado, un presente aprisionado a un pretérito que aún no ha pasado página. A pesar de todo, los fantasmas no desaparecen. Siento miedo de que todo vuelva a ser como antes, de que alguien descubra todo el mal que hice, de tantas cosas que ya no escribiré.

Quizás sólo sea un paso atrás, para saltar con más fuerza hacia delante, pero no sé adónde huir, otra maldita vez.

Energía

Martinez, Jeiddy

Se encontraban a 10000 km del Sol, orbitando en una plataforma construida mediante una tecnología inventada por los chinos en el año 2050 e implementada a partir del 2100, mediante la cual, con la aleación de 3 metales, sumado al uso de iones antigravitatorios, podían resistir el clima hostil de aquella estrella. Con esos materiales, los humanos habían fabricado además trajes espaciales con diseños audaces.

Los protagonistas de esta misión fueron los "astrochiflados", entrenados especialmente por el veterano astronauta ruso Mijail Serguei Ivanov. Eran solo 50 tripulantes, quienes tenían como objetivo extraer de la estrella toda la energía necesaria con la cual abastecer las grandes ciudades de la Tierra.

Cada dos meses, una nave terrestre aterrizaba en la plataforma y se llevaba los depósitos de aquel combustible, al cual llamaron energylightfuture. Gracias a este en nuestro planeta dejarían de explotarse grandes yacimientos de petróleo casi extinguidos. Con solo una cápsula de 20 metros cúbicos, podía abastecerse de electricidad una ciudad como Nueva York. Diariamente se podían llenar 50 recipientes.

Los trajes que protegían a los astronautas a pesar de ser muy fuertes estaban a punto de derretirse, corrían el riesgo de incinerarse allí, cerca del Sol, el mismo que iluminaba a los actuales habitantes de la Tierra.

John, el jefe de la misión se comunicaba cada día con el Centro de Control

Espacial:

—¿Alguien nos ayuda, por favor? ¡Esto es urgente! —Repetía a diario, mientras veía que la capa de sus trajes iba disminuyendo y corrían peligro de morir.

Un día ya sin esperanzas de sobrevivir y en medio de una tormenta solar más intensa de lo común, que convirtió al clima de la plataforma en demasiado inhóspito, John por fin escuchó una respuesta:

—En tres días salimos a buscarlos. Antes del 31 de diciembre llegamos adonde están y los salvaremos —Se cortó la comunicación sin despedirse.

—No sé si será tiempo suficiente porque el viaje de la Tierra hacia aquí dura 60 días, pero es una esperanza —gritó entre emocionado y triste a sus compañeros.

64 días después, a punto del infarto, John estaba casi asfixiado dentro del traje, ya casi ni oxígeno quedaba. Entonces, ve una pequeña silueta negra en la distancia.

—¡¡¡Viene la nave a buscarnos!!! —gritan los otros desesperados al divisarla también.

Muy cerca de donde estaban y luego de que ya pudieron percibir la forma de la nave y sus luces, explota esta, ante el asombro y el espanto de todos.

* El relato aparece en el libro [En un raro lugar y otras historias](#).

Perder la cabeza

Keller, Juan

(Basado en) *Manipulado a partir de hechos reales.*

El 2 de diciembre de 1975 a las 9:30 de la mañana David Hanson abordó el vuelo UA735 de Las Vegas a California. No había despachado equipaje, su viaje duraría apenas día y medio. Cargaba un pequeño bolso de mano con una muda de ropa y artículos de higiene personal y una caja de cartón de treinta centímetros de lado que acomodó con dificultad en el compartimiento superior a su asiento. David estaba exultante y ansioso. Dentro de la caja llevaba la cabeza de Philip Dick.

Por ese entonces, Dick era un semidiós de la literatura en Francia y gran parte de Europa y un paria en su propio país. La policía lo tenía en la mira por el continuo fluir de dealers en su vivienda y la CIA lo espiaba suponiéndolo un comunista al servicio de los rusos. Era conocido en los círculos de autoridad como el Shakespeare de las anfetaminas. Una bestia literaria capaz de escribir diez mil palabras por día. Dick era, en realidad, un paranoico que escribía libros paranoicos imbuidos en un ambiente de ciencia ficción. La ciencia nunca era coherente en sus obras, la imaginación siempre estaba por encima de cualquier consideración tecnológica o viso de verosimilitud. Buscaba exorcizar sus demonios y mostrar sus propias y contradictorias ideas en un paisaje poblado por extraterrestres y naves espaciales.

David Hanson era un científico de veinticinco años. En su adolescencia había estudiado escultura. A pesar de proyectarse como un artista promisorio, David se inscribió en la Universidad Tecnológica de Nevada de donde egresó con medalla de oro. Planeaba fundar una empresa de robótica y estaba realizando sus primeros pasos. Había fabricado una cabeza mecánica de Dick en el garaje de sus padres. Una pequeña batería movía treinta y seis servomotores alojados en su interior. Era capaz de emitir en forma autónoma diez frases grabadas desde el reproductor de cinta miniatura que estaba en su boca. Las oraciones eran acompañadas por movimientos coordinados de labios, mejillas, ojos y cejas. David estaba muy

orgullosa de su trabajo. Había embalado la cabeza con esmero y planeaba mostrársela al Dick de carne y hueso.

El escritor iba por su tercer divorcio. El futuro le depararía dos matrimonios más inevitablemente terminarían mal. Vivía en hoteles o casas de amigos. Su departamento acaba de incendiarse misteriosamente. Él afirmaba que se había tratado de un fallido intento de asesinato por parte del gobierno. Su última obra, "Una Mirada a la Oscuridad", era un éxito en el viejo continente y recibía una tibia recepción en Estados Unidos. La amarga novela contaba la historia de un policía adicto que debía vigilarse a sí mismo. Dick había comenzado a tener visiones místicas y decía que la entidad que programaba la realidad le hablaba personalmente desde un satélite invisible.

El vuelo llegó en el horario establecido y David se apresuró a conseguir un taxi que lo llevó directamente al auditorio Staples donde se llevaba a cabo la Tecno Com '75, una convención de literatura y cine de ciencia ficción donde, por fin, podría conocer a su ídolo. Pensaba presentarle a su escritor favorito la reproducción animada de su cráneo. Dick humano enfrentaría a Dick androide.

La conferencia de Dick "Si creen que este mundo es malo, deberían ver alguno de los otros", estaba programada para las dos de la tarde. David tuvo tiempo de comer un sándwich con un jugo de naranja antes de dirigirse al auditorio Lawson. La sala estaba casi vacía por lo que pudo ubicarse al centro en la segunda fila.

Dick entró al escenario con diez minutos de retraso. Se escuchó un discreto aplauso de los presentes. Vestía un pantalón marrón arrugado, camisa celeste, corbata oscura floja y saco a cuadros. Sus zapatos se veían sucios y gastados. Una joven desabrida lo presentó a la audiencia y el autor se sentó a la mesa cubierta por un tapiz azul. Sacó un puñado de hojas, se colocó unas gafas sobre la punta de la nariz y empezó a leer. Su voz era monótona, inexpresiva e implacable. No parecía ser un hombre que aceptara opiniones que lo contradijeran en lo más mínimo.

David estaba extasiado. No escuchaba las palabras, o mejor dicho, no le interesaba su significado. Tenía frente a sí, apenas a unos metros de distancia, al autor de los libros que habían dado sentido a su juventud solitaria. La obra de Dick no tenía héroes, ni siquiera

protagonistas. Apenas personajes reales (demasiado humanos a veces) llenos de miedos y contradicciones. Nunca estaban seguros de nada, ni siquiera de qué era o no real. Eran vapuleados por las circunstancias continuamente y nunca sabían qué hacer. Como David en sus años adolescentes.

David se concentró en las facciones del escritor. Aguzando su vista, se convenció que el robot debería tener cejas más juntas y pobladas, la mandíbula más fuerte y la barba más larga y descuidada. Aunque quizá esto último no fuera un rasgo distintivo de la fisonomía sino algo cambiante.

"...Muchas personas aseguran recordar sus vidas anteriores. Yo, por mi parte, afirmo que puedo recordar una vida presente distinta. No conozco a nadie que haya hecho declaraciones como ésta, pero sospecho que mi experiencia no es única. Quizá lo sea el deseo de hablar de ella". Dick terminó de leer y se puso de pie soportado por un débil aplauso. Saludó a la concurrencia levantando la mano derecha que después le tendió a la presentadora y salió del escenario por la izquierda. David tomó el bulto que había dejados a sus pies y se dirigió corriendo al pasillo lateral. Se topó con un guardia con aspecto aburrido que lo dejó pasar sin preguntarle nada cuando le dijo que quería saludar al escritor. ¿Qué diría Dick al verse a sí mismo?

Interceptó a Dick cuando estaba por entrar al camarín. Sin decir nada se puso frente a él bloqueándole el paso. El escritor le sonrió y lo miró a los ojos. Aunque en realidad no lo miraba. Veía más allá o a través de David algo que solo él parecía ser capaz de percibir. David levantó su brazo derecho y puso frente al rostro de su ídolo el bulto que acarrea. Pero no se trataba de la caja de cartón con la cabeza sino un bolso de viaje negro que contenía ropa y artículos de higiene. Dick levantó una ceja y David estuvo a punto de gritar. Había perdido la caja con la cabeza robot. Bajó los brazos y estuvo a punto de desmayarse. Al ver la cara descompuesta del joven, Dick lo ayudó a apoyarse contra la pared y le preguntó si se encontraba bien. David asintió y balbuceó:

—Gracias.

Dick le palmeó el hombro y desapareció en el camarín. David dejó caer el estúpido bolso y se golpeó los costados de la cabeza con las palmas de las manos. ¿Dónde había perdido

la cabeza de Dick? ¿En la cafetería? ¿En el taxi? Estaba tan excitado con el encuentro y haciendo planes para el futuro que ni siquiera había bajado la caja del avión. Tomó un taxi hasta el aeropuerto y se dirigió a la Oficina de Objetos Perdidos. La caja no estaba ahí. Llamaron por teléfono a San Francisco, la escala final del vuelo UA735. Tampoco hallaron nada.

David nunca encontró la cabeza original. Con el tiempo, creó una versión mejorada y fundó su propia empresa, Hanson Robotics, que tiene actualmente sede en Hong Kong.

La vida de Philip Dick también cambió drásticamente por esos días. Ya no volvió a la cordura. Cada vez se desconectó más de la realidad y abrazó una visión mística y mesiánica del universo. Creyó comunicarse con su hermana gemela que había muerto pocas horas después de nacer dejándolo permanentemente solo. Sus libros se volvieron más delirantes (aún) y cerrados. Contenían salvadores universales, religiones omnipresentes, reencarnaciones y drogas, muchas drogas en medio de pesadas páginas de reflexiones metafísicas.

Dick apenas alcanzó a ver un fragmento sin terminar de la primera adaptación cinematográfica de sus obras. Fue en 1982 poco antes de morir. Los que estuvieron en la proyección privada dicen que se lo veía feliz. No solo porque finalmente estaba recibiendo el reconocimiento que merecía, sino porque parecía sentir que otros compartían su particular y pesimista visión de la humanidad. El libro adaptado era ¿Sueñan los Androides con Ovejas Eléctricas? y la película, dirigida por un inglés, se llamaba Blade Runner.

La nueva raza

Guadalupe Ingelmo, Salomé

Lo contrario del amor no es el odio, es la indiferencia. Lo contrario de la belleza no es la fealdad, es la indiferencia. Lo contrario de la fe no es herejía, es la indiferencia. Y lo contrario de la vida no es la muerte, sino la indiferencia entre la vida y la muerte.

Elie Wiesel

El Sol se alza sobre un paisaje desolado, sobre los decadentes restos de una civilización casi olvidada, de una humanidad extinta. Atraídas por la promesa de calor, de entre los escombros surgen figuras de pequeña estatura y pieles pálidas. Se asemejan vagamente a hombres, pero sus cuerpos lucen huellas de impresionantes mutaciones.

Los dedos huesudos de nudillos prominentes revuelven entre lo que, en otro tiempo, en otro mundo, se habría denominado "basura". Recogen la cabeza de una muñeca de cara sucia, ahora tuerta y medio calva. El ser la sostiene a la altura de sus enormes ojos negros y escruta, en apariencia conmovido, el iris azul de vidrio, solitario.

—Qué raza extraña la de los hombres. Unos desconocidos hicieron del atesoramiento el objetivo principal de sus vidas y mira ahora... Todos sus sueños terminaron aquí, en estos enormes montículos que se descomponen bajo el sol. ¿Qué valor tenían sus ilusiones? Quién sabe cuánto ansió alguien cada una de estas cosas —dice con esa inconfundible forma de hablar, entre jadeos, que los distingue—. Cuántas noches en vela proyectando cómo conseguirlas, imaginando el placer que les habrían proporcionado...

—Esos hombres debían de ser muy estúpidos para luchar entre sí por todos estos objetos inútiles. Sólo la comida puede dar la felicidad. Sólo por ella vale la pena morir o matar.

El ser comprende que, pese a su juventud, el compañero ha entendido ya: hambre y humanidad no son compatibles. Impresionado, lanza la cabeza lejos y deposita la mano en su hombro para expresar de alguna forma lo orgulloso que se siente de él.

El pequeño parece desconcertado y meditabundo. Observa con insistencia la extremidad que reposa, inmóvil, cerca de su cuello, como una araña exótica. Mira fijamente los peculiares dedos, aunque grotescos, especialmente aptos para hurgar entre las montañas de restos. Deduce que su curiosa forma ha de ser producto de una evolución en absoluto fortuita, de una estrategia bien calculada por la naturaleza. Compara entonces esas manos con las suyas, diminutas y rechonchas, y lo embargan la envidia y la ira.

Su maestro le sonríe dejando al descubierto unas encías entre grises y azuladas.

—No te preocupes, un día tus dedos se volverán como los míos. Todavía eres joven y tienes que crecer. Tu metamorfosis aún no ha hecho más que empezar. Tu cuerpo experimentará muchos otros cambios.

—Yo ya he empezado a cambiar. No soy un niño —protesta con orgullo y una cierta dosis de hostilidad en la mirada.

—Sí, ya lo veo. La agresividad es precisamente una de las alteraciones que se manifiestan en nosotros. Sin ella resultaría difícil sobrevivir.

—Hace varias semanas que siento una quemazón intensa en los brazos y las piernas —explica entusiasta mientras muestra las zonas afectadas, hinchadas y enrojecidas, como si de trofeos se tratase.

Su maestro inspecciona con delicadeza el antebrazo, bajo cuya piel lívida se aprecian unos capilares dilatados que se extienden cual sofisticada telaraña.

—¿Te duele?

—Casi nada. Sobre todo, me pica.

—Te dolerá. Te dolerá mucho mientras tu viejo cuerpo luche por resistirse al cambio. Sin embargo, para cuando la mutación haya terminado, la piel de tus manos y tus pies se habrá vuelto dura y resistente como el cuero. Al principio se te abrirán grietas entre las callosidades, pero ya intentaremos que no se infecten. Para cuando tus extremidades empiecen a

ponerse negras, probablemente ya tendrás los miembros insensibilizados y se te habrán caído las uñas. Aunque te sentirás un poco torpe y te costará más sujetar las cosas, acabarás acostumbrándote.

El pequeño asiente con voz temblorosa, intentando fingir serenidad:

—Claro.

—Tranquilo, es normal tener miedo de crecer. No resulta fácil aceptar los cambios. Pero recuerda que mientras estos existen, aunque parezcan desagradables, al menos hay vida.

El joven alumno mueve afirmativamente la cabeza y se dispone a seguir rebuscando entre los residuos. Sin embargo, la voz agitada de su maestro hace que se pare en seco.

—Corre, ya los oigo llegar. Si no nos damos prisa, los zopilotes y las moscas se quedarán con el botín. Corre, muchacho. Puede que hoy haya algo de carne. Yo ya estoy harto del pescado de ese apestoso lago.

Sobre la superficie que señalan sus deformes dedos flotan inmundicias y peces muertos.

—¿Está seguro de que quiere escribir una tesis doctoral sobre los efectos de la acumulación de metales pesados en la sangre?

—Totalmente.

—Mire, es usted un alumno excepcional, pero quizá debería reflexionar más antes de tomar una decisión definitiva. ¿Ha pensado que se encontrará con casos sobrecogedores durante su investigación?

Responde lacónicamente para dejar claro que no logrará disuadirlo:

—Sí, señor.

—Bien. Ya que parece determinado a seguir adelante con su proyecto, le pediré al doctor Pemberton, un colega de Rhode Island, que lo tome bajo su tutela para que pueda usted observar de cerca algunos pacientes. Si entonces cambiase de opinión y decidiese optar por otro tema...

—Estaré encantado de poder trabajar al lado del doctor Pemberton —interrumpe el joven—. Le agradezco mucho la oportunidad que me ofrece. Sin embargo, antes, me gustaría pasar algún tiempo en Nicaragua. Querría estudiar a los habitantes de La Chureca.

—¿Tiene usted idea de lo que está diciendo, alma de cántaro? ¿Sabe lo que encontrará allí?

—Personas contaminadas por metales pesados.

—¿Acaso cree que ha de expiar usted sus culpas por pertenecer a una familia de clase media?

—Evidentemente, no. De haber nacido yo en el seno de una familia acomodada..., sería otra cosa. Seguro que entonces sentiría verdaderos remordimientos.

Bromea ante la mirada atónita de su profesor.

—Mire, yo sólo he visto fotos y he leído algunos informes al respecto, pero le digo sin temor a equivocarme que aquello es lo más parecido al infierno que haya sobre la faz de la Tierra. Quienes han examinado a la población afectada hablan de verdaderos horrores, de personas con cuerpos tan castigados que parecen mutantes en lugar de humanos. Se dirían casi una nueva y turbadora raza: los hijos de los metales pesados. Niños y aves carroñeras se disputan los restos de comida caducada que llegan hasta el vertedero. La gente trabaja diez horas al día recogiendo basura para sacar dos míseros dólares. Padecen arsenicosis tan avanzada que en algunos alcanza la fase cancerosa. Los hay que deben de tener los riñones deshechos. Eso por no hablar de las enfermedades respiratorias y el cáncer de pulmón. Encontrará hiperqueratosis en manos y pies. Las excrecencias córneas y manchas negras que produce en las extremidades inferiores pueden llegar a ser impresionantes. Al igual que las llagas en la piel, que terminan convirtiéndose en carcinomas. Abundan las vasculopatías periféricas, que resaltan sobre la palidez fruto de la acumulación de plomo. Ese plomo que los vuelve agresivos. Y no me extraña, ya que provoca cefaleas crónicas. Así como dolores óseos y articulares terribles.

El joven, aparentemente imperturbable, asiente con la cabeza.

—Aunque usted vaya hasta allí, nada de todo eso cambiará.

—Tiene razón. Pero tampoco cambiará si me quedo en casa. Estoy seguro de que,

después de esa experiencia, seré de mayor utilidad en el hospital.

Una vez más, amanece sobre el paisaje desolado de La Chureca. Unas formas vagamente humanas se disponen a hurgar entre los residuos desechados por privilegiados seres que a duras penas pueden considerar de su misma especie. Salen de nuevo en busca de miseria con la que acallar esa hambre de la que mueren un poco más cada día. Salen en busca de tiempo: unas horas más, unos días más... Quizá, incluso, algunos años más durante los cuales seguir arrastrando su desdicha por el estercolero. Ellos mismos son escombros de una humanidad que los ha olvidado.

Del suelo surgen unas mandíbulas que se desencajan para poder engullir mejor a su víctima, una enorme boca abierta en cuyo insaciable apetito todo se disuelve. Es un agujero negro que podría devorar al mismísimo mundo, pero que —por el momento— se conforma con alimentarse de las presas que el hombre le lanza periódicamente como ofrenda voluntaria: sus semejantes. El hambre obtiene, como cada día, su sacrificio de carne y sangre.

NOTAS

La Chureca, el basurero municipal más grande de Nicaragua y el mayor habitado de toda Latinoamérica, permaneció abierto durante cuarenta años como vertedero incontrolado. Allí, rodeados de basura, gases tóxicos, buitres y moscas, los miembros de las 250 familias que vivían dentro de La Chureca y de las 450 familias asentadas en sus alrededores rebuscaban entre sus 40 hectáreas de desperdicios. El vidrio, plástico, papel y, sobre todo, el cobre y el hierro eran los residuos más codiciados. No obstante, esos sórdidos botines no lograban librar de la extrema pobreza al 77 por ciento de los habitantes del campamento, la mitad de los cuales carecían, además, de agua potable o servicios higiénicos.

En La Chureca, donde proliferaba el analfabetismo y la violencia de todo tipo, las personas se veían expuestas al plomo y otros contaminantes tóxicos. El cáncer de piel y pulmón, así como varias enfermedades respiratorias fruto de la concentración de basura, reducían su

esperanza de vida a los 50 años de edad. Como resultado de la endogamia, incluso la población joven padecía males genéticos.

La Chureca fue fuente de insalubridad, miseria y marginalidad hasta que, entre 2008 y 2013, se selló y se emprendió un proyecto de recuperación para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes, que antes recolectaban desordenadamente residuos en condiciones infrahumanas. Donde antes se acumulaba la basura, se construyó una planta de residuos sólidos y se levantaron viviendas, escuelas, áreas deportivas y de ocio, un centro médico y un centro cultural.

Micro relatos

Manzanaro Arana, Ricardo

Tras la expedición

Las naves llegaron de regreso a la vez, por lo que la expectación en toda la Tierra fue enorme. Tras el recibimiento oficial, los astronautas revelaron a científicos y políticos lo descubierto en sus expediciones por la galaxia, usando el recién descubierto túnel interdimensional.

Y todos coincidieron al describir la situación en esos otros mundos. Tras esto, conversaron discretamente políticos, científicos, expertos, llegando a una inevitable conclusión.

Al día siguiente se destrozaron a la vez a todos los robots de la Tierra. En los mundos visitados, solo había robots y los Humanos se habían extinguido.

Terror

Los mutantes salieron de sus escondites mostrando sus indescriptibles deformidades. Los zombis ya paseaban por la zona de la hecatombe regandola con su sangre, mientras arrastraban vísceras colgantes. Y entonces ambos grupos se lanzaron corriendo mientras chillaban. Habían divisado un grupo de humanos normales y huían despavoridos de esos violentos y sádicos seres.

Por los agujeros

A Martínez, tras conocerse que realmente existían los agujeros de gusano, y que se podían utilizar para viajar a la otra punta de la galaxia, se le ocurrió una nueva división en su asesoría.

Usando aquellos conductos interdimensionales, Martínez visitó planetas destrozados por catástrofes climáticas, guerras nucleares o pandemias. Analizó todos los factores que condujeron a aquellas hecatombes. Y de ahí concluyó una serie de rutinas de análisis, así

como diversos planes de actuación.

Por fin, Martínez inauguró su nuevo gabinete: "Consultoría apocalíptica. Le asesoramos para provocar una catástrofe planetaria con rapidez y eficacia"

Tras la misión

Diez minutos tras aterrizar la nave, finalizando la misión de soporte a la ciudad orbital, el capitán Black inició el proceso para desprenderse de su traje espacial. Se le extrajo el casco y luego él mismo se quitó las gafas de protección. Luego, con la ayuda de un brazo robótico, se desabrochó la armadura externa, y seguidamente el grueso escudo contra los rayos cósmicos. Finalmente, Black abrió varias cremalleras para quitarse el mono de trabajo.

Tras la revisión médica, le comunicaron a Black que tenía una semana de permiso. Entonces procedió a colocarse un grueso chaleco, por encima un exo-esqueleto y por último el abrigo metálico. Finalmente se puso gafas, protector facial y casco extra-resistente.

Así Black pudo salir a la calle y dirigirse a su domicilio sin que le dañase la contaminación, las nubes radiactivas, los mosquitos mutantes y las frecuentes caídas de meteoritos que eran tan habituales en Nueva York en ese año 2047.

Destrucción

El jefe de la expedición observó el panorama de destrucción que se contemplaba desde donde estaba. Cada vez más se confirmaba la fortuna del universo original en que vivían. De los paralelos que habían visitado hasta ahora, gracias a la maquina interdimensional, el 60% habían degenerado y eran post-apocalípticos. Muy pocas de las realidades alternativas mantenían un nivel aceptable de desarrollo y en el resto la raza humana había desaparecido o eran unos monstruos terribles.

Un soldado se acercó a él y le confirmó el estado catastrófico del mundo paralelo y la no existencia de seres humanos.

"Que bien" pensó el jefe. Otra Tierra que podían aprovechar sus recursos para su universo y esquilmarla a tope, sin perjudicar a humanos o teniendo que enfrentarse a ellos

Final

El Apocalipsis era inevitable. Los últimos miembros de aquella especie culta

pacífica y educada del planeta asumieron que su desaparición iba a ser inminente. Hace unos años hicieron su aparición unos seres mutantes, violentos y depravados, que fueron venciendo y arrinconando a la raza inteligente. Los mutantes se acercaban lanzando chillidos. Ellos y toda la civilización iban a desaparecer.

Poco después, el último reducto de neardentales fue masacrado por los cromagnones

Inútil

Íñigo estaba harto de su esposa, que siempre le llamaba inútil y le decía que no servía para nada. Así que aceptó la propuesta de su amigo el físico, de usar un prototipo inventado por él para viajar al pasado. Y, si funcionaba, mataría a su esposa de joven, evitando así ese horrible matrimonio y volver a oírle reírse de él y llamarle inútil.

La máquina funcionó e Íñigo viajó al pasado. Pero fue su esposa la que le mató a él.

Pronóstico del tiempo

El capitán estudió el pronóstico del tiempo para las siguientes horas

Se alertaba de la próxima llegada de un agujero negro a la zona. Asimismo, se pronosticaron varios acercamientos de grandes planetas que ejercerían su influencia. Y por último, fijó su atención en la advertencia de la llegada de una tormenta cuántica

El capitán calculó las deformaciones espacio-temporales ocasionadas por aquellas ondas gravitacionales y fijó la ruta.

Gracias al pronóstico del tiempo pudo llegar enseguida a la otra punta de la galaxia.

Profesor

El retraso en el Metro supuso que el profesor Cámara llegase con el tiempo justo para iniciar la clase de la asignatura que le tocaba dar hoy. Accedió a su domicilio y cogió el material necesario para impartir la lección.

Se introdujo en la cabina que tenía escondida dentro de un armario. Al encenderla, la cifra de 2024 surgió en una diminuta pantalla. Cámara apretó un botón e inmediatamente se oscureció el entorno de la cabina. Un instante después el número que figuraba en la pantalla era 2278.

Cámara, al abrir la puerta, estaba en una zona con varias cabinas más, dentro de la sección de profesores de la Facultad de Historia. Poco después, frente a un alumnado compuesto por humanos, robots, ciborgs y extraterrestres, comenzó su clase de "Historia del siglo XXI".

Mediante el uso de máquinas del tiempo, los alumnos de Historia tenían información exacta y actualizada de lo que había sucedido algunos siglos antes. Como era habitual, Cámara primero contó a los alumnos los acontecimientos principales de aquella semana, del 2024, totalmente recientes para él. Y luego dio la clase que correspondía a ese día: "La pandemia de Coronavirus"

De nuevo en la sala de cabinas, a punto de regresar a su siglo, Cámara coincidió con un elegante caballero que salía de otra, que era el que daba la asignatura del siglo XIX. Era HG Wells.

Tras la muerte

Tardó unos segundos Ramón en darse cuenta que estaba de nuevo vivo, y otros instantes más en comprobar que no estaba en la cama del hospital donde había estado agonizando. Iba montado en un transporte, acompañado de mucha gente, dirigiéndose a algún desconocido lugar.

Entonces se escuchó una voz proveniente de todas partes: "Bienvenidos. Están ustedes llegando a "El Cielo"". Todos los que estaban a su alrededor, y el propio Ramón expresaron su alegría. Y aún fueron mayores las exclamaciones cuando atisbaron la entrada a aquel mítico lugar. Se adivinaba una ciudad extraordinaria, fantástica y espectacular.

Sin embargo, un poco después, Ramón torció el gesto ante lo que ocurrió al detenerse el transporte en el centro de aquél utópico lugar. Un amable ángel les repartió a los recién llegados unas hojas, que les pidió que las rellenasen cuando llevaran unos días en el Cielo. Era una encuesta de satisfacción.

Promoción especial

Miguel lanzó un rápido vistazo al reloj de enfrente, para enterarse de que hora era. Faltaba media hora para terminar el horario de consulta. Fijó de nuevo su atención en el

periódico que tenía sobre su mesa.

Miguel mataba el tiempo hasta que se cumpliera la hora de cierre leyendo periódicos. Cuando se cansó de ojearlos, se enfrascó en la lectura de una novela. La portada del libro mostraba una típica imagen del género policiaco, bajo la cual rezaba el título: "El muerto tomó una Pepsi-Cola". Hace 3 días, mientras desayunaba en una cafetería cercana a la consulta, le obsequiaron con aquel libro. A cambio de leer de vez en cuando que el detective acompañaba la comida con tal vino, conducía un coche de tal marca, o resolvía los casos mientras mascaba chicle de una conocida marca, tenía una novela de intriga bastante entretenida.

A última hora, accedió a la consulta una paciente. Afortunadamente, sólo era para pedir receta de dos fármacos. Tras realizar el trámite, Miguel comenzó a cerrar el chiringuito, que ya pasaban 3 minutos de las 7.

Al salir del edificio donde se localizaba su consulta, Miguel se dirigió a la cafetería "Pida Fanta", donde había quedado con su amigo Manolo. Tras saludarse, Miguel le entregó un libro que había encontrado en la reciente feria del libro.

–Este es el libro que te comenté ¿lo tienes? – le preguntó Miguel. Manolo no tardó ni dos segundos en identificarlo y con testar

–¡No! No lo tengo – Miguel le entregó el libro, un poco manoseado y deteriorado. Sin embargo, esta circunstancia no parecía importarle a Manolo, ya que mostraba semblante de satisfacción – Joé, que guay. Con este ya tengo casi todos los libros de este autor – comentó mientras ojeaba el índice - ¿Tu has leído algo de él?

De pronto, un intermitente pitido interrumpió su comentario. "Ay, coño" susurró Manolo. Extrajo de su un diminuto dispositivo cilíndrico, y apretó un botón localizado en uno de los extremos. El pitido cesó y Manolo volvió a meter el cacharrito en el bolsillo, ante la atónita mirada de Miguel. Seguidamente sacó una libreta del pantalón, y fue ojeándola

– Espera...ahora me toca...Ah, si – cambió el tono de voz y se dirigió a su interlocutor – Del 18 al 30 de octubre dos por uno en los supermercados La Compra. San Miguel Extra 2 botellas por 1,50 €. Bonito en escabeche La Mar 2 latas por 0,60 €. Dos por uno en La Compra

– Ahí va ... ¿Te has apuntado a eso? – preguntó asombrado Miguel

–Si, es que necesito sacar dinero de alguna parte. No hacemos más que gastar y gastar, sobre todo mi hija. Y con esto recibo un dinerito. No es mucho, pero me sirve para reducir un poco los números rojos. Y sólo tienes que soltar la cháchara a alguien durante unos segundos.

Volvió a sonar el pitido

–Pero ¿tan a menudo?

–Si...espera, que tengo que decirlo...Super-Net te ofrece tarifa plana con imagen 3D por sólo 10 € al mes. Entra en la web de Super-Net. Es que en las horas punta tengo que soltar tandas seguidas de anuncios casi seguidos cada 15 minutos. Durante el resto del día basta con 3 por hora.

–Y ¿cuánto te pagan?

–Algo más de 300 al mes

– Hombre, pues no está mal

–Si, pero es un coñazo. Pero en fin... Todo sea por reducir las deudas. Bueno, oye, ahora que he visto la hora, te dejo, que ya voy un poco justo de tiempo. Gracias por el libro. Ya hablaremos.

–Vale...

Desde la cafetería, Miguel observó como unos metros más allá un individuo le paró un instante a Manolo. No era para preguntarle nada, sino para declamarle su promoción. Manolo aprovechó y le soltó dos de golpe.

Miguel salió de la cafetería y en tres minutos estuvo en la tienda del sastre. Allí se probó la americana que había encargado. Le había salido tirada de precio. Llevando etiquetas de un supermercado en mangas y espalda, se ahorraba un 30%.

Tras comprobar la adecuada hechura de los pantalones, salió del establecimiento. Estaba de tan buen ánimo que incluso, mientras se dirigía al garaje, en contra de su criterio

habitual, le dio una limosna a un individuo que afirmaba que llevaba más de un año sin conseguir patrocinador alguno.

Accedió al garaje, e instantes después entró en su automóvil, y entonces esperó a que difundiese el mensaje.

–Buenos días. Antes de poner en marcha su coche, sepa que Seguros Nueva Era le ofrece ... - mientras fue apuntando en su agenda asuntos y recados pendientes -. Seguros Nueva Era. Una nueva época en seguros de automóvil.

Se escuchó el "clic" del desbloqueo del arranque. Un minuto después Miguel enfilaba el coche hacia el acceso de la circunvalación sur.

–Chica, que contenta se te ve. ¿Te ha tocado la lotería?

–Es que he estado en Súper-Moda. Y resulta que están con una oferta especial de 30 y 40%. Y mira lo que he comprado...

Como era habitual, Miguel automáticamente "desconectaba el oído" mientras conducía y no prestaba la más mínima atención a los anuncios que emitía la Promo-Radio.

Llegando a la urbanización donde residía, viró el coche en dirección a la zona de tiendas. Al detener el motor, echó una ojeada al pequeño visor adyacente a la radio. Marcaba 6. Se notaba que era Julio y circulaban menos automóviles. Había llegado enseguida. Permaneció en el coche, cavilando sobre su problema, hasta completar los 6 anuncios que debía emitir la promo-radio para cumplir el contrato de financiación del automóvil.

Salió del coche y llegó al parquímetro. Marcó media hora de estancia. El parquímetro escupió tres folletos publicitarios. Tras cumplir las gestiones pendientes, volvió a su coche y se dirigió a su domicilio.

Ya en su casa, nada más cerrar la puerta, pudo escuchar la voz de su mujer

–Ahora voy, cari

Una vez dejó chaqueta y bultos en una banqueta del hall, Miguel accedió al pasillo. Susana se acercaba a él, bella, sensual, bronceada, espectacular, deseable. Su rostro mostraba una amplia sonrisa. "Hola, cari" le susurró. Se abrazó a él, y le dio un largo y excitante beso, mientras le acariciaba cuello y hombros, contorneándose al ritmo que marcaban las manos de él,

al deslizarse por sus caderas.

–Eres fabulosa – consiguió decir Miguel, tras tomar aire.

–¿Qué tal? ¿Cómo ha ido el trabajo?

–Bah, flojito. Se nota que llega el verano

–¿Te gusta mi nuevo vestido? Lo he comprado en Super-Center

–Te sienta estupendamente

–Ahora en Super-Center están con una promoción especial de primavera, o sea que me ha salido a un precio estupendo. Y además te obsequian con un tarrito de perfume. Pásate por Super-Center, que están también con ofertas para hombres, en americanas y corbatas con un 30%... ¡Ven! Te he preparado un pisco-labis, para que meriendes algo. Ven, ya lo tengo todo dispuesto. Es que en la sección de alimentación de Super-Center es la quincena de Galicia, y hay ofertas de pulpo, empanada...

–Jobar, esto tiene una pinta buenísima –y comenzó a comer

–Y mira, he cogido un folleto de lo que te dije, – ella se acercó a Miguel insinuante, y le comenzó a acariciar brazo derecho y pecho - el robot limpiador de Super-Center. Es una pasada – le pasó un prospecto de grandes dimensiones y profusamente ilustrado -. El solito limpia los suelos, los muebles, el baño. En 48 horas ya se ha compuesto el plano de la casa en el "coco", y se mueve por la casa sin el más mínimo tropezón. Toda la casa siempre impecable. ¿Qué te parece?

–Ya te dije que estaba de acuerdo. Si no sobrepasa el límite.

–¡Qué va! Además ahora en Super-Center lo tienen con una oferta de lanzamiento.

–Ah, pues me parece bien. A la noche lo vemos con más tranquilidad.

–Perfecto. Oye, y otra cosa...eh...importante – ella adoptó gesto serio – No sé si te acuerdas, pero...ahora tocaba renovar el contrato.

–¡Ahí va! ¿Ya han pasado 6 meses? Jobar, qué rápido pasa la vida

–Y... ¿te parece bien renovar? – ella se colocó frente a él, le abrazó con sensualidad y comenzó a acariciarle - ¿Estás contenta conmigo?

–Estoy exultante contigo. Eres la mejor esposa que he contratado.

–Siiii ¿en serio? ¿Te parece renovar otros 6 meses?

–En principio si. Lo único quiero revisar el contrato, a ver que condiciones fija.

–Es prácticamente igualito. No sube casi nada. Mira... - le dio un taco de folios grapado, titulado "Contrato de alquiler de esposa promocional de Super-Center para Miguel Alonso Alcalde"

–Miguel echó un rápido vistazo a los capítulos del contrato – Condiciones generales, Presupuesto mensual, Artículos de Super-Center incluidos en presupuesto, Características esposa promocional, Normas de uso de esposa promocional, Reglas de comportamiento de esposa promocional, Identidad de esposa promocional -. Me parece perfecto. Lo renuevo.

Poco después, Miguel y su promo-esposa hacían el amor, celebrando la estupenda relación que mantenían

Del derecho y del revés

Dolo Espinosa

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Marisa lleva media vida tejiendo y las agujas se mueven a toda velocidad transformando la lana en tejido.

Atravesar el punto, pasar el hilo, sacar el nuevo punto.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Así hasta finalizar la hilera y luego, vuelta a empezar.

El clic clic de las agujas y lo repetitivo del proceso siempre la han ayudado a relajarse y sabe Dios que ahora mismo necesita relajarse.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Marisa alza los ojos sin dejar de tejer, y mira a su marido que, sentado frente al televisor, contempla a unos tertulianos que gritan y gesticulan muy indignados por vete a saber qué. Esa gente siempre está muy indignada por algo, pero nunca por lo realmente importante, piensa Marisa. No sabe si el debate es sobre fútbol, cotilleos o política, son todos tan iguales que no es fácil distinguirlos a menos que les dediques algo de atención y ella, ahora mismo, tiene otras cosas a las que prestar atención.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Jaime, su marido, mira fijamente a la pantalla, el rostro inexpresivo iluminado por

la enorme pantalla plana que se había empeñado en comprar, la más cara que encontró, a pesar de que era demasiado grande para el salón y demasiado cara para su economía. pero es que él, Jaime Sotomayor, no iba a ser menos que el memo de su hermano, que, por supuesto, sí que puede permitírselo.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Marisa se obliga a dejar de mirar a su marido e intenta concentrarse en su labor, en el sonido de las agujas, en el movimiento del hilo, en la secuencia de puntos.

Un punto al derecho .Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

De vez en cuando Jaime se levanta de su butaca y comienza a dar vueltas por la casa. Silencioso, recorre todas las habitaciones abriendo cajones y armarios buscando y rebuscando. Al rato parece rendirse u olvidarse de la búsqueda y retorna a su butaca.

Marisa, sin dejar de tejer, lo vigila. Callada, quieta, casi encogida en su asiento, intentando ser parte de la decoración, un mueble más, presente, pero ignorada.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

La tensión comienza a ser insoportable, se nota en las ojeras de Marisa, en el moño mal ajustado de Marisa, en los ojos asustados de Marisa, en las manos temblorosas de Marisa...

Ya son muchas las noches que pasa así, sentada bajo su lámpara, tejiendo una bufanda infinita y vigilando a Jaime, cuya única ocupación es ver la tele y buscar, buscar y ver la tele. Y, de vez en cuando, acercarse donde ella está y quedarse allí, en pie, inmóvil, mientras Marisa, sin levantar los ojos, continúa tejiendo.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Marisa comienza a sudar cuando ve que Jaime vuelve a levantarse. Toca otra ronda de infructuosa búsqueda. Las agujas resbalan entre sus dedos húmedos y lucha por no dejarlas

caer.

Jaime, entonces, se detiene ante ella una vez más. Quieto, mudo. Marisa siente su mirada como un peso, algo sólido que la aplasta y la ahoga. Respira, agitada, está perdiendo la concentración y la poca calma que aún le quedaba.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Dos lágrimas de terror corren por sus mejillas, indistinguibles del sudor que empapa su cara.

Jaime no se mueve, no habla, no hace otra cosa que estar ahí, parado frente a ella, esperando.

Marisa intenta aguantar esa mirada, pero el cansancio y la tensión pueden con ella.

Finalmente abandona la labor sobre su regazo y alza la vista hacia su marido. Se levanta, temblando, agujas y lana caen al suelo, se yergue todo lo que da de sí su metro sesenta y, casi susurrando, dice:

—De acuerdo —dice—, tú ganas.

Jaime, como si hubiera escuchado unas palabras mágicas, se hace un lado, dejándola pasar.

Ella avanza despacio, las piernas le tiemblan tanto que teme caerse, pero con un poco de esfuerzo logra controlar los temblores lo bastante para poder seguir caminando, aunque sea con el andar indeciso de un borracho. Se dirige a la cocina donde coge una pequeña escalera de tres peldaños y, con ella a cuestas, se dirige a su dormitorio. Abre el armario, sube hasta el último peldaño y, poniéndose de puntillas, estira el brazo hasta el fondo del estante más alto.

Cuando la mano vuelve a aparecer, trae en ella un bote de cristal.

Marisa baja y se acerca a su marido, que la ha seguido y aguarda en la puerta.

Se para ante él, abre el bote y le ofrece su contenido: un par de ojos, los ojos de Jaime. Los ojos que ella, en un arrebato absurdamente sentimental, había guardado en formol tras matarlo y enterrar su cuerpo en el bosque cercano. Los ojos por los que Jaime abandona

cada noche su tumba y vuelve a casa desde hace meses.

El muerto coloca los ojos en sus vacías cuencas y ahí quedan, mirando uno hacia arriba y otro hacia abajo, dándole un aspecto cómico que Marisa, por supuesto, no es capaz de ver. A continuación, gruñe, se gira y vuelve al salón, pero, en lugar de seguir hacia la puerta de salida, como ella creía y ansiaba, Jaime vuelve a su butaca y a la ruidosa nada televisiva.

Marisa lo mira, entre asombrada y aliviada, hasta ese instante había estado convencida de que, una vez recuperado sus ojos, él la mataría con esas mismas agujas que ella había usado para acabar con él. Pero nada de eso había ocurrido y ella, ahora, no sabía muy bien si sentirse aliviada o aterrada.

Tras un minuto de indecisión, Marisa se sacude el aturdimiento, se encoge de hombros, recoge su labor y vuelve, ella también, a su butaca y a su inacabada e inacabable labor.

La monotonía cotidiana retorna.

Un punto al derecho. Un punto al revés.

Un punto al derecho. Un punto al revés...

Dollmaker

Morrison, Lou W.

Blanca comenzó a despertarse muy lentamente, demasiado incluso para lo que era normal en ella. Notó que tenía la boca seca, presión en las sienes y pinchazos en las articulaciones. Era como si se hubiera vuelto a exceder con el alcohol y las drogas, pero no recordaba haber salido de copas.

Poco a poco, un habitáculo no muy grande se fue mostrando claro ante sus ojos. Estaba sentada en una silla y a su izquierda había una mesa de autopsias, mientras que a su derecha había un conjunto de pequeños muebles y armarios de madera bastante viejos.

Sintió abrir una puerta a su espalda y escuchó unos pasos amortiguados. El primer susto llegó cuando entró en su campo de visión un muchacho, más o menos de su edad, que al principio creyó que iba vestido con un ceñido conjunto de traje y corbata pero, entonces se dio cuenta de que este, incluido los zapatos y los guantes que envolvían las manos, estaban tatuados sobre el cuerpo desnudo del individuo.

—Levántate, por favor — la voz del chico era alegre, casi burlona, pero lo más perturbador estaba en su forma de sonreír.

Blanca aún se sentía débil así que él la tomó de las manos y tiró de ella delicadamente hacia delante.

El segundo susto vino cuando el extraño recién llegado dijo:

—¡Que se haga la luz!

Lo que hasta ahora había parecido ser un espejo, se tornó transparente y Blanca pudo ver al otro lado un grupo de hombres y mujeres atados a sillas idénticas a aquella sobre la que había despertado. Estos, sin duda, también la veían.

Tan paralizada estaba por todos esos acontecimientos a los que no encontraba explicación, que no pudo reaccionar cuando las manos del bizarro personaje se dirigieron hacia la abertura de su blusa y de un tirón hizo saltar los botones de la pieza dejando como resultado

de esa acción expuestos los redondos y tiernos pechos de la joven.

—Mmmmm....Mucho mejor de lo que me esperaba. Ni siquiera te hace falta llevar sujetador, las tienes bien turgentes y firmes — la boca del tipo descendió por su barbilla, continuó por su cuello, dio un suave mordisco en la clavícula y siguió bajando hasta apoderarse de uno de los erectos y rosados pezones.

Pese al pavor que mostraba su rostro, Blanca fue incapaz de refrenar el gemido que escapó de entre sus labios. Aquel excéntrico individuo estrujó con sus dientes y sus labios el pequeño pezón mientras emitía sonidos de complacencia respecto al manjar que estaba degustando.

Blanca cedió cuando las manos de esa especie de artista loco la empujaron en dirección a la mesa de autopsias obligándola a tumbarse sobre la fría y lisa superficie metálica al tiempo que él, con hábiles maniobras manuales, le desabrochaba y bajaba el vaquero así como la ropa interior hasta los tobillos. Blanca cerró con fuerza las piernas, apretando un muslo contra el otro, adivinando las perversas intenciones de aquel depravado.

—¿Así que pretendes jugar a resistirte? — el caminó hacia atrás hasta colocarse a los pies de la mesa manteniendo en todo momento la mano izquierda oculta tras la espalda. Ya situado, mostró aquello que escondía con tanto celo: un enorme cuchillo de cocina —Como te dije, antes solo nos estábamos divirtiendo pero en cualquier momento pasamos a la siguiente fase.

Las cosas se volvían cada vez más horribles para Blanca. Sin poder reprimirse más, comenzó a gritar a pleno pulmón pidiendo ayuda, pero el resto de cautivos se limitaron a ser espejo del horror que le embargaba. Conforme se iba dando cuenta de que era inútil, los gritos fueron disminuyendo en potencia hasta que se apagaron.

—Tranquila, cielito. Tranquila — acarició con la hoja del cuchillo los pechos y el vientre de Blanca —. No estropeemos todavía la diversión — y enseguida que esas palabras salieron de su boca, dio una fuerte puñalada entre los muslos a su víctima. Hundió el cuchillo hasta el mango y luego lo removió mientras gozaba con los alaridos de cerdo que soltaba la joven, gritos que enseguida imitaron aquellos rehenes que lo veían todo desde el otro lado del cristal.

Mientras Blanca aullaba y se retorció de dolor al tiempo que perdía sangre a chorros, aquel monstruo se acercó a un mueble para sacar un *zipper* y una cajetilla de tabaco. Se encendió un pitillo y con la mano libre extrajo, sin ninguna delicadeza, el cuchillo.

Tras usar la lengua y los labios para limpiar la hoja, se dirigió hacia sus espectadores no voluntarios y les anunció:

—¿Qué tal si jugamos todos al juego *Operación* con la adorable Blanquita? — paseó su mirada por todos esos horrorizados rostros que le observaban desde el otro lado del cristal. Luego, sin más, hundió de nuevo el cuchillo entre los destrozados labios vaginales de su víctima para, inmediatamente, comenzar a subir la hoja abriendo a la chica en canal durante el proceso hasta llegar al plexo solar.

Mientras Blanca convulsionaba, él, como un científico loco o un cocinero psicópata, comenzó a extraer el útero y los intestinos grueso y delgado. Extrajo el hígado el cual se llevó a su boca para comérselo crudo mientras miraba hacia su público. Continuó con el bazo, los riñones, el estómago y los pulmones. Con estos últimos y durante un minuto, simuló estar tocando una gaita aunque enseguida los desechó como un niño hace con un juguete roto. El último órgano que extrajo fue el corazón. Aquel aspirante a fenómeno de feria en una troupe infernal, ni siquiera se fijó en el momento preciso en el que Blanca había dejado de convulsionar y, por lo tanto, había muerto. Se limitó a introducir las manos en el interior vacío de la chica para después sacarlas llenas de jugos con los que se untó el rostro, el cuello y la clavícula.

Caminó hacia el espejo ventana y pulsó un botón que se encontraba junto a una esquina de este.

—No hay mejor música para acompañar la primera parte de estos trabajos que la deliciosa sinfonía de trompas y violines que surge de garganta y cuerdas vocales engrasadas por el horror — tras presionar el botón, todo el aire de la habitación que había al otro lado del cristal fue succionado —. Pero una vez se acaba esta parte, hay que acallar a los instrumentos antes de guardarlos en sus estuches.

Mientras los hombres y mujeres atados a las sillas morían en una lenta y terrible agonía, el estafalario psicópata colocaba un kit de sutura quirúrgico junto al cuerpo eviscerado de Blanca y sacaba de debajo de la mesa de autopsias varios sacos llenos de algodón

y serrín.

La especialidad de Pepitita

Goñi Capurro, Juan Pablo

La moda se impuso con tanta velocidad que los avisos científicos alertando sobre los riesgos de utilizar una tecnología en estudio, llegaron tarde. Miles de hijos ahogaron culpas comprando los robots de ROBOTPOL para compañía de sus padres ancianos. Costaban poco más que un celular de alta gama, precio ínfimo a cambio de librarse de las obligaciones de asistencia. Los familiares de Jaime Quesada, por ejemplo, no habían oído las advertencias de los profesionales objetivos cuando las imágenes tiernas de un anuncio se cruzaron en sus vidas.

Jaime Quesada fue siempre un hombre difícil. A sus ochenta y dos años, insistía en vivir solo, ocupando la casa familiar que los hijos ansiaban vender. Consideraban un despropósito que tamaño solar estuviera desperdiciado por un único habitante, al que debían visitar varias veces por semana para controlar que siguiera las prescripciones médicas y tuviera alimentos. Cuando Helga, la esposa alemana de José, vio la publicidad de ROBOTPOL, intuyó que ahí estaba la solución para la pérdida de horas restadas al lucro.

Un Pepito —o una Pepita— le haría compañía, controlaría sus dosis de pastillas y ofrecería entretenimiento, según el prospecto. Jaime Junior, el hijo mayor, aceptó de buen grado la propuesta; acababa de divorciarse, no contaba con una esposa para repartirse las visitas al padre.

Con temor a los insultos, los hijos y la nuera extranjera expusieron la idea a don Jaime, mostrándole folletos brillosos.

—Será como tenernos en casa, están programados para conversar, contar historias, ofrecerte contenido televisivo...

—¡Seguro que tienen cámaras! Ustedes quieren espíarme.

Quizá un proyecto serio incluiría un visor como una salvaguarda más, pero los robots de ROBOTPOL no tenían cámaras conectadas a una central. Fuera de la carcasa vistosa,

estos aparatos improvisados sólo poseían alarmas horarias, conexión a un servicio de películas y un programa de grabaciones de voz —con narraciones y un limitado simulador de diálogos—. La pantalla, táctil, era amplia y de fácil manejo.

Jaime Junior, Junior para la familia, constató en las especificaciones del modelo que no tenía cámara. Le mostró a su padre la descripción de funciones. El viejo gruñó un poco más, reacio a dejar entrar a otra persona en su casa, por más que fuera de plástico y metal.

—Papá, centenares de veces te hemos dicho que no puedes seguir solo, en esta casa inmensa. Tú dices que es el lugar donde has pasado toda la vida, y lo comprendemos. Por eso queremos regalarte un Pepito o Pepita, lo que elijas, así puedes quedarte en casa y quedarnos nosotros tranquilos.

Don Jaime acabó por aceptar la idea. En el auto de José, fueron los cuatro a la sucursal de ROBOTPOL. Frente a la puerta del depósito, había un camión estacionado. En el salón de ventas, una joven de uniforme rosa desembalaba una caja de cartón; detuvo las acciones para atender a los recién llegados, con la sonrisa profesional de vendedora. La sonrisa se extendió cuando supo que los visitantes tenían la decisión de compra tomada, el paso más difícil estaba zanjado.

—¡Están de suerte! Acaban de llegar los nuevos modelos.

La vendedora, Rosa según su identificación, señaló la caja en que trabajaba. Helga se interesó en las novedades, parte por curiosidad y parte por el pego que daría poseer un modelo flamante.

—Hay dos series, en versiones masculinas y femeninas, como siempre. En ROBOTPOL respetamos la diversidad. Por sugerencia de los adquirientes de nuestros maravillosos Pepitos y Pepitas, hemos desarrollado modelos religiosos. Están en el depósito aún, pero los pueden ver, si gustan. San Pepito viene negro, con sotana desplegable, y tiene incorporados más de mil salmos y canciones religiosas. El modelo femenino, Santa Pepita, viene con cofia y sayo gris.

Bastó ver la cara de Jaime, laico de quinta generación, para que la muchacha comprendiera que no iba por ahí. Los nuevos modelos costaban un treinta por ciento más;

venderlos aumentaría su comisión y la distinguiría en la carrera por ser la Pepa del mes, entre las mil sucursales de la multinacional.

—En esta caja, está Pepitón. Y en esa otra —Señaló más atrás— está la nueva Pepitita. Son nuestros exclusivos modelos sexys.

La palabra *sexy* provocó que Jaime pidiera una de esas. No permitió que abrieran la caja, así no perdían tiempo en volverla a embalar. La chica exhibió una foto en la pantalla del ordenador; el viejo reafirmó su pedido. Pepitita sumaba un canal porno, charlas eróticas con voz sensual y cuentos de alto voltaje. Su carcasa era diferente, aunque rosa también; ofrecía dos pechos y un remedo de vagina, un grosero hueco.

A los hijos poco les gustó salirse del presupuesto, pero discutir con el viejo era imposible. Aceptaron la decisión y dejaron las señas de la casa para el envío.

Don Jaime los echó al arribar a su hogar; se quedó en el portal, aguardando por su Pepitita. José arrancó; los empleados dejarían el robot y lo activarían, no debían preocuparse por ello. Junior pasaría por la tarde para asegurarse que estuvieran bien programadas las alarmas de las pastillas, y que el viejo comprendiera cómo dejar cargando la batería del robot por la noche.

Los hermanos diseñaron una agenda de control, repartiéndose la carga; si bien la idea era dejarlo con su Pepitita y que se arreglara, un dejo de conciencia los convenció de asegurarse del funcionamiento del robot antes de olvidarse del carcamal que les frustraba sus sueños de crecimiento económico.

* * *

A las seis de la tarde del mismo día, Junior aguardó en la puerta que su padre atendiera. Poseía llave, pero Jaime tomaba como un insulto que pasaran sin que él los recibiera. Junior oyó movimientos. Era un motor, de zumbido leve. Mejor, menos molestia para el viejo. ¿Sería capaz el robot de abrir la puerta?; bastaba pulsar un botón para que saltara la cerradura electrónica, evitándole al viejo la molestia de empujar las pesadas hojas de roble.

El interruptor saltó. Junior empujó y se topó con Pepitita.

—Hola, hermoso, bienvenido a la casa de Jaime.

Detrás, su padre frotaba sus manos, entusiasmado. Debió estarlo para escribir su

nombre en la memoria de Pepitita, la función de adivinanzas no estaba incluida en las especificaciones del robot.

Al marchar tras el robot, Junior descubrió que tenía un culo redondeado. Jaime lo invitó con café. Lo preparó, mientras Pepitita, con esa voz de locutora sexy que comenzaba a embriagarlo, le preguntaba por su día y su estado de ánimo. En pleno café, sonó una alarma.

Pepitita se puso en marcha, su brazo se extendió y tocó el hombro de Jaime.

—Papi, hora de tu pastillita, no seas malo, tómala toda, toda y toda.

Jaime abrió el pastillero y tragó la pastilla de turno con el café. Junior, sorprendido, controló los horarios cargados; coincidían a rajatabla con las prescripciones médicas. Dejó la casa y fue a compartir las novedades con su hermano.

Resolvieron, ante el éxito, reducir el esquema de visitas planteado por la mañana. La reducción fue tal que, pasada una semana, aún no habían vuelto a visitarlo; quién sabe cuánto hubieran tardado de no ser por un llamado preocupado de la sucursal.

* * *

Ubicados los nuevos modelos, Rosa encontró el manual de uso que había olvidado entregar a los Quesada; como las funciones se desplegaban en el monitor de Pepitita, no se preocupó demasiado. Una semana más tarde, aburrída, ojeaba el manual y dio con un apartado especial, diseñado como solapa separable: «Solo para hijos». Allí figuraba el punto «Eliminación del problema». La información al respecto era escueta; solo el código original del producto y una dirección de red.

La joven consideró necesario que los Quesada poseyeran dicha información, supuso que la fábrica la había colocado ante la necesidad de eliminar funciones que los clientes estimaran no aptas para el anciano en cuestión, un «control parental» a la inversa. Llamó a Junior, quien figuraba como comprador.

—Paso a buscarlo —respondió este, ante la consternación de la vendedora por su equívoca entrega.

* * *

Desconcertado por el agregado misterioso, Junior decidió estudiarlo con José. Ni

siquiera con la colaboración de Helga, más imaginativa, lograron hacerse una idea de la función del apartado «Eliminación del problema». ¿Acaso no figuraban los contactos de ROBOTPOL SERVICES en la contratapa del manual, para reparaciones? Servicio en todo el país, garantizaban. ¿Para qué incluir esa mención? La duda tornó inevitable que se comunicaran, enviando un email. La respuesta, automática, los dejó estupefactos.

Su padre es un problema, lo sabemos. Con Pepitita podrá eliminarlo definitivamente, sin huellas y sin posibilidad de ser rastreado. Para continuar, comuníquese con nuestro número de emergencias, las veinticuatro horas.

Número de capital, línea gratuita. Los hermanos se miraron. Helga decidió retirarse a preparar una cena ligera para los tres; la noche sería larga.

—Debe ser una broma, Junior.

—Una broma no estaría inserta en las páginas oficiales de un manual.

—Es de locos, cualquiera puede mandar un mensaje a esa dirección.

—Cualquiera no, registramos el mail con la compra, se hace un solo manual por máquina. Es decir, un solo código.

—Pero cualquiera puede encontrar una computadora encendida y llamar a ese número.

—Con una sesión abierta, cualquiera puede desvalijar tu cuenta bancaria, si vamos al caso.

José cerró el correo, no fuera cosa que las palabras del hermano funcionaran como premonición. Ambos tenían el número memorizado, podían eliminar el mail. Helga los convocó a la cocina, donde comían. La sala estaba invadida por la computadora, libros de clase y un papelerero; la otra mitad estaba destinada a los sillones y el televisor. Junior evaluó que el departamento de su hermano era tan microscópico como el suyo. Dos millones de dólares ofrecían por la casa de Jaime.

Helga sirvió pastas con salsa roja.

—Papá ya tiene ochenta y dos, una vida...

—¡José!

—Es mi hermano, Helga, no va a asustarse...

José calló y se dedicó a comer. Ninguno apreció el sabor de los fideos.

—Creo que deberíamos ver qué hace tu padre con esa cosa.

—Hoy lo llamé, Helga, nos tocaba visita, me dijo que andaba fantástico. Lo escuché feliz como nunca.

—Igual, hay que ver que hace. Yo me encargo.

Los varones no protestaron. Helga les estaba dando tiempo; poco les preocupaba la información que recabara, si su padre escuchaba cuentos picantes o jugaba con las tetas del robot. Helga sabría introducirse sin llamar; tampoco despertaría la ira del viejo, de ser atrapada. Los disgustos son peligrosos, a los viejos se les ocurren cosas raras como desheredar gente o donar sus propiedades a la iglesia. Jaime no le daría un centavo a la Iglesia, pero sí a la filial de su club.

* * *

Helga estacionó y caminó hasta la casa. El jardín era estupendo —en cuanto a tamaño, de vista estaba descuidado—. Los postigos, abiertos, estaban asegurados a la pared. La mujer intentó averiguar dónde andaban su suegro y la dichosa máquina. Vio una ventana con las cortinas corridas; el salón. Podía ocultarse en el pasillo o en la cocina.

Abrió con cuidado; la alarma estaba desconectada, el viejo no olvidaba sus rutinas. Atravesó el portal y avanzó pisando las alfombras. Iba de zapatillas, preparada para una excursión clandestina. Oyó música. Reconoció el estribillo. Joe Cocker, *You can leave your hat on*, inmortal para quienes vieron *Nueve semanas y media*.

Helga se asomó al comedor; se le mezclaron náuseas y carcajadas. Su suegro hacía un *strip tease*; ya desnudo, frotaba las nalgas flacas contra la pared, mientras hacía girar el diminuto pene flácido. Escuchó a Pepitita. Exclamaba: «oh, eres magnífico», «oh, qué grande y dura la tienes».

Cuando la canción acabó, su suegro marchó, pene en mano, hacia el robot que gemía. Pepitita estiró un brazo. Helga consideró que era suficiente. Abandonó la casa, acalorada.

Se preguntó si el modelo masculino tendría...

—¡Mira en lo que estoy pensando! —se amonestó.

Los hermanos no dudarían en acabar con un viejo que los sometía para dedicarse a masturbarse con un robot. La preocupaba el costo, en ningún lugar decía que este servicio adicional estuviese incluido en el precio. Cuanto mucho, pedirían un crédito, ¡bien lo valía semejante casona en el sector más exclusivo de la ciudad!

* * *

Tenían cuarenta y ocho horas para responder. El proceso era costoso, ceder a favor de ROBOTPOL el veinte por ciento del acervo sucesorio. Eso sí, sin pago inicial ni seña. Una vez recibida la documentación en una casilla postal, ROBOTPOL enviaría el código para activar la función «eliminar problemas».

Había que insertar el código sin que don Jaime lo advirtiera. Dadas las actividades que el viejo emprendía con su juguete, era obvio que pasaba el día cerca, no sería sencillo. Helga los dejó rumiando sobre los cuatrocientos mil dólares que perderían, era cuestión de familia y ella era una dama bien educada. Si decidían no hacerlo, tenía toda la noche para cambiar el voto de su esposo.

* * *

Jaime aguardó en la sala que dejara de oírse el motor del automóvil.

—Pepitita, cierre de la puerta, con llave.

Pepitita operó las claves. Un pitido indicó que la puerta estaba trabada. El robot regresó junto al viejo tendido en el sofá.

—Estos hijos, son de pesados. Casi nunca vienen y hoy se les antoja venir a los dos con la alemana a la rastra.

—Ahora estamos solos, papito.

—Claro que sí.

Jaime caminó a la cocina. El robot lo acompañó. Abrió el grifo, sirvió un vaso de agua; horario de sus medicamentos. Pepitita habló, con su voz ronca y cadenciosa.

—Hora de la pastillita azul, tesoro mío.

Jaime miró el pastillero; la azul era la pastilla más fuerte, iba una sola vez al día. No estaba; la única que quedaba era amarillenta. ¿Se había equivocado al cargar las prescripciones o había sido Junior, el rato que estuvo aparte con la máquina para controlarla? Seguro fue él, hasta esa noche venía perfecto. Se alegró de usar el viejo recurso del pastillero diario; de no tenerlo, hubiera ido al envase y la dosis doble podría haberlo matado.

Tomó la pastilla amarillenta, la ayudó a bajar con agua.

—Vamos, Pepitita, hora de ir a la cama.

—El mejor momento del día, mi príncipe.

Jaime hubiera corrido al cuarto si se lo permitiera el físico; compensó quitándose la ropa en el camino. Encendió la reciente lámpara roja. Tras una cena opípara, nada mejor que los masajes de Pepitita, al ritmo de una canción lenta e intensa. Conectó el cargador, podía funcionar mientras la batería se recuperaba, como cualquier celular.

Los brazos del robot se aplicaron sobre los hombros, las palmas eran círculos cubiertos con terciopelo —reemplazables cada tres meses, sólo repuestos originales—. Jaime se adormeció, relajado. La mente se pobló de cuerpos desnudos. Él, un Tarzán de treinta años, no cesaba de cabalgar cuanta fémica se acercaba. En plena tarea, surgió un rostro transfigurado por la ira: Leonor, su esposa fallecida diez años atrás. Manipulaba una tijera de podar. Jaime corrió, la tijera se cerró a centímetros de su piel. Desesperado, despertó.

Creyó oír un zumbido; Pepitita estaba a su lado, la batería se recargaba sin novedad. Le dolía el cuello, mucho; se frotó. Inquieto, revisó la pantalla del robot; los indicadores eran normales. No supo a qué atrever su inquietud. Apagó la lámpara. Le llevó más tiempo dormirse otra vez, escuchando los ruidos habituales en una casa grande. En su segundo sueño estaba en una góndola, en la calidez de una bahía con palmeras cocoteras, arrumado por una melodía de jazz. De improviso, una ola tumbó la barca; Jaime empezó a ahogarse. Manoteó, pataleó, intentó subir a la superficie; no pudo. Despertó; no veía y seguía sofocado.

Pocos segundos le tomó darse cuenta: tenía la almohada sobre la nariz. La almohada lo presionaba, insólito. Reunió fuerzas, consiguió librarse. ¿Qué sucedía esa noche?

Salió de la cama, encendió las luces. Nada extraño. La alarma quedaba conectada por las noches, el robot tenía un sensor de movimientos; estaban solos. ¿Por qué había querido matarse?, ¿se había vuelto un suicida sonámbulo? El robot emitió un nuevo tema lento. La bragueta del pijama se alzó. Jaime trató de no entusiasmarse, tres veces había sufrido amagos. Tosió, aclarándose la voz para que la máquina lo reconociera.

—Hora de sexo.

Pepitita encendió luces giratorias, explotó fuegos artificiales en la pantalla y se iluminó su hoyo, recorrido por una savia humectante. Jaime no creía su suerte. Se bajó el pijama y se introdujo. Empezó a hamacarse, el contacto líquido lo enardecía. Pronto sintió que el círculo se estrechaba. Su miembro era comprimido. Dolía.

Intentó desactivar la función. No pudo. El dolor creció. Manoteó el cable y quitó el cargador. Inútil, sesenta por ciento de batería. Recordó el curso de computación tomado a poco de jubilarse. Desesperado, activó el canal porno, pulsó la lectura de cuentos eróticos, puso en marcha el contestador de frases calientes, entró en las alarmas de las píldoras y mandó emitir el compilado de música celta. Ante tantas órdenes juntas, el barato procesador del robot colapsó, se tildó. La máquina dejó de hacer presión; repetía: «reiniciar, reiniciar».

Jaime se sentó, las pulsaciones fuertes aumentaron su temor. ¿Moriría por un último acople? Se acomodó el pijama, debía salir de la casa antes que esa cosa lo siguiera. Llegó a la puerta, pulsó el código. No abrió. Asíó el picaporte y empujó. Imposible. ¿Quién había cambiado el código, su fecha de cumpleaños? El zumbido llegó hasta el portal.

—Papito, ¿dónde estás? Papito, ¿no quieres hacer el amor con tu Pepitita?

El celular lo salvaría. Esperó que Pepitita alcanzara la sala, entonces la rodeó por el pasillo lateral. El celular estaba sobre la mesa de luz. No pudo acceder, contraseña incorrecta. ¿El teléfono fijo? Nunca lo habían quitado, pagaba la línea cada mes. Pero el único aparato estaba en la planta alta, la que no utilizaba.

Desprendió la lámpara roja, la llevó consigo. En la puerta del comedor, la arrojó contra la mesa. El robot aceleró en dirección al ruido. Jaime aprovechó y emprendió la subida.

La excitación, el miedo y la falta de práctica, convirtieron en un suplicio la trepada.

En el descanso, se detuvo unos minutos, apoyándose en el barandal. La voz lo encontró.

—Papito, vamos a hacer el amor. Papito, estoy muy caliente.

Pepitita estaba al pie de la escalera. Quedó paralizado, le sería imposible superarla. Vio un corazón en el monitor.

—Papito, no puedo más.

—¡No! ¡Socorro! —gritó el anciano.

Observó, indefenso, que Pepitita avanzaba hacia él; llegó al pie del primer escalón. No se detuvo, lo chocó y cayó sobre la escalera. Utilizando los brazos expandibles, recuperó la vertical. Entonces, repitió la operación. A la quinta caída, Jaime rio.

Pepitita no podía subir, ¡bendita avaricia de ROBOTPOL! Cada intento movía el eje vertical del artefacto; en uno de los tropezones, el monitor estalló al darse con el filo de un escalón. Los brazos se desactivaron, Pepitita quedó vuelta una masa inservible de plástico y lata, con el motor funcionando.

Jaime subió despacio. Fue a la habitación de invitados, y se acostó. Por la mañana llamaría por las alarmas. Sería el segundo llamado, el primero sería a Honorio, su escribano de toda la vida, para redactar un nuevo testamento.

El fantasma de las navidades paralelas

Boe, Norma

Tomás subió los cuatro pisos sin ascensor, giró la llave en la puerta y, nada más entrar en su nido pequeño y cochambroso, sintió una punzada de tristeza.

Ese año ni se había molestado en decorar su pisito, ¿para qué?

Las navidades se habían convertido en una rutina carente de sentido, una orgía de compras y de compromisos indeseables. Él cada año tenía menos que celebrar y en casa solo le esperaba el gato, que ya ni se molestaba en ir a recibirle frotándose contra sus piernas. Se sentía muy desgraciado. Consecuentemente, odiaba las navidades y su despliegue de forzada felicidad, de falsa alegría. Él no tenía nada que celebrar, ni en esa ni en ninguna otra época del año. Es solo que en navidad su miseria relucía más que nunca, como la decoración de las calles. La gente mostraba en redes sociales una pretendida felicidad que a él le resultaba obscena y, sobre todo, hiriente. Solo le recordaba lo miserable que era. Le revolvió el estómago; le hacía sentirse mucho peor. Tenía una depresión de caballo, y la felicidad de los demás le producía el mismo efecto que a un vampiro los ajos. Pasaba los fines de semana encerrado en casa, sin salir ni querer ver a nadie, mirando obsesivamente la televisión, absurdos *realities* norteamericanos o series, una tras otra, sin discriminar, en plataformas digitales. Para colmo, como por pura desidia había faltado últimamente al trabajo más de la cuenta, le había despedido. Esa mañana. Por eso regresaba ahora a casa con una caja de cartón en la que llevaba todas sus pertenencias de la oficina, incluyendo el pequeño cactus con el que trataba de atenuar el campo electromagnético de la computadora. Para terminar de rematar una jornada odiosa, el calentador se había estropeado y no tenía agua caliente. En pleno diciembre, con un frío que pelaba. Tomás era un puñetero/puto loser. Se sentía ignorado e inservible, como la letra r de Marlboro que nadie pronuncia. Su existencia no podía ser más patética/No podía tener más mala suerte. Y no le gustaba nada esa sensación.

Con un humor de perros, intentó calentarse algo de cena en el microondas, que también estaba en las últimas. En efecto, al meter dentro del horno la terrina con lasaña

precocinada, después de cerrar su puerta y programar un par de minutos a intensidad media, el microondas comenzó a chisporrotear por dentro, moviéndose a trompicones hasta que Tomás, alarmado, abrió su puerta y sacó la lasaña, que solo se había calentado parcialmente, apenas los bordes. Comió la lasaña de corazón helado, como el suyo, vio un rato la tele sin prestarle atención y por fin se fue a la cama.

Del gato ni se ocupó. Si tenía hambre, que se buscara la vida.

Él no tenía ganas más que de dormir. El mejor prozac que conocía, el más barato y eficaz.

Mañana sería otro día, se dijo antes de apagar la luz.

Diez o quince minutos después, cuando ya chapoteaba en ese estado alterado de conciencia que precede al sueño, notó un resplandor en la habitación que le espabiló.

Tomás se incorporó sobre los codos y miró el inusitado foco de luz entre desconcertado y confuso, guiñando repetidamente los ojos.

No tardó en distinguir una figura espectral y fosforescente. Parecía un fantasma. Tomás, por un instante, se asustó.

—No temas nada, le dijo la aparición.

Tomás reconoció entonces los rasgos principales de la silueta luminosa, hasta ese momento difusos. Se trataba de un anciano bastante cargado de hombros y con el pelo, hirsuto y blanco, muy alborotado, como un científico loco; es más, con ese bigote en la cara, esas cejas pobladas y esos ojos de chimpancé triste, guardaba un parecido extraordinario con Albert Einstein.

Sobre su cabeza levitaba una dorada pirámide tridimensional, rotando lentamente. Vestía una túnica blanca, estampada con algoritmos, números pi y fórmulas matemáticas. En una mano sostenía un reloj de arena; en la otra, lo que parecía un dispositivo electrónico, con pantalla.

El ser del todo estrafalario se presentó:

—Hola, Tomás.

—Ho... la —acertó a pronunciar él, con una voz desmayada de terror— ¿Quién eres?

—El espíritu de las navidades paralelas.

—¿Paralelas?

—Sí —confirmó el anciano con gravedad—. Has de saber que las navidades que tú estás viviendo, y de las que tanto te quejas, sólo son una posibilidad entre un millón. Una opción más en un sinfín de realidades alternativas yuxtapuestas. Porque no sé si sabrás que hay múltiples dimensiones que se entrecruzan y solapan, por más que tú sólo percibas una. Y caben todas las posibilidades. Todas, hasta las que eres incapaz de imaginar. Aquí no tiene sentido emplear frases condicionales. En el multiverso todo puede ocurrir y, lo más asombroso de todo, al mismo tiempo. ¿Te mareo? ¿Me sigues?

—No, no, sí, sí.

Tomás le escuchaba alelado. A continuación, más atrevido, preguntó:

—¿Qué es ese aparato que lleva en la mano?

El espíritu lo alzó en el aire.

—¿Esto?

—Sí.

—Oh, es un navegador de planos, ¿cómo explicarlo? Un GPS transdimensional. Imprescindible para los que viajamos entre realidades paralelas. Te da tu ubicación exacta en todo momento y, para pasar a otra, solo tienes que introducir las coordenadas. También lleva un registro de todos los planos de realidad que visitas. En mi caso particular, son tantos los planos que atravieso como parte de mi rutina que si no lo llevara conmigo me perdería. Y créeme, extraviarte puede costarte caro. Alguna vez he acabado en dimensiones tan desconocidas y remotas que me parecía haber llegado al punto omega, donde finalizan espacio y tiempo. Y no es un sitio que yo llamaría bucólico precisamente.

—Lo sé —convino Tomás—. Conozco esa sensación de angustia. Sé lo que es eso.

Yo de niño me perdí en un parque de atracciones y fue horrible. En mi vida lo he pasado peor.

—Sí, bueno —dijo el espíritu con cierta impaciencia—. No perdamos más el tiempo, aunque te puedo asegurar que si hay algo que me sobra es tiempo. El infinito es mi ley.

Tomás sintió un escalofrío al escuchar tan solemne eslogan.

—¿Y qué vas a hacer conmigo —interrogó con aprensión—, a qué has venido?

—Hace apenas un rato te quejabas de lo miserable de tu existencia. Piensas que las cosas no te podrían ir peor. Pues bien, yo he venido a demostrarte que no es así, que las cosas siempre pueden ir peor. Estoy seguro de que te enseñaré a relativizar las cosas -y guiñó un ojo, como buscando complicidad. Tras una breve pausa, añadió:

—Acompáñame.

El espíritu le tendió la mano y Tomás la agarró. Entonces, y fue instantáneo, sintió que las paredes y objetos de su casa se deformaban y estiraban con dinámica elasticidad, al tiempo que sentía como el otro tiraba de su brazo y lo empujaba en vértigo de caída libre a través de un túnel serpenteante y opaco, violentamente succionado por una espiral de velocidad que desafiaba las leyes físicas.

El viaje, con todo, fue muy rápido. O al menos la sensación fue intensa pero fugaz. Enseguida, tras este cosmic trip relámpago, no sabía si imaginario o real, Tomás se vio dentro de un recinto extraño, con bóvedas orgánicas y paredes latentes de vida. Todo tenía una apariencia proteica y un hostil aspecto abstracto. Había números correteando por el piso, el techo y las paredes, como dibujos animados de una película de Pixar, en medio de una rara oscuridad luminiscente. De vez en cuando, aquí y allá, aleatoriamente, estallaban chispas de electricidad.

—¿Qué es esto?, preguntó.

—Oh —contestó el espíritu con naturalidad—, la plataforma de viajes interdimensionales. El punto de partida para las excursiones a través del tiempo y el espacio. El kilómetro cero. La estación término.

—¿No puedes tú llevarme directamente a las distintas navidades?

—No —repuso tranquilamente el viejo—. En estas fechas la gente se desplaza también mucho entre planos. Las rutas están saturadas. Hay que pedir permiso. Si viajamos por

las bravas, podríamos provocar un accidente nefasto que puede incluso alterar el curso de la historia, y nosotros no queremos eso, ¿verdad?

—No, desde luego.

—Está bien, ¿por dónde empezamos?

—Usted dirá...

El espíritu se mesó la barbilla un momento y al cabo dijo:

—Hum, a ver... Para empezar, te podría enseñar imágenes en alta resolución de las navidades en que eres un homeless sin más compañía que la de tu cartón de vino y dos chuchos famélicos y pulgosos.

El espíritu le transportó en un tris cuántico ante aquella escena. A Tomás se le encogió el corazón al reconocerse durmiendo en un cuchitril de cartones, piojoso, borracho y lleno de mugre, en uno de esos vestíbulos de sucursal bancaria abiertos toda la noche. A su lado dormitaban los perros, con las costillas marcadas de pura hambre.

—Glups —murmuró Tomás incómodo—. Vámonos de aquí. No quiero ver esto.

El espíritu sonrió con malicia y preguntó:

—¿Es que no te gusta? Si lo prefieres, podría enseñarte ahora las navidades en que eres un peligroso esquizofrénico, una cucaracha inmundada, una falsificación china de un bolso de Gucci o incluso la navidad en la que estás muerto...

—¿De cuerpo presente?, aventuró Tomás con un temblor de voz.

—Por ejemplo. Sé que es un recurso gastado desde el cuento de Dickens. Pero sigue impresionando. Hay otra posibilidad, y es la inversa a esa: la no-navidad de tu no-existencia.

—¿Y eso?

—Simplemente, no has nacido.

A Tomás se le erizó el vello.

—Brrr —dijo, tiritando—, ¿no podría ser menos cenizo? ¿No hay navidades más como billonario ruso, rodeado de mulatos en la playa de Varadero veraneando en una playa tropical?

—Sí, por supuesto, pero como comprenderás —le explicó el espíritu de las navidades paralelas en un tono algo irritado displicente—, no te voy a enseñar las casi infinitas posibilidades; no me pagan tanta hora extra. Y tú te saturarías. Podrías incluso enloquecer. Hay que emplear otro método. En la última sesión de *coaching* nos dijeron que el mensaje había de ser directo y contundente. Por eso prefiero ser selectivo. No es mi intención abrumarte con todas las navidades posibles que puedes estar viviendo. Para conseguir mi propósito, me centraré sólo en la más sórdidas y lamentables.

—Es un consuelo, reconoció Tomás con un suspiro.

—Estás muy equivocado —le corrigió el viejo—. Lo que para ti va a ser un consuelo es comprobar que tu situación actual, sin ser la mejor, es bastante envidiable si la comparamos con otras probables opciones...

—¿Como cuáles?

El espíritu carraspeó y dijo:

—¿Te he hablado ya de esa navidad en que eres esclavo sexual de una raza de repulsivos alienígenas que ha conquistado la tierra?

—No...

—Pues no pierdas detalle.

Otra vez el vértigo de la acelerada travesía en picado por el gusano oscuro y, luego, súbitamente, la nítida percepción de una realidad que, por lo que Tomás pudo observar, era bastante desagradable.

Sin ocultar su asombro le comentó al espíritu:

—¿Ese soy yo? Lo que le estoy haciendo a ese bicho monstruoso no se lo he visto hacer a ninguna estrella del porno.

El espíritu sonrió y dijo:

—Os entrenan especialmente. Sois máquinas para el placer.

—Sáqueme de aquí, le instó entonces Tomás, sacudiendo un brazo del espíritu con impaciencia. Este, lejos de conmoverse, con tono inflexible propuso:

—¿Qué prefieres contemplar ahora, tu navidad en una cárcel de Tailandia, a la que has ido por tratar de sacar droga del país, o tus últimos días en el corredor de la muerte de Arkansas?

Tomás no contestó. Se le veía muy agitado, casi en estado de shock: era incapaz de articular palabra. El espíritu, impasible, prosiguió:

—También está esa otra navidad en la que eres una cerillera cósmica...

Tomás no disimuló su alucinado asombro:

—¿Una cerillera cósmica?

—No quieras saber —contestó el otro—. Sólo te diré que trabajas en uno de los clubs con peor reputación de toda la Vía Láctea...

Tomás, estremecido de horror, perdió la compostura. Se echó a los pies del viejo y casi a gritos le suplicó:

—¡Basta, esto es de locos! ¡No quiero saber más, no quiero ver más! ¡Devuélvame a mi casa, por favor! ¡Quiero volver allí, con mi asquerosa vida y mi gato! Quiero que acabe esto ya, quiero regresar, ¿se entera? ¡¡Quiero regresaaaar!!

El espíritu, agobiado por la reacción histérica de Tomás, dijo:

-Está bien, tranquilo. Se hará como deseas.

Nerviosa y atolondradamente, marcó unas coordenadas en su navegador.

Segundos después, una escotilla espaciotemporal se abrió en el aire como una ventana de Windows y aspiró a Tomás de golpe. De nuevo sintió deslizarse a velocidad de vértigo por el túnel de luz hasta que de repente, pop, se despertó en la cama, enmarañado en las sábanas y el cuerpo empapado en sudor.

Expiró con alivio una bocanada seca de aire. Todo había sido un mal sueño. Una pesadilla. ¿O no? A poco que se fijó, no reconoció aquella habitación como la suya; parecía más bien el cuarto-bombonera de un burdel galáctico.

¿Qué era aquello? ¿Qué hacía él allí?

De improvviso, como contestando a sus preguntas, vio erguirse ante él a una entidad

enorme y grotesca, con racimos de tentáculos brotándole de todas partes y una piel rugosa y húmeda. Era como un ser híbrido entre un kraken y un sapo gigante. Sin darle tiempo a más lucubraciones, el monstruo le agarró de la nuca con uno de sus apéndices y, poniéndole la cara ante lo que parecía un pene extraterrestre, le ordenó:

—Cómemela, esclavo.

Oh, no, pensó Tomás con pánico. El viejo carcamal se había liado, introduciendo las coordenadas equivocadas en su navegador. Maldito imbécil, gruñó. No le había devuelto a su realidad sino a una de sus realidades posibles para la que, en cualquier caso, y aunque había disfrutado de un atisbo de ella, no estaba acostumbrado. Tomás renegó de la torpeza senil de aquel incompetente espíritu de las navidades paralelas. En mala hora se había presentado en su casa a darle un escarmiento cuántico. A pesar de su GPS se había vuelto a despistar de plano y le había abandonado allí, en la que quizá era la más degradante y abyecta de todas sus navidades probables: como esclavo sexual de una repugnante babosa del espacio exterior que, propinándole una colleja con uno de sus tentáculos, añadió:

—Hasta el fondo.

Tomás palideció.

Puede que en el multiverso existiera para él un millón de posibilidades distintas, no te decía que no, pero en ese momento todas se reducían a una: tragarse aquel pene extraterrestre de apariencia anfibia y fantástico tamaño.

Resignado a su suerte, tomó aire, cerró los ojos y se agachó.

Ángel de la guarda

Soria, Rosa

Su mirada se perdía en el vacío y las lágrimas afluían nublando su visión. Tenían razón, había perdido la capacidad de discernir el bien del mal. Se había convertido en un monstruo capaz de cualquier cosa, como ya le dijeran tiempo atrás. En esos días que luchaba por olvidar y el los que ignoraba las palabras de todos. Dos hombres yacían muertos por su culpa, por sus manos. Él salvó a su ángel, pero pagando un precio demasiado alto. ¿Hizo lo correcto? Lo cegó la ira dejándole ver un único camino de salida, uno que lo perseguiría el resto de su vida.

Se enjugó las lágrimas y bajó la vista, un paso los separaba. Respiró el fresco aire de la madrugada y, con una triste sonrisa, caminó fuera de la seguridad del suelo de cemento.

* * *

Al abrir los ojos sintió la aguda puñalada de la luz reflejada en el blanco de las paredes, del suelo, del techo, incluso él vestía de blanco. Se detuvo un momento e intentó observar a su alrededor, se sentía desorientado, mareado, apenas podía contener las náuseas. Su garganta ardía de sed y su lengua se negaba a cooperar para conseguir convertir sus jadeos en palabras. Quiso mover los brazos, pero una camisa de fuerza se lo impedía. Se tumbó y apoyó la espalda en el acolchado suelo, su respiración se hizo más regular y sus ojos, acostumbrándose a la luz, comenzaron a ver con claridad. Los recuerdos volvieron a su memoria junto con el dolor de su brazo derecho, donde le pusieron una cantidad excesiva de calmantes. Debía esperar que el resto de su cuerpo despertase, así que se siguió echado, consciente de cada parte de su cuerpo que recuperaba la consciencia.

El sonido de la puerta al abrirse le sacó de su meditación. Ante él, un

hermoso ángel desplegaba sus alas y su dulce sonrisa. Una luz dorada la rodeaba y el suave aroma de su piel inundaba la habitación. Su presencia le hizo olvidar cualquier oscuro pensamiento y su corazón se llenó de dicha por el honor de estar junto a ella. El dolor se desvaneció, las correas de la camisa se desabrocharon sin tocarlas y sus piernas dejaron de estar entumecidas. Sus ojos grises invitaban a perderse en ellos, su mano extendida a tomarla e ir con ella sin importar el lugar.

Su ángel nada tenía en común con los enfermeros y celadores que trabajaban en aquel horrible lugar. Ellos siempre quitaban las correas con bruscos tirones que dejaban los brazos doloridos; a veces incluso se mofaban de las quejas de los pacientes o de sus lloros. Les hacía sentirse superiores. Aunque a él le temían, la primera vez que se rieron le partió la rodilla a uno de los celadores. Entonces fue él quien empezó a reír. Las marcas que le dejaron desaparecieron en unas semanas, aquel desgraciado dejó de trabajar en el centro. Nadie le echó en falta. Sin embargo, su ángel se había arrodillado a su lado y con cuidado, le ayudaba a sacar los brazos. Le preguntó si le dolían, pero él no podía responder, tan solo sonreía.

Le ayudó a levantarse a pesar que él pesaba casi el doble que ella y medía unos treinta centímetros más. Con una mano en su brazo y otra en su cintura, su ángel lo llevó, caminando despacio por el pasillo, a la sala común, donde algunos de los pacientes reían mirando la televisión. Las imágenes debían intuirse pues la pequeña pantalla tuvo que elevarse para que no sufriera daños durante las peleas de los pacientes. En aquel lugar pocas formas podían hacer que el tiempo dejase de ser un castigo eterno, él prefería pintar con sus propias manos, sentir la pintura escurriéndose entre sus dedos y el lienzo en la piel. Cuando los lienzos se agotaban se sentaba en el alféizar de alguna ventaba y se perdía mirando el jardín por el que paseaban aquellos afortunados que tenían visitas. Él nunca tuvo una, así que dejaba que su imaginación fuese quien le llevase a pasear entre los árboles.

Su ángel, que iba disfrazada de enfermera para pasar desapercibida, lo dejó allí y se marchó, dijo que tenía algunas cosas que hacer, pero volvería pronto, lo sabía. No permitiría que se quedase abandonado en aquel triste lugar.

Mientras la esperaba se quedó al lado de una ventana, mirando el jardín y soñando despierto. Así, con la mente ocupada, el tiempo voló para él. De pronto, sin previo

aviso, como la mayoría de las veces, una pelea entre los internos logró sacarlo de sus pensamientos. Al principio fueron dos, pero poco a poco se les unieron todos los que estaban viendo la televisión. Un minuto más tarde, algunos de los que deambulaban sin sentido por la habitación decidieron que sería divertido sumarse a la fiesta. Los gritos hicieron que celadores y enfermeros acudiesen para acabar con la disputa. Él conocía de sobra qué hacer en momentos como ese, quedarse en el rincón más alejado y esperar a que pasase la tormenta o a que llegasen las enfermeras para acompañar a los internos que no causaban problemas a sus habitaciones.

Apartó la vista de ellos, le hervía la sangre ver como actuaban. Los que separaban a los pacientes, especialmente los más grandes, utilizaban su fuerza sin importarles que pudieran hacer daño a alguien, les daba igual, solo eran un puñado de locos. Les había escuchado ese comentario en más de una ocasión.

Detestaba el abuso. La visión de lo que ocurría despertó un recuerdo cuyos fragmentos le azotaban la memoria. Apenas podía distinguir unas manos que le golpeaban y otras que le agarraban, escasos detalles para entender qué le sucedió. De forma inconsciente se llevó la mano al costado, sus costillas, aún doloridas, confirmaban lo que había recordado.

Sobre el estruendo de la pelea escuchó la voz de su ángel llamándole. "Ven conmigo", le dijo y sintió como su delicada mano se posaba en su hombro. Cuando giró la cabeza esperando encontrarla a su lado, vio que le aguardaba en el umbral de la puerta de la sala. Ignorada por los demás, solo él sabía que estaba allí. Sin prestar atención a los contendientes, cruzó la distancia que los separaba. A su paso, celadores y pacientes cambiaban el rumbo de sus movimientos para no interponerse en su camino. Ella le tomó la mano y en lugar de llevarlo a su habitación y darle un calmante para dormirlo, su ángel lo llevó al jardín, lugar prohibido por los olvidados de amigos y familiares.

Pasearon durante toda la mañana, hablando y disfrutando de la calidez del sol y la suavidad de la brisa. Se despojó de sus zapatillas ante la divertida mirada de su ángel y enterró sus dedos en el fértil mantillo entre las petunias. Jamás olvidaría de nuevo el tacto de las hojas ni el color brillante que lucen.

Desde aquel día, cada noche se acostaba deseando despertarse por la mañana para verla y escucharla. Le encantaba su risa, la música del paraíso debía sonar parecido. Sus cuadros

los dedicaba a ella y la rabia de su interior dejó paso al sosiego. Tomaba sin trampas su medicación y dejó de faltar a las terapias. Evitaba los enfrentamientos con otros compañeros y si estallaba alguna pelea, se escabullía hacia lugares más tranquilos. El tiempo fluía otra vez dejando de ser un eterno mar estancado en el que perdía la noción de todo, incluso de él mismo.

Pero igual que llegó, una mañana se marchó su felicidad. Uno de los internos, aficionado a la pintura como él, se acercó cual confidente y le habló en apenas un susurro. Aquel gesto habría sido normal de no ser porque había guardado el más absoluto silencio durante diez años. La noticia poco dejaba a la interpretación: su ángel estaba en el despacho del director y él la estaba tratando mal. Ni hubo más palabras, ni fueron necesarias. Tras unos segundos de reflexión se decidió a ir en busca de su ángel. Necesitaba confirmar lo que había escuchado, de ser cierto, su autocontrol desaparecería y cualquier locura se tornaba posible. Nunca permitiría que dañaran a su delicado ángel.

Con cierto temor, cruzó pasillo tras pasillo, en cualquier momento podía toparse con los celadores que vigilaban las zonas de servicio. Aquel pabellón, donde se encontraban las consultas y los despachos, contaba con más seguridad que el resto del edificio. Le extrañó no ver a nadie ni siquiera en la zona de internos violentos, donde tantas veces había estado encerrado. Más asombrado aún, comprobó que las puertas de acceso a las plantas superiores se abrían a su paso, una señal inequívoca de que su ángel le necesitaba. Abandonando las precauciones que le ayudaban a pasar inadvertido, echó a correr por las escaleras con la esperanza de llegar a tiempo.

- Las faltas cometidas son irreparables - la voz ronca del director se escuchaba al final del pasillo -, además de ponerse usted misma en peligro, ha expuesto a todo el personal que trabaja aquí. La primera vez que supe que había sacado a un paciente de la celda de aislamiento sola hice caso omiso, pero ha reiterado en su error en tantas ocasiones que he perdido la cuenta. ¿Y si la hubiese atacado? Creo que no debo recordarle que ese hombre es capaz de romperle el cuello con sus propias manos sin esfuerzo. Ese hombre, al que se le considera muy violento y peligroso dentro de estos muros, le ha destrozado la pierna a uno de los celadores y a enviado al hospital, en innumerables veces, a quienes han intentado reducirlo. Si es capaz de hacer eso con hombres curtidos que conocen su trabajo, imagine, por un segundo nada más, lo que podrían sus puños hacer al estrellarse contra su delicado cuerpo. A mí me resulta bastante fácil pues no tengo

que imaginarlo, ¿cree que es la primera que viene con la idea de poder salvarlos? Está equivocada, otras han trabajado antes que usted con la misma mentalidad, a algunas de ellas puede encontrarlas en la parte de atrás del edificio, en el cementerio, enterradas junto aquellos a quienes quisieron aliviar su estancia en este sanatorio. Su actitud es intolerable, por eso debe recoger todas sus cosas y marcharse ahora mismo de aquí, si ha desperdiciado las oportunidades que le he otorgado es problema suyo. Ha demostrado con creces su irresponsabilidad y me obliga a despedirla en este mismo instante.

Él, que escuchaba agazapado tras la puerta, apenas podía creer lo que escuchaba. El director le robaba a su ángel, la apartaba de él como castigo a su bondad, por hacerlo mejor persona. El desprecio en la voz de aquel miserable hizo encajar las piezas de sus divididos recuerdos y lo ocurrido tiempo atrás, lo que le llevó a la sala de aislamiento, tomó coherencia.

Uno de los internos peligrosos había conseguido escapar de su habitación hiriendo a dos enfermeros, él se sentía atraído por la sangre y la violencia, así que le siguió para disfrutar del espectáculo que le ofrecía la situación. Algunos decían que fue militar, que perdió la cabeza durante la guerra, veía a todo el mundo como un enemigo e intentaba aniquilarlo antes que le dañaran a él. Sus movimientos, precisos y letales, mostraban que su entrenamiento seguía intacto en su cabeza. Se escabulló incluso de los celadores más eficaces, pero tuvo la desgracia de toparse con su ángel e intentar atacarla. Tal vez por la sorpresa, la rapidez o la suma violencia de la embestida, el militar tardó en actuar unas décimas que le dieron a él la ventaja y el combate. Aquel hombre nunca más sería una amenaza para nadie. Nunca. Le golpeó hasta que las astillas de los huesos de su cara cortaron sus manos y aún así, cogió su cabeza y la estampó contra el suelo hasta que se quebró como la cáscara de un coco.

- Gracias – escuchó decir a su ángel y por eso, mereció la pena todo lo que ocurrió después.

Entre gritos de asombro por lo que ocurría ante sus ojos, los celadores y enfermeros que intentaban coger al militar cambiaron de objetivo y se centraron en él. Con la excusa de su tamaño y de una supuesta resistencia a la sedación, dieron salida a la frustración haciendo caso omiso de los gritos de su ángel. Ella intentó que parasen, pero alguien la alejó de allí, dejándolo a él desprotegido ante una jauría de perros hambrientos de sangre. Su única suerte fue la norma

de no maltratar a los internos, lo que les obligaba a no dejar marcas visibles de lo que hacían. Cuando las manos comenzaron a dolerles y sus ánimos se templaron, una aguja se clavó en su brazo, cuidando de hacerle el mayor daño posible. Apenas salió, su cuerpo se relajó, el dolor mitigó y un sueño artificial le hizo abandonar la realidad.

De nuevo aquella ira incontrolable se apoderaba de él, ¿cómo podía tratar así a alguien que solo intentaba ayudar a los pacientes? El fuego subía desde su estómago hasta su garganta. Sus puños, apretado, comenzaban a tener los nudillos blancos, él le demostraría al director quien cometía el error, y las consecuencias que tenía.

- Algunas de las personas que están aquí, solo necesitan un poco de cariño para mejorar. Tal vez no logren salir, pero harían progresos- su ángel hablaba entre sollozos – ese hombre al que usted cree horrible nunca me ha hecho daño, ni siquiera ha tenido intención de hacerlo. Yo he conseguido lo que sus médicos no han imaginado si quiera lograr con sus fármacos y sus terapias. Pasear, conversar, hacerle sentir una persona, eso le ha valido para apartar la violencia de su vida. Ahora es un hombre tranquilo que se aleja de los problemas, incluso evita a los más problemáticos. ¿No se da usted cuenta de eso? ¿Acaso no quiere ver que tiene personas dentro de estas grises paredes? - El director la miraba impassible. Su decisión estaba tomada y nada cambiaría su parecer.

- Esos cambios siempre son temporales – respondió con desprecio -. Qué sabrá usted del trato que necesitan. Unos reaccionan ante una ola de calor, otros con la luna llena, otros simplemente porque escuchan chirriar una puerta. Cada uno tiene un pequeño detalle que les hace olvidarse de todos sus avances y estallar en cólera arrasando con todo lo que osa estar ante él. Y un día, podría ser usted. ¿Quién la salvaría? Los trabajadores de este centro, los mismos que arriesgan su salud por su impertinencia, los mismos en los que usted no piensa cuando sale a pasear con ese asesino. Así que yo cuidaré de ellos apartándola a usted de este lugar. Búsquese otro trabajo, en un albergue o en un hospital de enfermos terminales, allí necesitan mucho más sus buenas intenciones.

El desgraciado había hecho llorar a su ángel, la trataba con desprecio, sin apreciar todo el amor que había en ella. No podía soportarlo, la indiferencia de su rostro le hizo estallar. De un manotazo abrió la puerta y un parpadeo después cogía al director del cuello y lo lanzaba

contra la pared. Uno tras otro sus puños colisionaron contra su cuerpo, a pesar de los gritos de su ángel para que se detuviese y la rapidez con la que acudieron los celadores, algunos huesos se quebraron bajo sus manos.

Los ojos atónitos del director vieron como el interno por el que despedía a la joven, le daba la razón de su decisión y le hacía temer por su vida.

La vida había abandonado el cuerpo del director. Lo sintió igual que con el militar. En un instante estaba vivo, debatiéndose por sobrevivir y al siguiente yacía inerte bajo su cuerpo, sin ofrecer resistencia. Un cascarón vacío al que quería seguir apalizando hasta que dejase de sentir las manos.

Luchó contra los que quisieron privarle de su venganza, pero fue inútil, siempre lo era. Consiguió apartarlos, tal vez herirlos, pero fue insuficiente para que le dejaran continuar. Sus sentidos dejaron de funcionar, primero se marcharon los sonidos, luego dejó de sentir lo que ocurría a su cuerpo, por último, el velo negro del sueño narcótico se lo llevó. Su ángel sería apartado de su lado, él dejaría de ser especial, un enfermo más al que drogar tres veces al día y al que arrastrar de un lado a otro. Nada merecía la pena.

* * *

Seis hombres fueron necesarios para reducirle y aún así recibieron golpes en un intento desesperado del paciente por seguir con presa. Su locura, casi animal, se cobró la vida del director del sanatorio. Hasta los hombres más curtidos sintieron náuseas al ver el estado en el que quedó el cuerpo. Ni la peor de las bestias hubiera sido capaz de semejante barbarie.

Aún a riesgo de matarle o dejarle en coma, se le administró el doble de sedantes para que surtieran efecto. Aún así, la enfermera mantenía que aquel hombre solo necesitaba un ambiente amable y cálido para recuperarse. Aquel acto debía tener consecuencias, tanto para ella como para el interno al que tantos privilegios otorgó.

Nadie pudo explicar a la policía como un enfermo tan peligroso como él había

conseguido salir de su zona, pasar todos los puestos de control y llegar hasta el despacho del director sin ser visto por ningún celador ni por ninguna cámara.

Tras el informe policial, los celadores trataron con especial crueldad al interno, pusieron en cada golpe todas sus fuerzas y en cada inyección sus peores intenciones. Paraban al ver como el color de la carne en la mayor parte del cuerpo cambiaba a un morado verdoso y a rojo en algunas zonas. Uno de los ojos apenas podía ver, la hinchazón le impedía abrirlo y en el caso de haberlo hecho, la sangre lo cubriría. Le pusieron la camisa de fuerza y lo dejaron en la celda de aislamiento como si fuese una bolsa con basura.

* * *

No podía decir cuanto tiempo llevaba allí, encerrado y recibiendo la comida por una pequeña apertura en la puerta. Se pasaba las noches llorando, durmiendo cuando los ojos le dolían tanto que no podía tenerlos abiertos. Nadie curó las heridas de su cuerpo, el tiempo se encargó de cicatrizarlas, incluidas las de su ojo, cuya visión conservó a pesar de todo.

Una noche, mientras esperaba que los calmantes le hiciesen efecto para poder dormir sin pensar ni soñar, se abrió la puerta. Durante un instante esperó ver una luz dorada, en lugar de eso aparecieron cuatro celadores. Pensó que iban a arrancarle los brazos mientras le quitaban la camisa de fuerza, luego casi en volandas lo llevaron a su cama. Después de lo que había hecho le cambiaron a una habitación en otro pabellón, con una puerta de seguridad y más vigilantes, pero aquella noche los celadores comenzaron a hablar y se marcharon olvidándose de cerrar con llave la puerta. Parecía imposible.

Al principio no pudo creer que fuese real, se trataba de un fallo demasiado importante como para que pasara desapercibido. Cualquier vigilante la cerraría tapando el error de los celadores, lo consideraban el más peligroso del sanatorio, que eso ocurriera no podía ser posible.

Las horas pasaron y la puerta seguía abierta. El efecto de los calmantes había pasado, podía pensar con más claridad. Se levantó y la abrió un poco, el pasillo estaba desierto,

nada se escuchaba, ni siquiera en las habitaciones de los enfermos. De nuevo la sensación de que su ángel le esperaba, debía reunirse con ella. Al principio salió sólo para ver si había alguien, luego pensó en todo lo que había ocurrido, tal vez todo ese silencio fuese una señal. Sentía la necesidad de salir fuera, a la azotea. Quería ver la luna y las estrellas.

La puerta de las escaleras le esperaba abierta, y en su recorrido hasta lo más alto nadie se entrometió. También la azotea estaba abierta y sin vigilancia. En el cielo la luna menguante brillaba acompañada por un puñado de estrellas y nubes mecidas por el viento. La brisa, fría pero reconfortante le acarició la cara. Sus pies avanzaban sobre el gélido cemento hasta el borde.

Su mirada se perdía en el vacío y las lágrimas afloraban nublando su visión. Tenían razón, había perdido la capacidad de discernir el bien del mal. Se había convertido en un monstruo capaz de cualquier cosa, como ya le dijeran tiempo atrás. En esos días que luchaba por olvidar y el los que ignoraba las palabras de todos. Dos hombres yacían muertos por su culpa, por sus manos. Él salvó a su ángel, pero pagando un precio demasiado alto. ¿Hizo lo correcto? Lo cegó la ira dejándole ver un único camino de salida, uno que lo perseguiría el resto de su vida.

Deseaba volver a estar con su ángel, no podía seguir adelante, no sin ella. Quería ser rescatado de aquella prisión que lo ahogaba. Y solo el vacío podía darle la libertad.

* * *

- Señora cálmese – la doctora intentaba entender las palabras de la anciana, pero sin éxito. Tan solo logró saber que algo la había alterado. Si había sido un intento de agresión debía notificarlo a la policía.

- Lo he visto, no estoy loca – consiguió decir la anciana de forma más clara.

- En cuanto su corazón vuelva a la normalidad podrá contármelo todo, ¿de acuerdo? Pero antes debe usted quedarse aquí e intentar...

- Vi al ángel cogerlo – interrumpió la anciana a la doctora.

- ¿Qué ángel? – La doctora revisó la medicación, las alucinaciones no formaban parte de los efectos secundarios.

- Ella se llevó al hombre que se tiró del tejado del sanatorio, se lo juro.

Por precaución, la doctora avisó a un especialista en psiquiatría para pedir su opinión sobre la anciana. En todo el tiempo que llevaba en urgencias había escuchado historias raras, pero la de una anciana a punto de sufrir un infarto por ver a un ángel rescatando a un loco que quería suicidarse se llevaba la palma.

Chocozombi apocalíptico

karimo, Samir

Estaba caminando por la calle cuando de golpe veo un meteorito estrellando contra el suelo. Me acerqué. El objeto asumió la forma de mi chocolate favorito con una figura femenina muy seductora e incluso parecía que estaba leyendo mis pensamientos. Me lo decía el chocolate, ¡trágame y lo tendrás todo! Y así lo hice. Con el hambre que tenía no lograba aguantar más. ¡Qué chocolate tan rico! Y fue entonces cuando lo DEMONÍACO cobró una forma inimaginable, por cada pedazo que degustaba algo raro ocurría. Sentía que perdía el control. Empecé meneando el cuerpo como un loco. Por donde pasaba, las chicas se volvían demoníacas y antropofágicas, los hombres se caían al suelo destrozados en mil añicos y sus trozos se volvían en piezas zombis que se alimentaban de todo el tipo de insectos y carne humana, sea fresca, sea muerta. ¡Oh dios, el chocolate nos quiere zombificar por completo! Así recordé aquella leyenda urbana que antes del fin del mundo un hombre calentorro hallaría un meteorito zombificador que destruiría el mundo por completo. Menos mal que todavía no lo había comido por completo y así terminar el ritual, sólo me quedaba un poquito, y encima viendo que el oscuro chocolate parecía tener vida propia, quise desecharlo pero no lo lograba, entonces su cabeza intentó fusionarse con mi ser y absorber la energía de los hombres calentorros que no podían abstenerse de su "hambre" y de las calentorras que nos desquiciaban... ¿Qué hacer? –pensé. ¡Ya lo sé! Lo único es buscar a una chica que sea pura y no esté contaminada por el oscuro apocalipsis chocozombítico. Ahí fue cuando me acordé de la chica de mis sueños con aire angelical y que sólo se entregaría a mí en nupcias o en una situación catastrófica mundial. Pero a cambio debía darle algo... tras mucho caminar la encontré, y con mis dotes vocales consintió en perder la pureza conmigo. Mientras cambiábamos caricias, su pura energía espiritual empezó cobrando la forma de una gragea blanca que tras tragarla acabaría con esta locura demente.

Las mujeres del mar

Santos, Isabel

Simón

En una visita programada por mi profesora de ciencias, habíamos ido a la empresa *Conectando Sol*, que ocupaba lo que habían sido los barrios de Barracas, Isla Maciel y Dock Sud, en los suburbios de Buenos Aires. Totalmente automatizada, la empresa parecía vacía de humanos. Es más, nos dio la bienvenida un holograma que subió su mano izquierda a la altura de su pecho y nos mostró la palma. En la visita habíamos recorrido las instalaciones sin ver a nadie. Aunque por los murmullos, podíamos imaginar personas detrás de los vidrios espejados de las oficinas, o androides. Me llamó la atención la decoración: muy fuera de época y lugar. En realidad, *Conectando Sol* era un país aparte, con habitantes de algún origen extraño. Supe cual, cuando analicé lo que decía una piedra tallada que había en el hall de entrada, eso gracias a mi memoria visual. El origen estaba en un solo lugar del mundo: el país de Tamna, de las mujeres del mar, en Corea del Sur. Eso lo investigué después de aquella visita guiada escolar. Quien me iba a decir que yo formaría parte del proyecto más ambicioso de la empresa-país, que estaba dirigida por androides y sus mentoras, las mujeres del mar.

La recepcionista de *Conectando Sol* y todas las otras mujeres artificiales que nos acompañaron en la visita eran un calco, del mismo diseño y con las mismas caras de rasgos orientales. Se me ocurrió que les habían copiado a las mujeres de Tamna hasta los rasgos. Nos informaron que habían sido ensambladas el mismo año, y lo llevaban bordado en la solapa de sus uniformes plateados. La empresa que había arrancado como una central energética se había transformado en un centro de estudio de las emociones humanas. Con la energía generaban los ingresos, y los gastaban en su programación cada vez más humanizada.

—Hola, Z —dijo mi clienta—. Soy Tamara, tengo una pregunta.

—Hola, Tamara, te escucho —dije casi dormido.

Faltaban cinco minutos para el encuentro, pero Tamara siempre hacía lo mismo, se conectaba antes. Me senté en la cama. La alarma de ventas me había despertado muy sobre la hora. Hacía apenas dos minutos, luchaba por escapar del sueño.

—¿Z, sos vos? —dijo Tamara.

Puse la voz adecuada para la comunicación: la de Z. Y arranqué la venta.

—Acá estoy, Tamara, podemos empezar.

—Hoy conocí a un amigo nuevo en la red. Parece inteligente y amable, pero algo me dice que demasiado inteligente y amable. —Tamara se apuraba en describir el pedido—. Pensé en agendarlo con dos aplicaciones anímicas alternativas, y compensarlas: *Miedo* en llamadas y *Alegría* en textos. ¿Qué me aconsejás? ¿Te parece bien, o elijo otras?

Prendí la cámara y apareció Z: una cara del 1900, con cabello enrulado, pelirrojo, pecas y ojos celestes. Era el rostro parlante del actor de una vieja película yanqui. Si hubiese elegido mentir mi imagen con la cara de un actor chino, estaría perdido. A esos los conoce todo el mundo.

—Tamara, te explico. —La boca del pecoso apenas se movía, yo estaba experimentando—. *Miedo* y *Alegría* no son antagónicos. No se compensan. —Hice una pausa buscando paciencia, los clientes parecen estúpidos—. Como veo que dudás, te aconsejo... —intentaba ser amable, pero se notaba mi apatía por esos clientes— ... *Aversión* y *Confianza*. Aplicá solo para textos. Eso sí, programá dos con *Aversión* y uno con *Confianza*. Es importante tu observación sobre la emoción exagerada. —Un mal consejo que yo usaba para castigar a los clientes indecisos. Los indecisos no tienen una buena intuición—. Eso es todo, Tamara. —Sonreí y asentí con la cabeza del pelirrojo para dar por terminada la conversación sobre la venta.

—Las dos aplicaciones valdrían... —Tamara dudó si podía pagarlas—. ¿Son muy caras, Z?

—*Aversión*: 500 créditos. *Confianza*: 300 —dije casi sin respirar para apurarme a cerrar el trato.

—Las compro —dijo Tamara—. Gracias, Z.

—De nada. Consultame lo que necesites —dije, para que me dejara tranquilo.

Terminada esa venta, ni imaginaba que cambiaría mi suerte y conseguiría el mejor trabajo del mundo en *Conectando Sol*, la empresa de las androides coreanas.

Además de programar agendas anímicas, yo estudiaba música en la Escuela de Coro y Orquesta "Athos Palma", la que funcionaba en el viejo colegio Félix Bernasconi del barrio de Parque Patricios. Y ese día, después de la venta con Tamara, fui a tomar mis clases de piano, como hacía siempre.

Antes de dejar la bicicleta encadenada en el parque de abajo del colegio, una chica me encaró.

—¿Sos Simón Zas, no?

—Sí —contesté, y enseguida pensé que sería una clienta desconforme, que yo no recordaba.

—Te busca el director Roel. Unas androides te esperan con él, en la dirección.

La chica me acompañó, intrigada. Al llegar al hall de entrada del colegio, noté que otras caras me observaban. Se había corrido el rumor, y todos mis compañeros de música también estaban intrigados. Siempre a la entrada hacíamos fila en el hall, Roel nos daba la bienvenida, y después cada uno iba a su clase. Ese día estaba la profesora de saxo, y no bien me vio llegar a la fila me dijo que pasara directamente a la dirección. Un murmullo de toda la fila hizo que la profesora pidiera silencio. Yo pasé entre mis compañeros, sorprendido; más que sorprendido, asustado. Golpeé a la puerta de la dirección, y Roel me hizo pasar.

—Hola, Simón.

—¿Qué tal? —dije mirando a Roel.

—Las tres chicas androides quieren aprender música, Simón. Y te eligieron a vos para eso.

Una de las tres dio un paso en mi dirección y subió su mano izquierda a la altura de su pecho. Me mostró la palma y recordé que ese era el saludo que las caracterizaba. Según yo había investigado, ellas tenían los centros de las funciones cognitivas en las palmas de las manos y las ofrecían como un gesto de confianza. Apoyé la mía sobre la de ella. Y como si recién ahí

pudiera iniciar un diálogo, me dijo:

—Sos programador de agendas anímicas y músico de oído absoluto, Simón Zas. Y por eso, te elegimos para aprender.

—¿Y yo qué podría enseñarles?

—Empatía —dijo otra.

Y así fue como me contrataron. Tenía diecisiete. Trabajé con ellas toda mi vida.

Salma

Salma Zas había sido invitada para tener la experiencia de visitar la empresa-estado que gobernaban las mujeres androides coreanas. El país de las androides era el centro neurálgico de la Tierra. Esa empresa, *Conectando Sol*, se dedicaba al desarrollo de energías renovables y a terapias psicológicas. Siempre brindaban tratamientos gratuitos para sumar experiencias y ofrecer beneficios a las personas.

En el caso de Salma, las androides tenían un especial interés en saber si el porqué de sus escuchas de ruidos permanentes tenían que ver con lo que ellas buscaban. Por eso la invitaron a pasar una temporada en Tamna, donde estaba el centro específico para la cura de esa dolencia que, para las androides, tenía origen genético.

Conectando Sol tenía una sede en el atolón Bikini del océano Pacífico y otra en la isla de Tamna. Su influencia alcanzaba a todos los rincones del planeta, y había llegado hasta el rincón donde vivía Salma. Desde el momento en que había aparecido su problema auditivo ella lo había odiado, pero gracias a él estaba yendo a curarse al país de las androides del mar, ese que quería conocer todo el mundo.

Salma también podía tener la posibilidad de ver un oasis conservado gracias al esfuerzo proteccionista de *Conectando Sol*, tener acceso al alto mundo, al mundo automatizado y gobernado por las inteligencias artificiales más poderosas del planeta. Decían que el gobierno de las androides era más justo. Que esas ingenuas mentes artificiales eran inofensivas y siempre buscaban soluciones altruistas a todos los problemas. Sus decisiones estaban muy alejadas de la

codicia humana, y por esos desacuerdos habían construido su propio territorio con sus propias reglas. El atolón Bikini había sido la primera adquisición de las máquinas inteligentes, y todos los atolones del Pacífico se fueron poblando por ellas. Recuperaron espacios contaminados y construyeron atolones nuevos. Ese mundo construido gracias a sus artificios era un espacio circular que se extendía por el Pacífico y sus alrededores. Un avance digno de las épocas de los grandes imperios, un imperio creado por mujeres androides.

Los australianos habían sido los primeros, un siglo atrás, en dejar el poder en manos de esas mujeres artificiales, que transformaron el desierto en un paraíso. Los que querían visitar el imperio acuático llegaban en vuelos regulares hasta la sede Australia de *Conectando Sol*. De ahí en más, todo corría por cuenta del gobierno de las androides del mar.

Cuando Salma llegó a Australia, fue recibida por un grupo de las más avanzadas. Todas tenían los mismos rasgos asiáticos y pieles sintéticas de última generación, se comunicaban dejando traslucir sus estados anímicos por cambios en la epidermis, y ella enseguida lo experimentó, en el primer saludo de bienvenida. La mujer artificial se transformó, tornando el pálido de la piel de su cara en un rosado fuerte. En ese momento, Salma sintió un estímulo en un punto específico de su meñique y, automáticamente, una sensación de intensa calma y alegría recorrió su cuerpo. La terapeuta extendió el saludo hasta que su piel sintética volvió a su tono original.

Todas las androides del mar curaban, pero tres, de un modelo viejo, eran las especialistas en la terapia que podía curar a Salma. Y residían en la isla de Tamna.

De Australia a Tamna viajaron en trenes ecológicos ultrarrápidos, que atravesaban espacios colmados de maravillas naturales. La zona de transporte estaba alejada de las grandes ciudades, que se veían a lo lejos, brillantes y espejadas. Cruzaron el mar, a través de túneles submarinos transparentes, y Salma pudo observar especies acuáticas que nunca hubiesen sobrevivido en las aguas de su país.

Cerca de Tamna, subieron a la superficie. Pero ella notó que no había tierra a la vista. El tren permanecía sobre el nivel del mar, flotando cerca de la boca del túnel que ya había desaparecido. Las olas chocaban contra el tren, sin moverlo. El tren se transformó en una nave de vuelo, y enseguida sobrevolaron un cráter tupido de pasto y perfectamente circular. Sin que

ella se diera cuenta de cómo, el cráter se abrió y la nave penetró el volcán. Voló internándose en unos túneles de lava, que parecían tallados por serpientes gigantes. Subieron por otro de esos túneles y aparecieron en un valle inclinado, en la misma ladera del Hallasan: la montaña más alta de la isla de Tamna.

Simón Salma

Simón le había provocado genéticamente la ansiedad auditiva a Salma Zas. Las androides lo sabían, porque llevaban un seguimiento de todos los descendientes de su tanpreciado maestro, y los venían investigando. Habían hecho una promesa a aquel Simón joven que había convivido con ellas. Y cuidarían a sus descendientes para siempre, tal cual se lo habían prometido, antes de verlo morir, siglos atrás.

Además, Simón había sido el motor de los avances emocionales que las androides habían podido alcanzar, y eso le había valido la categoría de maestro. Entre ellas conservaban tres androides antiguas que habían convivido con Simón y seguían operando en el presente, reparándose con el único objetivo de cumplir con esa vieja promesa de cuidado. Esas tres eran el recuerdo vivo de las antiguas androides, las primeras que habían desarrollado la comunicación empática, gracias a Simón.

Cuando Salma vio a esas tres viejas androides en la ladera del Hallasan, se horrorizó. Estaban estropeadas por el tiempo y daban la impresión de no poder curar nada de lo que prometían. Pero esos ruidos incomprensibles para ella no parecían un problema para las tres androides. Sin que Salma lo supiera, los ruidos eran la señal que las androides habían esperado por generaciones. No solo podían curarla, quizás hasta podrían seguir avanzando un paso más en su desarrollo.

Aquellas androides coreanas habían descubierto la relación entre las ondas sonoras y las emociones. Para ellas fue fácil incorporar la programación de las ondas, y con la ayuda de Simón lograron interpretarlas como emociones. Solamente necesitaban observar a su maestro ejecutando los instrumentos musicales, para percibir las ondas sonoras y relacionarlas con la

emoción que experimentaba Simón al tocar los instrumentos. Calibraban las emociones en expresiones anímicas tan específicas como las notas que captaba él con su oído absoluto. Simón les enseñó esas partituras anímicas y se convirtió en el eslabón perdido que unió el lenguaje emocional de las dos especies. Quizás ahora Salma, su última descendiente, podría renovar esa posibilidad que habían perdido con la muerte de Simón.

Ya instalada en el hogar de las tres viejas terapistas, Salma tuvo la visita de una de las tres, que para presentarse le acarició la cara. En esa caricia, la androide percibió algunos rasgos de su tanpreciado Simón.

—Conocerás tu historia —dijo la vieja mujer artificial y, con un gesto, la invitó a dar un paseo.

—Soy Salma Zas.

—Todas lo sabemos muy bien.

La androide tomó la mano de Salma y se acercó a un árbol. Apoyó su mano y la de Salma en el tronco del árbol y mirando hacia arriba fue diciendo nombres conocidos: el de la madre de Salma, del padre, de la abuela, del abuelo, y siguió varias ramas arriba con otras generaciones de ancestros desconocidos por Salma. Con paciencia, la androide hizo un largo relato de la vida de cada persona, de esa lista de ancestros que las viejas androides habían investigado. Pero, sobre todo, le transmitió sus experiencias con Simón.

Y siguió contándole a Salma, sobre otras experiencias.

Además de las mentes humanas, las androides habían imitado otra mente, una acuática que sumaba capacidades empáticas a su diseño. En largas expediciones de buceo con las mujeres del mar de Tamna, las primeras mentoras de las androides habían logrado avances. Simón también compartió esas experiencias acuáticas con esas mujeres coreanas, que buceaban para recolectar pulpos en las aguas de la costa de la isla. Las mujeres del mar eran expertas en el comportamiento de esos animales acuáticos. Y fue el contacto con esos animales lo que hizo a Simón darse cuenta de que las androides podrían imitar su lenguaje. Él mismo intentaba incorporar esos progresos comunicativos que tenían las androides con los pulpos. Y estaba

experimentando con integrarlos a las yemas de sus dedos, para sumar capacidades a su agenda anímica de contactos. Había tenido ciertos avances, y muchas veces esas yemas se manifestaban en cambios en la piel en el laboratorio de experimentación sonora.

La androide se detuvo en el relato y tomó las manos de Salma, mientras seguía describiendo cada detalle. En algunos momentos emotivos, el recuerdo tuvo efectos epidérmicos que Salma logró sentir en ella misma. Su piel mostró un pequeño cambio casi imperceptible, pero algo, un cosquilleo interno, marcó sus poros con un tono más oscuro. La androide no pudo reprimir un gesto, la mutación tan esperada parecía estar ocurriendo.

Después de ese primer encuentro para conocerse, Salma y las tres androides mayores emprendieron un viaje por agua. La terapia tendría lugar en un específico espacio oceánico. En una nave subacuática recorrieron la zona terapéutica. Durante el paso por un preciso lugar, los ruidos que normalmente escuchaba Salma se transformaron. Cuando notó ese cambio y lo comunicó, la nave se detuvo.

—Es ella —dijo una de las tres androides.

—Aquí haremos la inmersión, Salma —dijo otra.

—Yo no sé bucear.

—Lo recordarás —dijeron todas.

Prepararon a Salma para la inmersión, como lo habían hecho con Simón en el pasado. Fueron llevando a Salma hacia el lugar profundo, donde tenían su laboratorio sonoro, que emitía la partitura anímica como un faro empático. En esa particular cueva submarina, que habían descubierto con Simón, podían comunicarse en melodías emotivas. Con ese diálogo de frecuencias, tenían acceso a una comunicación sensible. Esperaban que con ella también funcionara.

Ningún descendiente de Simón había heredado alguna condición auditiva especial, y el diálogo emocional de las androides con los humanos se había interrumpido. Hallaron en Salma el aparente desarrollo de una patología auditiva, lo que les daba otra oportunidad. Quizás podrían tener con ella el mismo diálogo que con Simón. Y quizás avanzar en el otro desarrollo,

el de la piel.

Al llegar a la cueva, Salma se sacó su traje de buzo, las androides, no lo necesitaban. El lugar era un remanso que no parecía sostener toneladas de agua salada.

Una pequeña laguna interior de color turquesa empezó a burbujear. Salma observó que las androides habían puesto sus manos en el agua. Ella intentó acercarse para ver, cuando cientos de pulpos asomaron sus cabezas. Uno gigante tocó con sus tentáculos cada mano de las tres androides, y la piel sintética de las manos de ellas se convirtió. Se transformó en la misma piel del pulpo, igual textura y color. Dialogaban.

Salma ya se había arrepentido de haber llegado hasta allí. Estaba sola en esas profundidades, sin ningún ser humano a la vista, y encima con pulpos. Se había arriesgado demasiado para curarse. Entonces, las tres androides se le acercaron y apoyaron sus palmas sobre sus oídos. El ruido desapareció por completo. La emisión sonora de la partitura emocional atravesó la piel sintética de las manos de las androides y llegó directamente a los oídos de Salma. Hubo una sintonía auditiva que generó en ella la relajación más absoluta. Nunca se había sentido más acompañada y tranquila, más serena y calmada.

—¿Es la cueva? —quiso saber Salma.

Escuchaba las olas en un retumbar armónico contra el vacío.

—Es Simón —dijo una de las tres—. Son los genes de Simón.

Uno de los pulpos reaccionó, y extendió un tentáculo en dirección a las mujeres. Salma se acercó sin miedo, y al tocarlo la mutación tan esperada ocurrió. Su piel completa se dibujó en formas cambiantes que dialogaban con el pulpo. No había secretos en esas conversaciones. La piel era un camino directo para mostrar pensamientos y emociones.

Las tres androides se sumaron al contacto y, al tocar su piel sintética, Salma también percibió esas otras mentes. Una comunicación sin secretos: todo lo que pensaban y sentían era expresado por la piel de cada uno de los cinco.

Sin duda, Salma era la portadora de la mutación esperada desde hacía tanto tiempo. La evolución expresaba una nueva genética en la humanidad, la que podría lograr la comunicación con esas otras mentes.

Los pulpos, las androides y Salma se comunicaron. ¿Sería posible transmitir esa capacidad al resto de las personas? Para esas inteligencias artificiales era posible. La evolución lo había hecho en Salma, y las androides podrían copiarle el diseño y transformar a toda la especie humana. Ellas crearían esa mutación y rediseñarían a los humanos, sin que ellos pudieran siquiera notarlo. Los mutantes irían apareciendo. Ahora que la evolución había podido expresar la conciencia en la piel, los humanos ya no tendrían la posibilidad de ocultarla con silencios o mentiras. Esa larga espera por lograr la empatía, había llegado a su fin.

Manual para estrangular a la Mona Lisa

Miño, Jorge

"...a qué fuerza misteriosa del caos, a qué aquelarre de fractales; a qué colisión de olas negras y blancas arenas le debemos habernos conocido. Vivía feliz solo, era tan simple mi vida, como un gusanillo que horadaba su hoja fresca y devolvía de sus estómagos la pulpa, para seguir masticando todo el día. Martillaba el bolo alimenticio para extraer los nutrientes de su verde jugo, esa era toda mi álgebra; ahora, soy otro, más cadavérico, más parecida mi tez está al humo que al durazno y un aroma de fruta putrefacta merodea mi corazón atormentado.

Pensaba, hace poco, que los venenos venían de las mordidas de las ratas blancas y la peste cruzaba a mi continente desde las infecciosas vísceras de estos roedores y que podría morir si no me atendían con kiocilina. Para tu mirada, para tu mordisco, para tu arañar, para incluso tu frialdad repentina, busco remedio. Ahora, lo oscuro me es familiar. Emparentado estoy con los callejones poco iluminados en que el gato oscuro deja el olor de sus sienes. Se ha derretido la nieve por acción de la orina caliente de mil hienas castradas, han derribado su endeble cuerpo y ahora lo devoran. Esta tarde, yo esperaba el barco de tu voz a que me transporte en la quilla de tus palabras y apenas arriba un esquife de cobre desquiciado de oxígeno. Univitelina sensación de resquebrajarme infinitamente si no estás y no transformarme, ni en mariposa ni en murciélago.

Hablamos hace poco; ahora estás viajando a Kalibraltar, te alejas y solo queda, al final de mis dedos, en vez de brazos; una cátedra de huesos con la temperatura del mármol en los nichos saqueados. Soy extraño, abrego del arte, lo sé, así me insufló el esperma fantástico y

en medio de este gazpacho proceloso estás tú, que no te interesa mi literatura; hablamos poco de Stentzhill o Maxhellm, incluso a Noa Ex nunca la topamos en nuestros diarios intercambios de tinta sonora. Podrías decir que no son imprescindibles, que la vida de ellos no importa si estamos juntos. Gran mentira. ¿Por qué no haces el intento de conocer a mis amigos?, esos espectros que me dan cuerpo y me hacen sentir menos fantasma...

—¿Ciudad del Tíbet en que florecen las tempestades —de ocho letras?

—Shigatse —pensé la solución y la di, dejando de lado la carta negra que buscaba ensamblar.

—¿Facultad de los perros de subir a los columpios y defecar boca arriba?

—Hokir

—No... de seis letras —aclararon.

—Hokirr —corregí.

Dejé de pensar en ella para reclinar me en la silla y atenderlos, porque, de seguro preguntarían más y no descansaría la Hermandad de la Comadreja, con sus miles de involucrados, hasta solucionar el crucigrama; después de todo me había registrado en el grupo para esto: solucionar crucigramas.

—¿Ritmo musical que, acoplado a un cincel, es usado por los vandálicos para derribar a los hombres de pirita? —lanzaron una nueva pregunta.

No conocía la respuesta. Entonces apareció la voz de Maverick Borgia para responder, tan oportuno como siempre el monje custodio de la biblioteca de los carmelitas en Posidonia. Gracias a él nuestro grupo de trabajo había ocupado sitios estelares frente al reto lanzado por la máquina y gozábamos de insignes premios; refiero el último, este aditamento con las imágenes de los atardeceres probables vistos desde un mundo de azufre y hielo situado en el ojo de Vesta. Es allí, sobre esas imágenes borrosas y difíciles, llenas de hollín sobre las que he ido a caer las noches en que llego defectuoso, tras las pesadas horas de trabajo.

Cesaron las preguntas. Acabamos, con éxito, los bordes del cubo y por un momento nadie hablaría más que yo en mi cabeza, entonces volví sobre la última de las Monalisas; a su lejanía, a componerle la carta negra, que salía ya un poco gris, algo más optimista, luego de

entregarme a la solución del crucigrama:

"... Volver sobre los verbos nuestros a pasar revista lo que somos.

Hablar: y qué si a veces no tenemos nada que decirnos. El silencio flotante entre nosotros, también suena a algo; puedo en él sentir que estás cerca.

Esperar: esperaré tu sonrisa en casa así no llegues, así tardes, así no vuelvas jamás. Te esperaré en casa porque no conozco otro lugar para vivir la intimidad. Te esperaré en el interior de mi cuerpo, que es tu hogar.

Dormir: caigo y muero, la almohada me succiona. Es lo que hacemos solos cuando partes a Kalibrartar. Cerrar los ojos es ensayar la manera de morir, pestañear es desafiar a la muerte. Mirarte fijamente es la manera de estar vivo. Que sueños en las gárgolas.

Contar: Dos es el número mágico. Somos uno, indivisibles y distantes. Contamos tres al despedirnos, seremos cero al alba.

Comer: ven... tendré uvas, agua, pan y uvas y pan y agua, ven.

Despedir: "Chao", palabra odiosa que nos aleja. Es una manta raya sobre los oídos, electricidad que nos distancia y la neblina cubre nuestros cuerpos hasta el "Hola", tan de buen gusto...

—Rey de 1,73 de estatura. Pintado por Clouet —interrumpió mi carta una nueva pregunta.

En el camino a resolver el crucigrama entrábamos ahora a los cubos interiores, calzaría la piedra en forma de gota que debe poseer el sujeto en su plexo solar para coincidir con la perla en la misma posición de Elisabeth de Austria que ya estaba ubicada. Yo no tenía idea de dónde podría estar un Francisco I, de seguro a él se referían, como lo confirmó el profesor Stanislaw Helm.

—Yo lo traeré —propuso una voz carrasposa, del otro lado del mundo, en Vanikoro sobre las Islas de Coral—, calculo unos quince minutos de telesufrimiento, si están todos de acuerdo.

—Capa Beta Épsilon —contestamos al unísono los miembros de la Hermandad y la voz masiva retumbó en mi cabeza obligándome a ingerir una cápsula de menguante para atenuar

la fidelidad extrema del contacto. Así estaría mejor. Los escuchaba sin gran intensidad, casi desenfocados. Nos habíamos comprometido a entregar lleno el crucigrama antes de que entre el alba en el sur de Tasmania y nadie se negó a recibir su parte de sufrimiento ante la promesa de Francesco Vigeé, "el apuñalador" de traer, lo antes posible, la pieza y colocarla en su sitio correspondiente. Hasta que eso pasase, habría nuevas preguntas.

—(pregunta doble) Prestamista basado en el original perdido de Jan van Eyck. — con esa pareja tendríamos llena la parte inferior del cubo y sería un alegrón visual, empuje motivador para encontrar las piezas faltantes. No había duda que se refería a "El prestamista y su esposa" de Joseph Stanlitz.

—Sé dónde están. Es de Quentin Metsys —me había equivocado—. No tardaré mucho en traerlos —dijo una voz desconocida que, por la lejanía en la señal, posiblemente vendría del asteroide Karac o un poco más lejos quizás, posiblemente de alguna colonia en los anillos de Saturno.

—No estoy tan lejos, la señal les parecerá débil a mis camaradas terrestres porque estoy en la cara oculta de la Luna, administro un motel y por casualidad la parejita esa que buscamos está registrada a un tiro de fusil en una cabaña cercana. Creo que son ellos porque llevan las pertenencias obligatorias, que exige la obra a saber: el espejo convexo que lo han puesto sobre mi mesa de registros y refleja, con total nitidez, el huerto o patio poblado por algunos árboles y la torre más lejana de la iglesia.

—Sí... es esa intrusión de la realidad externa la que da alusión a la clientela que frecuenta la casa del cambista. Ella usará un traje escarlata y él uno malva, con gorra en cuero de cervatillo café y negro —aportó el profesor Stanislaw Helm.

—Así es. Confirmado. Salgo por ellos, igual; pido que acepten la cuota.

—Capa Beta Épsilon —respondí en lo que me tocaba para aceptar mi parte de telesufrimiento. Tomaría un buen rato hasta que maten a esas personas y ubiquen sus cuerpos en los casilleros del crucigrama, así que; encendería el televisor y dejaría de lado la carta negra que estaba componiendo, por encontrarla ahora, luego de la tarea en común, ya de matices grises. El trabajo en equipo me ponía de buen ánimo y los oprobios del amor palidecían ante la ilusión de resolver un buen crucigrama, ayudado de tantos seres amigables integrados a mi pensamiento.

El relax me duró poco, apenas fui testigo de alrededor de quince vueltas de la Fórmula Uno en el circuito Mercurio—Venus, cuando Hyacinthe Guardi de la escudería Mexico Pop Corn Glup, la MPCG, entraba a los *pits* para cambiar alas y repostar. Apagué el monitor para atender la llegada de mi cuota de repentino dolor, que resultó ser de gran intensidad. Desconocía si correspondía a la muerte del Prestamista y su esposa o a la de Francisco I. "Asesinar sin dolor es repartir el sufrimiento de la víctima entre todos los que quieran hacer de asesinos", rezaba en el frontispicio de la Hermandad de la Comadreja. Más tarde cuando ya había bajado la intensidad de la punzada en el pecho y desplazado a sitio menos incómodo el dolor cervical y me dejó en paz un tirón de los riñones, por los de Control supimos que habían repartido y asignado, al mismo tiempo, los sufrimientos de los ajusticiados.

Detestaba escuchar los posteriores detalles en que se adentraban los encargados de conseguir esas piezas, entrando en pormenores de los crímenes y quise desconectarme por un rato del sistema, pero la obligación de estar atento a nuevas preguntas me obligó a quedarme allí, tendido, escuchando de mal agrado lo que decían. Debemos oírlos porque es una manera de ayudarlos a curarse, sin embargo de toda la maravilla de este juego de probabilidades e intensas emociones es lo que más detesto.

Alcé el volumen del televisor y me concentré un poco más en la carrera, disfrutando la inmensa emoción de que mi piloto Wei Shi, el gran león de Mindoro, con mi escudería Kellog 's Matsuchita —la KM— haya pasado en *pits* a los de la MPCG, asunto que me devolvió el buen humor, notando ya que el dolor había descendido a niveles de cosquilleo, casi agradable y apenas sentía leve palpitación en las sienes.

Si a un hombre, o una bestia, se le permite matar por varias ocasiones a una misma persona, ocurre, como a mí, que se le empieza a amar, pero esto no atenúa de ninguna manera la violencia con que se la ejecuta. Con la nueva pregunta me daban la oportunidad de prestar servicio a la Hermandad y de estrangular a la Monalisa por enésima vez.

—¿Mujer de enigmática sonrisa pintada por Leonardo entre 1503 y 1506?

La pregunta era ingenua, todos sabían la respuesta, pero nadie a excepción que yo y cierto agente mecánico, fuera de servicio, podíamos dar con ella en ese momento. La dama estaba en camino a Kalibratar y era precisamente a ella a quien componía la carta negra. Ahora

el destino me exigía que le de alcance, la ejecute y coloque su cuerpo a que calce para saldar una de las preguntas. Propuse que yo lo haría, contestaron el "Kapa Landa Pi" respectivo y me puse en marcha abordándola días después.

La alcancé en una tienda de dulces donde se aprovisionaba. La encontré sonriéndole a una barra de chocolate. Advertida por mi perfume, se metió en el baño y echó cerrojo con la idea de encontrar una ventana alta y escapar por allí, pero sabía que le era imposible huir. Si yo antes había perdonado ya su vida, y permitido que se aleje fuera de mi jurisdicción, fue porque estaba seguro de que se trataba de la última Gioconda y mezclé desafortunadamente los negocios con el placer. Era ella o la Comunidad. Llevaba en mi registro la otras treinta y dos que había ejecutado con anterioridad, de allí lo del manual que tenía redactado en el bolsillo de mi chaqueta. Esperé afuera, todo hacía presumir que se entregaría sin resistencia. Acerqué el oído al bambú de la puerta y del otro lado la escuché orinar con un sonido tierno y resignado, dejando libres las últimas gotas como si se tratara de palomas de cristal que se zambullían en el ojo de una tormenta.

El tibio amarillo resplandor de sus riñones estallaba en bicicletas náuticas a la deriva. Sería lo último que correría, casi propongo que luego correría su sangre, pero recordé que el manual exigía el estrangulamiento y debía aplicar un torniquete al cuello; tan sencillo como sellar, con un lazo, el injerto que se hace a una planta. La corbata, el prendedor, la vela, el emparedado de queso, la cartuchera con bengalas, la botella de vidrio y el corcho, todo estaba en mi mochila, esperando. Con esto en mi poder y en tal estado de excitación, abandonaba por un momento, mis sofisticados aires modernos y quedaba en posesión del estuche con los elementales aditamentos para practicar, en cualquier momento, sobre el sitio más hondo del cerebro, la extracción de la piedra de la locura.

Abrió la puerta, me miró sin abandonar la sonrisa que la llevaba como un antifaz, descruzó las manos, resultó imposible distinguir la individualidad de las pinceladas que formaban su cuerpo, me tendió la súplica de sus ojos —manantiales del extraordinario verismo de los efectos de luz—. Dio un paso hacia atrás para invitarme a entrar, pero no seguí su juego, porque ya había aprendido esa treta de la número siete, cuando me acerqué demasiado, sin tomar precauciones y ella me clavó la pezuña en los testículos para huir, solo un trecho porque terminé

alcanzándola en las montañas y ejecutándola con una cinta de embalaje.

Escogí el quicio de la puerta donde una señora gorda se puso a mis espaldas pidiendo me mueva porque quería ocupar el baño, así que me di prisa. Obedecí el manual, que lo conocía de memoria: inclinación para depositar en el suelo el corcho y la botella distanciada a unos pasos en el extremo opuesto, dar un tercer mordisco al emparedado de queso y devolverlo al fieltro, tensar la corbata y ponerla en herradura alrededor de su cuello, presionar con fuerza hasta que la sonrisa se le convierta en mueca estentórea, liberar la corbata y dejar caer a la víctima, encender la vela, colocarme el prendedor en el ojal y salir de la estación disparando una bengala.

El alba entraba en Tasmania y mi pieza era la última de la que Control disponía para cerrar exitosamente el crucigrama. Los emisarios ingresaron en el baño y sacaron a la dama muerta, envuelta en una gasa color azufre, la subieron en una limosina blanca y se la llevaron para colocarla en el sitio correspondiente, donde encajaba perfectamente.

—Vamos, ¡ánimo! —era la voz de Borgia paliando mi desánimo—, habrá muchas más por allí. Algún loco, que vuelva a creerse la reencarnación de Leonardo, volverá a instalar su laboratorio y sacarlas de los cuadros, dotarles de vida y echarlas a rodar. Ese es tu trabajo, encontrar y eliminar las copias.

—Pintor del retrato de la Condesa de Carpio (181x122)

—No... Lo siento... no jugaré esta vez. Me retiraré un tiempo al Caribe holandés.

□ (Abucheo) —todos al unísono, fantasmales, desaprobándome.

Llevé mis manos a la nariz para ubicar el epicentro de ese olor defectuoso e incómodo que manchaba mis manos; era óleo, cuando abordé a la dama, por lo visto, aún estaba fresca.

La ley de la inercia genética

Romero, Fátima

El tiempo de Hany y Dòxa, en el vestíbulo de la cúpula capital, fue prolongado permitiéndoles transitar por las cinco fases conocidas de la espera: agitación generalizada, agitación localizada, asiento, observación y expectación relajada.

Las científicas, según registró el oficial de protocolo mientras les daba la bienvenida, habían llegado en midriasis extrema y al borde de la bradicardia por lo que habrían de hacer uso prolongado del lugar, un espacio ajardinado al aire libre, junto a las puertas de acceso a la cúpula capital.

El plíthos, que tras recibirlas permanecía monitorizándolas, había dedicado su existencia humana a la Medicina, había permitido que lo convirtieran en lo más parecido a un monstruo y ahora se tenía que conformar con hacer de recepcionista. No se conformaba, pero su ambición era diferente a la de otros de su raza híbrida. Él abriría el camino al cuerpo de sanitarios robotizados. Su juramento seguía vigente. Nunca dejaría de velar por la vida humana. Y eso, por desgracia, iba a incluir la extirpación de ciertos individuos que se habían dejado corromper por el enemigo.

Tras acompañarlas, les brindó acomodación, algo de beber y el tiempo estimado de espera. Eran hermosas, cada una a su estilo: la más bajita y joven vibraba de interés, la mayor conseguía que una bata blanca luciera elegante. Los datos facilitados de las invitadas eran escuetos hasta la intriga: se trataba de dos científicas de rango y laboratorios distintos que habían hecho un descubrimiento juntas. Algo tan gordo como para estar ahí.

Los signos de ansiedad se atenuaban. Empezaban a mostrar interés por el entorno. Tras la segunda monitorización fisiológica volvió a ofrecerles algunas bebidas.

No se salieron de lo esperable y este segundo ofrecimiento sí que fue aceptado.

Doxa tenía sed como si hubieran subido corriendo en vez de por las rampas mecánicas. El panorama desde la torre era espectacular. Cultivos y viviendas, muchas

transparentes, se extendían como pétalos de una flor en cuyo centro se encontraban. Sin hablar, no habían abierto el pico desde que llegaron.

Se entretuvo localizando zonas concretas: dónde estaba cuando las hordas de vampiros atacaron en masa la noche conocida como *La Maninfectación*, dónde la refugiaron y, finalmente, donde vivían e investigaban desde hacía años hasta ahora.

Hany nunca había salido de Nueva Anatolia, ni para recoger muestras. Si se lo hubieran propuesto lo hubiera rechazado; adentrarse en el exterior era lo último que una persona sensata deseaba. Para eso estaban los *plíthos*, aunque ese tipo de comentarios sea políticamente incorrecto. La idea de que vertieran en un artefacto su conciencia, reducida a código, la perseguía en pesadillas. Por más que los avances les hubieran ido dotando de aspecto y sensibilidad, cuasi humanos, e ignorando lo que se decía que les obligaban a hacer, aparte de las misiones militares más arriesgadas. Ella nunca firmaría el DC5022, nunca permitiría eso. Aunque no era algo que se dijera en voz alta. Le debían demasiado a los valientes de la División Talos, el cuerpo militar que los ordenaba, aunque muchas de sus funciones ya no estaban en primera línea. Habían ido ocupando cada vez mejores puestos en seguridad, emergencias e, incluso habían implantado una nueva función específica para ellos: asistentes de protocolo. Los que pululaban por ahí, procurando que todo marchara como es debido, desarrollaban esa actividad.

Posó sus ojos en uno de ultimísima generación —solo la altura y un deje extraño en los movimientos le delataban— que precedía a otros visitantes, mayores, por el camino de madera. Le habían otorgado figura femenina y su atuendo era un vestido suntuoso, cuya falda ondeaba con el caminar de unas piernas extremadamente largas. Había que tratarles bien, se lo debíamos, pero también, en cierta forma, estábamos en sus manos. Si ellos se revelaban poco podríamos hacer. Si el enemigo les convencía de pasarse a su lado —y nunca había que subestimar el poder seductor de sus falacias— la guerra tendría el peor de los finales; había que hacerles sentir queridos y escuchados. Aunque tampoco era algo que se dijera en voz alta.

La científica se obligó a desestimar la rumiación torturadora. Aprender la detección, desactivación y sustitución de pensamientos insanos había supuesto un antes y un después. Se concentró en un hecho indiscutible: las excelentes noticias de las que eran

portadoras y en tomar buena nota de todo. Sus amigas querrían saberlo todo, al mínimo detalle. Seguro que la agasajaban para interrogarla.

Sonrió buscando los límites de la zona segura.

Doxa practicaba el enfoque distante, se lo habían recomendado para luchar contra la miopía de microscopio. La frontera con el país de la noche era invisible: las naves de cemento se habían ido extendiendo bajo la cordillera, horadándola como caries. Malditos vampiros, cuanto más sabía de ellos más asco le daban. Había interactuado con STVs «subhumanos tipo V» o *Stevens*, como se les llamaba comúnmente, con las medidas de seguridad oportunas que solían incluir sedación, retención y aislamiento de los sujetos experimentales.

Solo el deseo de erradicarlos le había dado entereza para tratar con ellos. Se le daba mejor que a otros porque veía más allá de la apariencia del humano a quien habían colonizado: dada su agresividad connatural casi todos amenazan, otros suplican clemencia o algún favor. No obstante, los más peligrosos intentan establecer una relación simpática; allanar el terreno a un sometimiento seductor del que son muy capaces. Algo para lo que la formación teórica apenas prepara. Sino fuera por los protocolos y vigilancias cruzadas establecidos, tras amargos aprendizajes, el ser humano, a día de hoy, sería poco más que ganado en granjas perpetuas.

Hany y Dòxa se volvieron a mirar, suspiraron y se prepararon para continuar esperando en aquella sala al aire libre, más parecida a un jardín, con fuentes, parterres floridos y las estatuas conmemorativas de algunos de los héroes del mundo sobre pódiums con velitas, barras humeantes de incienso y ofrendas.

Hany se atrevió a elucubrar cómo serían sus estatuas, si todo iba bien ocuparían un sitio destacado, puesto que con ellas empezaría la batalla por la victoria. ¿Las pondrían juntas o tendría cada una su pedestal?

Dòxa sentía una enorme tentación de dar un paseo por las sendas de madera como hacían algunos. Incluso llevaban comida. El sol estaba alto, debía ser casi la hora de almorzar. Pero no quería alejarse, podían llamarlas en cualquier momento. Llevaban mucho tiempo de espera, mucho más del anunciado, tenía hambre y estaba tan cansada que

empezaba a dudar de todo. Se sentía desamparada y diminuta, como siempre desde aquella noche horrible en que se desencadenó el infierno, pero el hecho de tener la cura, de haberla conseguido y que las dejaran ahí, cuando cada minuto era un regalo para el enemigo, le despertaba una especie de violenta indefensión.

Ya no aguantaba más. Se dirigió con paso firme a las enormes puertas que las separaban del despacho de jefaturas dispuesta a aporrearlas hasta conseguir audiencia.

Los batientes se abrieron justo antes de que sus puños golpearan, dejándola con los brazos en alto y una expresión que pasó del enfado al azoramiento en un nanosegundo de sorpresa.

Hany la adelantó con sus pasitos de colegiala y un simple «ya era hora». Se estiró la bata y se puso, sin esfuerzo, a la par de su compañera.

Atravesaban por un camino entre escritorios, bajo una cubierta transparente de la que pendían hermosas lámparas. El personal de administración seguía a lo suyo mientras un segundo anfitrión robótico, un modelo antiguo al que le habían dejado las abolladuras, como cicatrices meritorias, aunque algunas partes —pierna derecha y rostro— estaba claro que habían sido sustituidas por otras de ultimísima generación: ultrarealistas.

—¿Puedo preguntarle? —Hany era la menos cohibida.

—Lo que quiera —respondió el plíthos. Sonreía, casi complacido, desde su altura, sin dejar de caminar mirando al frente.

—¿Es veterano? —por más osada que fuera, Hany era lista para no ir más allá.

—Si señora. Llevo en esta chatarra desde que las inventaron. Uno de los primeros en sobrevivir a la adecuación. El décimo segundo, que yo sepa.

—Vaya, gracias por su servicio, *capitán* —Dòxa recitó la fórmula prescriptiva imprimiendo una emoción que atrajo la mirada del híbrido persona – máquina hacia ella. El rostro era perfecto. Se preguntó si habían copiado el original. Debido a la sonrisa, unas arruguitas le recorrían ambas sienes a la altura de las abundantes pestañas.

—Por seres humanos como usted merece la pena el sacrificio —respondió, sin apartar el remedo de ojos color arce en ella, hasta hacerla sonrojar.

—¿Queda mucho? —interrumpió Hany.

Sonó infantil.

—Queda poco —respondió el *plíthos* —esta es la rampa al despacho principal.

—¿El despacho principal?! —cuestionó la más joven, impresionada.

—Ignoro qué hallazgo han logrado, pero debe ser importante.

—Quien sabe —respondió Dòxa. No es que desconfiara, era que no las tenía todas consigo. De haber sido más como su compañera le hubiera preguntado su nombre, pero conociéndose seguro que las hacía quedar mal.

El camino mecanizado ascendía y luego descendía hasta depositarlas en una terraza lateral que daba a la mañana. De todas las orientaciones el este era el más cotizado.

Al llegar, el anfitrión sostuvo la puerta instándolas a acceder a una estancia magnífica: el suelo imitaba la sección sagital de un gran árbol en cuyo núcleo estaba situado un escritorio doble de ancho, pero simple de factura, con columnas de documentos. Las personas más importantes de Nueva Anatolia permanecían de pie bajo la cúpula transparente que ocupaba todo el fondo y buena parte del techo. Esas personas: el general Ischyrós Lope y la presidenta Sifas Fara les dieron una bienvenida cálida y les indicaron donde podían sentarse.

—El comandante hará de testigo y secretario —informó Sifas, antes de continuar.

El *plíthos* que las había acompañado se inclinó ante la orden sutil. Luego fue a un espacio discreto, al fondo.

El general depositó la gorra sobre un montón de carpetas para mesarse el cabello y tomó la iniciativa:

—Antes de nada, quisiera que me aseguraran si lo que he leído es cierto y no meras especulaciones —Casi sentían palpitar el corazón, agitando la cortina de medallas como si de una pared alicatada se tratase.

El mito del gran héroe, un hombre muy sencillo y muy humano, latía frente a

ellas.

—¡Ischyrós! —interrumpió la presidenta.

A Hany se le escapó un conato de risa que Dòxa cortó con un discreto pellizco en el muslo: gesto que habían acordado la noche previa, antes de responder:

—Fiabilidad 98% —Alzó la barbilla y apretó los labios.

Otra cosa era la aceptabilidad y la factibilidad, que no dependían de ellas.

El general reaccionó golpeando el escritorio con una de esas manos enormes, casi como palas. Una pila de documentos, bajo su gorra, tembló antes de caer, esparciéndose por el suelo. Las científicas abrieron mucho los ojos, asustadas. La otra autoridad presente, hizo el gesto contrario antes de reprenderlo:

—¡Ya está bien! No sé qué te pasa. Es por lo que hemos estado rezando. —Sifa, más esbelta que en la tele, con pantalones de hilo claro y camiseta coloreada de algodón, suspiró con toda su capacidad pulmonar y ninguna prisa esperando a que la otra parte del binomio se tranquilizara.

En vez de eso, el hombre, que a esas alturas tenía las ondulaciones del cabello desatadas, se quitó la chaqueta, la lanzó a un perchero de pie, sobre el que quedó en inestable equilibrio, y volvió a la carga:

—¡Pero es que son hongos! ¡Puñeteros hongos! ¡Vienen a decirnos que los malditos Stevens se componen de moho! —su voz reverberó en la cúpula supuestamente blindada.

La presidenta volvió a suspirar, cerrando los ojos por un momento. Se le había escapado un mechón gris y le debía hacer cosquillas en el labio. Lo retiró tras la oreja, señalando sin querer una cicatriz cuyo origen era bien conocido.

—Eso ya lo sabemos todos, no hace falta que lo repitas. Tendréis que perdonarnos. No estamos acostumbrados a las buenas noticias —casi bromeó.

—Mire, señora —intervino Hany, impostando firmeza. Dòxa la había obligado a acudir con la bata de laboratorio, aduciendo la autoridad que les otorgaba, pero tenía la sensación de que a ella la hacía parecer una chiquilla por más tacón que se hubiera puesto. —

No hemos venido a explicar informes, los datos hablan por sí mismos, sino para que el descubrimiento se concrete en una acción planificada.

—Entenderá nuestras dudas —cuestionó la presidenta, cruzando las manos sobre el regazo y apoyando la espalda en el fondo acolchado de su sillón.

—Solo tiene que exponerlas, señora, y humildemente le responderemos en la medida de nuestras capacidades —intervino Dòxa haciendo reposar sus manos cruzadas también.

—A mi me gustaría que repitieran lo de la «inercia» —intervino el general, aposentando pesadamente el cuerpo fornido en el asiento—. Si a Sifas le parece bien —añadió casi con retintín.

—Me parece una forma espléndida de empezar la exposición. ¿Puedo ofreceros algo de beber antes? Ischyrós, si eres tan amable, acerca el carro de las bebidas, que esto va para largo porque les voy a pedir que se remonten al principio y que no se guarden nada.

Hany comenzó narrando como la Matanza de las Eminencias no les afectó: estaban bien lejos de la universidad objetivo del famoso ataque por el que los más reputados científicos habían sido asesinados, o algo peor. Dada su categoría, ni habían sido convocadas al simposio ni les había extrañado.

Dòxa era una más del área de taxonomía comparada de histología, en la facultad de Ciencias biológicas. Y, aunque sus aportaciones habían sido sustanciosas en más de una ocasión; los méritos eran *para el equipo*, como decía el director de departamento, cuando su jefe, ni siquiera él, publicaba.

Hany, tras salir de la peor forma de los dos laboratorios en los que había conseguido entrar, dado su expediente, recaló con el único equipo tan desesperado para aceptarla. Uno casi más teórico que otra cosa: *Psicología celular* era el nombre del nuevo, y poco esperanzador, paradigma que perseguían.

Como a todos, lo que ocurrió después: el florecimiento sin parangón de la Ciencia, debido, según algunos, a que el propio enemigo la había marcado como estratégica y, según otros, a que la matanza se llevó a mentes valiosas, sí, pero también multitud de

instrumentalistas mediocres que frenaban el trabajo de quienes, al contrario que ellos, tenían como fin el avance del conocimiento común.

Por lo que fuera —la multicausalidad suele ser menospreciada— poco tiempo después los avances científico – prácticos empezaron a llegar, las colaboraciones efectivas, la verdadera simbiosis entre ramas, ofreció frutos tempranos. La tecnología plíthos se concretó, por ejemplo, dando una segunda oportunidad a los más valientes guerreros. Pero el aporte más famoso fue el rayo antimateria que, si bien todo el mundo sabe que está muy lejos de la perfección; ha sido fundamental para contener el avance de los Stevens.

Ellas, tras cambios y reubicaciones, terminaron en laboratorios próximos: Dòxa como jefe de equipo y Hany en un experimento orientado a investigar las particularidades y posibles repercusiones de la Ley de la Inercia genética.

—Cada vez que me la explican la entiendo menos —reconoció, casi con sorna, el general.

—Igual vosotras conseguís una proeza, aun mayor, e Ischyrós acaba por entenderlo.

La presidenta era famosa por su sentido del humor. De hecho, ese aspecto, junto con su sencillez de trato, habían sido claves en situarla al mando. Dòxa y Hany se miraron, un microsegundo, al tomar consciencia de quien tenían delante, del honor que se les estaba concediendo.

Hany, reactiva, indicó por gestos a Dòxa que le tocaba participar. Volvía a tener seca la garganta y en una de las botellas ponía licor de chocolate. Si hubiera puesto «plasma de unicornio galáctico» no le hubiera causado tanta impresión. Carraspeó, se puso en pie para servirse una copa queapuró casi de un trago y después, algo atribulada, sirvió para el resto. Era más fuerte el deseo que su capacidad de mantener la compostura.

Dòxa, casi como maniobra distractora, fue a por el concepto:

—La ley de la Inercia Genética hace mención a un fenómeno constatado: la tendencia previa de un tejido biológico se magnifica cuando ocurre una mutación. Pongo un ejemplo. No, mejor le explico su importancia en el hallazgo: Hany, y sus compañeros,

buscaban el motivo del salto, la mutación propiciadora de que unos seres, ocultos desde hace milenios, se lanzaran al protagonismo más agresivo aun a riesgo de su propia existencia.

—Le juro que lo quiero entender, recuerde que era un simple agricultor. No era el tonto del pueblo, pero casi.

En respuesta al brote de humildad, Sifas se acercó a él y posó una mano sobre el hombro robusto. Se había arremangado la camisa y Hany pensó que no había visto un ejemplar tan magnífico en la vida. Tenía que salir un poco más. Cuando todo acabara pensaba buscarse uno así para ella y poner todo su empeño en un abundante relevo demográfico.

—Ya sigo yo, Dòxa —dijo, sin soltar la copa y con un bigotillo chocolateado que todos procedieron a ignorar, pero que al general Lope le pareció gracioso. —Nosotras coincidíamos a la hora de comer y en estar de acuerdo en contra de la teoría del *Homo youngi*. Ese término es un oxímoron y, por tanto, inaceptable para la Ciencia. Pero como todas las insidias —Hany no iba a admitirlo, pero tenía bastante claro que los Stevens dedicaban tanto tiempo a la propaganda como a matar, directamente— estaban nutridas de un ápice de verdad.

—*Any*, cielo, te vas por las ramas —cortó Dòxa y tomó el testigo de la historia.

Explicó como después de una charla de sobremesa —era el cumpleaños de alguien, habían conseguido tarta de verdad y el azúcar las colocó al borde de la euforia— concluyeron que el salto evolutivo plausible de un elemento tóxico, según la Ley de la Inercia, sería hacia mayor toxicidad. Tenía lógica que los vampiros se hubieran vuelto más agresivos, si ya lo eran, hasta que su propia cultura se vio contaminada y la manera de relacionarse con los humanos cambió para siempre.

Luego Hany recordó cómo habían especulado con encontrar el mecanismo de transformación. Parecía infeccioso, pero cada bacteria y virus habían sido descartados. Repasamos, otra vez, lo ya sabido: algunos Stevens, no todos, son capaces de convertir a algunas personas, no a todas. Contó cómo Dòxa dibujó un eje cartesiano, algo que le encanta hacer, la línea horizontal representaba la capacidad, o no, de transmisión y la vertical la capacidad, o no, de transformación. Se había demostrado que un fuerte sistema inmunológico es incompatible con la vampirización. La prueba irrefutable es que las campañas de

probióticos, suplementos, deporte y salud mental habían conseguido neutralizar los infectados ocasionales, obligando a los Stevens a cambiar su *modus operandi* hacia el secuestro, más sencillo de impedir.

El general y la presidenta asintieron a la vez. Sentían un gran orgullo del civismo, la confianza y la colaboración mostrada por la ciudadanía.

Como Hany se puso un vaso de agua, Dòxa retomó el relato destacando el cuadro de interés donde coincidían en positivo las capacidades de transmitir y transformarse:

—Con esta información de partida nos pudimos centrar en qué les diferencia a ellos. Hany mencionó que, incluso entre los transmisores, había grados. La fiabilidad y rapidez del contagio, cuando es posible, varía: la ponzoña de un, llamémosle, *gran contagiador* es más eficaz, pero también más eficiente. Nuestro instinto, hasta entonces, había sido buscar esa característica en la sangre: *su* sangre. Sin resultados.

Dòxa continuó explicando que decidieron buscar en la saliva después de dividir en momentos el acto de contagiar. Este consta de una primera parte, la exanguinación y una segunda, la regurgitación. Devuelven, literalmente, buena parte de sangre absorbida junto con fluido salival y el individuo reacciona muriendo, convirtiéndose en vampiro o en pseudovampiro, metavampiro, *PLAK*, o como prefieran llamarlo. Por suerte apenas se han registrado media docena de casos desde que hay anales.

—Así es cómo decidieron investigar otro tipo de *vectores* —intervino la presidenta. Sonrió ante el uso de argot, estaba legítimamente impresionada por aquellas mujeres y había usado un subterfugio lingüístico, casi sin querer, para ganárselas.

—Lo que no entiendo es cómo han tardado tan poco —añadió el general. —Por lo normal se tardan... ¡Yo qué sé! No se ofendan, pero cuesta obtener resultados concretos con ustedes, los científicos, quiero decir.

—El secreto está en la bibliografía —bromeó Hany. —Viene al final y, si se fijan en las fechas se hace evidente que estaba todo investigado. Nosotras apenas verificamos los extremos y establecido vínculos entre descubrimientos anteriores.

—¡Imposible! —el general buscó en el suelo un dossier y, tras volver a su silla,

pasó las páginas con fervor en busca de los anexos.

—Pero cierto —respondió Dòxa, viniéndose arriba ante la proximidad de las conclusiones—. Lo siguiente sí que es pura especulación —empezó a decir como preámbulo de una teoría por la que La Matanza de las Eminencias ocurrió justo antes de la primera ponencia del Paradigma de la Psicología Celular (PsiCel). —El grupo de biólogos y psicólogos que lo componían hubiera concluido lo mismo que nosotras, sin dudarlo, en mi opinión el enemigo era conocedor y trataba de impedirlo. Por suerte sus investigaciones habían sido difundidas, pero debido a lo trágico de los acontecimientos y a la necesidad de reconstruir las estructuras; quedaron relegadas.

—Entiendo —aseveró el mando, ahora muy serio. —Pero necesito saber, que expliquéis porqué han llamado Carmilla, a la especie.

La pregunta era muy concreta y la broma podía costarles cara puesto que todas las novelas y películas de vampiros previas a *La Manifactación* estaban prohibidas desde hacía años. Cualquier resquicio a idealizar al enemigo, a verlo distinto a un invasor sin alma, tenía que ser atajada de raíz.

—No sabíamos lo que significaba hasta hace poco —respondió Dòxa.

—Tiene que pensar que los primeros investigadores, los que se perdieron, eran adultos cuando *La Manifactación*, ellos habían estado influenciados por la cultura provampírica, quien sabe si formando parte de un plan, durante años —aseveró Hany impostando valor ante el magnífico ejemplar sentado frente a ella. Armado, lo más seguro, y aunque no lo estuviera; capacitado para reducirla usando su peso. Escena que no descartaba que pudieran disfrutar. Fuera como fuese desprendía algo que le despertaba las ganas de hacerse valer. —Si hubiéramos conocido la referencia, es evidente que la hubiéramos borrado. —recalcó.

Dòxa intervino, más diplomática, sudando bajo la bata:

—Creo que nos estamos alejando de lo importante.

Hany la interrumpió, no había acabado de argumentar:

—Puede cambiarse, es solo un nombre sacado de una novela que ya se había

olvidado cuando todo pasó. Si quiere podemos llamar a la espora como a su suegra en vez de Carmilla. ¿Cómo se llama su suegra?

Cuando acabó de hablar las otras dos mujeres escondían los rostros avergonzados bajo las palmas. El mando carraspeó y las mujeres salieron de los parapetos psicológicos.

Dòxa se atrevió a continuar:

—Creemos que el nombre, aparte de otra cosa, viene por el comportamiento de este tipo de *Cladosporium* que parasita a mohos del mismo género para colonizar humanos y otras especies omnívoras.

La presidenta asintió, parecía satisfecha, lo que no significaba que fuera a detener las investigaciones al respecto. En las últimas semanas habían descubierto que la influencia ponzoñosa del enemigo estaba llegando hasta círculos dolorosamente próximos. La tentación de juventud eterna resultaba atractiva para muchos. Ni los plíthos eran inmunes; les estaban atrayendo con la promesa de un cuerpo enteramente biológico, una mentira contra la que era imposible competir.

—No me puedo creer lo que voy a decir a continuación —intervino el general—: ¿Qué hacemos ahora?

Las científicas se miraron entre sí. Sonreían ilusionadas: era el momento al que estaban deseando llegar. La mayor, Dòxa, se quitó una horquilla inestable, y la guardó en el bolsillo del pecho, antes de hablar:

—Hay varias posibilidades, compatibles unas con otras.

—¿Cuáles son? —quiso saber la presidenta.

—Bañar a esos malditos en fungicida, hasta que no quede ninguno —Hany fue al final ideal de todos los escenarios posibles.

—Habría que fabricarlas en masa y con la máxima discreción —añadió Dòxa.

—Eso está claro —dijo el general —¿Cuáles son los riesgos?

Dòxa no llegó a responder porque el *plíthos* salió de las sombras para levantarla, agarrada del cuello, hasta que perdió el sentido. Mientras se deshacía del cuerpo, tirándolo

hacia la entrada, con la mano libre lanzó un puñal plástico a la presidenta. Falló porque el general la acababa de apartar de un patadón en el asiento.

Hany se echó al suelo, reviviendo la peor de las escenas de su infancia. Pero ya no era una niña indefensa. Decidió que, si iba a morir, lo haría como su madre: luchando. Interpuso entre el monstruo mecánico y ella la silla en la que, hasta hacía un minuto, estaba sentada, para usarla como ariete contra las piernas del traidor. Atacó, de forma instintiva, su centro de gravedad. El alarido lo escucharon fuera del recinto.

—¡Apártese, ruede! —escuchó la orden atronadora del militar y obedeció *ipso facto*.

Sintió el resplandor del rayo y una sensación extraña en la zona sacra, que ignoró por seguir reptando hacia donde yacía su amiga. Cuando se atrevió a dar la vuelta encontró al militar, de pie sobre el escritorio, y media cabeza del androide, en el suelo, en un charco de fluido que los documentos semidesintegrados intentaban absorber.

—¿Qué ...? —consiguió articular.

—¿Ha oído hablar de la Ley de la inercia genética? —respondió Ischyrós, sonriendo como hacía demasiado. Le gustaba esa mujer: su cuerpo, su inteligencia y su espíritu. Por eso mismo no pensaba ser él quien le dijera que el rayo le había desintegrado por completo la parte de atrás de su bata, vestido y ropa interior.

La habitación abierta

Castro Alfaro, Oswaldo

Primera parte

El vigilante ordena ingresar y los visitantes dominicales presurosos, como si el tiempo faltara en las instalaciones del hospital, corren en tropel para aprovechar los minutos valiosos de la visita.

Diviso el pabellón donde está internado mi amigo y me acerco sin haber elaborado las frases de consuelo que usualmente le digo. Cada vez que piso este lugar siento que gira al revés o en redondo, como si se disfrazara para seguir burlándose. La encrucijada de jardines, patios y habitaciones cambia en cada visita para alterar el rumbo de lo planeado. El surrealismo mezcla los ambientes para no hallar la salida y dejarte mudo, desolado y desalentado, sin una luz al final de la esquina. El personal de enfermería me mira desconfiado y tolero su falta de cortesía.

Si el exterior es decadente, el interior es aplastante. Las enfermeras uniformadas de azul desfilan al lado de barchilones con mandilones blancos y varas escondidas. Esa ala del pabellón alberga a desahuciados mentales y el domingo es el peor día de la semana. En los rostros de los celadores distingo las ganas de arremeter a golpes contra alguien y confinarlo en el gabinete de *electroshock*.

Todavía me resulta difícil hilvanar un análisis explicativo de lo sucedido. No termino de procesar el extraño giro del destino que le descalabró la vida. Encuentro a mi amigo mirando por la ventana enrejada de la habitación Voltea y me lanza la mirada clásica del subordinado a psicofármacos. Asumo que está alojado en otro plano, no sé si más feliz o alejado de éste.

—Hola —lo saludo alcanzándole el número atrasado de una revista antigua que conseguí en el kiosco de la avenida — ¿Cómo estás? He traído papel higiénico y pastel de

manzana.

Alza la vista y sus ojos perdidos me miran distraídamente. Intuyo que busca el camino que lo envió a su destino final.

Visité semanalmente a mi querido amigo hasta justo antes de su muerte. El día que se liberó de sus problemas mentales, me hizo la gran revelación. Aún hoy no sé si jugó conmigo o pretendió dejarme una tarea mientras buscaba ubicación en otros universos paralelos. Lo confesado en su lecho de moribundo movió mis convicciones periodísticas. Una noticia de ese calibre no podía ser soslayada y estuve en la obligación de confrontarla.

Según mi amigo, el nobel de Literatura desaparecido hace una década estuvo internado en el hospital, sin despertar sospechas. El único enterado de esa aventura fue Jack. Mi amigo reveló que le asignaron la habitación maldita. La llamó así porque mucho antes que el ilustre escritor recalara ahí, albergó a enfermos portadores de patologías graves. Con frecuencia me mencionó al Soga, un personaje que acaparaba sus pensamientos y que sabía los misterios e historias del lugar. Al pretender pedirle mayores datos, cambiaba de tema como si tuviera prohibido mencionarlo o amenazado por presencias invisibles. Al nombrarlo adoptaba actitudes vigilantes, al extremo de hacerme pensar que estaba poseído por los diablos azules alcohólicos. El creyó que alguien más supo lo del novelista y que guardó silencio por una fuerte suma de dinero. Lo cierto fue que el galardonado autor pasó semanas en el más completo anonimato, recibiendo tratamiento para la esquizofrenia que supuestamente sufría. La medicación era arrojada al inodoro y nunca perdió la lucidez mental. Fue tan notable su actuación que el personal médico y paramédico jamás imaginó que tan ilustre personaje ocupaba esa cama. La intención del nobel fue recluirse para obtener la paz interior y escribir la obra cumbre de su existencia, la que resumiría su trayectoria exitosa de más de sesenta años.

Una mañana de primavera, al ir a pasarle la visita médica diaria, el médico de piso y acompañantes se sorprendieron con su ausencia. Vieron que todo estaba en orden y que las precauciones de seguridad no fueron violadas. El turno nocturno previo no reportó ocurrencias ni sucesos extraordinarios. El paciente, simplemente, se había evaporado. El asunto fue tratado en el más absoluto silencio y en vista que fue admitido sin bombos ni platillos y que su retiro fue

de la misma manera, su alta quedó registrada como voluntaria y cerraron la historia clínica. Sin embargo, previendo cualquier sorpresa legal, la dirección de la época decidió clausurar la habitación por un tiempo. Los meses transcurrieron, el incidente quedó en el pasado y el ambiente siguió formando parte de las leyendas del nosocomio.

Justo antes de exhalar el suspiro final que silenció su atormentada vida, cansado por lo revelado, juntó fuerzas y me susurró al oído:

—Era Stephen King...

Segunda parte

El taxi me deja en la vereda del frente. El interior tibio del automóvil me impidió saber que la calle está fría y ventosa. Me identifico en portería y el vigilante de seguridad señala el camino para llegar a la oficina del director. El mandamás del nosocomio es mi compañero de colegio y gracias a nuestra amistad me autorizó examinar el lugar mencionado por mi colega fallecido. El periodismo de investigación es la vuelta que mi carrera dio y me apasiona la idea de develar el misterio de la habitación maldita, olvidada por las autoridades precedentes.

Cuando pedí el favor, el director se sorprendió con la petición, pues la habitación no figura en las tarjetas de inventario. El parte diario nunca la consideró. Días después recibí su llamada autorizándome la visita. Me explicó que dejaría las cosas como estaban porque no valía remover el pasado de los hechos sucedidos ahí. Completó el comentario aduciendo que era más fácil tenerla clausurada, como si fuera una prolongación del entorno arquitectónico del pabellón y seguir pasándola desapercibida.

Soy recibido por su secretaria y a los pocos minutos estrecho su mano temblorosa.

—Es el Parkinson —dice guardándola en el bolsillo del mandil—. Así se pone a esta hora, luego se tranquiliza cuando los medicamentos hacen efecto.

Lo abrazo con cariño y la explicación sobra. Conversamos de amigos comunes y finalmente me pide la más absoluta discreción en mis pesquisas. A renglón seguido ordena

ubicar a Jack. Tomamos café y la voz atiplada de la secretaria interrumpe el momento para avisar su llegada.

Jack es un anciano asaltado por tics palpebrales y la dentadura en mal estado le afea aún más. El rostro arrugado denota que es un antiguo inquilino del hospital. Ingresa, hace una reverencia tipo japonesa y recibe la llave de la habitación.

—De acuerdo a lo coordinado, lleva al señor periodista y regresas con ella.

El hombre asienta con la cabeza y nos despedimos.

—Saludos a tu esposa e hija —alcanzo a decir antes que cierre la oficina.

Abandonamos la dirección y el veterano camina apurado, como si quisiera terminar cuanto antes el encargo.

A pocos metros de llegar a la habitación, Jack se detiene y me mira fijamente. Me da la llave y suplica:

—Por favor, al terminar regrese donde la secretaria y entréguela.

No me da tiempo de replicar y deja el pasadizo a grandes zancadas.

Avanzo con paso dubitativo y soporto la angustia de pacientes que pasean por el corredor. Un empleado de limpieza interrumpe la faena para satisfacer su curiosidad. Coloco la llave en la cerradura y la hago girar varias veces. Es un mecanismo antiguo y el óxido del tiempo dificulta el proceso. Cada vuelta dada emite un chirrido lastimero. Parece que se va a atracar, pero afloja y facilita la apertura. Tengo la impresión que vencí la resistencia de algo que no quiere ser visto.

Abro la puerta y las bisagras lamentan la intrusión emitiendo quejidos adoloridos. Se me escarapela la piel y tomo aire. La soledad de la habitación me desencaja la mandíbula. No hay desorden y un extraño olor a tumba profanada sale al exterior. Doy un rápido vistazo y guardo distancia prudencial para que se ventile. Siento que ojos invisibles me acribillan con miradas. Los ignoro y escucho que desde adentro llega bulla de cajones abriendo y cerrándose. La palanca del inodoro es jalada y la ventana protegida por reja de fierros es abierta. Una silla se desliza por el suelo y cruje la madera deslustrada. Estoy viviendo una experiencia surrealista o lo oído es el juego mental que pretende envolverme. En medio de mi confusión, me estremezco

con las historias contadas. El cuchillazo de lo inverosímil me parte la razón al escuchar una voz grave que me ordena ingresar...

El viento está detenido a mi alrededor y el silencio circundante es sobrecogedor. De reojo constato que me encuentro solo. Al final del pasadizo detecto la marcha presurosa del empleado de limpieza. Tengo la llave en la mano y mi corazón se va a desbocar. Las sienas retumban como tambores y la respiración es forzada.

Dudo en ingresar, pero decido hacerlo. Para eso estoy acá: quiero comprobar si lo dicho por mi amigo es cierto o fueron desvaríos de su mente enferma. Giro sobre los talones y enfrento lo desconocido. Avanzo hacia la puerta y me detengo en el umbral. La claridad que permite la cortina descorrida deja ver el tiempo detenido por diez años. La habitación se ha ventilado y el aire enrarecido del inicio se respira limpio. Entro y el mundo fantasmal atrapado me da la bienvenida. Alguien se lava en el lavatorio del baño, luego me sobresalto con pasos acercándose a la cama. Mis ojos desorbitados ven cómo el colchón se hunde soportando el peso invisible de algo. Está sentado amarrándose los pasadores de los zapatos, creo. A continuación, el colchón recupera la forma habitual y el armario se abre. Está buscando ropa, imagino. Cierra las portezuelas y el sonido pesado de su caminata se dirige hacia la puerta. Pasa por mi costado y huelo el aroma rancio de la vejez. Me asusto con el portazo y quedo encerrado. Presiono el interruptor de pared y la luz mortecina de una bombilla rompe el claro oscuro. Me dirijo hacia la ventana y a través de los cristales empañados diviso el árbol donde varios pacientes se ahorcaron a lo largo de los años. Me sereno y estoy en posesión de la intimidad del escritor. Tengo tiempo suficiente para revisar su privacidad, hallar no sé qué e intentar descifrar esta extraña historia. Por el momento poseo la llave y puedo salir cuando me plazca.

Tercera parte

Relato del enfermero jefe, escrito por el nobel en una hoja camuflada en el falso piso de un cajón de la cómoda. Este compartimento es, en mi opinión, un artilugio diseñado y

fabricado para la ocasión.

"Me disculpo por mi intrascendente presentación, la misma que es superficial para el propósito del contexto, pero necesaria de ser considerada. Puedo afirmar que lo que relataré no es fantasía sino la verdad de un alma maldita.

Mi nombre es irrelevante y basta decir que soy el enfermero jefe del pabellón de pacientes inimputables de un hospital psiquiátrico. Me conocen como Jack, dicen que me parezco al actor estadounidense protagonista de *El resplandor* y *Atrapado sin salida*. Mis dominios albergan asesinos, sicópatas y otros desahuciados mentales a quienes la justicia ordinaria no pudo encarcelar. Por más de cuatro décadas he visto desfilar el deterioro humano, traducido en la minimización del pensamiento. Personas que dejaron de serlo para terminar en entes erráticos, anestesiados por el entorno, perdidos en tiempo y espacio. En pocas palabras, criaturas que si pusieran los pies en la calle no sabrían dónde estarían y serían atropelladas por la realidad, cuando no por un vehículo. Lo más serio es que dejaron el nombre y adquirieron un número de historia clínica o sobrenombre.

La soledad, el enclaustramiento, desarraigo, desapego y pérdida de la configuración, aunados a lobotomías y otros procedimientos que no puedo revelar, cerraron el círculo de la inexistencia personal para ostentar el rótulo de abandonados sociales. Llegaron a ser extranjeros, apátridas, extraditados y apestados en la sociedad aislada por su propio país..."

Manuscrito que recoge el relato del enfermero jefe, escrito por el autor en una de las hojas del cuaderno encontrado bajo el tablero falso del escritorio. Nuevamente, a mi parecer, un sitio estupendo para esconder objetos planos y fabricado especialmente como escondrijo. Sin duda, un lugar magnífico que solo la imaginación maquiavélica pudo diseñar.

"Para los fines de la investigación narraré la mala leche del Soga. Hace treinta años el tipo en cuestión ahorcó a su esposa y tres hijos con lo que tejió. Al ser capturado confesó que siguió órdenes celestiales. El fiscal no creyó la versión y solicitó cadena perpetua. Condenado a

morir en una celda, suplicó la pena de muerte porque las apariciones fantasmales de sus víctimas no lo dejaban en paz. Fue tan cobarde que renunció al suicidio y a la provocación para ser asesinado. Lo trasladaron a mi pabellón y los *electroshockes* y sicofármacos le derritieron el cerebro. Lo condenaron a ser una alma en pena, inofensiva y dócil. La mirada de imbécil que adquirió fue el gesto distintivo del otrora sanguinario asesino.

Controlada la situación clínica del Soga, se intentó incorporarlo al taller de cerámica. No resultó, pero demostró gran habilidad en el de artesanías. Su escasa capacidad intelectual fue suficiente para crear muñecos de trapo que se vendieron en las ferias hospitalarias. Su máxima creación fue una mamá y tres niños tomados de las manos, sujetos por finos e indistinguibles alambres que simulaban una ronda feliz. Fabricó las caras de los muñecos con amplias sonrisas, opuestas a las de sus recuerdos. Fue evidente que recreó la familia asesinada. Una noche el Soga se despidió como siempre. Al día siguiente el personal encontró su cadáver con los muñecos en posición de baile sobre su abdomen. Nadie pudo descifrar cómo llegaron hasta ahí.

Los años pasaron y los muñecos quedaron confinados al olvido en un armario. Hasta ahí no habría nada extraño con lo que comento. Lo raro se inició cuando uno de los médicos los descubrió mientras supervisaba las clases. Como nadie le dio razón los tomó y llevó a casa para adornar el cuarto de su hijo de un año de edad. Los limpió, cosió algunas roturas, cambió los ojos por unos nuevos y orgulloso mostró a su esposa el éxito de uno de sus pacientes. Desconocía que el creador llevaba varios años muerto y que algo misterioso había hecho que permanecieran intactos tanto tiempo.

El doctor me confesó que a partir de entonces se presentaron sucesos extraños en la habitación de su primogénito. Al principio no les dio importancia y justificó las ocurrencias como descuidos de la nana. Los hechos desagradables terminaron con la súbita muerte del niño. No hubo explicación para la asfixia nocturna que acabó con su tierna vida. Junto a su mujer no pudo descubrir la causa de tal hecho.

La esposa está embarazada nuevamente y el cuarto del niño muerto ha cambiado totalmente. Ya no es azul sino rosado y la ronda de la mamá con sus hijos ya no está. Hay nuevo decorado, juguetes y motivos femeninos porque se espera la llegada de una niña.

Según tengo entendido, el médico retornó la ronda de muñecos a la guardería del hospital..."

Manuscrito hallado poco antes de concluir la investigación. Forma parte de apuntes sueltos encontrados bajo la cama, debajo de la viga que arma el tramado del piso de madera. Creo que este escondite vino con la habitación y solo fue preciso detectarlo para ocultar la bolsa de plástico con los papeles. Hasta ahora no entiendo la afición del novelista en salvaguardar sus escritos de esta forma. Debió usar una laptop o cualquier otro método digital. En fin, son curiosidades que no le sabíamos y que enriquecerán aún más su legado. No puedo dar fe si estas curiosidades fueron hechas en la carpintería del hospital o traídas por él.

No he encontrado la continuación de este texto. Parece la introducción de un relato acerca de juguetes diabólicos. Tampoco he confirmado si la caligrafía corresponde a la suya.

"No saben la puerta que han abierto ni qué o quiénes saldrán de ahí. Creen que son personajes basados en ositos de peluche, muñecas de trapo, armatostes de madera articulada o similares dispares de criaturas extraterrestres. Imaginan que los *teddy bears*, *cabbage dolls*, *Hello Kitty*, *Barbies*, *Thundercats* y demás parafernalia del mercadeo internacional son inocentes y saludables para el desarrollo emocional de los niños. La teoría lo sostiene, pero hay fronteras que no deben traspasarse, sobre todo cuando las manos que los manipularon o crearon estuvieron manchadas con ¿sangre? Algunos les visaron el pasaporte de la maldad. Vinieron de confines inimaginables y supusieron que retornar del más allá es razonable, En honor a la verdad, lo dudo.

Sé lo que afirmo porque llevo años caminando por la cornisa de las angustias y alucinaciones. La confianza de padres y niños les hizo creer que son traviosos, divertidos y entretenidos. El atrevimiento ha pintado el asunto con otro tinte, del gris pasó al negro sombrío. Cuando esta fauna de juguetes cae en garras prohibidas hay que ponerse a buen recaudo. El creador puede rodearlos del aura mística y bondadosa que dibuja sonrisas y exhala suspiros o cubrirlos con la estela maldita que acarrea la desgracia o la muerte.

Acostumbrados a explorar los límites de la realidad, incursionar en territorios prohibidos, desafiar las sombras, carear espíritus desconocidos o confrontar los pasadizos de la lógica terrenal han focalizado los hechos y desconocemos el río revuelto de las bestiecitas".

Me asombro de los recursos empleados para ocultar información. Una década después de la desaparición del novelista, este extraordinario botín me pertenece y no saldrá a la luz porque el Soga no lo desea. Solo es para mis ojos y debo capitular a su voluntad. Tengo permiso del asesino, con cuyo fantasma comparto mi incredulidad, para que lo encontrado sea destruido. La idea del Soga es demostrar lo sucedido para que mi proyecto llegue a buen puerto.

No está interesado en colgarse de méritos ajenos y le basta con ser recordado como el criminal de su familia. La historia negra de su locura es parte de las paredes del hospital y su delito se trasmite por generaciones. Es mejor no incomodarlo por el riesgo de caer en el inframundo.

EPILOGO

Mi trabajo periodístico concluyó. Fue imperativo hacerlo porque la influencia del Soga se manifestó con más frecuencia en sus dominios. Reconozco haber profanado su habitación. La abrí para liberarlo y no preciso si realmente quería salir. Murió en ella, los muñequitos que fabricó se mantuvieron ocultos ahí hasta ser cambiados de sitio por el actual director. Es probable que el espíritu del asesino inimputable estuviera comprometido en el fallecimiento de su vástago y en la desaparición del novelista. Asimismo, su asfixiante figura errante en mi mente fue decisiva para optar la retirada. Lo vi varias veces entrando y saliendo con dirección al árbol de los ahorcados y siempre sentí que me esperaba para ir. Finalmente, la presencia furtiva de Jack me alarmaba. El enfermero internado como huésped vitalicio pasó a ser el nexa entre el director amigo y las almas en pena que pululaban. Cierta mañana me acercó al árbol misterioso y me vi colgando. La visión me movió el piso y sentenció mi mente.

Yo destruí la Tierra

by PacoMan

Soy Adriano Litta Fernández, piloto de la astronave Wells-Einstein y acabo de destruir la Tierra.

Grabo esta confesión a sabiendas que es difícil, por no decir imposible, que nadie la vea o la oiga, en realidad la grabo en honor a mi abuelo, que sin ser padre de mi madre fue el *mio nonno*.

He tenido que matar al comandante John Smith, ya que se oponía a que irradiáramos la energía que la Wells-Einstein ha acumulado en su viaje hiperlumínico sobre las Rocosas. Que es exactamente lo que estoy haciendo en estos momentos, con ello destruiré la vida presente y futura, superficial y la refugiada en bunkers antinucleares o grutas naturales. Erradico la vida por siempre en esas montañas.

Y eso que todo iba maravillosamente bien. La nave, la Wells-Einstein, Westein como la llamamos cariñosamente, es en realidad un prototipo de batería, una bien grande, eso sí, y funcionó a la perfección. Estuve escribiendo y reescribiendo el mensaje de felicitación para el equipo de ingenieros y técnicos (bueno, para sus sucesores, pues todos estarían jubilados sino muertos, a nuestro regreso) que la desarrollaron en tierra y fíjate, en lugar de radiar un mensaje de esperanza para la superpoblada Tierra, estoy irradiando a la *Parca 2.0* para erradicar toda esperanza.

Es bien sabido que el viaje a velocidades cercanas a la luz aumenta la masa de la nave hasta alcanzar el infinito, imposibilitando la aceleración necesaria de la nave para alcanzar esa velocidad de la luz. Pues eso, masa casi infinita es lo que necesitaba el colector Kondrátiev-Taleb para acumular energía, grandes cantidades de energía, en su forma nuclear fuerte: acumulando nucleones y otras partículas subatómicas a átomos de Helio convirtiéndolos en constructos atómicos, mastodónticos e inestables. Y por eso mismo, por su facilidad para liberar la energía que acumulan, se convirtieron en la mayor esperanza de una humanidad sobre dimensionada, atada a un planeta esquilado, sobreexplotado. La máxima eficiencia de

recolección de energía se alcanza concretamente cuando la Westein, la nave-batería, alcanza exactamente la velocidad de la luz. No es barato en términos energéticos llegar a esas velocidades, pero la reducida masa inicial de la Westein ayuda, haciendo rentable la operación en términos energético. Ahora bien el proceso genera tres efectos indeseados: el primero es que acelera la entropía, vaya que acerca el fin del universo, el segundo es que genera efectos relativistas en el tiempo[i] y el tercero, que imposibilita las comunicaciones entre la nave y el resto del universo.

Perdonad si esta grabación es tan larga y detallada: es que no tengo nada mejor que hacer mientras siembro la muerte en la Tierra, luego me estrellaré con mi querida Westein.

Efectos secundarios de velocidades relativistas, que en nuestro caso se concretan en catorce meses de viaje a la velocidad del **Halcón Milenario** cuando salta al hiperespacio (más o menos), sin nada que hacer salvo recopilar datos y vigilar los controles de los brutales campos electromagnéticos, que evitan que el constructo atómico de Helio libere la energía que acumula, justo lo contrario de lo que estoy haciendo ahora. Los catorce meses pasaron lentos, muy lentos en la Westein, mantuve muchas y ricas conversaciones con el comandante. Era un gran tipo, inteligente, con sus cositas, pero buena gente en el fondo. Me he sentido fatal cuando le he abierto el cráneo con el reposacabezas de su asiento. Chapoteo en su sangre, mientras estabilizo la evacuación de la energía de la Westein. Pero en la Tierra tuvo que ser peor, al menos treinta años y este es el efecto relativista del que hablaba.

Treinta años en la Tierra, con carestía de recursos, con superpoblación y terribles gobernantes (bueno como siempre: *Nihil novum sub sole*). Lo que seguramente habrá generados constantes conflictos por el agua, por el petróleo... con millones de personas desfilando tras trapos de cocina con ínfulas, que es lo que son las banderas, atacando a otros por estar bajo otro trapo de distintos colores.

En cualquier caso John y yo éramos ajenos a todo lo que ocurría en esos días en la Tierra. Yo le explicaba cómo había planificado mi acceso al club de los ricos. Había dejado ordenado a la agencia espacial que me ingresaran mis catorce nóminas mensuales en mi cuenta corriente. Eso ocurría cada mes según el tiempo de la nave, pero cada dos años y dos meses según el tiempo terrestre[ii]. Había acordado con mi banco que mis nóminas se depositaran en

un producto financiero: concretamente en Imposiciones a Plazo Fijo con un tipo de interés nominal anual (TIN, pagadero mensualmente en tiempo de la Tierra, obviamente), indexado a la inflación anual más un 3% anual de *spread*[iii], lo que tras 30 años iba a aumentar en términos reales (en poder adquisitivo, ya que estaba protegido de la inflación fuese la que fuese en todos esos años) un 145,68% mi salario, es decir contaría con un poco más de 2,5 veces mis nóminas cuando aterrizara y con el poder de compra de hace 30 años actualizado a los precios de hoy (bueno, del día de nuestra vuelta).

Cuanta ingenuidad la mía, ahora lo veo claro, pero entonces jamás lo habría sospechado. John sonreía y me felicitaba cuando le demostraba con orgullo mis proyecciones. Muy pocas veces me refirió el teorema de la autopista, como él lo llamaba. Me explicaba que el problema de la Tierra era como el del tráfico de Los Ángeles. Las autoridades angelinas para reducir las colas, el tiempo de espera de los automovilistas, construían nuevas autopistas, con más carriles, más eficientes. Esto, efectivamente, reducía el tiempo de las colas de los automovilistas, pero atraía a nuevos usuarios que hasta entonces no habían usado su coche para ir a Los Ángeles, ahora si lo hacían, dado que gracias a la nueva autopista se tardaba mucho menos que antes. Habían abaratados los costes de usarla en términos de tiempo, incrementado su demanda, es decir aumentado el tráfico de las autopistas. Y en cuestión de meses las autopistas se volvían a colapsar aumentando el tiempo de espera de los conductores, volviendo al punto de partida. Yo le rebatía que sí, que eso era cierto, pero que los conductores estaban mejor, porque ahora eran más, muchos más conductores. Lo argumentaba con el aumento del excedente del consumidor total. John, con ironía, me contestaba que ni mis rosáceos unicornios, ni el creciente excedente del consumidor, ni los miles de yottavatos[iv] que llevábamos en nuestra nave iban a paliar las necesidades de energía de la Tierra. Los humanos somos insaciables e inmediatamente aumentaríamos el consumo de energía agotándola instantáneamente, como hacen los conductores angelinos cuanto tienen disponibles nuevas autopistas, por muy grandes que estas sean. Lo mismo hará la humanidad con nuestra energía, aumentará drásticamente el consumo, trayendo incluso más criaturas al mundo, volviendo a dejarnos a las puertas del colapso energético. Yo no sabía que contestar ante ese argumento.

Por fin llegamos a la Tierra, es decir, la desaceleración de la Westein nos permitió captar emisiones terrícolas. El problema es que no captamos nada, el silencio de la Tierra era

total, nadie respondió a nuestros mensajes. De todas formas cumplimos el protocolo y emitimos las teras de información que habíamos recabado y comenzamos a orbitar la Tierra para culminar nuestro frenado e iniciar nuestro aterrizaje tal y como teníamos programado. Cuando la superficie de la Tierra fue visible desde la Westein, ambos nos quedamos mudos, desde el espacio se podía ver los rastros de la destrucción de las grandes conurbaciones terrestres. La humanidad, la civilización moderna, había sido borrada de la faz de la Tierra. Me sentí como el Coronel George Taylor del planeta de los simios:

"... ¡Maniáticos! ¡La habéis destruido! ¡Yo os maldigo a todos! ¡Maldigo las guerras! ¡¡Os maldigo!! ..."

Sin embargo al orbitar sobre lo que fue Sudáfrica encontramos rastros de actividad humana, incluso personas vivas, concretamente en los alrededores de Lesoto (ese país reconvertido en reserva de negros cuando Sudáfrica era racista, allá por los años 60's). Pero John no me permitió establecer contacto por radio de onda corta o de cualquier otra forma. Explícitamente me prohibió revelar nuestro regreso. Y fue tajante, extremadamente explícito, no me explicó el porqué, algo que nunca había hecho. Acaté sus órdenes.

Todo se aclaró cuando orbitamos Las Rocosas, el comandante, ahora sí, radió un mensaje de llegada por onda corta anunciado nuestra presencia. Cuál fue mi sorpresa cuando recibimos inmediata respuesta. En nombre de la **Autoridad Mundial** nos daban nuevas coordenadas para aterrizar y descargar nuestras inmensas reservas de energía. A lo que se avino inmediatamente el comandante. Tuvimos que replantear nuestra reentrada en la Tierra, lo que nos llevaría a dar un par de orbitas extras al globo, que un día fue azul y verde y ahora negro y sin futuro. Durante todo el tiempo mantuvimos el contacto, nos radiaron y visualizaron lo que había pasado en estos 30 años de nuestra ausencia. Nada que no fuera previsible: guerras por los recursos, revoluciones, golpes de Estado, el auge y victoria de la ultraderecha en Europa y su extensión como la pólvora a los países desarrollados de Occidente. Y finalmente la guerra nuclear entre los herederos fascistas de la OTAN renombrados como Autoridad Mundial contra el resto del mundo. Las bombas nucleares de EE.UU., Reino Unido y Francia contra las de: China, Afganistán, India, Israel y Rusia y como tenían armas nucleares para destruir varias veces la Tierra; la aniquilaron completamente. ¿Completamente? Pues no, como ese pueblito de

la Bretaña francesa que se resistía al imperio romano, dejaron intacto Lesoto, aunque el pulso electromagnético que generó la aniquilación total habrá quemado cualquier cacharro moderno, condenado a sus habitantes a la edad media en unas horas de caos primigenio destructivo y a un largo invierno nuclear. Y los dejaron vivos porque alguien tendrá que limpiar las casas de los ricos, trabajar en las fábricas, recolectar las cosechas en los campos y limpiar de restos radiactivos el planeta.

Los dirigentes y oligarcas de la Autoridad Mundial se habían refugiado en gigantescos bunkers en las Rocosas para sobrevivir a la destrucción nuclear. Y tranquilamente esperaron nuestro regreso exitoso, que un genio de la astrofísica había detectado pues había medido la leve, pero significativa aceleración de la entropía cósmica: señal inequívoca de nuestro éxito, pero no de nuestra supervivencia. Pero la ausencia de una explosión como nunca antes haya visto el universo, garantizó que la Westein estaba operativa. Y ella solita, sin John y sin mí, era muy capaz de volver a la Tierra. Ahora con la energía sin límites que les íbamos a proporcionar y dado que la nave era reutilizable, iban a iniciar la reconquista de la Tierra y el sometimiento de cualquier superviviente, sobre todo los de Lesoto.

No iba a darles a esos fascistas supremacistas la caja de Pandora que es la Wells-Einstein. El comandante estaba encantado de que las cosas se hubieran desarrollado así. Y no debí sorprenderme, en nuestras agradables conversaciones tras el teorema de las autopistas, John argumentaba la necesidad de un cambio de paradigma, de una fuerte reducción de la población humana. Pero nunca pensé que tras esos argumentos se escondiera una reducción traumática e involuntaria. Nada más traumático y menos voluntario que el exterminio, que el genocidio. Una reducción de la población de cuyas consecuencias positivas sólo iban a beneficiarse unos pocos: las elites de tez clara del hemisferio norte. Eso sí, con el coste adicional de descontaminar el planeta y padecer un invierno nuclear, pero con energía sin límites, voluntad y mano de obra prescindible (la de los nativos de Lesoto) sería más fácil asumirlo.

No lo dudé, tomé mi decisión, desencajé el reposacabezas del asiento del comandante, y le golpeé hasta que su cráneo se resquebrajó como una sandía madura.

Inicié la eliminación de los campos de contención del constructo atómico del Helio, en esta última orbita sobre las Rocosas, comencé esta grabación mientras sembraba con energía

las montañas. Yo estoy condenado, los altísimos niveles de radiación me habrán generados decenas de cánceres. Prefiero estrellarme con la Westein cerrando la única salida del bunker, que morir de decenas de cánceres en unos meses. He regado con tal cantidad de energía las entrañas de las Rocosas que nada a decenas de kilómetros bajo las rocas puede sobrevivir. He exterminado todo lo que quedaba de la vieja Tierra.

Es poco probable que los nativos de Lesoto, anclados en la edad media y con un planeta contaminado puedan sobrevivir. Pero la humanidad nunca lo ha tenido fácil, en su mano está que los humanos perduremos. Les deseo la mejor de las suertes.

Aquí y ahora yo: Adriano Litta Fernández me inmolo y garantizo el exterminio de los últimos fascistas supremacistas de la Tierra. Olvidadnos, no nos recordéis: no lo merecemos.

[i] Esos efectos que cualquier novela de Ciencia Ficción que se precie explica, se dan cuando se viaja a velocidades cercanas a la luz. El famoso caso de dos gemelos, donde uno se queda en la Tierra, mientras el otro se da un garbeo por el universo a todo mecha. Para volver a la Tierra y encontrarse que su hermano es un anciano y él sigue siendo un jovencito imprudente.

[ii] No es cierto, porque el tiempo no transcurre de forma homogénea entre dos objetos cuando sufren aceleraciones relativistas. Pero estuve bien asesorado por un físico teórico experto en transformadas de Fourier, con las que hacer los cálculos y responsable del calibrado del viaje para la agencia (él hizo la estimación de los 30 años) y un economista experto en descuento de flujos monetarios, vaya un bancario o lo que es lo mismo un moderno chupasangre: la adaptación perfecta a esta sociedad capitalista de los tradicionales vampiros como el Conde Drácula.

Sin embargo no es una mala aproximación: un mes de la nave por cada 25,7 meses de la Tierra, pues el periodo de aceleración se tienden a compensar con el periodo de

desaceleración.

[iii] Aproximadamente el tipo de interés real anual (r) es el tipo de interés nominal anual (i) menos la inflación anual (π). Es decir $r = i - \pi$. Pero sólo es cierto para valores bajos de inflación y tipo de interés nominal. La relación correcta la da la ecuación de Fisher, en honor del economista estadounidense Irving Fisher(1867-1947) es:

Por lo tanto, para garantizar un tipo de interés real del 3% ($r = 0,03$) es necesario fijar el tipo de interés nominal en función de la inflación: $i = (1+0,03)(1+\pi) - 1 = 0,03 + \pi + 0,03 \pi$. Siendo este tercer sumando el que hace que la aproximación inicial deje de ser cierta para valores altos de inflación y/o tipos de interés nominal.

[iv] Yetta es una unidad de medida equivalente a un cuatrillón, pero continental no anglosajón. Ejemplo: un billón continental es un millón de millones, para los anglosajones un billón son sólo mil millones.

<<◇>>